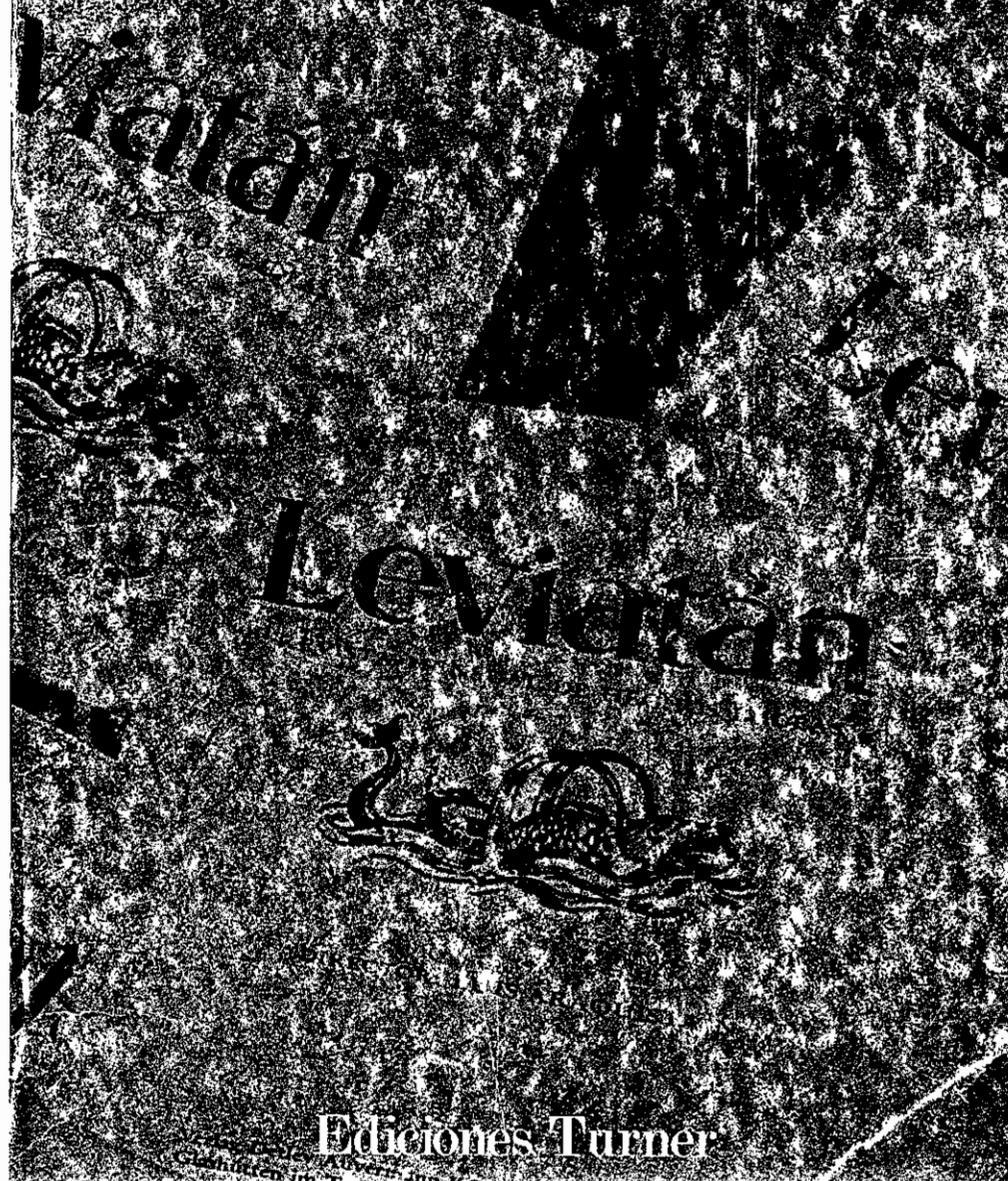


LEVITIAN
(Antología)

selección y prólogo de Paul Preston



Ediciones Turner

LEVIATAN
ANTOLOGIA

LEVIATAN
ANTOLOGIA

Selección y Prólogo
Paul Preston

EDICIONES TURNER
MADRID

PROLOGO

Por Paul Preston

«Creo que los españoles no hemos aportado nada original al tema del socialismo moderno. Hay algunos buenos folletos de divulgación de Pablo Iglesias, del doctor Jaime Vera y otros; un discurso académico de Julián Besteiro..., un amable libro de Fernando de los Ríos, El sentido humanista del socialismo (1926), antimarxista, de inspiración jurídica y religiosa..., y no sé si involuntariamente omito alguno que valga la pena recordar. Algunos amigos y yo marximizamos un poco en la revista Leviatán, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma, repito: de verdaderamente original, nada»¹.

En su célebre y polémico estudio sobre las corrientes intelectuales modernas en España, Luis Araquistain daba así de lado despectivamente al marxismo español en general y a la revista que él había fundado en 1934 en particular. La mayoría de los comentaristas suscribirían este juicio global sobre el marxismo español². Sin embargo, Leviatán constituye una excepción, junto, tal vez, con Comunismo, la revista teórica de la izquierda comunista. Desde luego, el juicio desfavorable de Araquistain sobre

© De esta edición, antología, introducción, notas y diseño de la cubierta:

EDICIONES TURNER, S. A.
Génova, 3. Madrid-4

ISBN: 84-85137-34-5

Depósito legal: M. 30.555 - 1976

Imprime: Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29
Encuadernación: F. A. E., S. A. Torrejón de Ardoz (Madrid)
Papel fabricado por Torras Hostench

¹ LUIS ARAQUISTAIN, *El pensamiento español contemporáneo* (Buenos Aires, 1962), pp. 98-9.

² JUAN ANDRADE, *La burocracia reformista en el movimiento obrero* (Madrid, 1935), *passim*; FERNANDO CLAUDÍN, «Dos concepciones de la vida española al socialismo», en *Horizonte Español 1966* (París, 1960), tomo II, p. 60; RICARDO DE LA CIERVA, «Marxismo en España, hoy», en *ABC*, 8 de junio de 1973.

su propia revista no hace justicia a la que posiblemente fue la empresa intelectual más importante realizada dentro de los confines del Partido Socialista Obrero Español; sin embargo, se comprende su actitud por dos razones: en primer lugar, porque dentro de su desarrollo intelectual, los años de *Leviatán* suponen una especie de aberración; en segundo, porque más tarde sentiría un profundo remordimiento por algunas consecuencias de la radicalización socialista de la que *Leviatán* fue la vanguardia intelectual.

Dejando aparte, por ahora, la repulsa de Araquistain a su papel en la tentativa de bolchevización del P. S. O. E. entre 1934 y 1936, el hecho es que un simple examen de *Leviatán*, teniendo en cuenta la producción anterior y posterior del marxismo español, muestra lo injusto de la afirmación de Araquistain. No quiere decir esto que los artículos publicados en la revista considerados en su totalidad constituyan una aportación destacada y original al conjunto de la teoría marxista existente en aquel momento, como lo fue gran parte de *L'Ordine Nuovo* de Gramsci. Sin embargo, su importancia en el contexto español es difícil de exagerar e incluso en un contexto europeo no deja de ser considerable. Una revista que contenía artículos de Trotsky, Wilhelm Reich, John Strachey, Harold Laski, Angelica Balanoff, Otto Bauer, Julius Deutsch, Louis Fischer y otros intelectuales de la izquierda, merece una mención en cualquier contexto. Añadamos que a esos destacados colaboradores extranjeros se unían los mejores y más dinámicos teóricos y publicistas del marxismo hispano, escribiendo en un tiempo de aguda crisis política y social, y el interés de la revista resulta evidente.

El fascismo y las posibles respuestas defensivas frente a él eran las preocupaciones primordiales de los colaboradores de *Leviatán*. Sus páginas estaban abiertas a socialistas portugueses, italianos, alemanes y austriacos en el exilio, constituyendo así un foco de convergencia de las ideas del socialismo europeo sitiado por los crecientes

avances fascistas. Cuando se fundó *Leviatán* en mayo de 1934, la Internacional Comunista empezaba apenas a renunciar a la política trágica del llamado «tercer período», basada en que el capitalismo atravesaba una crisis fatal y el fascismo representaba simplemente su agonía; puesto que el fascismo estaba condenado a muerte, el auténtico enemigo era la social democracia, a la que se condenaba como «social fascismo». El ascenso de Hitler al poder supuso la bancarrota de esta política y, en febrero de 1934, la tardía resistencia de los socialistas austriacos al ataque de Dollfuss hizo conscientes a los socialistas europeos de la necesidad de una política activa contra el fascismo.

De hecho, como mínimo desde 1930 respecto a Alemania y algún tiempo antes respecto a China, Trotsky había dado la voz de alarma sobre la naturaleza errónea de la política de la Komintern. Sus artículos y folletos, publicados más tarde bajo el título *La lucha contra el fascismo en Alemania*, supusieron un notorio avance para la interpretación marxista de la verdadera naturaleza del fascismo y la necesidad de darle una respuesta adecuada. En líneas generales, la teoría de Trotsky era la siguiente: el fascismo surge como respuesta a una crisis estructural del capitalismo; esta crisis es consecuencia de la imposibilidad de una acumulación ininterrumpida de capital, determinada por el nivel existente de salarios reales, la productividad de la mano de obra y la competencia internacional en busca de materias primas y mercados. Para resolver esta crisis, el capitalismo tenía que alterar la relación de las fuerzas económicas; en el interior en términos de fuerzas laborales y en el exterior en términos de competencia internacional, lo cual significaba el abandono de la democracia burguesa, que hasta el momento había sido la forma más ventajosa de dominación política, y el recurso al fascismo como medio de silenciar al movimiento obrero organizado³. Una vez conseguido, el

³ LEON TROTSKY, *The Struggle Against Fascism In Germany* (Nueva York, 1971), pp. 17-21 y *passim*.

fascismo pasaría a ocuparse de los problemas de la competencia internacional y les haría frente por medio de la agresión imperialista⁴. En la lucha por el poder entre el fascismo y la clase trabajadora, no era inevitable que la victoria fuese del primero. Por tanto, según Trotsky, el movimiento obrero debía tomar la iniciativa y destruir no sólo al fascismo, sino también al capitalismo que lo había engendrado.

En este sentido, es significativo que uno de los grupos más importantes de *Leviatán* estuviera formado por seguidores o simpatizantes de la línea de Trotsky: Joaquín Maurín, del Bloc Obrer i Camperol, y Andreu Nin, Juan de Andrade (que escribió bajo el pseudónimo de Emilio Ruiz), Esteban Bilbao, Luis Fersen (en realidad Luis Fernández Sendón) y Manuel Fernández Grandizo (más conocido como Grandizo Munis), todos ellos de la Izquierda Comunista Española. Los trotskistas trabajaban sin descanso en la creación de un partido bolchevique auténtico en España y en la formación de un amplio frente único obrero que se opusiese a la amenaza del fascismo⁵.

De hecho, en toda Europa, en el exilio o en la prisión, socialistas y comunistas como Ignazio Silone, Angelo Tasca, Antonio Gramsci, Otto Bauer y August Thalheimer, lo mismo que Trotsky, se esforzaban en encontrar una interpretación del fascismo más realista que la ofrecida por la Komintern. *Leviatán* estaba totalmente dentro de esa línea y una serie de socialistas extranjeros analizaron en sus páginas las experiencias de sus países respectivos, mientras los colaboradores españoles se ocupaban de la situación en España, analizándola a la luz de los avances de la teoría extranjera. En gran medida, los artículos dedicados a la escena política española —especialmente los publicados por Araquistain como editoriales o como «glo-

sas del mes»— proporcionaban las bases empíricas para el debate crucial que se llevaba a cabo en la revista sobre la necesidad de un partido auténticamente revolucionario que se enfrentase a la amenaza comunista.

Irónicamente, puesto que más adelante renegó de su papel, la dirección de ese debate la asumió Araquistain a través de los artículos publicados en *Leviatán* y reproducidos en este volumen, y de su trabajo en el periódico *Claridad*. En cierto sentido, Araquistain fue el lazo de unión entre el ala izquierda del PSOE, las Juventudes Socialistas pro stalinistas y el grupo ICE-BOC, lo cual no significa necesariamente que Araquistain fuese un revolucionario, sino más bien que su posición coincidió temporalmente con la de varios leninistas españoles. Evidentemente, el hecho de que Araquistain, el intelectual más destacado de la facción del PSOE dirigida por Largo Caballero, se inclinase de este lado dio lugar a una fuerte polémica dentro del partido⁶, la más importante dentro de la izquierda española desde la que en 1920-21 había dividido al PSOE a propósito de la adhesión a la Tercera Internacional⁷.

Durante la República, el campeón de las posiciones moderadas fue Julián Besteiro, que en esencia seguía la opinión ortodoxa menchevique de que España tendría que pasar por una fase democrática burguesa y defendía la vía pacífica al socialismo. Por su parte, Araquistain y los «bolchevizantes» que escribían en *Leviatán* creían que las libertades políticas de la burguesía no tenían sentido sin las correspondientes reformas económicas. En un tiempo de crisis aguda del capitalismo, estas reformas no podían conseguirse pacíficamente; por tanto, *Leviatán* criticaba lo que veía como una utopía peligrosa de la línea moderada.

⁴ Es interesante comparar esto con la definición de fascismo que nos ofrece el profesor HERBERT R. SOUTHWORTH en su «The Falange: An Analysis of Spain's Fascist Heritage», en PAUL PRESTON, Ed., *Spain In Crisis* (Londres, 1976), p. 1.

⁵ LEON TROTSKY, *La révolution espagnole 1930-1940* («Textes recueillis et présentés par Pierre Broué») (París, 1975), pp. 250-54.

⁶ Muchas de las contribuciones más importantes a esta polémica han sido recogidas por Marta Bizcarrondo en el volumen adicional a la edición facsímil de *Leviatán* (Glasshütten in Taunus, 1974).

⁷ El mejor estudio de este debate se encuentra en GERALD H. MEAKER, *The Revolutionary Left In Spain 1914-1923* (Stanford, 1974), *passim*.

La radicalización del PSOE nunca fue completa y sólo avanzó a costa de una lucha por el poder dentro del aparato del partido. Este conflicto interno paralizó virtualmente a las secciones más moderadas, impidiéndoles contribuir a la defensa de la República cuando, en la primavera de 1936, se encontró amenazada. Es de suponer que a esto se refiere Madariaga cuando afirma que lo que hizo inevitable la guerra civil española fue la guerra civil dentro del partido socialista⁸, opinión adoptada más adelante por el propio Araquistain, que, refiriéndose a la forma en que los izquierdistas del PSOE impidieron que Indalecio Prieto se convirtiera en jefe del gobierno en mayo de 1936, le preguntó a Juan Marichal: «¿No le parece a usted que fuimos unos bárbaros?». Y el 24 de enero de 1947, en Toulouse, Araquistain afirmaba en un discurso: «Otro motivo que también contribuyó a la caída de la República fue, probablemente, el estado de lucha intestina de nuestro partido»⁹.

¿Por qué Araquistain denigraba así la tarea a la que había dedicado tanta energía entre 1934 y 1936? Posiblemente la clave nos la dé el trotskista Grandizo Munis, que también colaboró en *Leviatán* y que refiriéndose al pasado liberal-burgués de Araquistain antes de 1933 escribió: «En 1934-35, el mismo don Luis, empujado por la radicalización magnífica del país, esforzándose en adaptar su lenguaje y sus ideas a las ideas de una revolución en la que creía a medias, y a la que temía más que creía; desde 1939, don Luis, vuelto en sí, escribe en Londres artículos racialistas en pro de las "democracias"»¹⁰. De donde se deduce que el ala caballerista del PSOE, de la que Araquistain fue el principal teórico, se vio forzada por la presión de los militantes de base a adoptar de mala gana

⁸ SALVADOR DE MADARIAGA, *Spain: A Modern History* (Londres, 1961), página 455.

⁹ ANDRÉS SABORIT, *Julión Besteiro*, 2.ª ed. (Buenos Aires, 1967), p. 262; JUAN MARICHAL, Introducción a Manuel Azaña, *Obras completas* (México D. F., 1966-68), t. III, p. 32.

¹⁰ G. MUNIS, *Jalones de derrota: promesa de victoria* (México D. F., 1948), p. 50.

posiciones radicales. Los líderes de la izquierda comunista, que más tarde escribirían en *Leviatán*, habían expresado ya opiniones similares sobre la aparente radicalización de los caballeristas. Escribiendo en *Comunismo* en febrero de 1934, Luis Fersen afirmaba que Largo Caballero era tan reformista como había sido siempre y simplemente trataba, por un lado, de intimidar a la burguesía con una imagen revolucionaria, y por otro, de mantener el control sobre una base cada vez más militante, haciendo creer que se ponía al frente de ella.

Si el análisis trotskista es correcto, no sólo explica el radicalismo repentino y breve de Araquistain, sino también el de Largo Caballero. La transición de este último de reformista sindical a revolucionario aparente no ha sido nunca satisfactoriamente explicada. Indalecio Prieto, por ejemplo, culpa totalmente del cambio a Araquistain: «A lo largo de este siglo ninguna pluma ha influido tanto en la política española como la pluma de Luis Araquistain..., porque cautivó al líder más popular del sindicalismo hispano y a grandes masas de socialistas neófitos, muy dados al culto personal y seducidos por la errónea presunción de que en España no existían ya obstáculos capaces de impedir máximas conquistas obreras... Inspirador de todo fue Araquistain»¹¹. Esta explicación superficial, propuesta por varios historiadores¹², ignora por completo dos factores que apoyan las afirmaciones de Munis y Fersen y que ayudan a explicar la coincidencia temporal de los reformistas como Largo Caballero y Araquistain con auténticos revolucionarios, entre 1933 y 1936. En primer lugar, Caballero tenía una larga historia de «seguidismo», es decir, de dirigir desde atrás adoptando como política oficial los cambios de opinión de la base militante. Esto se ve claramente examinando los orígenes

¹¹ INDALECIO PRIETO, *Convulsiones de España* (México D. F., 1967-69), tomo III, p. 282.

¹² Explicaciones igualmente inadecuadas se encuentran en MADARIAGA, *op. cit.*, p. 450; STANLEY G. PAYNE, *The Spanish Revolution* (Londres, 1970), p. 136; RICARDO DE LA CIERVA, *La historia perdida del socialismo español* (Madrid, 1972), p. 150.

del cisma de los años treinta en los años veinte. En segundo lugar, el intento de explicar la radicalización socialista solamente en términos de la influencia personal de Araquistain desconoce los factores objetivos que empujaban a los dirigentes socialistas, especialmente a aquellos con contactos sindicales estrechos, hacia posiciones más militantes. Entre estos factores objetivos hay que contar con una crisis económica aguda y con la respuesta a esa crisis de la derecha española, así como con la experiencia de los camaradas de otros países que no habían adoptado una línea militante contra la amenaza del fascismo.

La historia del movimiento socialista entre 1917 y 1931 nos muestra cómo, por encima de todo, la preocupación principal de Largo Caballero fue el bienestar material de la organización sindical de la UGT¹³. Su giro a la izquierda en 1933, al parecer sin precedentes, sólo se explica si recordamos hasta qué punto fue primero y ante todo un sindicalista pragmático. El mismo afirmaba que su lugar destacado en el movimiento obrero se debía, en gran medida, a la concienzuda atención que prestó a los asuntos sindicales¹⁴. Como otros miembros de la burocracia sindical, Caballero sufrió el trauma de la fiera represión desencadenada contra la UGT tras la huelga general de 1917 y, como ellos, estaba dispuesto a no repetir lo que consideraba un aventurismo insensato. Esto, unido a la deserción del ala izquierda socialista tras el debate sobre la adhesión a la Tercera Internacional, sirve para explicar la pasividad del PSOE y de la UGT ante el golpe de estado que estableció la Dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Los socialistas ni habían previsto el golpe ni parecieron particularmente preocupados cuando se produjo, a pesar de que el dictador empezó pronto a perseguir a otras organizaciones de trabajadores. Ex-

cepto un manifiesto abogando por la resistencia pasiva, no hicieron nada para impedir el establecimiento del nuevo régimen y pronto empezaron a colaborar con él. Esto refleja hasta qué punto la dirección, tras los acontecimientos de 1917, estaba decidida a no volver a arriesgar la existencia de los sindicatos en un conflicto directo con el Estado y a conservar a toda costa los logros de la legislación social existente. Por la misma razón, cuando el propio Estado empezó a anular los beneficios del socialismo reformista, como sucedería durante el gobierno radical apoyado por la CEDA, la dirección sindical se vio obligada a considerar la posibilidad de una oposición directa al Estado burgués.

Los socialistas apenas participaron en los distintos movimientos de resistencia a la dictadura, al menos hasta sus últimas etapas. Sólo un pequeño grupo dirigido por Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos era abiertamente hostil a la colaboración con el dictador. El resto de la dirección estaba a favor de aceptar los beneficios que el régimen ofrecía al movimiento socialista. Sin embargo, podían distinguirse dos tendencias claras: la sindicalista práctica, dirigida por Largo Caballero, y la de los que seguían el marxismo revisionista de Julián Besteiro. Largo Caballero y sus seguidores defendían que aunque la lucha política se hubiera suspendido bajo el nuevo régimen, la lucha sindical debía seguir. Para ellos la tarea principal de la UGT era proteger los intereses materiales de sus miembros en las fábricas. Este pragmatismo sumario estaba apoyado por el deseo de aventajar a la entonces ilegal CNT¹⁵. El asentimiento a la colaboración de Besteiro se apoyaba más en bases teóricas. Como Kautsky, al que admiraba, tenía una visión rigidamente ortodoxa del progreso inevitable de la sociedad hacia el socialismo a través de una revolución burguesa. Creyendo, errónea-

¹³ Para un relato más detallado de lo que sigue, véase mi artículo, «Los orígenes del cisma socialista 1917-1931», en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núms. 49-50, enero-abril 1976, pp. 11-40.

¹⁴ FRANCISCO LARGO CABALLERO, *Mis Recuerdos* (México D.F., 1954), página 37.

¹⁵ La defensa ferviente de esta posición la encontramos en FRANCISCO LARGO CABALLERO, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España* (Madrid, 1925), pp. 42-3; ENRIQUE DE SANTIAGO, *La Unión General de Trabajadores ante la revolución* (Madrid, 1932), pp. 24-5, 44; MANUEL CORDERO, *Los socialistas y la revolución* (Madrid, 1932), p. 64.

mente, como quedó demostrado, que España tendría que atravesar todavía una revolución burguesa clásica de la que tendría que encargarse la burguesía, pensaba que el deber de los socialistas era aprovechar todas las oportunidades ofrecidas para fortalecer la organización hasta el día en que fuesen llamados para cumplir su propia tarea histórica.

De hecho, el egoísmo sectario de la dirección socialista iba a provocar poco a poco una oposición considerable de la base, especialmente en Asturias, pero también en los sectores agrarios de la UGT. Esta radicalización de la base fue la que impulsó a Caballero hacia a la izquierda a finales de los años veinte, lo mismo que en 1933-43. Resulta significativo que la división potencial entre la dirección reformista y los militantes de la UGT se manifestase de forma más clara, tanto en los años veinte como en los treinta, dentro del Sindicato Minero Asturiano. Este constituía una de las secciones más importantes de la UGT y también una de las más radicales, e incluso después del cisma de 1921 conservaba buenas relaciones con los comunistas locales. En 1927, el auge económico que había favorecido a la Dictadura en sus primeros años empezó a declinar, provocando un aumento del desempleo y un creciente malestar sindical. Como consecuencia, era más difícil mantener la docilidad de los militantes a cambio de la integración de sus dirigentes en las instituciones del régimen. En otoño de 1927, los propietarios de las minas asturianas intentaron aumentar las horas de trabajo y disminuir los salarios a destajo. El presidente del SMA, Manuel Llana, era hostil a la idea de una huelga; su opinión no fue seguida y la huelga fue un éxito. Los dirigentes asturianos, que ya estaban alarmados por la disminución de sus efectivos —de veinte mil en 1921 a tres mil en 1929—, aprendieron la lección y empezaron a presionar para que la UGT abandonase la línea colaboracionista¹⁶. También el número de afiliados a las

¹⁶ ALBERTO BALCELLS, *Crisis económica y agitación social en Cataluña* (Barcelona, 1971), p. 34; DAVID RUIZ, *El movimiento obrero en Asturias* (Oviedo, 1968), pp. 189-95.

secciones rurales de la UGT disminuyó de forma inquietante. Los trabajadores del campo eran el grupo laboral más numeroso de la UGT y los que menos se beneficiaban de la cooperación socialista con la Dictadura. Las presiones para la ruptura con el régimen vinieron del influyente líder agrario Gabriel Morón¹⁷.

El descontento creciente de los sindicatos iba pronto a influir en su borcracia, como se veía en las conferencias de la UGT reunidas en octubre de 1927 para discutir el ofrecimiento de escaños en la futura Asamblea Nacional de Primo de Rivera. La oferta fue rechazada. Este desapego de la colaboración reflejaba la forma en que la sensibilidad sindical pragmática de Largo Caballero captaba el cambio de opinión de las masas trabajadoras, influyendo sobre sus propias posiciones. En 1924 había optado por la cooperación con la Dictadura por la simple razón teórica de que veía los beneficios que esta actitud reportaría a la UGT. No es de sorprender, pues, que en 1927 cambiase de opinión ante la evidencia de que esta colaboración disminuía los efectivos de la UGT; interpretando, según parece, la deserción de los mineros asturianos y los trabajadores rurales como una repulsa de la táctica colaboracionista por los militantes de base, giró a la izquierda. Es significativo que también en la crisis de 1934 los militantes que más claramente correspondían a la posición teórica adoptada por Leviatán fueran los mineros asturianos y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra.

En 1929, Largo Caballero se oponía ya abiertamente a la continuación del colaboracionismo por miedo a perder el soporte de la base. De hecho, en la reunión conjunta de los Comités Nacionales de la UGT, en la que se decidió finalmente no aceptar la participación en la Asamblea Nacional, el sentimiento que unía a la mayoría de los presentes era el deseo de evitar una ruptura abierta con sus afiliados. Al poco tiempo, la misma militancia de las

¹⁷ GABRIEL MORÓN, *El partido socialista ante la realidad política española* (Madrid, 1929), pp. 109-14; SANTIAGO, *La UGT...*, pp. 44-5.

masas hizo que Largo Caballero declarara: «Contra nuestra voluntad, las circunstancias nos llevan a tener que intervenir en todos los problemas de carácter nacional.» En otras palabras, optaba por unirse a la oposición republicana al régimen. Más aún, al acentuarse la crisis económica y aumentar el desempleo y la radicalización de la clase trabajadora, su entusiasmo por la causa republicana creció proporcionalmente, en parte como resultado de su alarma por el vertiginoso crecimiento de la CNT a lo largo de los movimientos huelguísticos de 1930. Sin embargo, la iniciativa de la participación socialista en el movimiento republicano y la creciente politización de las huelgas surgió de las masas con la burocracia sindical a remolque de la situación. La discrepancia entre el radicalismo espontáneo de las masas y las dudas de la burocracia nacional era particularmente clara en las áreas rurales. La recién fundada Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra crecía mucho más deprisa que el resto de la UGT, y la grave crisis de la agricultura en el sur la puso al frente de la militancia sindical. La rapidez con que Largo Caballero introdujo una serie de decretos favoreciendo a los trabajadores agrícolas del sur cuando llegó al Ministerio de Trabajo en abril de 1931 indica su sensibilidad ante estos problemas¹⁸.

En octubre, el comité revolucionario republicano ofreció a los socialistas tres carteras ministeriales en el futuro gobierno republicano, a cambio de la participación de la UGT en la huelga general que acompañaría al golpe de Estado. Tomando partido a favor de Prieto y contra Besteiro, Caballero inclinó la balanza del lado de la aceptación, lo cual era lógico, puesto que él, que nunca se permitió perder el contacto con la base, conocía muy bien el creciente carácter anti-régimen de los conflictos laborales. Además, preocupado como lo estaba por el bienestar material de la UGT, debe haberse dado cuenta de las ventajas que se desprenderían de la posible adjudicación del Ministerio de Trabajo. El control de la maquinaria

de arbitraje podría utilizarse para favorecer a la UGT contra la CNT, los burócratas de la UGT podrían colocarse en puestos bien pagados dentro del Ministerio y, sobre todo, se podría introducir una amplia legislación social que afectaría a las vidas de los afiliados al sindicato. Todo esto se consiguió durante los dos años de administración republicano-socialista entre 1931 y 1933.

Es claro que la primera preocupación de Largo Caballero fue siempre el bienestar de la UGT. Su conducta entre 1927 y 1930 ilustra también su considerable sensibilidad al estado de ánimo de los militantes, y al mismo tiempo justifica en gran parte la acusación de «seguidismo» hecha en 1934 por Luis Fersen. La relación entre Caballero y la base fue simbiótica. El que tal vez haya sido el más implacable de sus críticos dentro del movimiento socialista comentaba: «Goza en la masa obrera de un concepto superhumano, con el equipo completo de los atributos anejos de infalibilidad e inviolabilidad. Los trabajadores creen en él ciegamente»¹⁹. Este juicio se hizo en 1936, cuando el dirigente socialista estaba más radicalizado y sugiere que su relación próxima a los militantes de base dependía entonces de su creciente adopción de posturas izquierdistas. Después de todo, eran ellos los que tenían que sufrir las consecuencias de la crisis económica. Si rechazaban el reformismo es porque habían visto su incapacidad para resolver la crisis.

Sin embargo, en 1931, Largo Caballero y su equipo empezaron a trabajar en el Ministerio de Trabajo con considerable optimismo. Como Director General de Trabajo eligió a Carlos de Baraibar y como Subsecretario de Trabajo y Previsión Social nombró a Luis Araquistain. Es de primordial importancia resaltar que estos tres hombres, que por los puestos que desempeñaban estaban en el centro de la aplicación del reformismo práctico, iban a ser más tarde el núcleo de la izquierda del PSOE. Ara-

¹⁸ PRESTON, «Los orígenes del cisma...», pp. 25-36.

¹⁹ GABRIEL MARIO DE COCA, *Anti-Caballero: Crítica marxista de la bolchevización del partido socialista (1930-1936)* (Madrid, 1936), p. 9.

quistain tenía un pasado claramente reformista²⁰. Como G. M. Serrati, del Partido Socialista Italiano, no había sido capaz de aprobar la expulsión de los viejos líderes reformistas como condición para la entrada en la Komintern, a pesar de sus aparentes simpatías por las posiciones bolcheviques. En los años veinte había mostrado gran admiración por el partido laborista británico. A finales de la década se aproximó a Largo Caballero y mostró pronto una gran capacidad para intelectualizar los cambios de posición del líder sindical. En 1929 fue uno de los primeros socialistas que racionalizó la colaboración con la Dictadura sobre la base de que oponerse a ella habría sido arriesgar al movimiento obrero para salvar el sistema político degenerado de la monarquía de la Restauración²¹.

La colaboración con la República, por otra parte, no necesitaba racionalización intelectual para el PSOE en 1931. El entusiasmo era general en todas las secciones del partido y todos compartían las mismas presunciones sobre la República. Todos creían que sería una república burguesa democrática que llevaría a cabo una revolución burguesa como paso primero y esencial en la vía de España hacia el progreso y el socialismo. Sólo Besteiro se oponía a la colaboración sobre la base de que no correspondía a los socialistas realizar las tareas históricas de la burguesía. El resto del partido creía que el deber de los socialistas era ayudar a la burguesía a llevar a cabo su revolución. Largo Caballero, desde luego, conocía demasiado bien el entusiasmo de las masas por el nuevo régimen y los beneficios materiales inmediatos que el movimiento socialista podía obtener, para no estar a favor de la colaboración.

De este modo, la legislación reformista puesta en vigor

²⁰ Para un excelente estudio de la formación y el desarrollo intelectual de Araquistain, véase BIZCARRONDO, *op. cit.*

²¹ En su artículo «¿Qué hacen los socialistas?», en *El Socialista* de 1 de mayo de 1929. La noción fue recogida más tarde por ANTONIO RAMOS OLIVEIRA, *Nosotros los marxistas: Lenin contra Marx* (Madrid, 1932), pp. 182-3.

por el Ministerio de Trabajo cumplía la doble función de aliviar las duras condiciones de vida de los trabajadores, especialmente los rurales, y de ayudar a consolidar la República. Esto lo dejó claro Araquistain en una serie de artículos publicados en julio de 1931²², en los que se hacía el panegírico de los trabajadores de la UGT que evitaban el recurso a la huelga y confiaban en la maquinaria de arbitraje establecida por el Ministerio: los jurados mixtos. Junto a muchos socialistas, creía que habían colocado la supervivencia de la República por delante de sus propios intereses materiales y estaban dispuestos a hacerlo así por la convicción de sus dirigentes de que de esta forma contribuían a una revolución progresista dirigida por la burguesía. Esta convicción se basaba en falsas premisas. La primera de ellas pensar que los políticos republicanos del pacto de San Sebastián constituían la «burguesía» que asumía el mismo papel histórico representado por la burguesía inglesa en el siglo XVII y por la francesa en el XVIII, cuando en realidad estos políticos no eran más que intelectuales urbanos pequeño-burgueses. La segunda premisa falsa era pensar que las fuerzas burguesas estaban a punto de barrer a la oligarquía feudal. En realidad, la oligarquía se había despojado de su carácter feudal en las décadas de 1830 y 1850 y había asimilado a sectores de la burguesía comercial urbana. En España, el desarrollo había seguido la vía prusiana, uniéndose la oligarquía terrateniente y la burguesía urbana en una coalición reaccionaria²³.

La Segunda República constituyó un desafío al monopolio del poder comercial y económico que disfrutaba esa coalición. Significativamente, la parte más ingrata del desafío en un tiempo de depresión económica, sobre todo para la agricultura española, fue la legislación reformista promovida por el Ministerio de Trabajo, dominado por los socialistas, y la amenaza de una reforma agraria a fondo.

²² *El Sol*, 18, 21 y 24 de julio de 1931.

²³ PRESTON, «Los orígenes del cisma...», pp. 38-40, y la nota editorial que precede al artículo.

La respuesta de la burguesía fue montar el ataque contra las reformas legislativas, primero tratando de bloquearlas en las Cortes, luego, tras las elecciones de noviembre de 1933, derogándolas. El éxito de la derecha evitando una reforma auténtica mostró al grupo caballerista los límites del reformismo.

Mientras algunas secciones de la derecha se preparaban para derribar total y violentamente a la República, otro grupo más importante al principio empazaba a minarla desde dentro²⁴. Acción Nacional representaba los intereses de la oligarquía terrateniente dentro de las Cortes. A lo largo de las dos Castillas, Asturias y Valencia heredó la influencia de anteriores organizaciones católicas que lanzaron el peso de sus masas campesinas tras la oligarquía territorial local. Sus campañas masivas y bien organizadas consiguieron el apoyo de los pequeños propietarios contra unas reformas que amenazaban sobre todo los intereses de los grandes terratenientes. Un indicio de las secciones de la sociedad que representaba Acción Nacional nos lo da el siguiente párrafo de un discurso de Gil Robles en Molina de Segura (Murcia) el 1 de enero de 1932: «Yo me dirijo a los poderosos, a los que tienen mucho que perder, y yo les diría: si en los momentos oportunos os hubierais desprovisto de una pequeña cantidad, es seguro que habríais perdido mucho menos que ahora, porque lo que se da para prensa, para prensa de derechas..., es un verdadero seguro de la personal fortuna»²⁵. Puesto que en ese momento no se había alterado fundamentalmente la balanza del poder socio-

económico, puede deducirse que las pequeñas mejoras en las condiciones de trabajo, la ley de términos municipales que impedía a los propietarios importar mano de obra barata para rebajar los salarios y el resto de la legislación aprobada bajo Largo Caballero habían despertado la hostilidad de la oligarquía terrateniente. El mayor éxito de Acción Popular (su nombre se cambió en abril de 1932) fue la obstrucción de la reforma agraria entre mayo y septiembre de 1932 por medio de una oleada de cuestiones técnicas complejas y enmiendas de los diputados derechistas.

En 1933 cundía la desilusión en las filas socialistas por el éxito con que las derechas estaban evitando las reformas de largo alcance. Además, la subida de Hitler al poder y la destrucción del SPD y el KPD sirvieron de advertencia de que habría que hacer algo para evitar que la CEDA (creada por la confederación de Acción Popular con otros grupos similares a principios de marzo de 1933) hiciera con la Segunda República lo que la derecha alemana había hecho con la de Weimar. La prensa de la CEDA aplaudió la destrucción de la izquierda alemana, y una vez que Von Papen firmó el Concordato con el Vaticano, el entusiasmo de El Debate, frenado hasta entonces por el incómodo anticatolicismo nazi, no conoció límites. Justificando su táctica legalista en España, alegaban que Hitler había conseguido el poder legalmente. El Socialista no necesitaba que le recordasen el paralelismo entre Alemania y España. Araquistain había sido embajador en Berlín desde abril de 1932, y otro influyente joven socialista, Antonio Ramos Oliveira, había sido corresponsal de prensa en Alemania. Habiendo asistido al fracaso del socialismo reformista y a la tragedia de una izquierda dividida, empezaron a abogar por la adopción de una política más enérgica por parte del PSOE. Araquistain, particularmente impresionado por la forma en que los avances conseguidos por el SPD en la legislación social se habían hecho intolerables para el capitalismo germano, creía ahora que había sido un gran error del

²⁴ Para un estudio de la respuesta de las derechas a la proclamación de la República, véase PAUL PRESTON, «Alfonsine Monarchism & the Coming of the Spanish Civil War», en *Journal of Contemporary History*, vol. 7, núms. 3-4, 1972, y «The 'Moderate' Right and the Undermining of the Spanish Republic», en *European Studies Review*, vol. 3, número 4, 1973. (Existen traducciones en castellano de estos dos trabajos, del primero bajo el título «El asalto monárquico contra la segunda República», en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núms. 41-42, febrero-mayo 1973; del segundo bajo el título «La derecha "moderada" y el socavamiento de la segunda República española, 1931-1933», en *Historia Internacional*, núm. 14, mayo 1976.)

²⁵ *La Epoca*, 2 de enero de 1932.

PSOE pensar que podría combatir el poder de la oligarquía desde el Parlamento ²⁶.

Araquistain se acercaba a las posiciones que más adelante serían totalmente elaboradas por Otto Bauer. El análisis de Bauer era el siguiente: En una crisis que reúna determinadas condiciones, el orden capitalista pierde la confianza en sí mismo, como ocurrió en España entre 1929 y 1931, y si no es derribado por la izquierda revolucionaria o no consigue restablecer su propia dominación, se sigue un período transitorio de equilibrio de clases que descansa en las relaciones de propiedad capitalista. La forma política que adopta suele ser ultra-democrática —una república popular como la de Weimar o la Segunda República española—. La república popular deja a la oligarquía terrateniente e industrial con el control de la economía, pero permite a la clase trabajadora compartir el poder en el Estado y la libertad para perseguir sus fines. Sin embargo, los beneficios obtenidos por el fortalecimiento de los sindicatos y la promulgación de la legislación social supone unas cargas para la producción capitalista que ésta no está dispuesta a tolerar. Como respuesta, la alta burguesía se vuelve hacia el fascismo. Así, concluye Bauer, el auge del fascismo se produce no en el momento en que la burguesía se ve amenazada por la revolución proletaria, sino cuando el proletariado queda a la defensiva durante el período de tregua o equilibrio de clases después de que la primera ola revolucionaria haya sido contenida. La clase capitalista y los grandes terratenientes no permiten que los fascistas se apoderen del poder del Estado para protegerse de la amenaza revolucionaria, sino para reducir los salarios, echar abajo las reformas sociales de la clase trabajadora y destruir los sindicatos y las posiciones de poder político en posesión de la clase trabajadora; en definitiva, no para suprimir una situación revolucionaria, sino para destruir los bene-

²⁶ ANTONIO RAMOS OLIVEIRA, *Alemania, ayer y hoy* (Madrid, 1933), *passim*; LUIS ARAQUISTAIN, *El derrumbamiento del socialismo alemán* (Madrid, 1933?), pp. 25-6.

ficios de un socialismo reformista ²⁷. Puesto que éstas eran las ambiciones que abiertamente proclamaba la CEDA, no es sorprendente que Araquistain identificase CEDA y fascismo.

Araquistain iba más allá de la posición de Bauer, aproximándose a la de Trotsky, que argüía que si la burguesía llegaba a estar tan amenazada por la clase trabajadora como para que hubiese riesgo de guerra civil, la clase obrera podía unirse y conquistar el poder. Sería en las páginas de *Leviatán* donde Araquistain se acercaría implícitamente a la posición trotskista. Mientras tanto, también Largo Caballero se aproximaba, al menos en términos verbales, a la misma línea, aunque movido por otras razones: por los obstáculos que había encontrado como ministro de Trabajo y por las presiones de la base —especialmente de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, en continuo crecimiento— para que siguiese adelante. Esta quedó lo suficientemente claro en su discurso a las Juventudes Socialistas en la Escuela de verano de Torreldones. Alineándose totalmente con la creciente radicalización de la base, dijo: «Para mí, el comportamiento de nuestra masa de afiliados es admirable... Yo os digo que desde que estoy en el Gobierno, por la observación que he hecho de lo que significa la política burguesa, si cupiera en lo posible he salido mucho más rojo que entré; ¡pero mucho más!... Creíamos antes que el capitalismo era un poco más noble, que sería más transigente, más comprensivo. No; el capitalismo en España es cerril; no le convence nadie ni nada» ²⁸. En otras palabras, era precisamente la oposición de la oligarquía a la legislación reformista, tal como la analizó Bauer, la que aparentemente forzaba ahora a Largo Caballero a adoptar una postura más o menos revolucionaria.

²⁷ PAUL M. SWEETZ, *The Theory of Capitalist Development* (Nueva York, 1942), cap. XVIII; ERNEST MANDEL, *Introducción a TROTSKY, Struggle Against Fascism*, p. 28.

²⁸ FRANCISCO LARGO CABALLERO, *Posibilismo socialista en la democracia* (Madrid, 1933), pp. 15-17.

Tras el éxito de la CEDA y los candidatos radicales en las elecciones de noviembre, pronto empezó el asalto a la reforma legislativa del primer bienio. La Ley de Términos Municipales fue derogada, los salarios empezaron a descender y los sindicalistas prominentes empezaron a ser discriminados por las autoridades locales. En enero de 1934, la prensa de la CEDA comentaba entusiásticamente la ley de Hitler para la regimentación del trabajo. En febrero describía la represión del movimiento socialista austriaco por Dollfuss como «una lección para todos»²⁹. A finales de febrero y principios de marzo, El Socialista manifestaba la determinación de los socialistas españoles de no seguir el sino de sus camaradas austriacos.

El editorial de la edición de febrero del boletín de la UGT declaraba que si continuaba en España la actual situación, la clase obrera se vería obligada a seguir el ejemplo de los socialistas austriacos y a resistir los abusos del fascismo. En el número de marzo había un artículo de Bauer titulado: «Las enseñanzas de la catástrofe austriaca».

En mayo apareció el primer número de Leviatán con un artículo de Araquistain declarando el fracaso del socialismo reformista y anunciando el alba de «la nueva etapa». El segundo número estaba dedicado casi enteramente a la amenaza del fascismo. Junto con artículos de muchos socialistas extranjeros, publicaba un balance de Ramos Oliveira del primer año de poder nazi, y tal vez lo más significativo, incluía dos artículos premonitorios sobre los acontecimientos en Austria, uno de ellos de Otto Bauer. Además, en la sección editorial conocida como «Glosas del mes», Araquistain interpretaba la política española contemporánea en términos de su recién aprendida experiencia de la amenaza fascista. Las principales preocupaciones de Leviatán, como se ve en los artículos recogidos en este volumen, fueron, en primer lugar, la interpretación del fascismo extranjero, el análisis lúcido del desarrollo de los acontecimientos en España y final-

²⁹ El Debate, 16 de febrero de 1934.

mente el alegato en favor de una respuesta socialista adecuada al desafío fascista. Así, como resultado de la asociación del ataque de la derecha española a las reformas sociales limitadas del primer bienio con el auge del fascismo, Araquistain empezó a desempeñar un papel prominente en el intento de expulsar a los seguidores reformistas de Julián Besteiro y de convertir al PSOE en un partido bolchevique auténtico que pudiera enfrentarse de forma adecuada a la amenaza fascista. Esto fue lo que le llevó a coincidir con las ideas trotskistas de la izquierda comunista, que abogaban por una alianza obrera como primer paso en la construcción de un dique contra el fascismo.

Leviatán fue favorable al espíritu de la Alianza Obrera, aunque parece que la aceptación de Largo Caballero de la noción fue poco más que retórica, como se vio durante la huelga de la FNTT de mayo-junio de 1934. La huelga fracasó en gran medida porque la UGT no fomentó huelgas de solidaridad de los trabajadores industriales. El comité ejecutivo de la UGT fue acusado de traicionar a los braceros del sur y, como consecuencia, la izquierda comunista abandonó la Alianza en señal de protesta. En la reunión del Comité Nacional de la UGT de julio se provocó una violenta disputa sobre la conducta de la UGT durante la huelga, y la FNTT se abstuvo de votar³⁰. La violencia con la que el ministro de la Gobernación, Rafael Salazar Alonso, actuó contra la huelga y, luego, en verano, su ofensiva contra la Generalitat de Cataluña, convenció al grupo Leviatán de que los bastiones de la República estaban siendo minados antes del asalto fascista final. En las «Glosas del mes» del número 4 de Leviatán, Araquistain afirmaba que para el PSOE intentar combatir el fascismo desde las Cortes era simplemente darle tiempo para prepararse y abogaba por la adopción de otros medios. En septiembre estaba convencido de que se preparaba un intento de golpe preventivo contra la clase traba-

³⁰ MUNIS, *op. cit.*, pp. 118-24; Boletín de la UGT, junio-julio, agosto 1934.

jadora. Realmente, Gil Robles y Salazar Alonso veían las cosas en esos términos³¹.

La respuesta del movimiento obrero ante la amenaza de entrada de la CEDA en el gobierno en octubre de 1934 fue la insurrección de Asturias. Puede argüirse que el levantamiento de Asturias cambió, de hecho, la configuración de las fuerzas españolas contra la derecha. El hecho de que unos mineros escasamente armados fueran capaces de resistir a cuatro columnas del ejército con artillería y apoyo aéreo durante dos semanas hizo desistir a la derecha de su intento de conquistar el poder. En favor de este argumento izquierdista está el hecho de que las dificultades para pacificar una región no eran buen augurio si se intentaba apoderarse de todo el país. Por otra parte, también puede argüirse que la actuación de la UGT durante los acontecimientos de octubre apoyaba la acusación de Fersen, hecha ocho meses antes, de que la adopción por la UGT de una postura revolucionaria no era más que maximalismo verbal. De hecho, la dirección caballerista de la UGT estaba restringiendo el fervor revolucionario de sus seguidores. Desaconsejando las Alianzas Obreras, la base más adecuada para los consejos revolucionarios locales de trabajadores, la UGT se aseguraba de que el levantamiento de octubre no iba a ser más que un movimiento defensivo contra la entrada de la CEDA en el poder. Los socialistas rechazaron la participación de los grupos anarquistas y trotskistas en Madrid, que esperaban, con demasiado optimismo, dar un golpe revolucionario. Más aún, advirtiendo al gobierno de la huelga general con veinticuatro horas de anticipación, los socialistas debajan claro que su principal objetivo no era otro que atemorizar a Alcalá Zamora para que cambiase de idea respecto a la entrada de la CEDA en el gobierno. Tal y como sucedieron las cosas, este aviso previo permitió a la policía encarcelar a los dirigentes obreros y tomar las

necesarias precauciones contra cualquier intento de asalto al poder.

Si los acontecimientos de octubre echaron abajo las ambiciones de la derecha fue a causa de la militancia de los mineros asturianos, que mantuvieron su Alianza Obrera. Incluso en Asturias la revolución fue más fuerte en aquellos lugares en que la burocracia de la UGT era más débil. La censura prohibió a Leviatán comentar los acontecimientos de Asturias hasta el número 21 en febrero de 1936. Para entonces, octubre se había convertido en un símbolo de oposición al fascismo. Leviatán, por tanto, no iba a emprender un análisis detallado de los acontecimientos, y su actitud se resumía en el slogan «con octubre o contra octubre».

Sin embargo, a lo largo de 1935, Leviatán estuvo en la vanguardia de la lucha por la bolchevización del PSOE, y algunas de las contribuciones más importantes al debate sobre el tema se hicieron en sus páginas. En el número 12, Julián Besteiro publicó un artículo titulado «La posición del socialismo en la democracia burguesa», en el que explicaba su postura abstencionista afirmando que la clase obrera no debía emprender las tareas históricas de la burguesía para no corromperse. Aun reconociendo la existencia del fascismo y el asalto que estaba sufriendo la legislación social, manifestaba una posición casi quietista, según la cual los socialistas deberían limitarse a criticar desde fuera para mantener su prestigio. Araquistain escribió una larga respuesta en tres números de Leviatán: «El profesor Besteiro o el marxismo en la Academia», en el número 13; «Un marxismo contra Marx», en el número 14, y «La esencia del marxismo», en el número 15. En estos artículos atacó ferozmente el artículo de Besteiro, el discurso de Besteiro en el acto de su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y a Karl Kautsky, en el que veía el mentor teórico de Besteiro. Según Araquistain, Besteiro no era realmente marxista, sino simplemente había llevado el marxismo elemental de Kautsky a grandes extremos. Al mismo tiem-

³¹ PAUL PRESTON, «Spain's October Revolution and the Rightist Grasp for Power», en *Journal of Contemporary History*, vol. 10, núm. 4, 1975, página 567.

po abogaba por la necesidad de la conquista revolucionaria del poder y la dictadura del proletariado. Esto suponía tal discrepancia con la sección besteirista del PSOE, que asociaba claramente a Leviatán con el grupo que estaba a favor de la expulsión de los reformistas.

La derrota del intento besteirista de justificar por argumentos marxistas el compromiso del PSOE con los métodos democráticos tendría una inmensa significación en el desarrollo de la República. En cierto sentido, esa derrota no fue sólo el resultado de los argumentos de los bolcheviques, sino también de la amarga experiencia de los militantes de base, que poco podían esperar de una república democrática en la que el poder de la oligarquía era tal que fácilmente podía distorsionar el proceso democrático. La aportación de Leviatán fue intelectualizar esa visión. Sin embargo, el movimiento socialista quedaba dividido trágicamente en el momento más comprometido, en la primavera de 1936. El propio Araquistain lo reconocería así más adelante, lo que explica su juicio sobre el valor de Leviatán. Si no hubiesen impedido que Prieto pasara a ser el primer ministro en mayo de 1936, tal vez las cosas hubieran sido diferentes. Pero esto es moverse en el terreno de las hipótesis. También si los caballeristas se hubieran hecho cargo del poder en primavera, las cosas hubieran sido diferentes. Tal vez éste sea el punto clave. Caballero hablaba todo el tiempo como si la caída del orden capitalista y el establecimiento del socialismo fueran inmediatos. Sin embargo, no hizo nada en este sentido. Como hace años señalaba Gerald Brenan, este determinismo retórico servía simplemente para cegar a sus seguidores sobre los peligros de la situación, mientras advertía a la burguesía de que debía acelerar sus preparativos bélicos. En otras palabras, Largo Caballero hacía en España lo que los «maximalistas» de G. M. Serrati habían hecho en Italia en 1919-1920²².

Sin embargo, el hecho de que Largo Caballero cumpliera las peores predicciones de sus críticos trotskistas, no invalida las realizaciones de Leviatán, como parece pensar Araquistain. Mucho menos disminuye el interés de los textos reproducidos en este volumen. En primer lugar estos textos muestran que a pesar de las repetidas acusaciones de pobreza al marxismo español, por una vez, los izquierdistas españoles estaban en la vanguardia de un debate en el que se centraba la atención de los socialistas de toda Europa. En segundo lugar, nos ofrece un comentario fascinante de lo más destacado de la política española desde 1934 al estallido de la guerra civil. Finalmente, contienen parte del debate más importante dentro del movimiento socialista español desde el cisma de los comunistas en 1921. Ese debate y las opciones en juego prefiguraron en sus premisas y consecuencias el combate que con el tiempo dividiría a los socialistas mundiales en cuanto a las tácticas de la Unidad Popular de Allende. Tanto si se cree que la línea revolucionaria del grupo Leviatán sirvió para provocar el levantamiento militar de 1936, como si se cree que esa era la única táctica posible contra una reacción fascista inevitable ante los intentos reformistas de alterar la balanza socio-económica del poder, no puede negarse que Leviatán ocupa un lugar central en la historiografía del socialismo español y también en el debate que se prolonga hasta nuestros días sobre los orígenes de la guerra civil.

PAUL PRESTON

²² GERALD BRENNAN, *The Spanish Labyrinth*, 2.ª ed. (Cambridge, 1950), página 305.

LEVIATAN

Revista mensual de hechos e ideas

Antología

Núm. 1. Madrid, mayo de 1934

GLOSAS DEL MES

El mito de Leviatán

¿Qué es el leviatán? Los textos de la Biblia no están concordes. En el Isaías parece una serpiente fabulosa. En los Salmos (74-14) parece una hidra. «Tú magullaste las cabezas del leviatán; dístelo por comida al pueblo de los desiertos.» Desde luego se trata de un monstruo marino. «Allí andan navíos; allí (en la mar) este leviatán que hiciste para que jugase en ella.» (Salmo 104-26.) «De su boca salen hachas de fuego; centellas de fuego proceden. Hace hervir como unã olla la profunda mar y tórnala como una olla de unguento.» (Job, 41.)

¿Por qué este monstruo, contrario al orden natural, le sugiere a Thomas Hobbes (1588-1679) el título de su famoso libro *Leviathan*? Acaso porque para el profundo filósofo inglés su leviatán, el Estado, es también un monstruo por su estructura y por su fuerza, superior a todos los hombres constituidos en una sociedad civil, en una nación, en un pueblo. Pero no un monstruo desprendido del ombligo de la divinidad, según tantas otras concepciones del Estado. Para Hobbes el origen del Estado no es nada divino, sino humano; nosotros diremos que demasiado humano. Lo crean los hombres mismos para acabar con el estado de anarquía perpetua en que viven.

Lo que hace de Hobbes uno de los pensadores más originales es su teoría de la sociedad y del Estado. Hasta él, desde Aristóteles, predominaba el criterio de que el hombre es un animal sociable por naturaleza, es decir, inclinado al bien mutuo y a la solidaridad; lo normal es la paz y la armonía entre los hombres; la violencia y la injusticia son estados anormales. Hobbes refuta esta ilu-

sión filosófica. No. Lo propio del hombre es la guerra de todos contra todos; de unas naciones contra otras; pero sobre todo, de unos individuos contra otros. El hombre es lobo para el hombre: vive en perenne guerra civil.

La razón de este estado de guerra universal y permanente es que todos los hombres tienen un derecho natural a todas las cosas, y al disputárselas unos a otros, en uso de su derecho, surge la lucha. Para que esta lucha cese, es preciso que los individuos renuncien a todos sus derechos naturales, que los socialicen. El representante y ejecutor de estos derechos enajenados por cada uno y todos los hombres es el Estado, el Leviatán. Ser monstruoso por su forma y su poder, especie de «dios mortal», como le califica Hobbes.

Entre los derechos a que el hombre debe renunciar está el de propiedad. Sólo así puede haber paz civil. El único propietario es el Estado. Allí donde hay propiedad, se trata simplemente de una concesión del Estado que éste tiene derecho a suspender en cada momento. «¿De dónde habéis recibido vuestra propiedad —dice Hobbes en otro de sus libros— si no es del Estado? ¿Y de dónde la ha recibido el Estado, sino de que cada particular le ha cedido su derecho? Vosotros le habéis transferido el vuestro, de modo que vuestra propiedad no es tal y no dura sino en tanto que le agrade a la República.»

La visión de Hobbes no podía ser más certera en cuanto al diagnóstico del hombre. Lo natural en él es la guerra civil en sus múltiples formas; una de ellas es la lucha de clases. En última instancia, el Leviatán de Hobbes es el Estado sin derechos individuales, singularmente el de propiedad, fuente de toda injusticia; pero un Estado donde no existe el derecho de propiedad individual acaba necesariamente siendo un Estado sin clases. Es el Estado perfecto. Tan perfecto, que su existencia se hace inútil. Leviatán concluye devorándose a sí mismo, porque, después de todo, es un buen monstruo.

Pero ese Leviatán de Hobbes no existe aún. (¿O ya sí en alguna parte?) No existe ni puede existir en el mundo del capitalismo. El Leviatán capitalista no ha expropiado

a todos los hombres, sino que ha permitido que los menos expropien a los más. Al mismo tiempo, ha desarmado a los más y se ha armado él mismo hasta los dientes para proteger la propiedad de los menos. Así cree haber resuelto el problema de la guerra civil, de la lucha de clases: expropiando y desarmando a una de ellas en beneficio de la otra. Mantiene la anarquía, el estado de naturaleza en la sociedad, y quiere sofocarla anárquicamente, es decir, parcialmente, desde el Estado.

En el *Leviatán* de Hobbes había mucha escoria histórica, afanes del autor de favorecer determinadas instituciones políticas de su época y su país; pero depurada de esos residuos circunstanciales, su teoría de la sociedad y el Estado es tan honda, tan clarividente, que nadie la supera hasta el siglo XIX. En rigor, Marx y Engels no hacen sino completarla, llevarla a sus últimas consecuencias; no habrá paz civil hasta que los expropiados se apoderen de Leviatán y con su fuerza expropien a los expropiadores, socializando definitivamente la propiedad.

Mucho se habla en estos tiempos de Estados totalitarios; pero un Estado totalitario dentro del capitalismo es una contradicción de conceptos y una falsedad de hecho. Estado totalitario quiere decir cesión a él por parte del individuo de todos los derechos naturales; pero un Estado que mantiene la expropiación de los más y la defensa armada de la propiedad de los menos sigue siendo el viejo Estado de clases, la dictadura organizada de una clase, aunque se llame Estado corporativo u otra cosa igualmente sofisticada. Ese Estado es el Anti-Leviatán. Es la verdadera hidra con múltiples cabezas oligárquicas que Hércules decapitó en el lago de Lerna y Jehová en el Nilo, magullando sus cabezas y dándoselas a comer al pueblo de los desiertos. Pero no es el Leviatán profundo de Hobbes. Ni el nuestro.

Tres años de República

Leviatán nace a los tres años de haberse instaurado la segunda República en España. Para orientarse en el mundo a que ha venido, ha escudriñado los rostros de las gentes: melancólicos los de las llamadas izquierdas republicanas; jocundos de victoria los de las derechas; entre graves e irónicos los de la clase obrera. ¿Cómo explicarse lo ocurrido y lo que continúa ocurriendo?

Vaya una declaración por delante: *Leviatán*, aunque recién nacido, carece de ingenuidad, en lo que esta palabra es sinónima de tontería. Llega a la vida con una larga experiencia histórica acumulada y dilucidada por sus maestros del pasado, y no se ha sorprendido nada de lo que está aconteciendo en España. En resumen es lo siguiente:

Cuando la monarquía cayó en abril de 1931, se creyó que la inmensa mayoría de los españoles se habían hecho republicanos. Así fue, en efecto. Pero si fue así, ¿cómo se concibe que a los dos años y medio, en las elecciones generales de 1933, una buena parte de esa mayoría nacional votara contra los republicanos más auténticos? Descontemos los fraudes y trapacerías electorales y el apoyo decidido y decisivo del Gobierno radical en favor de los partidos de la derecha. Siempre quedará un hecho en pie: que una parte considerable de España no está con la República del 14 de abril de 1931. Entonces, ¿por qué la votó dos días antes, el día 12, en los comicios municipales? Sencillamente porque a ese trozo de España que votó contra la monarquía en 1931 y contra la República del 14 de abril en 1933 —trozo que es la pequeña y media burguesía— le estorbaba la institución monárquica tanto como a las clases populares y a los intelectuales republicanos de tipo democrático y liberal. Expliquémoslo.

La hostilidad de la burguesía española contra la monarquía se fue gestando o agudizando durante la dictadura de Primo de Rivera; pero no porque este régimen suprimiera las libertades públicas, que eso a la burguesía

no le quitaba ni le quita nunca el sueño, sino porque la dictadura cometió dos grandes errores: uno, prescindir del caciquismo, del poder político de la burguesía territorial, que se ejercía y se legitimaba a través de la Constitución; otro, favorecer casi exclusivamente al alto capitalismo en sus formas más típicas de concentración: la Banca y la gran industria, con olvido de la pequeña burguesía industrial, comercial y agrícola.

Primo de Rivera quiso imitar aquí al fascismo; pero, hombre de modestas luces culturales y de una formación social y profesional poco adecuada para comprender los fenómenos económicos de su tiempo, no se dio cuenta de que el fascismo italiano, como el nacionalsocialismo alemán, es un movimiento demagógico de la clase media, amenazada de proletarizarse, contra la tiranía del capitalismo de monopolio, de una parte, y contra las mejoras de la clase obrera que, en el otro extremo, contribuyen también a hacer cada día más difícil la existencia del pequeño capitalista.

Sin percatarse de ello, creyéndose un discípulo de Mussolini, Primo de Rivera fue, al contrario, un antifascista, un gobernante que, en realidad, hizo una política contraria a los intereses de la pequeña burguesía, hasta el punto de dar aliento a la institución de los Comités paritarios, que mejoraron notablemente la condición de la clase obrera, a expensas, claro está, de las empresas capitalistas. Las grandes empresas, especialmente las favorecidas por el Estado, podían, sin grave detrimento, soportar esta política social; pero las pequeñas, desatendidas del Estado, acumularon contra esa política un sordo rencor que, unido al resentimiento de la burguesía territorial, despojada por la dictadura de su predominio en el antiguo Estado constitucional, se expresó antimonárquicamente en las elecciones municipales del 12 de abril. Quien decidió la caída de la corona fue la pequeña burguesía, despechada e irritada contra la monarquía por la dictadura de 1923, tanto como la genuina España republicana.

El Poder lo tomó entonces, al derrumbarse la monar-

guía, el grupo de hombres que representaba la revolución. Pero los primeros Gobiernos de la República incurrieron en un tremendo error histórico: no haber hecho la revolución radical que proyectaban; no haber ido a la raíz de una transformación social profunda. En vez de reducir a impotencia a la antigua burguesía monárquica, rápidamente, despojándola de su fuerza económica, lo mismo que a la Iglesia y las demás jerarquías, por medio de decretos, perdieron dos años y medio dándose el lujo democrático y liberal de organizar una Constitución farragosa y unas leyes que ahora sólo existen sobre el papel. Sobre los más de los hombres de la revolución española de 1931 pesaba el lastre de una cultura política del siglo XIX que está desapareciendo del mundo, aunque muchos lo lamenten. Será lamentable o no; pero es así, y el político que no lo reconozca o, reconociéndolo, no lo acepte, aunque sea como una fatalidad, merece estar en un museo de Historia más que en la gobernación de un Estado.

La burguesía española, sorteado el peligro de los dos años y medio en que estuvo inerte, pero a quien los Gobiernos de la República dejaron intacta, sólo atacada en el papel, se ha rehecho, y, gracias a la connivencia del partido radical y de los que todo lo supeditan a una política de republicanización de las derechas, es hoy la que en realidad gobierna. Lo que la monarquía le quitó en sus últimos años, el poder político, con base rural, se lo ha devuelto la República. ¿Quiere esto decir que la forma republicana esté en peligro? De ningún modo. La pequeña burguesía —y casi toda la burguesía española es pequeña—, incluso la de tipo más reaccionario, como la agraria, sabe, por conocimiento o por intuición, que un régimen republicano, en este momento de la Historia, es el que más conviene a sus intereses.

Las monarquías europeas —con la única excepción de la italiana— son los últimos Estados semiliberales del mundo. En cambio, la mayoría de las Repúblicas —Alemania, Austria, Portugal, Polonia, Turquía, casi todas las americanas, etc.— son dictaduras sin máscara de la bur-

guesía. En una República moderna los pequeños abogados de la burguesía y de la Iglesia, como Dollfuss o Gil Robles, pueden adquirir un poder que en una monarquía les estaría vedado. ¿Para qué, pues, han de desear una restauración del régimen monárquico? Una República, dominada por ellos, les es más útil. Así lo han comprendido las derechas españolas; lo está comprendiendo hasta la prensa monárquica. Nosotros esperamos ver al *ABC* y a *El Debate* defender la República con un fervor que no pusieron en la defensa de la monarquía. Es natural: los intereses mandan; los impulsos románticos del corazón son poco duraderos.

El dilema, en fin, no está, en España, entre Monarquía o República; en eso no cree ya ni ex Alfonso XIII. El dilema estriba si la República ha de ser de tipo fascista, como sueñan las derechas, y han comenzado a practicarlo, o si ha de ser una República social, como quiere la clase obrera. Hay que elegir.

Otra opción nos parece difícil, por no decir imposible. Tememos que, después de la experiencia del mundo y en la propia España, un Estado liberal y democrático, buen juez de campo, imparcial y a la vez humanitario, situado sobre la lucha de clases, como quieren los republicanos de izquierda, equivalga a una quimera. La clase obrera no acepta ya ningún partido que no sea el de su clase; su madurez política y cultural no le permite hacerse ninguna ilusión sobre los partidos organizados y conducidos por hombres de ideología burguesa; sirvió a la revolución burguesa en 1789 y en todas las del siglo XIX; pero ahora reserva sus energías para su propia revolución. Sí, sí; oímos el conocido argumento: que hay períodos de transición, etapas intermedias... Eso ha sido, en realidad, la política del mundo desde la guerra de 1914: una política de conciliación en el liberalismo y la democracia; pero ya se ha visto el resultado en Italia, en Alemania, en Austria, en muchos otros países. El escarmiento ha sido demasiado duro.

La marcha al pudridero

Don Angel Herrera y los padres jesuitas que inspiran *El Debate*, a Gil Robles y a sus huestes de Acción Popular, organizaron una «marcha» para el 22 de abril. Acaso pensaron en la «marcha sobre Roma» de Mussolini. Pero aquí la marcha no fue sobre la capital de España, sino sobre El Escorial. El hecho se presta a curiosas consideraciones.

Lo primero que resalta es la torpeza y el anacronismo en la elección del símbolo escurialense. La Gran Tumba superfaraónica no dice nada a ningún español moderno, incluso a la mayoría de los católicos monárquicos. La España enterrada allí en numerosas generaciones de reyes, bien enterrada está y no hay quien la resucite: con ser grande, el poder del jesuitismo español nunca alcanzará a tanto. La monarquía y el catolicismo imperiales se fueron para siempre, aunque Gil Robles se crea un Antonio Pérez póstumo de Felipe II. Bástele ser secretario o mandadero de Angel Herrera y de los padres Aznar y Ayala.

Otra torpeza fue querer impresionar a la opinión pública con una exhibición de gentes habituadas a las procesiones religiosas, pero no a los desfiles de tipo militar. El aldeano católico y el señorito católico —y en esos dos tipos sociales se polarizó la escasa leva conducida a El Escorial, con Dios y ayuda... crematística— no han nacido para las epopeyas revolucionarias. Acción Popular quedó en evidencia: ni su fuerza social es lo que ellos dicen, ni con ese espíritu de púlpito y confesionario se toma ninguna Bastilla. A lo sumo se va a un pudridero.

El *picnic* de El Escorial reveló, pues, que los jesuitas de *El Debate* son mucho menos inteligentes de lo que ellos imaginaban. No nos extrañaría que la burguesía rural de España volviese la espalda a un partido que no sabe o no tiene medios de urdir un gran acto espectacular y encima cree que los huesos de una dinastía sepultada y podrida pueden ser instrumento de agitación política: eso no inspira confianza ni a los monárquicos ni a

los republicanos. La burguesía quiere realidades más fructíferas.

Con el fracaso de El Escorial contrasta la huelga general de veinticuatro horas declarada en Madrid la noche del día 21 para protestar contra el desfile de los fascistas católicos y contra la parcialidad del Gobierno. La huelga fue absoluta, y una obra maestra en cuanto a rapidez y sorpresa. Nadie sabía nada, y menos que nadie el Gobierno, distraído en la tarea de proteger a los fascistas de Acción Popular. El Gobierno había prohibido la manifestación del Ateneo; pero no pudo prohibir la más impresionante de las manifestaciones: una huelga general. La arbitrariedad gubernativa tiene, pues, un límite.

Además la huelga fue un buen aviso: es peligroso para un Estado distraer sus fuerzas en la protección de organizaciones y actos políticos contrarios al sentimiento popular y a la esencia del propio Estado. Ciertamente, todo el mundo tiene derecho a manifestarse; pero no tienen derecho a la protección de la República los que abiertamente conspiran contra su espíritu y sus instituciones. Y si a pesar de todo, la República pone su fuerza armada al servicio de sus mismos enemigos, no se queje si algún día toman su defensa, abandonada por el propio Gobierno, los que más hicieron por instaurarla y consolidarla. La huelga general del día 22 fue un toque de atención en todos los sentidos: para el fascismo católico y para el Gobierno que le ampare.

La leyenda Lerroux

La ley de Amnistía aprobada por las Cortes es algo más que un olvido: es una glorificación de los monárquicos sublevados el 10 de agosto de 1932. Así debió entenderlo el Presidente de la República al poner algunos reparos a su promulgación, considerando que esa ley contradecía otras leyes vigentes y la propia esencia del régimen republicano. Tales reparos, que son una desautorización jurídica y política del Gobierno del señor Lerroux, motivaron la crisis total del 25 de abril.

Sería un error buscar las causas de esa crisis en el mensaje enviado a las Cortes por el Presidente de la República, acompañando a la ley de Amnistía promulgada. Esa sería la causa inmediata; mejor dicho, el pretexto. La razón verdadera no puede ser otra que el fracaso monumental del señor Lerroux como hombre de gobierno.

Antes de la República, Lerroux era más que un hombre: era una leyenda. No comprendemos cuál es el secreto de su sugestión sobre cierto tipo de gentes: nos parece un orador mediocre y cursi, de muy parva formación cultural, de escasa inteligencia, desprovisto de toda técnica relacionada con las funciones de gobierno; pero la sugestión existía. ¡Ah, si gobernara Lerroux!

Y Lerroux ha gobernado al advenir la República. La leyenda se vino rápidamente a tierra. Lerroux no tenía una idea política. Todo su programa se redujo a tratar de deshacer, al dictado de las derechas, las leyes promulgadas por los Gobiernos republicanosocialistas. Y a entregar el Estado a sus adeptos, como quien entrega una ciudad conquistada a un ejército que ha esperado largamente a sus puertas, en premio a su paciencia y a una lealtad de toda la vida.

En una glosa anterior hemos dicho que aun los mejores republicanos españoles llevan en su bagaje político muchas ideas del siglo XIX, ya frustradas hasta en nuestro país, sobre la democracia y el liberalismo. Con todo, esos republicanos pertenecen a la geografía política de Europa. Pero el señor Lerroux no sabemos a qué continente político pertenece; desde luego, no al europeo. Cuando alguna vez se ha asomado a Europa —a Ginebra, siendo ministro de Estado—, se le miraba como a una especie política exótica y anacrónica. Así deben ser —pensaba la gente— los estadistas de algunas Repúblicas centroamericanas. El diagnóstico no era equivocado, porque el señor Lerroux ha visto siempre en el Estado, desde fuera como dentro de él, lo mismo que esos estadistas centroamericanos aludidos: un botín de guerra o de revolución. El botín era para los amigos; pero el Gobierno

de la República, en manos de Lerroux, era para las derechas.

Durante cuarenta años Lerroux fue un mito popular. A los cuatro meses de su Gobierno, ya no hay nadie —ni sus más ardientes partidarios de otro tiempo— que no esté convencido de que sólo es una calamidad pública.

Por otra parte, la crisis del 25 de abril es un episodio más de la profunda crisis social que está abierta en España y que cada día parece más difícil poder resolverla constitucionalmente.

Espíritu de continuidad

Muchos amigos de *Leviatán* —y los tiene ya antes de nacer— lo son por una especie de espíritu de continuidad, por haber sido también lectores del semanario *España*, como un homenaje a aquella revista y a los que la redactaron durante ocho años contra viento y marea: este éxito póstumo es tal vez el mejor de los suyos, porque prueba que cumplió noblemente su destino, ya que aún se la recuerda con agrado por lo que fue y con esperanza en esta nueva. *Leviatán* se reconoce, en efecto, continuador de *España*. Combatirá con el mismo ardimiento lo que entonces combatía *España*: la injusticia social, la ineptitud del Estado de clases y la falsedad en todos los sectores de la vida. Las circunstancias son casi las mismas: una República ha sucedido a una monarquía; pero ya dominan en la República las antiguas oligarquías monárquicas y siguen dominando las mismas viejas oligarquías intelectuales en la ciencia, en la literatura, en el arte, en el teatro. Aquí nada envejece, porque todo es viejo de nacimiento. Sólo dos fuerzas aparecen ahora renovadas y vigorizadas: parte de la juventud universitaria y la clase obrera. Esperemos que el núcleo de colaboradores y lectores de *España* se haya renovado también, al convencerse de que todo el futuro de la nación está en las manos inteligentes y eficaces de esas dos fuerzas.

España fue fundada por José Ortega y Gasset en 1915.

La dirigió poco después, durante ocho años, el que ahora dirige *Leviatán*. Su último director, en los meses postremos, fue Manuel Azaña, hasta el momento de su desaparición bajo la dictadura militar de 1923. Pero no seríamos justos si, al lado de esos nombres, no pusiéramos también el de un hombre ejemplar por su corazón y su talento, gracias a cuya desinteresada munificencia, principalmente, la revista *España* pudo nacer y existir: Luis G. Bilbao, el recatado autor de tanto enigmático, hondo poema y de las deliciosas *Confesiones de Federico Muga*.

Primero de mayo

Leviatán sale a la luz este 1.º de mayo de 1934. Su nacimiento coincide fortuitamente con esta gran fecha; pero lo celebra con todo corazón. No hubiera podido escoger fecha simbólica más adecuada a su naturaleza y a sus aspiraciones. *Leviatán* saluda al nacer, en esta efemérides, a todos los trabajadores manuales e intelectuales de España con conciencia de su clase.

Núm. 1. Madrid, mayo de 1934

LA NUEVA ETAPA DEL SOCIALISMO

Por LUIS ARAQUISTÁIN

Utopía y liberalismo

El fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania y una mezcla de ambos —que en esencia son la misma cosa— en Austria han puesto de relieve la ineficacia de la táctica política que ha inspirado a los partidos socialistas adscritos a la Segunda Internacional. Con ello termina una etapa del socialismo y comienza o debe comenzar otra. En caso contrario, ese socialismo desaparecerá de todas partes para siempre y sólo quedará de él un lamentable recuerdo de impotencia y necedad. Razoneemos esta disyuntiva.

El verdadero socialismo se formula por primera vez en 1848, en el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, y se desarrolla y perfecciona en otras obras y cartas de esos autores. Se le ha llamado socialismo «científico». Personalmente nunca me ha sido grata esta calificación, porque el concepto de ciencia tiene su órbita específica en el mundo de la Naturaleza, y aplicándolo al mundo de la Historia se corre el riesgo de interpretarla como un proceso natural o mecánico que excluye o restringe sobremedida la voluntad del hombre en su desenvolvimiento, con grave daño para el proceso mismo, como así ha acontecido en el curso de los últimos cincuenta años. No es esta interpretación mecanicista la que Marx y Engels dan a su socialismo; pero no hay duda de que una parte, por lo menos, de la desviación que sufre el marxismo en manos de muchos que pretenden continuarlo descansa precisamente en ese concepto de que es una ciencia y que, por consiguiente, la Historia se hace sola,

por sus propias leyes inmanentes, como la Naturaleza. El socialismo, según la doctrina de Marx y Engels, es más bien una filosofía de la Historia, la más honda que se ha expuesto jamás y, por lo mismo, la más profética, la más exacta, como luego veremos. Al propio tiempo el socialismo de Marx y Engels es un programa político de acción para la clase obrera; en este sentido es el socialismo verdadero, porque es el único verdaderamente revolucionario. Todo otro socialismo es utopía o liberalismo democrático: falso socialismo.

De Hegel y contra Hegel

El socialismo utópico —literario unas veces, experimental otras— aspira a realizarse fuera de las sociedades históricas, presentándose como modelo ideal cuando es obra de la fantasía, o como modelo práctico cuando sus fundadores se reúnen en alguna apartada región del globo para ensayar a lo vivo sus sueños de perfección y justicia; ensayos que jamás han tenido el menor éxito, como era inevitable, porque si no cabe excluir la voluntad humana del desenvolvimiento histórico, como creen algunos fatalistas, tampoco la voluntad de los hombres puede por sí sola torcer las leyes profundas de la Historia. Marx, en cambio, siguiendo inicialmente a su maestro Hegel, busca las normas del socialismo en la propia evolución histórica y augura su realización dentro de la misma sociedad capitalista, en cuyo seno se está gestando la futura sociedad sin clases.

De Hegel toma Marx el método filosófico y el sentido realista de la Historia; pero se aparta de él en su teoría del Estado. Para Hegel el Estado es como una entidad divina y eterna que realiza la idea moral en la Historia. Reconoce la lucha social entre las diferentes clases; pero tan pronto como surgen las clases en una sociedad, Dios les envía el Estado justamente para conciliarlas o, por lo menos, para suavizar la lucha, como un juez supremo y bondadoso. Esta concepción hegeliana del Estado,

como un ser sobrenatural que está por encima de las clases sociales, al cual deben rendir reverente acatamiento estas clases y dentro del cual es posible realizar la justicia, ha sido también, y lo es aún, la quimera de muchos socialistas de tipo neoliberal; pero es, sobre todo, la máscara con que, bajo el título de Estado corporativo, fascista o nacionalsocialista, se disfraza el capitalismo para atar de pies y manos a la clase obrera, obligándola a prosternarse de rodillas ante el ídolo estatal.

Por algo Hegel vuelve a ser en estos últimos años el más alto valor de la filosofía moderna. Desde luego es el más útil. El criticismo de Kant, bueno para la próspera burguesía liberal del siglo XIX, no sirve ya para la burguesía autoritaria, a punto de la bancarrota, del XX. Hegel es el filósofo de la reacción antimarxista: el maestro riñe batalla contra su discípulo. Y con ello, una vez más, se confirma la doctrina de Marx de que toda la superestructura social, hasta la aparición, decadencia y renacimiento de las ideas filosóficas, refleja los cambios de la infraestructura económica: la crisis actual del capitalismo determina una reacción antiliberal y antidemocrática, y ésta torna a buscar su expresión en Hegel, en el Estado capitalista totalitario.

El Estado marxista

Para Marx y Engels el Estado no es ninguna divinidad justiciera, por mucho que se enmascare en pompas filosóficas, sino una fuerza política organizada por una clase para sojuzgar a otra clase y explotarla, despojándola de la plusvalía de su trabajo. La historia del hombre es la historia de la lucha de clases —señores y esclavos en la antigüedad, señores y siervos en la Edad Media, señores y obreros en nuestro tiempo—, y la historia del Estado es la expresión de esa lucha social y de la lucha internacional entre los grupos dominantes por la conquista de tierras, materias primas y mercados.

En el Estado no hay justicia ni libertad más que para

la clase que está en el Poder. La democracia y todas las modalidades del Estado moderno —del Estado capitalista— son una ficción. La clase obrera no debe hacerse ilusiones sobre la democracia ni sobre ningún atributo del Estado capitalista. Su aspiración debe ser apoderarse de ese Estado y utilizarlo temporalmente como dictadura para destruir sus fundamentos históricos y con ello expropiar, desarmar y someter a la clase opresora; luego el Estado se marchitará, desaparecerá gradual y automáticamente. Suprimida la propiedad privada de los instrumentos de producción, desaparecerán también las clases. No habrá más que trabajadores, una sola clase de hombres. Esta es la teoría marxista. ¿Cuándo, cómo ocurrirá esto? Ni Marx ni Engels lo saben ni pretenden saberlo. Su teoría del Estado y de la revolución social no significa que la clase obrera deba lanzarse a la conquista del Estado en cualquier momento, ni que deba abandonar la lucha diaria por sus derechos políticos y por sus mejoras económicas. No son blanquistas. No son unos impacientes. Al contrario. Lo que quieren, ante todo, es que la clase obrera se dé cuenta de la naturaleza del Estado capitalista y esté moralmente en pie de guerra para cuando se presente la ocasión de conquistarlo, como en 1871 en la Comuna de París y en 1917 en Rusia. Quieren que su teoría revolucionaria del socialismo determine en la clase obrera una actitud potencial revolucionaria. Porque si no ocurre así, si la clase obrera no tiene la conciencia y el corazón en pie de guerra permanente, si se desvía hacia la utopía, como los anarquistas, o a un seudosocialismo liberal y democrático, desaprovechará todas las ocasiones favorables a su conquista del Poder, como ocurrió en Alemania y Austria al día siguiente de la guerra y en Italia poco después. Y entretanto, la clase capitalista, virtualmente entregada en aquellos momentos, se rehará de nuevo y acabará aplastando a la clase obrera, como también ha sucedido.

Orígenes del reformismo

La tragedia de los partidos socialistas de esos países es que habían abandonado la teoría revolucionaria de Marx y Engels. En realidad no tomaron de ella más que las palabras. Se decían marxistas a boca llena, pero no lo eran. Su marxismo no era más que pura frascología. Cuando Marx conoce los términos del programa aprobado en el Congreso de Gotha, de 1875, por los socialistas alemanes, tiene que llamarlos al orden en su famosa carta a Bracke, diciéndoles que aún no saben lo que es la teoría socialista del Estado, a pesar de haber triunfado aparentemente en ese Congreso la tendencia marxista sobre la de los partidarios de Lasalle.

De hecho es parte del pensamiento de Lasalle el que se impone al socialismo alemán. Lasalle se proclamaba discípulo de Marx; pero al mismo tiempo le contradecía al sostener que la revolución social habría de hacerse por medio de cooperativas obreras de producción con capital del Estado. Esto era recaer en la utopía y desconocer la doctrina marxista de la revolución social. Para tratar de tan absurdos proyectos, Lasalle no tuvo reparo en ponerse al habla con Bismarck y hasta en admitir la monarquía si le ayudaba a realizarlos. Pretendiendo ser un político muy realista, Lasalle era un utópico y en el fondo un creyente en el fetichismo hegeliano del Estado, como la inmensa mayoría de los alemanes. Esperaba el triunfo del socialismo por las cooperativas, con ayuda del Estado, y por el sufragio. Funesta equivocación.

También Engels, en una carta a Bebel, arremete contra el programa de Gotha, burlándose del «Estado libre del pueblo» que allí se propugna. No obstante, es el espíritu de Lasalle —respeto supersticioso del Estado, sufragio universal, democracia, liberalismo—, y no el de Marx y Engels, el que moldea el socialismo alemán, que a su vez había de informar a todos los partidos de la Segunda Internacional. En vano Engels intenta corregir, en otra carta de Kautsky, la desviación socialista que se reitera y ahonda en el programa de Erfurt de 1891, cuya

síntesis puede formularse así: el socialismo, nada más que por la democracia; condenación de toda violencia para la conquista del Estado.

El que representa más crudamente esta táctica de mal oportunismo es Liebknecht, el viejo, el mismo que, sin embargo, en 1869 pronunciaba las siguientes palabras heterodoxas: «Admitamos que el Gobierno no hace uso de los recursos de que dispone y que se logra, como sueñan algunos fantásticos del socialismo, tener una mayoría socialista en el Reichstag. ¿Qué debe hacer la mayoría? Es el momento de transformar el Estado y la sociedad. La mayoría ha tomado la gran decisión, ha nacido una nueva era... ¡Pero, ah, no! No puede ser. Una compañía de soldados arroja a la mayoría socialista, y si estos señores no aceptan tranquilamente la aventura, unos cuantos guardias municipales los conducen a la cárcel, donde tendrán tiempo de reflexionar sobre su quijotismo.»

En 1891, en el Congreso de Erfurt, Liebknecht dice algo muy distinto. Lo siguiente: «Si nosotros concediéramos una importancia capital al factor del poder mecánico, nos colocaríamos al nivel de nuestros enemigos. Bismarck era el hombre de la fuerza bruta, el hombre de la política de sangre y de hierro. Nadie ha dispuesto de mayores medios ni ha hecho de ellos un uso menos escrupuloso. ¿Y el resultado? ¿Dónde está él? (1). Tuvo a su disposición absoluta, durante más de un cuarto de siglo, la policía, el ejército, el capital, el poder del Estado; en suma, todos los medios de la fuerza mecánica. ¡Nosotros no podíamos oponerle más que nuestro buen derecho, nuestra buena convicción, el pecho desnudo, y somos nosotros los que hemos vencido! Nuestras armas eran las mejores. Con el tiempo, el poder brutal tiene que ceder a los factores morales, a la lógica de las cosas. ¡Bismarck yace fulminado en tierra, y la socialdemocracia es el partido más fuerte de Alemania! La esencia del revolucionarismo no reside en los medios, sino en el fin. Desde hace miles de años, la violencia es un factor reaccionario.»

(1) Había sido despedido por Guillermo II en 1890.

La lectura de estas palabras en 1934 suena a burla sangrienta. Se fue Bismarck; pero vino Hitler. ¿Y dónde está aquel partido más poderoso de Alemania? ¿Y qué decir de eso del revolucionarismo del fin? Ese fin puede no venir nunca si sólo la clase dominante está dispuesta a emplear los medios de violencia, como los emplea a diario. ¿Y qué es eso de que la violencia ha sido siempre reaccionaria? No lo fue en la Revolución francesa, no lo fue en la Comuna de París, no lo ha sido en la Revolución rusa, no lo ha sido en mil circunstancias. En la guerra civil permanente, con treguas mal disimuladas, que es la Historia, la violencia puede ser reaccionaria o revolucionaria; lo trágico es que uno de los beligerantes ignore que está en guerra o, reconociéndolo, espere que la fuerza bruta ceda «a los factores morales». Ya se ha visto en Italia y en Alemania. Y no se diga que Mussolini y Hitler, como Bismarck, no son eternos. Ellos, no; pero su raza es inagotable e infinita la ambición de dominio de las clases gobernantes.

Más cauto y más casuista, Kautsky admite, en su comentario al programa de Erfurt, que una revolución puede adoptar las formas más diversas. «No es necesario —escribe— que venga acompañada de violencias y efusión de sangre. Se dan casos en la Historia en que las clases reinantes fueron particularmente inteligentes o... particularmente débiles o cobardes, de suerte que, viéndose colocadas en una situación de constreñimiento, abdicaron espontáneamente.» Peligrosa ilusión, que está contradicha siempre por la Historia. Puede abdicar un monarca y una dinastía, como abdicaron la alemana en 1918 y la española en 1931, porque ya no las necesitaban las respectivas burguesías, antes bien les estorbaban. Pero en ninguno de los dos países abdicó la clase capitalista, ni conozco ningún caso histórico en que abdicara espontáneamente la clase social dominante. El propio Kautsky ha podido ver que las burguesías italiana, alemana y austriaca distan mucho de estar dispuestas a abdicar por propia iniciativa.

El error del revisionismo

A estos enormes errores de táctica —«fe supersticiosa en el Estado», como le escribe Engels a Kautsky con motivo del programa de Erfurt; terror no menos supersticioso ante la supuesta omnipotencia del Estado moderno; esperanza ingenua en la eficacia de los «factores morales», como cree Guillermo Liebknecht, y confianza no menos ingenua en el triunfo por la democracia parlamentaria o por la abdicación espontánea de la clase capitalista, como piensa Kautsky— hay que añadir otro inmenso error doctrinal que tiene también una influencia decisiva y nefasta en todo el socialismo contemporáneo: el revisionismo de Bernstein.

El socialismo había dejado de ser revolucionario por desviación o incompreensión de la doctrina de Marx y Engels, o simplemente porque no quería serlo; pero Bernstein le suministra los fundamentos «científicos» de esa actitud. Se comprende la gran resonancia internacional del revisionismo, porque, como dice Kautsky en su réplica a Bernstein, esta teoría era muy cómoda «para aquellas gentes, cada vez más numerosas, que quisieran vivir en buenas relaciones con el partido socialista, sin declarar la guerra a la sociedad burguesa».

Brevemente, el revisionismo niega los fundamentos económicos y sociales de la teoría política revolucionaria de Marx y Engels. Niega que cada vez aumente el número de proletarios y disminuya el de propietarios; que la concentración capitalista sea cada día mayor; que la quiebra del capitalismo sea inminente. Las tesis de Bernstein fueron presentadas al Congreso de Stuttgart de 1898; al año siguiente, ampliándolas, publicó su libro *Los fundamentos del socialismo y los objetivos de la socialdemocracia*. Nació esta doctrina en una época de gran prosperidad económica, por la expansión del comercio en América, Asia y Oceanía; lo cual contribuyó notablemente, en efecto, a mejorar los jornales y jornadas y a aumentar el número de sociedades anónimas y, por tanto, el de accionistas. La bancarrota del capitalismo parecía muy lejana.

Por consiguiente, había que rectificar a Marx y adaptarse a las circunstancias imprevistas por él y por Engels. Había que despedirse de la revolución y conformarse con la evolución; convertir el socialismo en un nuevo liberalismo, más amplio, más social que el clásico; extender la democracia; en suma: transformar el partido socialista en un partido de reformas democráticas y sociales. «El objeto final —la conquista del poder y la supresión de la clase capitalista— no es nada; el movimiento lo es todo.» En esta frase resumía Bernstein todo su pensamiento.

Kautsky, el partido socialista alemán y la Segunda Internacional, en el Congreso de Amsterdam de 1904, rechazan la doctrina de Bernstein, porque teóricamente todo el mundo es marxista; pero prácticamente la inmensa mayoría son revisionistas, nada más que socialistas liberales y demócratas. Hay que reconocer el valor de Bernstein: por lo menos, él ponía de acuerdo sus palabras con sus ideas y sus hechos.

Lo peor no es que científicamente no tuviera razón, como ha demostrado el curso posterior de la Historia. Aquella prosperidad que deslumbraba a Bernstein a fines del pasado siglo no era eterna, ni siquiera muy durable, como él y otros se imaginaban. En 1934 vemos con claridad meridiana que no era Bernstein quien tenía razón, sino Marx y Engels. La fabulosa cifra de millones de obreros parados confirma la teoría de Marx de que las crisis económicas son cada vez más destructoras y duraderas, como si anunciaran con mayor evidencia su otra teoría sobre la bancarrota del capitalismo. (Algunos atribuyen este afán catastrófico de Marx a su psicología de judío, aficionado a las visiones de milenios y a los cataclismos apocalípticos, a un fondo pesimista y nihilista de su raza; también se ha dicho esto de los judíos comunistas rusos; pero, en este caso, los que tal sostienen se olvidan de que su antagonista Bernstein, cuyo optimismo no puede ponerse en duda, era también judío.)

El capital financiero se concentra más y más en grandes monopolios y proletariza crecientemente a los pequeños comerciantes; precisamente estas clases a punto de

proletarizarse dan el mayor contingente humano, con los parados, al fascismo; el dinero lo ha dado la alta burguesía; pero de este tema del fascismo hablaremos en un número próximo. Cada día hay menos burgueses y más obreros. La lucha de clases es más aguda en todos los países. Se reducen los salarios y aumentan los precios por las restricciones del comercio internacional: se empobrece la clase obrera.

Se hundan la democracia parlamentaria y el liberalismo. La guerra civil, siempre latente en la Historia, está ahora de hecho en todas las calles del mundo. Las catástrofes políticas que están ocurriendo ante nuestros ojos no son sino un eco de las catástrofes sociales. Marx tenía razón: la sociedad capitalista va al cataclismo: nunca una profecía histórica fue tan certera y tan dramática. No hay más que una solución momentánea para el capitalismo: otra guerra inmensa —ya se la siente galopar hacia nosotros—, que destruiría los millones de hombres sobrantes de la industria. Pero con la paz resurgiría la crisis de nuevo, agravada, aún más brutal, que sólo se resolvería por el instante con otra guerra y otra, hasta que la Humanidad quedase más que diezmada y otra vez sumida en la barbarie más espantosa de todos los tiempos. Otra solución es que la clase obrera se resigne a volver a los salarios de hambre, a la servidumbre feudal o a la esclavitud antigua; ya hay signos de restauración de estas instituciones.

Ante estas perspectivas amenazadoras, ¿qué han hecho el revisionismo y el falso marxismo parlamentario, liberal y democrático con la clase obrera? Le han suministrado un opio doctrinal para oscurecer su inteligencia y aletargar el instinto de la acción; la han entregado inerte, desorientada y desmoralizada a la clase dominante y al Estado que la representa. En algunos países, como Portugal, Alemania, Austria, Polonia, Checoslovaquia y España, le han dado una república, creyendo que le daban algo esencial; pero sólo era un accidente. Sobre esto ya previno Engels a los alemanes en su prólogo a la *Guerra civil en Francia*, de Marx, cuando dice: «La gente

creo que da un gran paso hacia adelante si se desembaraça de su fe en una monarquía hereditaria y se hace partidaria de una república democrática. Pero, en realidad, el Estado no es más que un aparato para oprimir a una clase por otra, ni un ápice menos en una república democrática que en una monarquía.»

La vuelta a Marx y Engels

Eso ha sido todo. El socialismo reformista se dejó absorber y desnaturalizar por el Estado metafísico e inexorable, nuevo Juggernaut, ávido de sangre humana como tributo de guerra y como alimento del capitalismo. Cuando en 1914 sonó el clarín bélico, este socialismo castrado, que había dejado de ser internacional y nunca fue revolucionario, se ofreció alegremente como carne de cañón para salvar los capitalismo nacionales. Al término de la guerra pudo hacer la revolución en varios países; pero, fuera de Rusia, no quiso hacerla; la haría más adelante, al final de los tiempos, dentro del Estado, dentro de la ley, dentro de la democracia. Cuando vino el fascismo, capituló sin resistencia, porque la fuerza bruta, a la larga, «tiene que ceder siempre a los factores morales». Dispuesto a dar la vida en el exterior por el Estado de clases, le repugnaba la violencia en el interior, incluso en defensa propia. Malo era que no tuviese armas materiales; lo peor de todo era que también estaba desarmado moralmente. No hubo más excepción que la heroica del proletariado austriaco; pero ese ejemplo, con ser tan doloroso y precisamente por eso mismo, vale tanto como un imperativo histórico que señala el comienzo de una nueva etapa en el socialismo.

Esta etapa quiere decir que hay que volver a Marx y Engels, no con los labios, sino con la inteligencia y con la voluntad. El socialismo reformista está fracasado. Nos engañamos casi todos, y ya es hora de reconocerlo. No ha fracasado el socialismo revolucionario, como afirman sus enemigos, sino su falsificación. Marx y Engels tenían

razón en todo, en su teoría de la Historia y del Estado y en su programa de acción. La Historia es una guerra civil permanente, y ¡ay! de los que lo ignoran o no quieren reconocerlo, o de los que pretenden estar a bien con todos los beligerantes: a la postre, serán aplastados o esclavizados. Esto no significa que cada día haya que dar un golpe de mano: ello será ingenuo anarquismo o blanquismo estéril. Significa sencillamente que el socialismo debe estar en todo momento en pie de guerra moral, dispuesto a materializarla en cualquier coyuntura favorable.

No fiemos únicamente en la democracia parlamentaria, incluso si alguna vez el socialismo logra una mayoría: si no emplea la violencia, el capitalismo le derrotará en otros frentes con sus formidables armas económicas. Porque no caigamos tampoco en la cándida ilusión de Kautsky: el capitalismo no abdicará espontáneamente. De esto tiene que convencerse el socialismo en su nueva etapa. Y si no se convence, acabarán barriéndolo de todas partes y, dueño del campo político social, quedará sólo el comunismo.

Núm. 2. Madrid, junio de 1934

GLOSAS DEL MES

La decadencia de los Gobiernos de la República

El que redacta estas Glosas quiere empezar hoy abriendo la intimidad de su conciencia al discreto lector. Está encantado de redactar estos pequeños comentarios a los grandes anales del mes transcurrido, porque así hace su aprendizaje de historiador, para cuyo oficio se reconocía sin méritos, y se acostumbra a contemplar los acontecimientos mensuales con serena mirada de lejanía, como corresponde hasta a un modesto juez de la Historia. Pero al propio tiempo, en el instante de escribir, le invaden la confusión y el desaliento. Había inscrito en su cuaderno de notas una serie de importantes sucesos acaecidos en el mes que expira: una crisis de Gobierno, dos o tres debates políticos, tres o cuatro discursos resonantes, cuatro o cinco maniobras de los partidos de la derecha, cinco o seis tentativas de coalición de los partidos republicanos de izquierda, sucesos todos que, en su día, agitaron el ánimo del cronista con su volumen, que parecía descomunal; con su emoción, que parecía profunda; con su gravedad, que parecía eterna. ¿Y qué queda de todo ello? ¿Qué queda, por ejemplo, de la crisis que despojó del Poder al señor Lerroux y se lo traspasó al señor Samper? Queda, naturalmente, el señor Samper. ¿Pero estamos bien seguros de ello? ¿Existe aún el señor Samper como jefe de Gobierno? Nuestra duda va más lejos: ¿existe en realidad el señor Samper?

Nosotros conocimos un señor Samper en las Cortes Constituyentes; formó parte también de la Comisión encargada de dictaminar sobre la flamante y ya inútil Constitución de la segunda República española. El señor Sam-

per era una persona amable que llegaba siempre con retraso a todas las reuniones, que planteaba debates sobre cuestiones ya resueltas, que parecía venir de lejos, de muy lejos, de otro continente, acaso de otro planeta, desde luego de otro tiempo histórico. Nos dijeron que el señor Samper había sido alcalde de Valencia. Y pensamos: ¡pobres valencianos! ¡Haber estado regidos por un señor tan fino, pero tan ausente, tan ingrátido, tan irreal! Mas he ahí que de pronto el señor Samper es nombrado presidente del Consejo de ministros, sustituyendo al señor Lerroux. Creemos que al señor Lerroux, como hombre de Estado, le puede sustituir cualquiera con ventaja. Sin embargo, al caer un jefe de Gobierno, el problema no es sólo sustituirle, sino buscar un hombre que sea, como dicen los ingleses, el *right man in the right place*: el hombre debido en el puesto debido. ¿Lo es el señor Samper? ¿Este señor Samper es el otro Samper de cuya existencia dudábamos? Nos aseguran que sí. Habrá que creerlo.

No censuramos al señor Samper. Antes le compadecemos. Le compadecemos sobre todo el día de su presentación como jefe del Gobierno ante el Parlamento. Su objetiva modestia no podía engañar a nadie. No censuramos personalmente a nadie. Censuramos el sistema constitucional, que hace posible que cualquier persona pueda ser presidente del Consejo de ministros. Es el modo de acabar con todos los hombres que tengan condiciones para ser presidentes del Consejo de ministros y de que no vuelva a haber en la República española un jefe de Gobierno auténtico. El estrago para la República sería evidente. Ya lo está siendo.

Detengámonos un poco en el tema, que bien lo merece.

Nadie negará que uno de los motivos que favorecen al fascismo en todos los países es la decadencia del sistema parlamentario. Esta decadencia no se manifiesta sólo en la lentitud de la labor legislativa, por obra dilatoria de las oposiciones, de la táctica obstruccionista y de los grandes torneos oratorios, que hacen del Parlamento un teatro, con sus divos y sus coros, en vez de ser, como

debiera, una Comisión plenaria, en que el conocimiento objetivo y escueto prevaleciese sobre la frondosidad retórica. Se manifiesta también, agravada, en la multiplicidad e inestabilidad de los partidos y, como consecuencia, en la talla crecientemente rebajada de los hombres de gobierno. El sueño de la mayoría de los diputados del Parlamento no es legislar, sino ser ministros. La ambición objetiva de dotar al país de leyes eficaces. De ahí las pequeñas intrigas y maniobras personales, las disidencias y escisiones de los partidos.

El hombre suelto o representante de una tertulia de cuatro amigos, ¿qué es y qué representa? Puede ser un especialista o un hombre excepcionalmente dotado en el arte de gobernar; pero ¿dónde está el arte, ni la competencia, ni la representación de ideas o intereses de esa legión de emboscados o guerrilleros parlamentarios que al día siguiente de una crisis hemos visto con sorpresa aparecer en el banco azul del Gobierno? La República descende a la categoría de un Ayuntamiento aldeano con esta selección al revés de sus gobernantes. Sin contar que es una vergüenza y un gravamen bochornoso para el Erario esa lista ya interminable de ex ministros de la República a los tres años de su instauración. A menos que eso sea un método de aliviar el paro forzoso, pues a este paso todos los españoles llegarán a ser ministros: bastará que la República dure una docena de años.

La selección de los hombres de gobierno ha de hacerla el Parlamento y sólo el Parlamento. Pero el Parlamento ha de hacer sobre todo la selección de los jefes de Gobierno. Los estadistas geniales no pueden descubrirse por intuición, por grande que ésta sea, sino en la práctica política y parlamentaria. Nadie disputará títulos de hombre de gobierno a Manuel Azaña; pues los reveló en el Parlamento. Esto no quiere decir que todo gran parlamentario sea un gran estadista; son funciones diversas. Un gran estadista, una gran personalidad política, puede ser incluso un mediano parlamentario; pero siempre conocerá mejor sus aptitudes el Parlamento o su partido que el ojo de un buen cubero.

Mala política, por poco inteligente, contribuir a la división de los partidos y al encumbramiento de medianías o de figuras que nada son ni nada representan, porque ello desmoraliza a los hombres y partidos más aptos y responsables, y el pueblo acaba perdiendo el amor y el respeto a un Régimen que así escoge sus gobernantes. La monarquía se hundió porque la Corona, celosa de su poder, fue desintegrando todos sus partidos, sembrando la rivalidad entre sus jefes y llevando al Gobierno y a su cabecera a los hombres más mediocres que encontraba a mano, hasta dárselo a un *miles gloriosus*. Y a la hora de la crisis cayó sin gallardía ni gloria, entre la rechifla de un pueblo que estaba ya harto de tantas ridículas arbitrariedades del soberano y entre la indiferencia o el desprecio de sus antiguos leales. Jugar con los hombres, con los partidos y con el Parlamento es peligroso para cualquier régimen, pero singularmente para un régimen que pretende ser democrático. No lo olviden los poderes republicanos. Hay que rectificar —ahora, sí— los procedimientos selectivos de la República, si se quiere que la República subsista.

¿Pero no estábamos hablando del señor Samper? Sí; precisamente hablábamos del señor Samper.

Maíz, arroz y venalidad

Siendo tan grave, lo peor para el porvenir de la República no es la decadencia de la personalidad en sus Gobiernos, a partir del primero que presidió el señor Lerroux. Lo peor es la decadencia también de la norma ética. Los Gobiernos republicanosocialistas del primer bienio y medio de la República se distinguieron por la austeridad de sus hombres. El diente del calumnia, que algo queda, se melló en la conducta diamantina de aquellos gobernantes, y no quedó nada más que el diente roto de los canes difamadores. No basta desde luego la pulcritud para gobernar a un pueblo; pero sin pulcritud nunca se le podrá gobernar bien. Es el principio de todo buen Gobierno.

Pues bien: a los pocos meses de Gobiernos radical-derechistas, ya hay un gran escándalo público. El Gobierno hace un convenio de trueque de maíz argentino por arroz español. Se otorga la concesión de ese negocio, tras un concurso, al Banco Exterior de España, que es un organismo del Estado; pero este Banco, antes de recibir la concesión, mas sin duda contando de antemano con ella, se la transfiere a unos particulares por 250.000 pesetas, cuando el negocio iba a rendir una cantidad superior a cuatro millones.

¿Quién se iba a beneficiar, además de los concesionarios por transferencia, de una operación tan desastrosa para el Erario público? ¿Por qué el Banco Exterior renunciaba a ganar por lo menos cerca de cuatro millones de pesetas? No ha podido saberse hasta la fecha. Dimitió el gobernador de ese Banco; pero tratándose de un evidente delito, parece que la dimisión no debiera bastar. Tampoco se ha averiguado si hay o no responsables en otros departamentos del Estado relacionados con esa operación y con el propio Banco. En la prensa diaria se han hecho acusaciones concretas. Todo inútil. Mucho tememos que el escándalo del maíz y el arroz quede enterrado bajo siete pies de tierra.

Lo que no podrá enterrarse es la naturaleza de ese suceso sintomático: el «modo» ético. A los Gobiernos republicanosocialistas les reprochaban los partidos que ahora están en el Poder los «modos» de gobernar. Pudieron ser duros esos modos, y a nosotros nos parece que fueron todo lo contrario, pero no eran modos de venalidad.

Algunos se sorprenden de que las derechas, sostén del actual Gobierno, toleren estos otros modos. A nosotros no nos sorprende esa tolerancia. No sólo no les preocupa el descrédito de la República, sino que lo desean. Para poder decir algún día: «En la monarquía, por lo menos, se guardaban mejor las formas.» El juego está claro: el partido radical da el Poder a las derechas —haber del clero, amnistía, derogación de la ley de Términos municipales, restablecimiento de la pena de muerte, incremen-

to de la fuerza pública y otras medidas que están rectificando la obra de la República y fortaleciendo los órganos de la represión—, a cambio de que las derechas autoricen leyes como la de las construcciones navales, la de tarifas ferroviarias y otros créditos a las Empresas privadas. Y a cambio de que no apriete demasiado en escándalos como el del maíz y el arroz. *Do ut des*. Doy patentes de corso, para que me des la República. Máxima romana... y jesuítica. El propósito salta a la vista: se trata de deshonar a la República para convertirla después en otro Paraguay de la Compañía de Jesús.

Martínez Barrio o el hombre-muelle

El señor Martínez Barrio se ha separado del partido radical con una veintena de diputados. La razón aparente es que el partido radical está dispuesto a gobernar con las huestes parlamentarias de Gil Robles. ¿Pero no está gobernando ya? ¿Y hubiera gobernado, ahora de hecho o más tarde de derecho, si el propio Martínez Barrio, siendo presidente del Consejo de ministros, no hubiera colaborado ardientemente con todos los recursos del Poder a su triunfo electoral, mermando la representación de los socialistas y anulando casi la de los republicanos de izquierda? Donosa manera de rectificarse.

El motivo verdadero de su separación debe ser muy otro, que tiene bien poco que ver con la conciencia republicana del señor Martínez Barrio. No nos extrañaría que la misión de este político sevillano —cauto y frío, excelente administrador de su parvo tesoro de estadística— fuera algo así como lo que los internacionalistas británicos llaman un *buffer State*, un Estado-muelle, interpuesto entre dos Estados fuertes para recibir y amortiguar sus choques. El señor Martínez Barrio será el hombre-muelle o el hombre-tapón entre las derechas monarquizantes y las izquierdas republicanas. Evitará, en lo posible, que el Poder vaya a una mano u otra en los momentos críticos. Responde a esa política de equilibrio y

de justo medio que es el sueño o la candidez de los que aspiran a una República para todos y acabará no siendo para nadie. El señor Martínez Barrio parece la inspiración y creación de ese sueño. No tardaremos en comprobarlo.

De todos modos, no vamos a reñir con él por su escisión. De todas las que ha habido en la República, la suya nos parece la más razonable. Se aleja de un partido a quien lo mismo le da la República o la monarquía y a quien sólo le importan los intereses privados. Tan supervivencia de la monarquía como las derechas son Lerroux y la mayoría de su partido, en tanto que fuerzas oligárquicas. A nosotros no pueden engañarnos los rótulos. Si el señor Martínez Barrio se separa también de las oligarquías tradicionales, y no sólo del partido radical y las derechas, que pretenden monopolizarlas, su gesto tendrá alguna razón objetiva y clara, además de la recóndita que hemos insinuado. El radicalismo más o menos puro del señor Martínez Barrio nos tiene sin cuidado; lo que importa es que lo ponga al servicio del interés público. Y que no estorbe, como cuando fue presidente del Gobierno, a la voluntad nacional, que sigue estando, en su inmensa mayoría, a la izquierda; que no sea el freno de la clase obrera organizada; que no tome, en suma, demasiado a pecho su papel de hombre-muelle, de partido-tapón.

Calvo Sotelo, el catalizador

Fue el niño prodigio de la Hacienda durante la dictadura del general Primo de Rivera. Le habíamos conocido pocos años antes en el Ateneo de Madrid, vistiendo el uniforme de soldado. Era ya entonces el chico listo, buen opositor a las carreras públicas, de esos que se aprenden de carretilla los pequeños manuales. Comprendemos que deslumbrara al dictador, cuyo fuerte no parece que fueran las ciencias del número; pero era mucha pretensión querer sofisticar también a las Cortes de la República con sus prestidigitaciones de arbitrista de feria o de ca-

sino aldeano. Una cosa quedó clara en el debate: que el señor Calvo Sotelo no era ni siquiera un niño prodigio, sino un parlanchín, un bachiller de Hacienda; para algunos, sólo un primario. Lo único prodigioso es que un hombre tan inepto —por no decir más— tuviera en sus manos, durante seis años, las finanzas públicas de España. Cinco mil millones de pesetas costó la broma al Erario nacional. Y a la monarquía le costó su hundimiento. Menos mal.

Pero lo más grave no fue que el señor Calvo Sotelo endeudara a la nación en cinco mil millones de pesetas, sino que la endeudara inútilmente. Hubiera gastado esos millones, y aun más, en obras públicas, pulcramente administradas —en vez de haber hecho de ellas una merienda de negros—, en escuelas, en sanidad, en reconstruir los pueblos-adares de España, en organizar el comercio exterior, en fomentar la alta cultura, en combatir la miseria y el atraso nacionales, y nada habría que decirle. No somos de los que se prosternan ante el fetichismo de la nivelación presupuestaria. Lo que hay que hacer es nivelar la vida del pueblo con las normas ya establecidas en todo el mundo civilizado, aunque haya que endeudarse hasta la coronilla. Endeudarse así es sembrar para las generaciones venideras, que, en justa reciprocidad, aceptan con gusto estos sacrificios.

Lo que no puede aceptarse es que se agobie el presente y porvenir de una nación con gastos improductivos y sólo beneficiosos para el interés privado. Esto hizo la dictadura. Por eso —y no sólo por la supresión de las libertades públicas— se deshonró ante la Historia y es pueril querer rehabilitarla. En ese punto, a nuestro juicio, debió centrarse el debate parlamentario: no en lo que gastó, sino en la forma estúpida, sin tener en cuenta el interés público, de gastarlo. Y al contrario: la República no debe avergonzarse de sus dispendios en los dos primeros años, sino, antes bien, de no haber sido más espléndida en la dotación de los servicios contra la incultura, contra la pobreza, contra la insalubridad. Un Estado revolucionario no puede ser avaro ni cicatero.

La incorporación del señor Calvo Sotelo a la política española será fructífera. Por de pronto ya ha demostrado que la dictadura fue aún peor de lo que pensábamos. Pero todavía ha de rendir mejores servicios. No sabemos por qué, parte de las derechas veían en él no sólo un genio financiero —así andan de cultura hacendística—, sino un aglutinante de las distintas fracciones. Era la mayor esperanza del fascismo español, del espíritu monárquico-absolutista sin monarca: la persona y el nombre —Alfonso, Juan o Gonzalo— vendrían después o nunca, porque el fascista auténtico es más leal al verdadero jefe, a un Hitler o un Dollfuss, que a un Hohenzollern o un Habsburgo. Pero Calvo Sotelo no es un aglutinante, sino un catalizador, un disolvente. Acaba de llegar del destierro y su presencia ya está engendrando la guerra civil en las derechas. Los de Renovación llaman traidores a los de la C. E. D. A. en sus discursos y artículos. Y los de la C. E. D. A., unos quieren volver al campo monárquico, sin máscaras tácticas; otros quieren avanzar un poco más en el campo republicano. A todo esto, el señor Calvo Sotelo declara solemnemente en el Parlamento que el pasado no le importa, porque no puede volver. Consternación en las filas monárquicas. Pues el pasado, ¿no es la monarquía? El señor Calvo Sotelo desertó de los partidos monárquicos tradicionales para pasarse a la dictadura. Ahora también parece dispuesto a abandonarlos. Se ve que no es un romántico, sino un «técnico». ¿Adónde irá ahora? Claramente se advierte que le fascina el Poder, sea como sea. Es un patriota: quiere salvar de nuevo a España. ¿Adónde irá? En la C. E. D. A. está la sombra de Gil Robles, alerta y desconfiada. El lerrouxismo ha perdido a Martínez Barrio, y Marraco es un hacendista demasiado celtibérico. El destino de Calvo Sotelo está probablemente en los brazos paternales de don Alejandro Lerroux. Después de todo, la psicología de Lerroux y la del general Primo de Rivera parecen mellizas, en cuanto hombres «providenciales».

Los socialistas y la República

Indalecio Prieto contestó a los sofismas de Calvo Sotelo con dos discursos magistrales, poniendo en evidencia los despilfarros y torpezas financieras de la dictadura. El diputado socialista por Bilbao ha sido, como hombre de gobierno, una de las mayores revelaciones de la República, primero en el Ministerio de Hacienda—adonde fue el 14 de abril como un forzado, porque no quería ir nadie, según sus propias palabras— y después en el de Obras Públicas. Prieto haría, además, un buen ministro en cualquier otro departamento, no porque sea una enciclopedia ambulante de ciencias del Estado, sino porque está dotado como pocos para el arte de la política, que es lo esencial en un gobernante.

Imaginativo y realista, sabe buscar rumbos en las estrellas sin dejar de medir el terreno que pisa. No desdeña la técnica, pero tampoco se postra ante ella en actitud fetichista, sino que toma de sus enseñanzas y consejos lo útil y posible para cada día. Añádase a eso su agudísima inteligencia y su enorme poder de asimilación, que le permiten familiarizarse rápidamente y a fondo con los problemas del Estado más complejos y abstrusos, y se comprenderá que Prieto deje una huella duradera y ejemplar por dondequiera que pasa como hombre de gobierno. Hay otra razón que da carácter a su obra: su austeridad y su pasión por el bien público. Sin estos móviles, ningún gobernante adquiere grandeza. Son los impulsos profundos de toda gran creación política. Y en Prieto se dan muy colmadamente.

Dicho esto, hay que reconocer que esos discursos y casi toda la campaña parlamentaria de Prieto y otros diputados socialistas en estas Cortes, que tanto les honra personalmente y tanto enaltece al partido de que forman parte, son servicios a la República que debieron haber realizado, antes que nadie, los propios republicanos. Sin la defensa constante que los socialistas vienen haciendo de la obra republicana, ¿qué sería de esa obra y de la República misma? Y eso en un período en que,

como pago a los servicios republicanos de los socialistas, se trata de arrojarlos extramuros de la República.

Cuando la lucha de clases, reflejada en la política y en la vida social, es más dura en España, los socialistas tienen que levantarse a defender una República que los repudia y persigue, por inhibición de los republicanos mejores. Los socialistas están salvando a la República no sólo en el Parlamento, sino también fuera de él, pues qué duda cabe que si su actitud hubiera sido otra ante la amenaza de un Gobierno de derechas, plenamente restaurador de las antiguas oligarquías monárquicas, éstas se hubieran adueñado ya de la República y estarían dispuestas incluso a dar un golpe de Estado para mantenerse indefinidamente en el Poder. La decisión revolucionaria de la clase obrera está evitando que la contrarrevolución llegue a sus últimas consecuencias. Este hecho no lo puede negar ya nadie sin ofuscación o sin injusticia.

Éxito estimulante

El éxito del primer número de *Leviatán* nos ha sorprendido gratamente. Hubo que hacer tres tiradas, y no se hizo la cuarta porque ya se había fundido el molde. No hemos podido satisfacer toda la demanda; para América y demás países extranjeros no ha podido salir un solo ejemplar; toda la tirada se ha consumido en España. Sirvan estas líneas de explicación y excusa.

El síntoma que revela esta apetencia no puede ser más lisonjero. El público quiere, de una parte, estudios meditados y documentados sobre los problemas vitales de la época; de otra, busca el juicio de los escritores independientes, excluidos casi en su totalidad, en España como en todos los países, de la prensa de empresa.

Sólo un reparo importante hemos oído: que la Revista es cara. Lo es, sin duda, para muchos lectores necesitados, y la mayoría de los nuestros lo son: hoy, en España, la avidez de conocimiento y la pobreza van casi siempre juntas; las clases ricas leen poco o nada. Pero

los que nos hacen ese reparo, bien justo, tengan en cuenta que todos los componentes de la Revista son también caros —el papel sobre todo, por la inicua protección arancelaria de que en España goza esta industria—. Si el público sigue favoreciéndonos y nos permite duplicar la tirada inicial, podrá abaratare el precio de la Revista. Entre tanto, recomendamos a los lectores más pobres que formen grupos de dos o más para poder suscribirse. La base de la Revista han de ser las suscripciones.

Agradecemos a la prensa diaria y no diaria las palabras de aliento con que ha acogido nuestro primer número. Y correspondemos a su benevolencia y a la de los lectores con este propósito: que cada nuevo número supere al anterior.

Núm. 2. Madrid, junio de 1934

UN AÑO DE NACIONALSOCIALISMO

Por ANTONIO RAMOS OLIVEIRA

El desgaste del nacionalsocialismo en el Poder

Hace un año, en la manifestación berlinesa de 1.º de mayo en el campo de Tempelhof, Adolfo Hitler anunció el comienzo de la revolución nacional. El 1.º de mayo de 1934, el *Führer* ni siquiera ha podido trazar ante la masa que invadía el aeródromo un modestísimo balance de la obra realizada por el nacionalsocialismo en los quince meses que lleva en el Poder. A la vista tengo el discurso pronunciado por Hitler. A juzgar por este documento, es evidente que la férrea dictadura hitleriana se ha gastado en un año más de lo que el canciller pudiera imaginarse. No sólo han sido sorprendidos, sin duda, por este rápido acabamiento —acabamiento moral— los jefes del nacionalsocialismo. De los hombres de la oposición, quién más, quién menos, pocos seguramente esperaban ver a Adolfo Hitler, a los quince meses de gobierno, tan falto de la confianza general.

Pero un año en el Poder es mucho tiempo para un Partido que estuvo catorce en guerra implacable con la República democrática y parlamentaria. No negaré que el hitlerismo ha hecho, desde que se adueñó de los destinos de Alemania, lo que *podía* y lo que *debía* hacer. Su misión histórica era una en la oposición y otra en el Poder. En catorce años cumplió su primera etapa. En uno solo ha perfilado nítidamente la segunda. Hoy todo el mundo inteligente sabe ya a qué atenerse respecto del nacionalsocialismo. El movimiento nazi tiene historia en sus dos dimensiones de promesa y realización. Es una medalla

completa, totalmente elaborada, con su anverso, su canto y su reverso. El tiempo que haya de estar en circulación no es fácil profetizarlo.

Cuando las masas obreras y mesocráticas, la pequeña burguesía y una parte de la grande, han visto la verdadera efigie, en la práctica, del Tercer Reich, se han llamado a engaño, muy justamente. El pueblo alemán, como todos los pueblos que han sufrido mucho, se fía poco de las palabras. Sin la desesperación que lo enloquece al producirse la crisis de la racionalización, con su secuela de seis millones de sintrabajo, Hitler no hubiera obtenido el 44 por 100 de los votos emitidos en las elecciones del 5 de marzo de 1933, celebradas además en régimen de terror. Y esa cifra, que constituye la base del hitlerismo en cuanto fuente auténtica de Poder, sobre no ser todo lo grandiosa que requiere el empeño de edificar un nuevo Estado —el *Führer* ha ejercitado el blanquismo—, exigía al nacionalsocialismo, una vez que se había erigido en núcleo gobernante, esfuerzos que la ampliaran, hechos que, agrandando su pedestal popular, rectificaran el origen blanquista —o sea la imposición de una minoría a toda la nación— de la victoria nazi.

No podía Adolfo Hitler, brazo derecho de las oligarquías, ensanchar su basamenta. Con su política ultracapitalista, imperialista, la ha mermado. La consecuencia fatal, en este momento bien acusada, es: el proletariado que Hitler logró atraerse, exterioriza su disgusto. Se vuelve, pasivamente por lo pronto, contra el régimen. Y las clases conservadoras, que han advertido la desviación, recelan del nacionalsocialismo, temerosas de que, como cabe suponer, no caiga Hitler solo, sino que también sean ellas sepultadas por el hundimiento.

El discurso pronunciado por el canciller en el campo de Tempelhof el día 1.º del mes pasado no es ya aquel manojito de promesas encendidas con que Hitler arrebató hasta hace poco a las masas. Es, al contrario, la oración opaca, en cierto modo tímida, de un político consciente de que las realidades por él creadas son más fuertes que las palabras. Un pueblo que durante catorce años

ha oído pregonar en todas las esquinas el programa nacionalsocialista sabe que entre aquel programa, arrumbado demasiado rápidamente por los hombres del Tercer Reich, y la antiobrera de los gobernantes hitlerianos media un abismo.

Si Hitler no se hubiera apropiado totalmente el Poder podría disculpar ante la nación su política, exponiendo los obstáculos, ciertos o imaginarios, que le impedían realizar aquella parte de su programa que justificaba el apellido socialista del movimiento. Pero el nacionalsocialismo ha hecho del Estado un instrumento exclusivamente suyo, y, como partido, se ha erigido en Estado. Ha disuelto todas las organizaciones políticas adversarias y afines. Huelga decir que en Alemania no existe ya ni sombra de Constitución. El Presidente de la República, Hindenburg, se limita a firmar lo que le presenta el canciller, que goza de plenos poderes. Pocas veces en la historia ha tenido un hombre en sus manos los destinos de un pueblo con tanta plenitud. Hitler, dictador indiscutible, es el jefe del Estado y del Gobierno al mismo tiempo. El tercer Reich está fundado sobre la obediencia a él, a Hitler, al *Führer*. Un monarca absoluto no disfrutaba de más poder.

Lo que Hitler prometió

Y, sin embargo, nada de cuanto prometía el programa nacionalsocialista en sus puntos del 11 al 18 se ha cumplido. En cambio, el Gobierno ha puesto en vigor medidas antípodas. Para todo marxista, claro es, el programa hitleriano, en lo que tenía de socializante y en lo que invocaba la justicia social, era puro *camouflage*, engaño y cebo del capitalismo para adscribirse masas de asalariados. No podían pensar lo mismo los trabajadores ingenuos, que ignoraban cómo Hitler desenvolvía su movimiento gracias al dinero de los grandes industriales, y cómo le fue entregado el Poder de acuerdo con von Papen, la figura más destacada de los terratenientes y la aristocracia feudal, y con la anuencia del banquero

Schroeder, representante de la industria pesada. Cierto que si la connivencia de Adolfo Hitler con los magnates de la Banca se hallaba encubierta, todo el mundo sabía que el líder del nacionalsocialismo estaba en relación, denunciada a menudo por los periódicos gráficos, con Augusto Guillermo de Prusia, el gran duque de Baviera, el príncipe Cristián Schaumburg-Lippe, el príncipe Gwido Henckel-Donesmark y demás personajes de la vieja oligarquía imperial. Los que creyeron, en Alemania y fuera de Alemania, que era compatible el programa nazi con los intereses de la gran burguesía y éstos con los del proletariado, tiempo han tenido ya de abandonar esa estúpida ilusión.

Pedía el nacionalsocialismo en sus famosos 25 puntos: en el 11, «la supresión de las rentas que no proceden directamente del trabajo intelectual o manual y la abolición completa de la esclavitud del interés»; en el 12, «considerando los enormes sacrificios que en bienes y en sangre impone toda guerra al pueblo, reclamamos que todo enriquecimiento logrado a causa de la guerra sea considerado como un crimen contra el pueblo. Exigimos la confiscación inmediata de todas las fortunas debidas a la guerra»; en el 13, «pedimos la estatificación de las Sociedades de Empresa (trusts)»; en el 14, «pedimos la participación en los beneficios de las grandes industrias»; en el 15, «cuando el obrero sepa que al fin de sus días no le aguarda la miseria, se dispondrá mejor a reconocer sus deberes hacia la comunidad; pedimos la ampliación del seguro de vejez»; en el 16, «pedimos la creación de una clase media sana y dotada de posibilidades de existencia; pedimos también la distribución regular y a precios accesibles de las mercancías de la gran industria entre los pequeños artesanos, a los cuales el Gobierno debe prestar la más cariñosa solicitud»; en el 17, «pedimos una reforma agraria radical que satisfaga las necesidades nacionales, y la elaboración de una ley especial instituyendo la distribución gratuita de tierras con fines de utilidad pública; pedimos la supresión de los impuestos sobre los beneficios de las explotaciones agrícolas y la prohibición

de toda especulación sobre los terrenos»; en el 18, «pedimos que sean perseguidos duramente todos los que con su actividad egoísta dañen los intereses de la comunidad; pedimos que los autores de crímenes contra el Estado, los usureros y los especuladores sean condenados a muerte, sin distinción de religión ni de raza».

Lo que Hitler ha dado

¿Qué se ha hecho de aquel programa? El 30 de enero de 1933 le fue entregado el Poder, sin violencias ni marcha alguna sobre Berlín, a Adolfo Hitler. Cuál no sería la sorpresa —la primera sorpresa— de los trabajadores, que esperaban un socialismo nacional, cuando cinco meses más tarde, el 3 de julio, exclama el canciller en Reichenhall: «La revolución ha terminado. ¡Ay de quien intente una segunda revolución!» Entonces comienza la inquietud en las filas hitlerianas. La declaración de Hitler salía al paso de las impaciencias ostensibles de una parte del nacionalsocialismo.

En efecto, no ha habido segunda revolución. Ni segunda ni primera. La propiedad privada es sagrada en el Tercer Reich, como en la República de Weimar, sólo que ahora los capitalistas consideran, y para ello se dieron el sistema actual, que están al abrigo de veleidades socializantes.

Algunos jefes provinciales del hitlerismo, exteriorizando inquietudes de la clase media y la pequeña burguesía, que confiaban aún en la sinceridad del programa nazi —casi toda la pequeña burguesía alemana se hizo hitlerista rabiosa—, supusieron que había llegado la hora de cumplir el punto 11, y no sabían a qué atenerse cuando los prestatarios se negaban a reintegrar el dinero recibido o a abonar los intereses acordados. Para poner las cosas en su lugar, el 15 de agosto de 1933 el Ministerio de Economía del Reich hizo pública la siguiente nota oficial: «Según se desprende de numerosos escritos de institutos de crédito, nuevamente, en casos aislados, se

han negado algunos deudores a reintegrar los créditos que les fueron concedidos o han exigido la anulación de sus intereses, basándose en que se han dictado leyes por el Gobierno del Reich cuyo alcance consiste ya en condonar con carácter general las deudas y los intereses, bien en rebajar éstos. Esa presunción carece de todo fundamento.»

Hitler había prometido abolir la «Zinsknechtschaft», o sea la esclavitud del interés, lo cual, naturalmente, produjo en la pequeña burguesía, exprimida por los Bancos y por los usureros, una reacción casi unánime a favor del nacionalsocialismo. La desilusión de esas capas sociales semiproletarizadas por el absorcionismo de las grandes entidades financieras ha sido, como queda demostrado, brutal e inmediata. El poder económico continúa circunscrito, y ahora más acentuadamente que en la República de Weimar, a los grupos de la industria pesada y la alta Banca, cuya expresión en el terreno político es el nacionalsocialismo.

Habíamos de carecer de otros datos para poder juzgar la situación de los trabajadores y las empresas, y con los que voy a ofrecer al lector, extraídos de los balances de los «trusts», tendríamos bastante. Asomarse a estos balances de las grandes empresas es, ante todo, descubrir a los únicos beneficiarios del Tercer Reich. Comparemos, pues, algunas partidas de los años 1932 y 1933. Por ejemplo, las de salarios. La «Gute-Hoffnung-Hütte» pagó en 1932 jornales por valor de 38,8 millones de marcos, y en 1933 sólo 31,1 millones. La gran compañía «Hoesch» invirtió en jornales, en 1932, 43,6 millones de marcos. En 1933 quedaron reducidos a 38,9. Krupp desembolsó en 1932, por el mismo concepto, 69,5 millones. En 1933, sólo 67,4 millones.

Por tanto, en 1933 disminuyeron las sumas empleadas en jornales en esas tres empresas en un 33,7 por 100 con respecto al año anterior. Y, sin embargo, el número de obreros empleados aumentó en las factorías Krupp en 8.000, y en la «Hoesch» en 1.300, mientras que se redujo en la «Gute-Hoffnung-Hütte». Ha habido, si no

mienten las matemáticas, una rebaja de salarios general y honda. Pero aquí están las cifras exactas: La «Gute-Hoffnung-Hütte» pagó en 1932 un jornal semanal medio, incluidos los sueldos de los directores y el alto personal, de 45,87 marcos. En 1933, el primer año de hitlerismo, 36,92 marcos. La empresa «Hoesch» distribuyó un salario medio semanal de 44,42 marcos en 1932. En 1933, de 36,82. La casa Krupp, en 1932, 37,54 marcos, y en 1933, 29,86. Consiguientemente, ateniéndose a los balances de las tres entidades mencionadas, el salario semanal quedó disminuido en 1933 en un 20 por 100 por término medio.

Veamos ahora las ganancias líquidas de los grandes consorcios industriales. En 1932 obtuvo la «Hoesch» un beneficio de 12,5 millones de marcos, suma que se elevó en 1933 a 23,7 millones, es decir, en un 89 por 100. En el mismo lapso, Krupp acreció sus ganancias de 20,3 a 35,3 millones de marcos. O lo que es igual, en un 75 por 100. El consorcio Kloeckner, del que no tengo datos referentes a obreros y salarios, aumentó su beneficio de 9,2 a 20,8 millones de marcos, es decir, en más del 125 por 100. Y la «Gute-Hoffnung-Hütte», que perdió en 1932 7,6 millones, redujo su retroceso en 1933 a 2,7 millones de marcos.

¡En tanto que los jornales disminuyen en un 20 por 100, los beneficios se elevan en un 100 por 100!

Que los «trusts» reciben enormes subvenciones del Gobierno —es natural que Hitler devuelva ahora, a costa del Estado, el dinero que aportaron a su movimiento los banqueros e industriales— no ofrece duda alguna. De los balances de las empresas se desprende esa verdad de modo incuestionable. Porque, generalmente, las ganancias se hallan en relación harto arbitraria con la producción. En 1933, el consorcio «Hoesch» ha fabricado menos que en 1932. Pues con todo eso, el beneficio ha aumentado en 11,2 millones. Está claro que esa ganancia no se justifica con los 4,7 millones que importan las reducciones de jornales ni con el perfeccionamiento de los métodos de trabajo. Pero aún hay casos más sangrientos: Krupp ha acrecido en el período a que me refiero el va-

lor de su producción total en 22 millones de marcos. Ha rebajado los salarios en 2,1 millones. ¿Qué milagros han sucedido para que el beneficio neto haya aumentado en 15 millones de marcos? ¿Se pueden producir mercancías por valor de 22 millones y obtener una ganancia de 15 millones?

Nadie ignora que Krupp von Bohlen es el más calificado fabricante de cañones de Alemania. Partiendo de esta premisa, desaparece el enigma: Krupp puede operar con las cifras arriba estampadas; primero, porque ha disminuido los salarios notablemente; segundo, porque el Estado le ha encargado material de guerra a precios exorbitantes, y tercero, porque además ha sido obsequiado con fuertes subvenciones.

El paro forzoso

En su discurso de Tempelhof el 1.º de mayo pasado, Adolfo Hitler sólo rindió cuentas por lo que atañe al paro forzoso. «Hemos reincorporado a la producción —dijo— a más de tres millones de alemanes.» Lo mismo pudo afirmar que en Alemania no existen ya más que 100.000 personas sin trabajo. Hitler puede decir lo que se le antoje. ¿Quién le desmiente? Eso en primer término. Y luego: ¿con qué cifras se le desmiente? Una de las barbaridades cometidas por el nacionalsocialismo ha sido «uniformar» —es la traducción más exacta del verbo «gleichschalten»— el «Instituto para la investigación de la coyuntura». Encajado este órgano, verdaderamente admirable, de la ciencia estadística alemana, por el doctor Goebbels, en el Ministerio de la Propaganda, ha perdido toda seriedad. En Alemania no hay ya más estadísticas que las oficiales, encaminadas todas, sin excepción, a demostrar las excelencias de la dictadura nazi.

¿Ha afrontado Hitler con éxito el problema del paro? No he de negar que se ha preocupado por resolverlo. ¿Cómo? Promoviendo obras públicas, eximiendo de impuestos a las nuevas industrias y a los dueños de inmue-

bles en reforma o en construcción, imponiendo alojamientos —como hicieron en España los primeros Gobiernos de la República— a los agricultores, si bien el Estado aporta una parte de los salarios; por medio del servicio voluntario de trabajo y otros procedimientos que excluyen a las masas del seguro del paro forzoso; obligando a los industriales a no despedir personal y a admitirlo en otros casos, con la compensación de la rebaja de los jornales; expulsando a la mujer de los empleos, etc. Acudiendo, en fin, a aquellos resortes que son denominador común de las dictaduras capitalistas.

Y aun así, ¿ha descendido la cifra de los sin trabajo de cinco millones a tres, como proclama Adolfo Hitler? En modo alguno. Lo que ocurre es que el Gobierno ha borrado a cientos de miles de proletarios parados de las listas. Pero no los ha colocado. Los ha privado del derecho de seguro, y allá se las entiendan con su destino. Por leyes del 12 de mayo y 22 de septiembre de 1933, se procedió así con la servidumbre femenina y con los pescadores del interior y de las costas. El verano último se cerraron las taquillas de las «Arbeitsvermittlung», o Bolsa de Trabajo, y se les comunicó a los parados no enrolados en el Servicio de trabajo que buscaran ocupación en la agricultura.

El recurso de admitir personal y disminuir los salarios ha sido puesto en práctica por muchas empresas, con ventajas, que vamos a ver, para ellas. La casa Siemens aumentó su personal en 1933 de 75.000 a 79.000 personas. Pero si en 1932 desembolsó 55,6 millones de marcos por jornales, en 1933 sólo pagó 48,2 millones, según datos de la propia empresa. ¡Estupenda manera de resolver el paro! El Estado se quita de encima a unos miles de parados, y el dinero que había de darles en concepto de socorro lo entrega en forma de subvenciones a la industria pesada. Con ello la industria pesada hace un triple negocio: dispone de más personal, gasta menos en salarios y le cobra al Gobierno, con exceso, el favor.

La misión histórica del hitlerismo

Cuando Knickerbocker, el sagaz periodista americano, estuvo en Alemania dos años antes de la fundación del Tercer Reich, le dijo Krupp von Bohlen: «Necesitamos mercados; pero los mercados del mundo se nos cierran. Inglaterra eleva sus tarifas arancelarias. En Francia, en Italia, en Suecia, en los Balcanes, en todas partes tropieza el comercio alemán con barreras que poco a poco se hacen insuperables.» Y Rechlin, otro magnate del acero: «No podemos competir con nuestros vecinos si hemos de soportar las cargas e impuestos de carácter social. Bélgica, Francia y Luxemburgo están en condiciones de producir la tonelada de acero bruto a 35 marcos más barata que nosotros, porque ellos pagan salarios e impuestos más bajos.» Krupp y von Bohlen y el doctor Rechlin eran ya entonces nacionalsocialistas.

En esas frases que transcribo está diseñado de modo insuperable el contenido histórico del hitlerismo o fascismo alemán. Krupp señala la necesidad imperiosa para el capitalismo tudesco de una guerra en la que Alemania recupere las colonias que perdió en Versalles y adquiera nuevos territorios. El doctor Rechlin viene a decir que sólo con un proletariado sometido a las empresas le es posible competir al capitalismo alemán en el mercado exterior. He ahí las dos directrices del nuevo régimen. Reconozcamos que el *Führer* se ha ceñido escrupulosamente a cumplir el mandato de los grandes industriales. En un año no ha hecho sino preparar a Alemania para la guerra, un capítulo que no exige demostración de puro evidente. Ello explica que a pesar del derrumbamiento del comercio alemán con el resto del mundo, la industria pesada atraviesa desde el triunfo de Hitler un período de coyuntura.

El segundo aspecto de la misión histórica del nacionalsocialismo también se halla logrado. Las masas trabajadoras, esclavizadas, no tienen ya voz en Alemania. Han visto morir sus Sindicatos y toda la legislación social.

A cambio de eso, el Gobierno ha dictado una especie de Carta del Trabajo, la ley «zur Ordnung der Nationalen Arbeit», que entró en vigor el 1.º de mayo de 1934, y comienza con este párrafo insólito: «La base de la nueva Constitución social es la fábrica. Su dirección recae en el jefe de la empresa. El decide frente al personal de la fábrica en todos los asuntos de la explotación. El personal ha de ser fiel al empresario. En esa fidelidad se funda la comunidad de la fábrica. En consecuencia, quedan abolidas todas las leyes de importancia básica, como la de los Consejos de fábrica, la de contratos colectivos y tarifas, la de arbitraje y la de jornada.»

Dos meses antes, en 14 de marzo, comenzó a regir otra ley confirmando la dirección de la vida industrial del Reich a doce hombres de presa, entre ellos a Krupp von Bohlen, a Blohm, a Rechlin, a Erich Hartkolph, a Bruno Schueler, a Albert Voegler.

Han desaparecido los obstáculos que impedían a Alemania prepararse para la guerra —la aventura en busca de mercados—, cosa muy difícil de conseguir en la República de Weimar, régimen de libertad política y libre discusión. Han desaparecido asimismo «las cargas e impuestos de carácter social» a que aludía el doctor Rechlin en su conversación con Knickerbocker.

El capitalismo alemán está, de consiguiente, en franquía.

Perspectivas

¿Eso, realmente, es así? No se encuentra el horizonte, con todo, muy despejado para Hitler. Poco a poco se va abriendo paso la protesta. No pasa día sin que se manifieste algún sector del país contra el régimen. El proletariado, la clase media, la pequeña burguesía se aproximan entre sí, pero no para constituir la comunidad antihistórica que preconiza Hitler, sino para cerciorarse de que han sido víctimas de un imponente fraude y unirse contra la tiranía de los consorcios bancarios. Lo mejor de las

juventudes socialdemocráticas y comunistas y el Partido comunista trabajan sin tregua, a despecho de las durísimas penas, en la clandestinidad. El hacha amenazante y siniestra, los campos de concentración, el draconismo más inhumano, no poseen fuerza intimidativa suficiente para que no circule en el Reich la *Rote Fahne* y los periódicos de los emigrados.

La oposición ha levantado la cabeza. Y no es en la rebeldía de la Iglesia, actual en estos instantes, donde hemos de ver un peligro para el nacionalsocialismo. Era lógico el conflicto entre dos poderes imperialistas, entre los dos Estados. Mas no se olvide que la Iglesia sabe pactar a tiempo. Hitler, como Bismarck, irá a Canossa, y asunto concluido. Tampoco hay que fiar nada al anti-hitlerismo de las «grandes democracias» europeas y americana. Una simple declaración pública de los acreedores que acaban de negociar con Schacht en la Conferencia de Berlín hubiera hundido el Tercer Reich. Alemania no paga a nadie. Lo que debiera dedicar al cumplimiento de sus compromisos económicos lo destina a rearmarse. ¿Cuál es la actitud, sin embargo, de sus acreedores? De pasividad, de transigencia. La guerra conviene a todos los banqueros yanquis, franceses e ingleses. Y dejan hacer. El Banco de Francia sostiene oficialmente en la Bolsa de París al marco alemán. La solidaridad capitalista internacional libra su batalla. La burguesía mundial prefiere a Hitler, aunque Alemania no pague sus deudas, antes que una República puntual en la cancelación de sus débitos.

Yo no creo por eso mismo en el fin cercano del régimen nacionalsocialista. Me parece que no ha de faltarle a Hitler en mucho tiempo la ayuda del imperialismo anglofrancés, nipón y americano.

Ahora bien, cualesquiera que sean los sucesos inmediatos que se registren en el Reich, el capitalismo alemán sabe como ningún otro que le queda escasa vida. Si algún pueblo se encuentra maduro para el Socialismo, en todos los órdenes, ese pueblo es Alemania. Lo prueba esencialmente el hecho de que Hitler triunfara por sus promesas

socialistas y la realidad de que le vuelven la espalda las masas en cuanto ven que ha olvidado la parte socialista de su programa.

Psicológica y materialmente, sólo separa a Alemania del Socialismo un salto un poco esforzado. Espérenlo los marxistas alemanes trabajando. De ellos es segura la victoria.

LA INSURRECCION OBRERA EN AUSTRIA

Por OTTO BAUER

Las causas de la catástrofe

Por los días de nuestra derrota dijo un ciudadano de las filas democráticas: «La desgracia de la Socialdemocracia austriaca ha sido Breitner.» Construir bellas viviendas obreras con el producto de los impuestos, razón por la cual no se hallaban gravadas con los intereses de los prestamistas, y alquilarlas a los obreros y a los parados a precios ínfimos; decretar impuestos sobre la riqueza, el lujo y los placeres y con su producto edificar viviendas baratas para los pobres; subvenir a los seguros sociales y fundar una escuela moderna para sus hijos; no, esto no podían tolerarlo las clases poseedoras. ¿Decís que nuestra culpa radica en la política de impuestos de Breitner? Con ello sólo afirmáis que nuestro error ha consistido en ser socialistas.

A la vista de nuestro fracaso, un periódico capitalista escribió que la Socialdemocracia se había derrumbado por haber impedido la satisfacción de las necesidades económicas. Así procedió, al oponerse tenazmente a la abolición de la defensa del inquilino. ¿Necesidades económicas? Son, sin duda, las necesidades de los beneficios y de las rentas capitalistas. Nuestra culpa consistió en habernos importado más las necesidades humanas y el dar albergue a los obreros semiparados mal retribuidos, a los proletarios sin trabajo y a la pequeña burguesía hambrienta que las «necesidades económicas» de los beneficios y las rentas. Ya antes de nuestra derrota habíamos oído en los sectores burgueses: la dictadura se

ha hecho necesaria porque la Socialdemocracia ha dificultado en el Parlamento la anulación de una legislación social que ha llegado a ser insoportable en el período de la crisis económica. En realidad, la democracia debía ser destruida y el Socialismo ahogado en sangre para que las empresas incumplieran las leyes protectoras del obrero, se sacudieran las «cargas sociales», y los Sindicatos, que eran una barrera contra la explotación, pudieran ser demolidos. La crisis económica ha agudizado la colisión entre las clases. Ciertamente, la burguesía austriaca se ha empobrecido a causa de esa crisis. Pero el patrono que desciende odia más fuertemente al proletariado que el empresario rico cuyos negocios florecen. Este deja caer con gusto de su mesa bien abastecida un par de migajas para el obrero; aquél no conoce otro procedimiento para salvarse de la bancarrota amenazante que la rebaja de salarios y la «abolición de las cargas sociales». La crisis económica ha proletarizado a la pequeña burguesía y a los campesinos; la democracia burguesa no ha podido defender a las masas de la crisis. Y no pudo defenderlas, no porque fuera democracia, sino porque era democracia burguesa, es decir, una democracia basada sobre formas de la producción y la propiedad capitalistas. Pero esto no lo han comprendido las masas pequeñoburguesas y campesinas. Empobrecidas, irritadas, se han separado en general de la democracia, buscando algo nuevo, no ensayado ni comprometido, que pudiera salvarlas. De esa manera, maduraron para el fascismo. Los hijos de los pequeños burgueses y de los campesinos se dejaron ganar por los agentes de la Heimwehr, y cayeron bajo la dirección de los terratenientes aristócratas y de los generales que mandan aquellos batallones. Cayeron bajo la dirección de las clases desalojadas del Poder por la revolución de 1918.

Y en el momento en que se alzaba la burguesía capitalista contra la democracia con el designio de quebrar la potencia de los Sindicatos para abolir las conquistas sociales de los obreros; en el instante en que los aristócratas y los generales constituían un ejército con los hi-

jos de los pequeños burgueses y campesinos empobrecidos para destruir la democracia tan odiada y resucitar su Estado, el Estado autoritario, el Estado de la anteguerra que ellos habían dominado, en ese momento se hallaba formidablemente disminuida la capacidad de resistencia de la clase trabajadora. Más de un tercio de los obreros habían sido lanzados de los lugares de producción y el resto temblaba en su puesto de trabajo por miedo a perderlo.

Desde 1848, a toda gran transformación histórica en Alemania ha seguido un cambio parecido en Austria. Cuando el liberalismo de la gran burguesía llegó al Poder en Alemania, Austria tuvo también su «Gobierno de ciudadanos». Cuando Bismarck, en 1878, abjuró el liberalismo, terminó también en Austria la dominación liberal del Gobierno feudoclerical de Taaffe. A la ley de Bismarck contra los socialistas siguió el estado de excepción de Taaffe. Cuando cayó en Alemania la ley antisocialista fue levantado también en Austria el estado de excepción. El 9 de noviembre de 1918 se derrumbó el Imperio alemán; tres días después nació la República austriaca. Como puede verse, el proceso político alemán ha determinado siempre el austriaco. Lo mismo ahora. Cuando Hitler abatió la democracia y el Socialismo alemanes, creyeron también en Austria los aristócratas, los generales y los capitalistas que había llegado el momento de establecer aquí igualmente una dictadura fascista, de destruir también aquí la Socialdemocracia y los Sindicatos.

Los aristócratas y los generales, cuyos ideales se hallan enraizados en el pasado, y el clericalismo católico no querían, desde luego, que Austria cayera bajo la dominación de Hitler; pero sí querían aprovechar la coyuntura «antimarxista» provocada por la victoria de Hitler sobre la democracia y la clase trabajadora para aplastar en Austria a la democracia y la clase trabajadora e implantar un fascismo propio, nacional, alpino.

Cuando después del 5 de marzo de 1933 creció en Austria la ola nacionalsocialista y Hitler comenzó a luchar

por la conquista de nuestro país, hubiera sido natural que se hubieran unido todas las fuerzas enemigas del «Anschluss» contra el peligro pardo. Ahora bien: esto no lo querían los aristócratas y los generales que anhelan la vuelta a la Austria de los Habsburgos; ni los capitalistas, para los cuales se trataba de dar muerte a los Sindicatos y de «abolir las cargas sociales»; ni los príncipes de la Iglesia, para quienes, como dijo el padre jesuita Richlmayer, la «disciplina fascista» es preferible a una democracia que concede a los librepensadores la libertad de propaganda. Ninguno de ellos deseaba la unión contra Hitler. Pues si hubiera sido así, habrían dejado pasar la coyuntura «antimarxista». Por tanto, emprendieron todos a una la guerra de dos frentes contra los nacionalsocialistas y contra la Socialdemocracia. En lucha contra más del setenta por ciento del pueblo auténtico, tuvieron que recurrir, cada vez con mayor apremio, a los medios represivos; tuvieron que abolir todas las representaciones de elección popular y perpetrar la completa desaparición de todas las elecciones generales, para mantenerse en el Poder. Consiguientemente, habían de acentuarse las hostilidades entre las clases hasta el instante en que a la clase trabajadora se le planteó el trágico dilema: vergonzosa capitulación o resistencia desesperada.

De momento, han triunfado ellos en su lucha contra la clase obrera. Ahora proclaman: «Se ha terminado la lucha de clases.» Mas en la práctica, ¿existe todavía una lucha de clases cuando la clase obrera, despojada de sus derechos, indefensa, despotenciada, tiene que soportar, sin poder contrarrestarla, la dominación de clase de los capitalistas y de los grandes terratenientes, de los antiguos generales y de los jefes de la Iglesia? La aproximación de las clases, que ellos proclaman después de haber asesinado a los obreros y a las mujeres y a los niños proletarios; después de haber ahorcado a prisioneros heridos y ametrallado las viviendas de los trabajadores, significa, en realidad, el absoluto sometimiento de la clase obrera a la dictadura de las clases dominantes. Los se-

ñores se equivocan. Pronto advertirán que con su victoria en una batalla de clases la guerra de clases no está liquidada.

El porvenir

El gran edificio de las organizaciones socialdemocráticas ha sido destruido en Austria. Pero el pensamiento de los seiscientos mil socialdemócratas austriacos organizados es indestructible.

Cierto que habrá desertores; así como en 1918 hubo «socialistas de noviembre», ahora habrá «patriotas de febrero». Ciertamente que muchos que llegaron al Partido buscando ventajas personales y materiales, claudicarán. Tampoco faltarán otros que retrocedan por miedo, y otros, muchísimos, pobres gentes que con todo el dolor de su corazón tendrán que simular ideas políticas que no son las suyas solamente para salvar el pedazo de pan de sus mujeres y de sus hijos. Pero el nervio del Partido, presente en el fuego de la lucha, quedará firme. La gran escuela del Socialismo austriaco se acreditará.

Los obreros austriacos se adornan con el hábito de la organización. Son maestros en ese arte. Muy pronto tendrán nuevamente sus organizaciones. La prohibición del Partido nacionalsocialista no ha podido impedir que los nazis sean hoy más fuertes que en la fecha en que su partido quedó declarado fuera de la ley. La prohibición de la Socialdemocracia no impedirá que la Socialdemocracia continúe viviendo bajo nuevas formas.

Lo que nosotros necesitamos y podemos construir hoy en Austria no es, naturalmente, una organización democrática de masas con cientos de miles de afiliados. ~~Tendrá que ser una organización de cuadros restringidos y apretados con capacidad para ilustrar a las masas en las fábricas y en las Bolsas del Trabajo, para influirlas, para llevarlas a las luchas que han de venir. Por de pronto es preciso evitar que el proletariado caiga bajo influencias extrañas. No es de temer que los señores Dollfuss~~

y Fey ganen para su causa a los trabajadores. La masa obrera odiaba ya, antes del 12 de febrero, a los señores que han destruido nuestra libertad y han anulado nuestras conquistas sociales. El proletariado odia todavía más hoy a los asesinos que han bombardeado con artillería pesada las casas municipales. Mayor es el peligro de que el nacionalsocialismo pudiera introducirse decididamente en las filas obreras. Al terminar la lucha hemos oído de labios de trabajadores vieneses: «Ya no queda más recurso que ir con los nazis contra Dollfuss.» Muchos obreros piensan: «Si los nazis nos prometen colgar a Dollfuss y a Fey, entonces iremos con ellos.» He aquí un peligro serio. Combatirlo es la primera de nuestras tareas.

No olvidemos lo que ha hecho Hitler en Alemania. El enemigo de muerte del obrero alemán es también nuestro enemigo. El proletariado no debe abandonarse al odio contra los pequeños tiranos del propio país de modo que ayude al gran déspota del Tercer Reich a imponer su dominación sobre Austria.

Hay que intentarlo todo para contrarrestar la intrusión del nacionalfascismo alemán en el seno del proletariado austriaco.

Pero partiendo de esta tarea próxima, se le han de plantear a la Socialdemocracia en Austria, en días no muy lejanos, grandes cometidos históricos.

La dictadura Dollfuss-Fey no ha de durar mucho. Hitler se ha podido sostener sobre la rigidez militar de sus organizaciones de la S. A. y de la S. S. (secciones de asalto), y Mussolini sobre sus camisas negras. Al fascismo austriaco le faltan organizaciones coercitivas de ese tipo. Cuenta para ello... con el Frente Patriótico. Pero estos elementos no son como los de la S. A. ni como los camisas negras. El Frente Patriótico es una almáciga de burgueses judíos, que temen el antisemitismo de Hitler, de aristócratas monárquicos, de pequeños burgueses clericales, de *heimwehren*, que a diario se amotinaban contra Dollfuss y le coaccionan; de grupos de asalto de Ostmark, que son organizados contra los *heimwehren* por unos po-

bres diablos, de los cuales la mitad son nazis y la otra mitad socialdemócratas, llevando ambos la cinta rojo-blanco-rojo únicamente para no perder el puesto de trabajo o para conseguirlo. Tales organizaciones, que no han sido sometidas a la prueba del fuego, no representan apoyo eficiente para una dictadura fascista duradera.

Existen muy crudos contrastes entre los campesinos y pequeños burgueses cristianosociales y los *heimwehren* mandados por aristócratas. Unos intrigan contra otros. Unos se arman contra los demás. Es muy posible aún que termine la dictadura fascista con la lucha de los propios fascistas entre sí.

El agrietamiento del Frente austrofascista en dos grupos que se combaten mutuamente puede ofrecernos muy pronto excelentes coyunturas, siempre que estemos alerta y preparados para aprovecharlas.

Pero incluso si el Frente austrofascista no se escinde, incluso si Dollfuss continúa realizando con fidelidad y obediencia los mandatos del señor Fey, y los campesinos y pequeños burgueses cristianosociales se someten dócilmente a los aristócratas y generales que mandan a los *heimwehren*, no por eso se libra el austrofascismo de un enemigo peligroso. El odio de masas que ha producido la sangrienta represión del alzamiento fortalecerá al nacionalsocialismo. La disolución de nuestro Partido y, sobre todo, de nuestras organizaciones juveniles ha hundido diques que hasta ahora se oponían al avance de la ola parda. Puede que llegue una hora en que los vencedores de hoy, amenazados por el nacionalsocialismo, busquen ayuda y salvación en los vencidos.

¿Cómo puede Dollfuss salir de tal situación? Puede buscar el acercamiento a Hitler. O puede buscar salida en la restauración de los Habsburgos.

Hace poco ha buscado Dollfuss el camino hacia Hitler. Es muy posible que el gran luchador por la independencia de Austria le vuelva a buscar mañana. Pero cualquier coalición negro-parda en Austria será únicamente el primer paso hacia la «uniformación», hacia la conversión de Austria en un segundo Danzig, hacia la anexión

real de Austria al Tercer Reich. Y el *Anschluss* sería, indiscutiblemente, la guerra europea.

Dollfuss puede emprender el otro camino: el camino hacia los Habsburgos. La restauración de una monarquía austrohúngara, bajo el cetro de los Habsburgos, es la única finalidad que persigue Fey, el objetivo de los aristócratas y generales de la *Heimwehr*; la restauración puede ser la última salida de la dictadura. Hubo que aplastar a la Socialdemocracia para abrir paso al emperador hasta Palacio. Una vez que los Habsburgos reinen otra vez en Austria y Hungría, puede ser sostenida la dictadura austriaca con bayonetas húngaras. Hungría puede declarar su pretensión de que los hijos de los obreros, campesinos y ciudadanos austriacos reconquisten con su sangre Eslovaquia y Croacia para el rey de Hungría.

¿Una utopía? En manera alguna. El primer acto de Dollfuss después del aplastamiento de los obreros fue celebrar una reunión con Mussolini y Goemboes. La alianza italiano-austrohúngara está en marcha. Los monárquicos esperan que Mussolini case a una hija del rey de Italia con Otto Habsburgo y que fomente una monarquía habsburguesa austrohúngara. Creen que Francia no se opondrá a ello, con el fin de separar a Austria de Alemania por mucho tiempo. Opinan que Checoslovaquia y Yugoslavia dejarán que se produzca la restauración si así lo quiere Italia y si Francia no tiene interés en impedirlo. Pero el mismo día de la restauración comenzarían en Eslovaquia y en Croacia las intrigas. Tan seguro como que la anexión al Tercer Reich significa también la restauración de los Habsburgos y la guerra. El hundimiento de la Socialdemocracia austriaca ha dejado libres los dos caminos: el camino hacia Hitler y el camino hacia el Habsburgo, pero ambos conducen a la guerra. Europa ha de experimentar aún cómo ha sido destruida, con la Socialdemocracia austriaca, la garantía clave de la paz europea.

Mas si la contrarrevolución lleva a la guerra, la guerra desemboca fatalmente en la revolución.

No son muchos los días que nos faltan para saber si

la dictadura ha de morir merced a los conflictos de clases en su propio campamento o gracias a las colisiones entre el austrofascismo y el nacionalfascismo, o si buscará su salvación en el acercamiento a Hitler o en la restauración de los Habsburgos. A la larga, no puede ejercer la dictadura un 30 por 100 sobre un 70 por 100 del pueblo, ni la aldea sobre la gran ciudad, ni el clericalismo sobre tercio y medio o dos tercios del pueblo no clerical.

Las coyunturas que podremos aprovechar han de venir. Sólo nos queda procurar la necesaria preparación para aprovecharlas.

El día de la recompensa, el día de la revancha, el día de la victoria llegará.

Y ese día irán los obreros austriacos, con las banderas rojas desplegadas al viento, a las tumbas de nuestros muertos, homenaje de inextinguible gratitud a los héroes de las luchas austriacas por la libertad.

Núm. 3. Madrid, julio de 1934

GLOSAS DEL MES

La censura

Casi un mes ha durado la censura impuesta por el Gobierno del señor Samper a la Prensa republicana y socialista; con la antirrepublicana y antisocialista el censor no ha podido ser más benévolo, porque esta Prensa es ya perfectamente gubernamental. Lo que quiere decir, no que haya cambiado la Prensa que, fiel a su historia, defiende los intereses de la monarquía, de la Iglesia y de la propiedad en todas sus formas, pero singularmente la territorial, sino que el Gobierno que preside un radical sigue sirviendo, con el mismo celo que los sirvió el señor Lerroux, esos intereses.

Se estableció la censura para impedir que la Prensa informara y opinara sobre la huelga de campesinos. Luego se extendió al conflicto de Cataluña. Finalmente no se podía escribir de nada, sobre todo de nada relacionado con el Ministerio que regenta Salazar Alonso-Robespierre. Conocemos a Salazar Alonso de antiguo. Le hemos visto nacer y crecer en el periodismo y en el foro. ¿Y quién nos iba a decir que en él se ocultaba un pequeño dictador, llamado a ser el árbitro del orden público en España? Lo hemos visto y no lo creemos. Nunca más cierto que nadie es profeta en su patria. En la monarquía no hubiera sido posible. En aquel régimen hubo, con frecuencia, ministros de la Gobernación bárbaros y sanguinarios; pero rara vez eran frívolos y ridículos. Esto prueba en qué abismos de selección invertida ha caído la República. Pero esto no es culpa de Salazar Alonso, sino de los poderes que consienten estas deformaciones de los hombres de gobierno.

Y conste que no somos de los que combaten la censura en nombre de un principio liberal en el cual no creemos —la lealtad política nos obliga a esta declaración—, sino que la censuramos por pensar que era estúpida su aplicación cuando nada la justificaba. Se comprende que un Estado en peligro, por su agotamiento histórico o por su debilidad natural si es un Estado naciente, se defiende suprimiendo o amordazando los órganos de prensa de sus enemigos: es una ley de vida ante la cual sucumben las libertades que la amenazan. Comprendemos que cuando la Prensa católica y monárquica quiso promover una guerra civil religiosa y restauracionista contra la República, ésta suspendiera la publicación de numerosos periódicos. Uno de sus errores más graves fue no suspenderlos definitivamente; otro sería hoy su destino.

En el caso de la huelga de campesinos y del conflicto con Cataluña, ¿para qué sirvió la censura? No sirvió para nada, como no fuera para poner más de resalto la inepticia del Gobierno. Se figuró el Gobierno que la huelga general de campesinos era el prólogo de un movimiento revolucionario. Ya se ve que estaba bien enterado... La huelga fue sencillamente la réplica de los campesinos a la derogación de la ley de Términos municipales y al envilecimiento de los salarios del campo. Y la huelga cesó tan pronto como los patronos se avinieron a aceptar, por provincias o localidades, las condiciones solicitadas por los obreros, lo que prueba el carácter puramente económico de ese paro. La censura no pudo impedir que los campesinos de cada provincia estuvieran perfectamente informados al día y a la hora de lo que acontecía en las demás provincias. Sólo un Gobierno torpe se imagina que la Prensa es el único medio de comunicación entre las organizaciones obreras. La censura resultó, pues, completamente inútil.

Un conflicto entre dos Españas

Otro tanto cabe decir del conflicto con Cataluña. En este caso, la censura sólo sirvió para impedir que el resto de España conociera los términos esenciales de la desavenencia. En realidad no se trata de un conflicto entre el Estado central y la región autónoma, sino entre dos fuerzas políticas de esta región: una la Liga catalana, que representa la plutocracia de Cataluña, y otra la Esquerra, que defiende los intereses de la pequeña burguesía en general, y especialmente de la agrícola. La ley de Cultivos, que ha sido el pretexto del conflicto, actual desde la instauración de la República, pero latente desde muchos años antes, favorece al pequeño labrador, aparcerero o arrendatario, que cultiva personalmente la tierra, disminuyendo las rentas y los derechos del propietario ausente o simplemente ocioso. El *rabassaire* es un pequeño burgués que aspira a sustituir en la posesión de la tierra y de sus frutos al terrateniente parasitario, acabando con un patriarcalismo de tipo feudal. A eso tiende la ley de Cultivos, que no hace sino recoger el espíritu inicial de la Reforma agraria votada por las Cortes constituyentes. Y la oposición a esa ley por parte de la Liga que preside el plutócrata señor Cambó, del Gobierno del señor Samper y del Tribunal de Garantías constitucionales, es sólo un síntoma más de la contrarreforma agraria que han emprendido las segundas Cortes de la República y que no es sino una parte de la contrarrevolución española.

La intriga de la plutocracia catalana

Virtualmente barrida de Cataluña en las elecciones regionales, la Liga catalana, órgano político de la gran propiedad territorial y del capital financiero de Cataluña, se retiró del Parlamento catalán y se ha aprovechado de la inestable composición del Parlamento central para dar la batalla, desde Madrid, a la Esquerra victoriosa.

Esta es la sustancia del conflicto. una lucha entre la alta burguesía y la pequeña burguesía de Cataluña.

La Liga, vencida en la región autónoma y sin esperanza de recobrar su antiguo poderío por su propia fuerza en Cataluña, ha complicado al Estado central en un pleito que no era de su competencia, amenazando al Gobierno del señor Samper, débil y sin autoridad, con retirarle la colaboración parlamentaria si no interponía ante el Tribunal de Garantías un recurso contra la ley de Cultivos.

Este Tribunal ha sido una de las invenciones más desdichadas de la República. Perfecto en teoría, destinado a ser el órgano ideal que había de mantener el equilibrio entre los poderes republicanos, en la práctica ha resultado un instrumento político al servicio, no de la Constitución, sino de sus enemigos. Se comprende su sentencia de nulidad contra la ley de Cultivos, porque con ello, si prospera el absurdo fallo, se debilitaría enormemente el poder de la Esquerra y lo que ese poder representa para el sostenimiento de la República en Cataluña y, de rechazo, en el resto de España. La sentencia del Tribunal de Garantías es un acto más en el proceso de la contrarrevolución española.

También se explica que los partidos de la derecha, agrarios y católicos, quieran la ejecución de esa sentencia, que es una puñalada por la espalda contra la Cataluña laica y antiplutocrática. Desde el punto de vista de estas fuerzas contrarrevolucionarias, Cataluña es el más firme baluarte de la República de abril de 1931 y un mal ejemplo para el resto de la nación. La autonomía es lo de menos; los partidos agrarios apoyarán con placer la autonomía del país vasco, por ejemplo, porque saben que estará presidida por el Corazón de Jesús. Lo intolerable es la autonomía de una región que está en la vanguardia política del movimiento revolucionario que derribó la monarquía y desplazó, si bien por muy poco tiempo, a las oligarquías que tenían su clave en ese régimen. No se trata de la unidad nacional ni del prestigio y autoridad del Estado español, sino de restaurar

los poderes oligárquicos del pasado, combatidos en Cataluña por el Gobierno de la Generalidad, que de ese modo estimula y alecciona al espíritu revolucionario de toda España.

Se comprende asimismo, en fin, que los partidos y organizaciones donde ese espíritu alienta vean en la decisión de Cataluña de dictar sus moderadas leyes liberales el problema del destino de toda España. La ley de Cultivos no es para entusiasmar a nadie que aspire a una honda revolución social; a nosotros, francamente, nos parece poca cosa; pero en torno de esa ley se debaten no dos poderes constitucionales, el Estado central y la región autónoma, sino dos Españas, la España de ayer—Iglesia, señorío feudal, plutocracia, privilegios de casta— y la España de mañana, nacida en 1931 y paralizada de nuevo en 1933. Cataluña quiere separarse de esa España pretérita y fundirse con la España futura.

Así entendemos el particularismo catalán, no como una fuerza secesionista por motivos psicológicos ni materiales, sino como un símbolo de la mejor España y como un impulso de integración de todos los españoles que luchan política y socialmente por superar el pasado histórico y por destruirlo definitivamente. Cataluña no quiere ser una rival o una extraña en la verdadera nación española, sino su mejor colaboradora en el destino común que les está reservado. Y es natural que, vistas así las cosas, en este trance la España de mañana esté al lado de Cataluña y dispuesta a ayudarla en todos los terrenos, porque así se ayuda a sí misma.

La táctica del desgaste

Después de las largas huelgas de Zaragoza y Valencia, ha terminado también la más larga de todas, la de los metalúrgicos de Madrid, que duró tres meses. La actitud del Gobierno ha sido sintomática y merece destacarse. Los metalúrgicos pedían la semana de cuarenta y cuatro horas, que ya habían logrado otros oficios del ramo de

la construcción. Mientras el Gobierno enviaba el ministro de Trabajo a Ginebra a suscribir la proposición de un Convenio internacional en favor de la semana de cuarenta horas, como medio de paliar el tremendo problema mundial del paro, aquí ha necesitado tres meses para obligar a los patronos metalúrgicos a que acepten la semana de cuarenta y cuatro horas.

Ello indica que la pasividad del Gobierno en el conflicto de esta industria no obedecía a un criterio puramente económico. Todo induce a pensar que, con esta huelga y las otras mencionadas, dejándolas extenderse indefinidamente, esperaba quebrantar la organización obrera, que tanto preocupa a los partidos de la derecha y al radical. Quería desgastarla por agotamiento. Pero el cálculo ha fallado. La heroica resistencia de los huelguistas y la magnífica solidaridad de toda la clase obrera han demostrado que esa táctica del Gobierno es contraproducente.

A la clase obrera se la puede ganar por la razón y la justicia; por el hambre ya no se puede rendir a nadie, porque mientras trabaje un obrero, su pan será de todos, aunque toque a menos. Con esto ocurre como con las multas a la Prensa obrera: por cada peseta que el Gobierno le sustrae, los lectores dan cinco al periódico. Cuando una clase social está decidida a estos sacrificios y a otros mayores, a los gobiernos no les queda otro recurso que reconocer su impotencia y cambiar de táctica, o marcharse. Pero está visto que los ministros radicales no se van si no los echan.

Núm. 4. Madrid, agosto de 1934

GLOSAS DEL MES

¿PARA QUE SEGUIR EN EL PARLAMENTO?

Los mismos perros con otros collares

Desde el 4 de julio, en que se cerraron las segundas Cortes de la República española, el Gobierno Samper —¿no es el señor Samper el jefe del Gobierno?— revive, respira, descansa de las fatigas y peligros parlamentarios. Cada sesión era una agonía; cada hora en el banco azul, una copa de la amargura. No es que nadie tuviera un desmedido empeño en derribar al Gobierno del señor Samper. ¿Para qué? Desde Lerroux hasta Goicoechea, lo mismo da que gobierne cualquiera. Variarán los collares; los perros son los mismos. Y los perros que ahora han vuelto a hacer presa en el cuerpo desmedrado del pueblo español son los mismos que durante siglos le mordieron y devoraron, las mismas jaurías oligárquicas, momentáneamente espantadas, gacha la cabeza, el rabo entre piernas, medrosas y huidizas el 14 de abril de 1931, y ahora otra vez bravuconas y provocativas, llameante de furia la mirada, enarcada para el ataque la cerviz, aullante la boca, afilado y presto el colmillo.

Son las mismas: la Iglesia, más cesárea que divina, más belicosa que fraterna, que escupe por la palabra metálica, estridente y atiplada de sus cachorros demagógicos —criados en la dura milicia de Loyola más que en el candor franciscano—, su triunfo sobre la República en la ley anticonstitucional que ha devuelto los haberes al ciego y en la práctica anticonstitucional de seguir deformando en sus escuelas el alma de la juventud española; el caciquismo de horca y cuchillo que, derogada la ley

de Términos municipales, ha vuelto a enseñorearse de la población campesina, dictando de nuevo las jornadas de sol a sol y los jornales de hambre, obligando al Gobierno a destituir Ayuntamientos indóciles a su poder, negando el pan y el agua a los obreros socialistas, comunistas y sindicalistas y reemplazándolos con pobres parias traídos en rebaño de otras regiones y del extranjero —¿y por qué no también de Africa? El moro, como el negro, trabaja más barato que el blanco. He ahí un porvenir colonial que tal vez no habían sospechado nuestros más vehementes africanistas—; los enemigos de la República, amnistiados y reincorporados a los departamentos públicos donde prestaban servicio al traicionarla, y esto no por generosidad, sino por estricta justicia, pues desde el momento en que la República ha dejado de ser republicana, desde el momento en que se ha monarquizado, restaurando los poderes sociales que formaban el contenido de la monarquía, los enemigos del nuevo Estado, ya envejecido y tan caduco como la caída institución monárquica, se convierten automáticamente en sus mejores servidores: los generales del rey, los ex ministros del rey, los funcionarios del rey, ¿por qué no han de servir a una República que cumple los mismos fines que la monarquía?

Una tontería y una bellaquería

Los verdaderos enemigos de esta República, que, salvo el rótulo, por ahora —y todo se andará—, equivale a una prolongación de la monarquía, son sus progenitores, los republicanos de izquierda, los socialistas, los obreros de la industria y la agricultura, los intelectuales, la pequeña burguesía, todos cuantos soñaron, durante lustros y décadas, en una España donde la riqueza y la cultura estuvieran mejor distribuidas, donde el Estado, como órgano del pueblo, controlara y, si era preciso, destruyera los grandes poderes históricos, el de la Iglesia, el del Ejército, el de la propiedad territorial, el del ca-

pital financiero. Largos y laboriosos fueron aquellos sueños. Numerosas generaciones de españoles trabajaron en la Universidad, en el libro, en la prensa, en el mitin, en el Parlamento, en la calle, en el taller, en el campo, para dar vida y alma, voluntad y cuerpo, a aquella España pensada y deseada. Tantos esfuerzos de tantos hombres generosos culminaron a la postre en el alumbramiento del 14 de abril.

Se ha dicho, porque la tontería es siempre parlanchina y no sabe callar, que la República española, esta segunda República, no la trajo nadie, lo cual, además de ser una tontería, es una bellaquería, pues con ello se ha querido dar a entender que, no siendo de nadie, nadie tenía privilegio de gobernarla, que a todos por igual pertenecía ese derecho, pero en primer término a esos republicanos que se llaman «históricos», cuando lo más propio sería llamarlos «prehistóricos», porque antes de la República nunca estuvieron en la Historia, nada hicieron en ella ni para ella, vivieron como si la Historia no existiera, como si fueran anteriores a toda actividad histórica, como si no hubieran salido jamás del limbo de la prehistoria, y cuando el azar puso la Historia en sus manos sólo supieron deshacerla y mancillarla, porque en ellos todo era torpeza y fachada sin fondo, como en los decorados de teatro; y en segundo término, a todos los partidos de la derecha, incluso a los monárquicos disfrazados de agrarios y católicos y a los monárquicos sin disfraz de Renovación española. La República era una criatura inclusera, sin padres conocidos, y cualquiera podía, no ya gobernarla, sino prostituirla, como se ha hecho desde que la tomaron en tutela y explotación los flamantes republicanos «históricos» y sus aliados los monárquicos católico-agrarios, los que no se resignan, como el Cristo, a que su reino no sea de este mundo, y por eso defienden «sus» tierras a cristazos y a tiro limpio, si hace falta.

Con ser grande la bellaquería, la tontería, sin embargo, es mayor. Pues sin la voluntad de los que quisieron acabar con la monarquía, de los que la combatieron sin tre-

gua y con desinterés, por móviles objetivos, por su agotamiento moral y físico, por sus vicios, por su rapacidad y por la rapacidad de las oligarquías que se agrupaban en torno de la Corona, sin el tenaz magisterio de los formadores de la opinión pública, señaladamente durante la Dictadura, y sin el impulso libertador de un pueblo secularmente oprimido por la esclavitud económica y la tiranía política, qué duda cabe que jamás se hubiera instaurado la República en España. Y sólo esas fuerzas profundas del pensamiento y de la acción, demoledoras y creadoras, tenían derecho a gobernarla, es decir, a modelarla y dominarla. Pero renunciaron a ese derecho por una concepción suicida de la democracia, y la República ha desalojado del Poder. ¿Para siempre?

¡Amigos, hay que empezar de nuevo!

Muerte de la ilusión democrática

¿Pero cómo empezar otra vez? Aquí comienzan las hondas discrepancias entre los republicanos de izquierda y los socialistas. Los republicanos aún fían en recobrar el Poder por la vía constitucional, por el sufragio, por una alianza de todas las fuerzas llamadas de izquierda contra una alianza de todos los poderes económicos de estructura oligárquica. Persiste en ellos la ilusión de la pretendida democracia. Se comprende. Es una ilusión de larga historia que se extiende por todo el mundo al conjunto del sistema político inglés y, sobre todo, de la Revolución francesa: por la senda de la democracia se llegaría, gradualmente, a todas las metas ideales, se realizarían todos los sueños de perfección. De esta primera participaron no sólo todos los republicanos que se inspiraban en el liberalismo radical, sino los propios socialistas de las grandes democracias europeas. Participaron en ese espejismo histórico aquí mismo, en España, al advenimiento de la República. Pero la experiencia de tres años de régimen republicano y, con más ejemplaridad aún, lo ocurrido, después de Italia, en las Repúblicas de-

mocráticas de Alemania y Austria, ha quitado la venda de los ojos a los socialistas más capaces de reacción ante las sorpresas y enseñanzas de la Historia y muy señaladamente a las promociones más jóvenes.

No: la democracia parlamentaria no conduce, en el régimen capitalista, al socialismo, ni siquiera a la consolidación de ese reformismo social que torpemente muchos consideraban y consideran aún como socialismo y cuyo progreso se creía constante, sin estancamientos ni retrocesos, hasta que un día apareciera mágicamente completo en el socialismo integral. Al contrario, la democracia burguesa conduce fatalmente al fascismo, llámese así o de otra manera; es decir, la dictadura capitalista, que hasta ahora se velaba con la forma aparentemente democrática —porque así convenía a sus designios, ya que bajo esta forma podía ejercer el poder sin excesiva brutalidad, siempre expuesta a peligrosas reacciones defensivas, y de añadidura se mantenía en las capas populares— la ilusión de un progreso indefinido dentro de ese régimen—, se ha quitado la máscara y sustituye la suavidad de los métodos parlamentarios por la violencia sin ley y sin límites.

El cambio de procedimientos de la dictadura capitalista no es caprichoso, sino necesario para su propia existencia. Al patentizarse, por la crisis mundial y ya permanente del capitalismo, que las mejoras de la clase obrera no pueden ser ilimitadas dentro del régimen capitalista y por la vía de su órgano político, la democracia burguesa, al proletariado no le queda otra alternativa que la revolución social, la expropiación de la clase capitalista, como único medio de evitar una recaída en la servidumbre feudal o en su antigua condición de ilota. Ante este peligro, la burguesía va en todas partes a la supresión de la forma de gobierno que le sirvió y caracterizó como nueva clase dominante, la democracia parlamentaria, y no porque tema que dentro de este régimen a la clase obrera le sea posible conquistar el poder económico y político —en eso no es tan ingenua como aquellos socialistas que aún creen en la eficacia del reformismo—,

sino porque necesita contrarrestar la potencialidad revolucionaria del proletariado, destruyendo sus organizaciones por la violencia, y esto es incompatible con un régimen que se dice liberal y democrático. Eso es el fascismo: una transformación de la dictadura capitalista disfrazada hasta ahora de democracia parlamentaria en una dictadura de la misma clase, sin disfraz y violenta.

En España ha comenzado el fascismo

El proceso de destruir las organizaciones obreras libres, consumado ya en varios países europeos e iniciado, en una forma u otra, en casi todos, ha comenzado también en España. Primero se ha devuelto a las oligarquías históricas su poder tradicional, derogando las leyes y parte de la Constitución misma que aprobaron las Cortes Constituyentes para limitárselo. Después se ha emprendido una ofensiva contra el proletariado campesino, destituyéndole sus Ayuntamientos y poniéndole en el dilema de abandonar sus organizaciones sindicales y políticas o quedarse sin trabajo. No nos extrañaría que en la próxima legislatura se intentara abolir la ley de Jurados mixtos y cuantas benefician de algún modo a la clase obrera, o que se las modifique en tal forma que pierdan toda virtualidad o, lo que es peor, adopten un espíritu y una estructura francamente corporativistas o fascistas: el propósito de reemplazar los actuales presidentes de los Jurados mixtos por esas famosas magistraturas del trabajo de que tanto se viene hablando, es el primer paso hacia una organización de tipo fascista para dirimir los conflictos sociales. Tampoco nos sorprendería que se votaran leyes de represión contra la clase obrera, restringiendo o suprimiendo sus derechos políticos y sindicales, señaladamente el derecho de huelga, como lo indica con reveladora evidencia que se declarara ilegal la de campesinos, por considerar la cosecha ¡como un servicio público!

¿Se debe seguir en el Parlamento?

Frente a estas realidades y perspectivas nada fantásticas, el problema de las relaciones políticas entre republicanos y socialistas pierde todo sentido. ¿Una alianza para las próximas elecciones? Hay una cuestión previa, por lo menos para muchos socialistas: si en el proceso de involución que se está operando en la democracia burguesa en todas partes, incluso en España, a un partido revolucionario como el socialista —y en nuestro país lo es, aunque no lo sea en otros— le conviene o no, para sus fines, seguir colaborando en el Parlamento con los demás partidos, no ya en el Gobierno, sino en la misma oposición. Dicho con toda claridad: si no le convendría más abstenerse definitivamente de ir al Parlamento, al actual y a los futuros, para no legitimar con su presencia la obra fascista, contra la clase obrera, que ya se ha emprendido.

Se dirá —como se ha dicho siempre hasta ahora— que la abstención parlamentaria es más bien una actitud anarquista y que al socialismo le conviene el régimen parlamentario por los motivos siguientes: para arrancar a la clase capitalista leyes sociales en favor de la clase obrera; para fiscalizar la obra de los Gobiernos; para defender las libertades públicas; para utilizar el Parlamento como tribuna de propaganda, etc.

A nuestro juicio, el Parlamento ya no sirve para nada de eso, sino para todo lo contrario. A la clase capitalista no sólo no se le arrancan nuevas leyes de mejoras sociales, sino que utiliza ella el Parlamento, a veces con la colaboración de un Gobierno socialista, como ocurrió en Inglaterra durante el segundo Gabinete laborista, para mermar o abolir esas mejoras. Y cuando en el torbellino de un cambio de régimen el Gobierno y el Parlamento dictan leyes beneficiosas para la clase obrera, como sucedió en España al implantarse la República, otro Parlamento, no más que dos años y medio después, las anula como si tal cosa. Hoy hace más una huelga, como la reciente de los metalúrgicos de Madrid, que una minoría

de sesenta diputados socialistas en un Parlamento como el presente.

Tampoco creemos en la eficacia fiscalizadora del Parlamento. Por una vez que se puede acusar, con pruebas, como en el asunto del maíz y el arroz, hay que callar cien, porque no las hay. En los pasillos se describen y detallan, hasta dar náuseas, los actos de corrupción, las pequeñas y grandes prevaricaciones, las leyes que se defienden por tal o cual comisión, los negocios que se urden en las antecámaras de los Ministerios, las idas y venidas de los correveidiles y testaferros de los grandes aventureros de la política; pero en el salón hay que guardar silencio, porque esos asaltos al Erario público nunca se hacen con testimonio notarial. Con lo cual la parte del público que está en el secreto acaba atribuyendo el mutismo de los fiscalizadores a cobardía o indiferencia, cuando no dice con desprecio: «Es que todos son unos y nadie quiere tirar de la manta.»

¿Defensa de las libertades públicas en el Parlamento? A la vista está el caso que hace el Gobierno de tales defensas. Con cualquier pretexto declara el estado de prevención y de alarma, suspende reuniones, prohíbe periódicos o los recoge y multa a diario, sin que las voces de los diputados socialistas hagan la menor mella en la paquidermis del ministro de turno.

Tampoco tenemos mucha fe en la cacareada resonancia de la tribuna parlamentaria. Los discursos se reproducen íntegros en el *Diario de las Cortes*, que no lee nadie, salvo los propios diputados; pero, en general, la Prensa capitalista sólo publica extractos ridículamente resumidos y con frecuencia anodinos o desfigurados. La propaganda desde el Parlamento ha perdido toda eficacia, porque fuera se le hace el vacío o porque no siempre ella misma es eficaz. Demostrar que el señor Samper es un gobernante mediocre o que tal ley es funesta para el interés público vale tanto como hablar a convecinos, porque toda la nación lo sabe. La única propaganda que resuena es la propaganda revolucionaria, aquella donde se afirma que hay que acabar con un régimen social donde

la inmensa mayoría de la población, toda la clase obrera, no puede vivir económica ni políticamente; pero esos discursos no pueden repetirse a diario, por su propia naturaleza y porque los adversarios y el público acaban tomándole a uno por el enano de la venta.

¿La inmunidad parlamentaria? Reciente está lo acontecido a los diputados socialistas Lozano, Rubio Heredia y Carlos Hernández. A este último se le detiene, se le veja e insulta. El ministro prometió abrir un expediente, el eterno y famoso expediente gubernativo, y si hubo extralimitaciones por parte de la fuerza pública, castigarlas. La minoría socialista estuvo a punto de retirarse del Parlamento por este agravio a uno de sus miembros; aplazó su resolución definitiva en vista de la promesa del ministro; pero ni la promesa se ha cumplido ni la minoría socialista pudo resolver nada una vez clausurado el Parlamento. En suma: que de hecho la inmunidad parlamentaria ha dejado de existir en España.

Los daños del parlamentarismo

Como se ve, las ventajas de seguir colaborando en el régimen parlamentario dentro del capitalismo no pueden ser más ficticias. Plantear hoy la cuestión de si al partido socialista español le conviene o no seguir participando en un régimen parlamentario que está dominado por las oligarquías del capitalismo, no es proponer una tesis anarquista, sino indicar el problema más grave de táctica que actualmente se le presenta al socialismo. Nuestra opinión es que el partido socialista pierde en la participación parlamentaria mucho más de lo que pudiera ganar en este Parlamento como en cualquier otro.

Las ventajas que se dieron en otro tiempo, suponiendo que fueran reales —también sobre esto habría mucho que discutir—, en este momento son completamente ilusorias. En cambio, las pérdidas son enormes. Ante todo, por el divorcio creciente que el ejercicio parlamentario crea entre la clase obrera y sus líderes. De una parte,

porque el proletariado, que tiene ya una clara intuición de los límites fatales de la democracia burguesa, ha perdido o va perdiendo rápidamente su fe en la eficacia del Parlamento dentro del régimen capitalista, y al propio tiempo porque ve con disgusto que los representantes del partido socialista se desgastan estérilmente, lo mismo si colaboran en el Gobierno con partidos de mentalidad burguesa, que ni en los fines ni en los métodos aceptarían un programa mínimo de revolución social, según se vio en el ensayo hecho en los dos primeros años de la República, como si renuncian a toda colaboración gubernamental y se mantienen en una oposición inquebrantable. Una experiencia como otra, en España como en el resto del mundo, ha sido fatal para el socialismo. La clase obrera, desilusionada del parlamentarismo reformista, se está desplazando hacia el apoliticismo o cayendo en el fascismo o el comunismo, por lo que sus procedimientos tienen de antiparlamentarios, de antidemocráticos y de antiliberales.

De otra parte, porque lo típico del parlamentarismo es destruir gradualmente el espíritu revolucionario de los enemigos del Régimen. En las monarquías acaba con los partidos republicanos, como acabó en España, hasta que el monarca tuvo la para él desventurada ocurrencia de suprimir el Parlamento y establecer una dictadura. Los partidos republicanos, deshechos por el parlamentarismo, se rehicieron en la dictadura y en ella se fue forjando la República del 14 de abril. En la Inglaterra monárquica, país clásico del parlamentarismo, no hay partidos republicanos. En Francia, la República parlamentaria ha desnaturalizado los partidos monárquicos. Análogamente, los Parlamentos capitalistas han desvirtuado poco a poco los partidos socialistas, hasta convertirlos, en algunos países, en colaboradores de la burguesía. Ello está en la naturaleza humana. Una oposición revolucionaria prolongada en el Parlamento fatiga a los hombres que la hacen, se afinan sus aristas, se dejan envolver y captar por el juego y el ambiente parlamentarios, se olvidan de sus fines y se vuelven sensibles incluso al aplauso

del adversario, cuando éste les gratifica con su aprobación y sus lisonjas por abandonar el terreno de la lucha de clases y extraviarse en esquemas de programas «nacionales», en «reformas» del régimen parlamentario o en «interpretaciones» históricas que halagan el sentimiento nacional o nacionalista de los enemigos históricos. Con esto no queremos censurar a nadie —comprendemos estas reacciones de adaptación inconsciente al medio, y las excusamos—, sino que sólo pretendemos señalar las leyes psicobiológicas a que los hombres están sujetos en el Parlamento como en todo medio social.

La conclusión es ésta: el parlamentarismo, en estos momentos, desmoraliza a la clase obrera, apartándola de los partidos parlamentarios; fomenta el fascismo con el tópico de la incompetencia y la lentitud del régimen parlamentario, y fomenta también el anarcosindicalismo y el comunismo, nutriéndolos con las masas desencantadas por las crecientes limitaciones de la democracia burguesa; fortalece los partidos y gobiernos capitalistas, legalizando sus medidas de represión cada vez más duras y sus poderes cada día mayores, mediante la ficción de que los votos del Parlamento representan la voluntad nacional y de que de ella forman parte también —según el falso concepto de Rousseau— los partidos de la oposición; finalmente, socava, por desgaste natural, el temple de los partidos revolucionarios, fatigándolos y desustanciándolos en un ambiente que no tolera las actitudes irreconciliables.

Mejor la dictadura sin máscara

Se objetará: pero una retirada definitiva del Parlamento, ¿no vale tanto como entregar todo el poder a las oligarquías capitalistas? Contestamos: el poder lo tienen ya por entero esas oligarquías; pero que lo ejerzan, con Parlamento o sin él, bajo su exclusiva responsabilidad, sin la apariencia de que el partido socialista lo legitima con su colaboración parlamentaria. Eso sería ya, en efec-

to, el fascismo, la dictadura sin máscara; pero es mejor que se presente así que disfrazada de una mentida democracia.

Las revoluciones se deslíen en el Parlamento y se fraguan en la dictadura a rostro descubierto. Descubramos, pues, la dictadura, todavía hipócrita, abandonando el Poder a fines de 1933, pero no lo volverán a recobrar, ni solos ni unidos, a través de las urnas, porque las derechas no abandonarán el control de este instrumento que, en sus manos, sólo sirve para falsificar la voluntad nacional; ni podrán frenarlo en el Parlamento. Estamos, también en España, en un proceso fascista, y querer detenerlo parlamentariamente es dar tiempo y fuerza al enemigo. Conviene precipitarlo, dejando el Parlamento. Cuanto antes nos demos cuenta de esta verdad, más pronto se agotará el fascismo y volverá el Poder a las manos de quienes deben ejercerlo. Pero no darse cuenta de esta verdad equivale a seguir colaborando con el enemigo.

Núm. 4. Madrid, agosto de 1934

EL PROBLEMA AGRARIO EN CATALUÑA

Por JOAQUÍN MAURÍN

La disputa entre el Gobierno de la Generalidad de Cataluña y el Gobierno de la República en torno a la ley de Contratos de cultivo votada por el Parlamento catalán ha puesto de manifiesto cómo la cuestión agraria era viva y palpitante precisamente en la zona más industrializada de la Península, allí donde los residuos del feudalismo son menos perceptibles.

Tradicionalmente ha sido aceptado que el problema agrario en España afectaba casi exclusivamente a Andalucía, Castilla y Aragón —latifundio— y a Galicia —minifundio—. Y, sin embargo, los acontecimientos han venido a demostrar que está muy lejos de ser así.

De la guerra de los «remanças» a la «rabassa morta»

En el siglo xv existió en Cataluña la guerra de los «remanças», guerra campesina que, históricamente, corresponde al ciclo de sublevaciones agrarias que tuvo lugar en gran parte de Europa a fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna. Los campesinos de Cataluña, después de una larga lucha, lograron abatir el poder señorial. El tratado acordado en 1462 entre campesinos y señores que ponía fin a la guerra constituyó un triunfo para aquéllos. El feudalismo experimentaba una seria derrota.

Durante el siglo xvii adquirió un cierto desarrollo el cultivo de la vid. Es entonces cuando el contrato de «rabassa morta» se extiende, aun cuando ya existen manifestaciones de dicho contrato a fines del siglo xii. La

«rabassa morta» progresó grandemente durante los siglos XVIII y XIX.

El contrato a «rabassa morta» es muy sencillo. El amo de unos yermos improductivos los cedía a los campesinos a cambio de recibir la mitad de la cosecha. El trabajador transformaba montes pedregosos y tierras estériles en campos fértiles. El contrato, casi siempre verbal, establecía que durase hasta que murieran las dos terceras partes de las cepas de la primera plantación: a «rabassa morta». Las antiguas cepas europeas tenían una duración media de cincuenta a sesenta años.

El campesino, considerando, pues, que podría disponer de la tierra durante toda su vida, se afanaba trabajando con fe y energía. En el transcurso de tres siglos, gracias al contrato de «rabassa morta», las comarcas del Panadés, el Vallés, el Bajo Ampurdán y el Campo de Tarragona se han transformado completamente. El refranero ha resumido esta lucha por la conquista de la naturaleza en este dicho: *los catalanes sacan panes de las peñas*.

Durante largo tiempo, hasta muy entrado el siglo XIX, los propietarios estaban encantados con ese sistema de contrato. El pago que recibían aumentaba progresivamente en la medida en que los campesinos iban fecundando la tierra.

Pero hacia la segunda mitad del siglo XIX, en vista del aumento de valor de las tierras, los propietarios empezaron a desear que los contratos tuvieran un término que ellos querían limitar a cincuenta años. De ese modo, caso de prevalecer su propósito, podían imponer al renovar el contrato condiciones más ventajosas para ellos y más duras para los campesinos.

La revolución de 1868-1874 dio oportunidad a los trabajadores «rabassaires» para exponer sus reivindicaciones. Hubo durante ese período una gran agitación. Pi y Margall defendió en el Parlamento de la primera República el derecho de los «rabassaires». Los campesinos se organizaron para hacer prevalecer sus intereses. El 20 de agosto de 1873, la República promulgaba una ley que de-

claraba redimibles a favor del cultivador los foros y la «rabassa morta». Los «rabassaires» habían logrado lo que era su aspiración máxima. Pero su satisfacción había de durar poco tiempo, sin embargo. Caída la República, el 20 de febrero de 1874, aquella ley agraria fue abolida. Los propietarios habían ganado la batalla.

La lucha de clases adquirió entonces, en el campo de Cataluña, un aspecto sordo. Los propietarios de la tierra, durante los años que siguieron a la Restauración, dueños del poder, procuraron imponer su voluntad. Empezó una ofensiva a fondo contra los «rabassaires». Los amos de las tierras querían, lisa y llanamente, pasar del contrato de «rabassa morta» al de simple arrendamiento. Las contiendas entre «rabassaires» y propietarios, libradas unas veces en los Juzgados y otras en las «masías», ocuparon un largo período.

La Audiencia de Barcelona sentenció a favor de los propietarios, declarando que se trataba de una enfiteusis temporal. El problema pasó luego al Tribunal Supremo, quien, claro está, ratificó la sentencia de la Audiencia de Barcelona, considerando la «rabassa» como un simple contrato de arrendamiento. El Código civil, en su artículo 1.656, sentaba claramente que la «rabassa» tenía una duración de cincuenta años.

Desde 1890 a 1920

El problema volvió a presentarse con caracteres graves hacia 1890-1895. La filoxera destruyó totalmente los viñedos. La «rabassa» quedaba «morta» en totalidad. Ante la catástrofe hubo una solidaridad inmediata de propietarios y «rabassaires», pero pronto surgió la discordia inevitable. Los campesinos razonaban que, puesto que se trataba de causas extraordinarias, precisaban empezar de nuevo. Los propietarios querían, por su parte, sustituir los antiguos contratos de «rabassa» por los de simple arrendamiento. Además, pronto se constató que la vid americana, que sustituyó a la europea, exigía muchos más cuidados, más trabajo por lo tanto. Y no sola-

mente esto. La vid americana tenía una duración media de veinte a treinta años. De modo que aun estableciéndose el contrato a «rabassa morta», el propietario ganaba veinte o treinta años. Todo ello produjo una verdadera revolución en las relaciones entre propietarios y «rabassaires».

Se organizaron ligas de «rabassaires»; a Villafranca acudieron hasta 30.000 campesinos. Se celebraron mítines y grandes asambleas. El problema fue llevado a las Cortes, aunque sin lograr que los propietarios cedieran ni una pulgada. Pi y Margall, que fue siempre un defensor de los «rabassaires», decía entonces:

«Nosotros no hemos defendido nunca el derecho de los enfiteutas por razones meramente jurídicas. Somos de los que creen que sólo el trabajo legitima la propiedad de la tierra, y es de toda justicia justo que la tierra esté siempre en poder del que la trabaja. Por la "rabassa morta" se ha reducido a cultivo mucha tierra inculta. El trabajo ha sido sólo del enfiteuta, y al enfiteuta debiera corresponder por lo tanto la tierra... ¿Es racional, dentro de los principios de la eterna justicia, que se lance al enfiteuta, como si fuera un simple arrendatario, de la tierra que él, y sólo él, descujó e hizo fecunda? El interés mismo de la sociedad exige la prohibición de tan inhumano lanzamiento. El que sabe que la labranza de una viña ha de ser beneficiosa para sí y para sus hijos mira la tierra con amor, la abona y no excusa medio de hacerla fructífera; el que sabe que la ha de perder pronto, la descuida, la esquilma y la hace estéril. Definitivamente establecida la identidad entre la «rabassa morta» y el arrendamiento, ajustará el enfiteuta a los cincuenta años sus labores y sus miras.»

Hacia 1919-1920, como consecuencia directa de la gran agitación sindicalista, el problema «rabassaire» se presentó de nuevo, adquiriendo a veces forma de tumultuosa violencia. Existía entonces la Federación Comarcal de Sociedades Obreras Agrícolas del Alto y Bajo Panadés, con un total de unos 4.500 asociados, distribuidos en una veintena de poblaciones.

La explotación de los campesinos

La tierra está en Cataluña, por lo general, muy repartida. Solamente existen algunos latifundios en la provincia de Lérida: «Montagut», que pertenece a los canónigos de Lérida; «Ximinells», al marqués de Alfarrás, y «Valmaña», a la familia del que fue presidente de la Generalidad de Cataluña, Francisco Maciá.

Sin embargo, este reparto de la tierra no significa que los mismos propietarios la trabajen. Esto ocurre en las regiones montañosas, pero en los valles y las llanuras, precisamente allí donde la producción es mayor, la tierra es cultivada por «rabassaires», aparceros y arrendatarios.

En las provincias de Lérida, Gerona y parte baja de la de Tarragona predominan la aparcería y el arrendamiento. En la región de la viña, provincia de Barcelona y parte de la de Tarragona, sobre todo en el Alto y Bajo Panadés, el contrato en forma de «rabassa morta» es el más frecuente:

El arrendamiento y la aparcería no ofrecen particularidad alguna. Son igualmente abusivos que en el resto de la Península. Es la «rabassa morta» la que ofrece aspectos peculiares. Y comoquiera que todo el movimiento de protesta de los campesinos de Cataluña, tanto en el pasado como ahora, gira alrededor de los «rabassaires», el estudio de la «rabassa morta» ha de ocupar el primer plano.

La «rabassa» se refiere casi siempre a la viña. La importancia de la viticultura en Cataluña es considerable. Unas 242.000 hectáreas están dedicadas al viñedo. Se producen anualmente alrededor de cinco a seis millones de hectolitros de vino, de los cuales dos terceras partes en la provincia de Barcelona.

La comarca del Panadés, cercana a Barcelona, es uno de los países más fértiles del mundo. El clima, la naturaleza, la labor de largas generaciones de «rabassaires», la proximidad de un importante centro industrial, han contribuido a su riqueza. Se comprende, viendo estos terrenos ondulados henchidos de racimos ubérrimos, que

la lucha entre el cultivador y el propietario, entre el «rabassaire» y el señor, sea áspera, implacable a veces. ¿Quién será el amo, en definitiva? ¿A quién pertenecerá, finalmente, la viña? ¿Quién podrá, satisfecho, coronar su cabeza de pámpanos, declarándose, en alegre fiesta báquica, el rey de la viña?

El «rabassaire», cuando ha terminado su trabajo preparatorio, en la hora inquietante de la cosecha, se ve obligado a avisar al propietario para que éste asista a presidir la distribución. La mitad, el tercio, el cuarto, según lo acordado, va a parar a manos del señor.

El campesino ha plantado la viña. La ha trabajado de sol a sol durante los días crueles de invierno y las jornadas tórridas de verano. Ha pagado la contribución. Ha sulfatado. La vid americana exige un cuidado especialísimo. No es posible abandonarla un instante. Y, sin embargo, a la hora final, como un esclavo, tiene que ir a casa del amo a rendir tributo, entregando la mitad, el tercio de la cosecha.

Y esto no es todo aún. El propietario se reserva el derecho de caza y el de utilizar las hierbas y pámpanos. Puede pasear libremente por la finca, pues no en balde es el amo, el señor. Al campesino no le queda otro remedio que aguantar, tener paciencia.

Constantemente, sobre la cabeza del «rabassaire», como una espada de Damocles, pende la amenaza de que se aproxima lo inexorable: la hora de júbilo del propietario. Aquella tierra fecundada por él, por su padre, por su abuelo, dejará de ser suya. Cuanto más la trabaje, la embellezca, cuanto más rica sea, tanto más será acariciada, deseada por el propietario codicioso.

Es frecuente que los contratos sean hechos, simplemente, de una manera verbal. El amo, gran señor, sabrá hacer honor a su palabra; es un «caballero»... Pero, de súbito, pierde la memoria, deja de ser «caballero» y exige la entrega de la viña. Si el «rabassaire» tiene la osadía de dudar de la caballerosidad del señor y se atreve a reclamar ante el Juzgado, comprueba que los jueces siempre dan razón al propietario.

La «rabassa morta», como la aparcería, es un contrato de raigambre completamente feudal. El propietario cede la tierra desnuda, de un valor escasísimo. Cobra, no a la manera capitalista, esto es, el tanto por ciento, sino según la producción. El amo de la tierra se defiende diciendo que en caso de no haber cosecha, el «rabassaire» queda exento de pagar. Pero la verdad es que muy raramente no hay excelente cosecha. Los «rabassaires» han pagado cien, mil, diez mil veces el valor primitivo de la tierra.

Organización de los «rabassaires»

La acción organizadora de los «rabassaires» ha sido un reflejo, una consecuencia del movimiento proletario próximo a ellos. Así ocurrió en 1873, a comienzos de siglo, y en los años 1918-1920. La agitación de 1890-1893 fue originada por la catástrofe que determinó la filoxera. En 1922 se constituyó la Unión de «Rabassaires», que celebró su Asamblea inaugural, el 6 de enero de 1923, en Barcelona. Sus reivindicaciones principales consistían en que los contratos de arrendamiento de plantío fuesen considerados enfiteusis, es decir, a perpetuidad y con derecho a redimirlos, capitalizándolos sobre la base de un 8 por 100 de la renta pagada; los contratos de tierra de sembradura debían tener una duración mínima de veinticinco años; se revisarían los contratos existentes sobre la base de la imposición del pago de la renta en dinero y no en frutos.

Durante el período de la dictadura, la Unión de «Rabassaires», uno de cuyos líderes era el actual presidente de la Generalidad de Cataluña, don Luis Companys, no estuvo paralizada. En julio de 1925 publicó un extenso manifiesto defendiendo los derechos de los «rabassaires» y dirigiéndose a los demás campesinos explotados de España, con objeto de que se organizaran y se creara así un movimiento de conjunto.

En 1927 la Unión de «Rabassaires» recurrió al Gobier-

no haciendo exposición de sus quejas. Los propietarios, aprovechando la situación favorable creada por la dictadura, acentuaban los desahucios y procuraban trocar los contratos a «rabassa morta» en arrendamientos. «Es común entre los propietarios— decía la Unión de "Rabassaires"— afirmar que la institución de la "rabassa" ha ido disminuyendo. Cierto. No hay tantos "rabassaires" como hace años. El problema se va resolviendo a la manera como lo hicieron antaño algunas naciones civilizadas con los indios: acabando con ellos. No hay tantos "rabassaires" porque los propietarios han desahuciado al que plantó la viña y luego han dado a cultivo la viña a otro "payés", resolviendo el problema por medio del despojo.»

Durante la segunda mitad del siglo XIX y lo que va del actual, los propietarios, progresivamente, fueron despojando a los «rabassaires», transformándolos en arrendatarios. Cada día había nuevos desahucios.

Los «rabassaires» argumentaban: «Al que alquila una habitación en poblaciones mayores de seis mil habitantes, no se le puede desahuciar sino por falta de pago. Pero al que plantó una viña o un campo de árboles frutales se le desahucia porque éste es "payés", y parece que interesa al país que su vida sea imposible y los campos queden despoblados.»

Después de la proclamación de la República

El triunfo de la República, en abril de 1931, había de cambiar profundamente el orden de cosas establecido. Los campesinos creyeron llegada su hora. La organización «rabassaire» se desarrolló de una manera vertiginosa, y allí donde no existía movimiento campesino organizado —provincias de Lérida y Gerona— surgieron muy pronto la Unión Provincial Agraria de Lérida y la Acción Social Agraria de Gerona (más tarde Federación de Trabajadores de la Tierra de Gerona), integradas ambas por aparceros y arrendatarios.

Los decretos de la República de 11 de julio y 6 de agosto de 1931, a propósito de la revisión de contratos de arrendamiento de fincas rústicas y desahucios, produjeron entre los campesinos catalanes, sobre todo en los «rabassaires», efectos fulminantes. Empezaron inmediatamente las demandas de revisión de contratos, hasta alcanzar la cifra de 29.792. El campo estaba en ebullición. Las demandas de revisión de contratos se distribuían así: Lérida, 909; Gerona, 1.577; Tarragona, 4.461; Barcelona, 23.024.

Al mismo tiempo que tenía lugar esta avalancha de demandas de revisión de contratos, los campesinos, especialmente los de la provincia de Barcelona, empezaron a hacerse la justicia por sí mismos, sin aguardar un fallo hipotético, entregando al propietario solamente la mitad de las partes de frutos convenidas. La revisión de contratos la llevaban a cabo los «rabassaires» prácticamente antes que los jueces. Como siempre, la constitución real precedía a la constitución jurídica.

Los propietarios, aterrorizados ante la magnitud de la revolución agraria que se iniciaba, actuando a través del gobernador civil de Barcelona y presidente de la Audiencia, Anguera de Sojo, consiguieron establecer una tregua. El 21 de septiembre de 1931, los representantes de la Unión de «Rabassaires» y los del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro —propietarios— convinieron en la Generalidad, con asistencia de los señores Maciá, Anguera de Sojo, Companys y Lluhi, un pacto circunstancial. Se convenía que el «rabassaire» que pagaba la mitad de la cosecha pagaría el tercio; el que un tercio, sólo un cuarto; el que un cuarto, un quinto, y así sucesivamente. Este pacto no se refería más que a los «rabassaires» y al año de 1931.

Los propietarios se proponían frenar un movimiento irresistible y dividirlo, lo que lograron en parte. El Pacto de la Generalidad, obra de Anguera de Sojo, fue una artimaña de gran habilidad por parte de los propietarios. Después de ese Pacto, los Juzgados fueron sentenciando en masa: «No ha lugar a la revisión», originándose en

muchos casos las represalias de los propietarios. El 90 por 100 de las demandas de revisión fueron falladas en contra de los demandantes. Los «rabassaires» habían aceptado el Pacto de la Generalidad como una solución transitoria, aunque sin quedar satisfechos. Querían algo más que promesas. Deseaban que se cumplieran los anhelos de largas generaciones de esclavos del terruño. En una palabra, querían la tierra.

El verano de 1932 se presentó mucho más movido que el anterior todavía; la rebeldía había crecido. Los campesinos se sentían más fuertes. Con objeto de canalizar el conflicto, el Gobierno, con fecha 4 de agosto de 1932, ordenó la creación de Tribunales mixtos de la propiedad rústica en Villafranca del Panadés, Igualada y Villanueva y Geltrú, encargados de solucionar los problemas agrarios que pudiesen surgir. Más tarde fueron creados otros Tribunales semejantes en Vich y Vendrell. Estos Tribunales estaban compuestos por cinco vocales en representación de los propietarios, otros cinco en representación de los «rabassaires», arrendatarios y aparceros. La presidencia debía ser ejercida por los jueces de primera instancia de los respectivos Partidos judiciales. La creación de dichos Tribunales fue completamente inútil. Los campesinos siguieron repartiendo los frutos conforme al Pacto de la Generalidad y, en muchos casos, quedándose con toda la cosecha. La Guardia Civil salió a defender los derechos de los propietarios. En la comarca del Panadés hubo choques violentos entre los «rabassaires» y la fuerza del Estado.

El 14 de abril de 1933, los «rabassaires» hicieron una marcha sobre Barcelona para exponer a la Generalidad que no estaban por más tiempo dispuestos a contentarse con promesas y soluciones provisionales. La Generalidad contestó a los «rabassaires» diciéndoles que antes de terminar el año sería promulgada definitivamente la ley que solucionara para siempre el conflicto. En espera de esa ley, el 26 de junio de 1933, la Generalidad dictaba una disposición, transitoria también, titulada «Ley para la solución de los conflictos derivados de los contratos de

cultivo». En virtud de esa ley, los campesinos que hubiesen presentado conflicto pagarían el 50 por 100 de lo que pagaban antes; pero los que no lo hubiesen hecho seguirían pagando lo mismo que antes del 14 de abril de 1931. Sólo una parte de los campesinos salían favorecidos.

Ley de Contratos de cultivo

A finales del año 1933 fue presentado al Parlamento de Cataluña el proyecto de ley de Contratos de cultivo. Este proyecto de ley fue ampliamente discutido durante los primeros meses del año 1934, siendo definitivamente aprobado después de varias modificaciones, entrando en vigor desde el 1.º de abril.

La ley de Contratos de cultivo de la Generalidad constituye, teóricamente, el triunfo de las aspiraciones mínimas de los «rabassaires» y aparceros de Cataluña. Para «rabassaires», aparceros y arrendatarios, la ley de Contratos de cultivo representa, en síntesis:

La posesión de la tierra mientras quieran trabajarla.

Las contribuciones y tributos serán pagados por el propietario.

Los arrendamientos no podrán pagarse anticipadamente.

No podrá arrendarse más terreno que el que una familia puede cultivar. No se permite el subarriendo.

La duración mínima del arrendamiento será de seis años. Si el arrendatario no avisa al propietario seis meses antes de terminar el contrato, se entiende que todo sigue igual.

El propietario podrá imponer el cese del arrendamiento al terminar el plazo estipulado, pero sólo en el caso de que él o su familia quieran cultivar las fincas. Será necesario comunicarlo al arrendatario dos años antes de terminar el contrato. Deberá pagar al arrendatario las mejoras hechas y una indemnización equivalente a una anualidad de renta por cada seis años que lleve de duración el contrato. Deberá cultivar la tierra directamente por un espacio de tiempo no inferior a seis años.

El derecho del cultivador se transmite, en caso de muerte, a sus herederos.

Los contratos podrán ser sometidos a revisión.

El precio del arrendamiento no podrá exceder del 4 por 100 del valor que tenga la tierra.

El arrendatario puede comprar la tierra si lleva cultivándola dieciocho años, pagándola de una vez o en quince anualidades y abonando el 5 por 100 de las cantidades debidas y no pagadas.

La «rabassa» es considerada como enfiteusis.

La Generalidad nombrará Juntas arbitrales para estudiar y resolver los casos que resulten de la aplicación e interpretación de la ley.

Desde el momento en que el arrendatario presente demanda de revisión, pagará la mitad o los tres cuartos del arrendamiento, según estuviera o no incurso en la ley de Conflictos de 26 de junio de 1933.

Se trata, en suma, de una ley pequeñoburguesa que busca garantizar el derecho del campesino a trabajar la tierra, abriéndole, además, la posibilidad de transformarse en propietario. Setenta mil campesinos pueden ser afectados favorablemente por esa ley, conservadora en el fondo, ya que tiende a crear una gran masa de pequeños propietarios. Sin embargo, objetivamente, la ley es revolucionaria, puesto que, en nombre del derecho del cultivador, ataca el derecho de propiedad establecido.

La ley de Contratos de cultivo, aunque no da la tierra a los campesinos, como hicieron la Revolución francesa y la Revolución rusa, les asegura la posesión, en cierta medida. Los cultivadores de la tierra encuentran una protección indiscutible frente a la ofensiva de los propietarios, cada vez más intensa, cada vez más insolente.

Ahora bien, ¿soluciona esa ley el problema agrario de Cataluña? Ni remotamente. Si triunfa —lo que todavía es problemático—, no constituirá más que un compás de espera.

Primeramente, dada la ofensiva de los propietarios y de la gran burguesía, de toda la reacción española, contra dicha ley, no es imposible —máxime si se sabe de ante-

mano que la pequeña burguesía tiene propensión a capitular— que ocurra nuevamente lo que sucedió con la ley de 20 de agosto de 1873, que fue anulada seis meses después. La ley de Contratos de cultivo catalana está íntimamente ligada a los problemas generales de la Revolución española.

En segundo lugar, suponiendo que la Generalidad gane el pleito entablado, los campesinos encontrarán una mejora indiscutible momentáneamente. Pero una vez hechas las demandas de revisión y el precio del arrendamiento haya sido establecido definitivamente, el campesino seguirá siendo un arrendatario de la tierra.

En tercer lugar, la compra de la tierra que faculta la ley la podrá llevar a cabo una parte de los «rabassaires». Transformados en propietarios, lenta o rápidamente, según las circunstancias políticas, se acercarán más a los otros propietarios, por razones de índole económica, que a los que queden sujetos al arrendamiento o aparcería. Esto determinará, como consecuencia, una ruptura del frente campesino y el paso de un determinado sector, hoy revolucionario, al lado de los propietarios contrarrevolucionarios.

La solución dada por la pequeña burguesía no tiene, pues, más que un carácter provisional. La pequeña burguesía no puede nunca, y menos en las actuales circunstancias, aportar una solución histórica, misión ésta que corresponde al proletariado en marcha hacia la Revolución socialista.

GLOSAS DEL MES

La humillación ante el Vaticano

La República española ha sentido más prisa en negociar con el Vaticano que con Moscú. No parece sino que a alguien le urgía ganar algunas indulgencias papales, quién sabe por qué pecados políticos. Reconocimos la Unión Soviética, tarde y con daño, cuando casi todas las potencias ultracapitalistas se habían resignado ya a no haber podido vencerla y a no verla destruida por la contrarrevolución, resarciéndose de esta amargura con las compensaciones que el mercado ruso brindaba a sus productos, como paliativos a sus crisis nacionales y a sabiendas de que ese comercio no hacía sino fortalecer al mayor enemigo que jamás tuvieron: a las Repúblicas Socialistas de Rusia. Los frentes artimarxistas cesaban en la frontera soviética. Los negocios son los negocios. Cierto que Rusia, con sus compras, ayuda también al capitalismo de otros países; pero esas compras no bastan para salvarle y, en cambio, el capitalismo mundial ha contribuido a consolidar la revolución socialista de Rusia. Este contrasentido sólo expresa otra de las contradicciones que desgarran al régimen económico vigente en el resto del mundo.

¿Qué teme España? ¿Por qué no se nombra embajador ante el Gobierno soviético, como preliminar obligado para ulteriores tratos comerciales? No se temerá que la III Internacional desencadene aquí sus furias, precisamente cuando comienza a reconocer la autonomía de los partidos comunistas nacionales, como acaba de acontecer en Francia, abandonando o restringiendo el control que antes ejercía sobre ellos. El coco de Rusia ya sólo

aterra a las beatas y a algunos modestos burgueses de provincias; pero las grandes factorías, paralizadas total o parcialmente por la crisis del consumo, no pueden querer otra cosa que comerciar con la Unión Soviética. Ramón Viguri señalaba en el último número de esta Revista algunos de los artículos que se pueden comprar y vender entre los dos países. Esta política era y es más urgente que la de un Concordato con Roma.

Por más que nos esforzamos, no logramos comprender la impaciencia del Gobierno español en despachar un enviado extraordinario al Vaticano, cuando tanto hay que hacer en defensa de nuestro comercio exterior, diezmado por las trabas crecientes que le ponen los demás países; ahora no se podrá decir que el decrecimiento de nuestra exportación se debe a la presencia de los socialistas en el Gobierno de la República. Ni comprendemos que la República, después del desaire que el Vaticano le infirió negándose a conceder su *placet* al que había de representarla a raíz de su instauración, se haya humillado a tomar la iniciativa de una negociación que, según buenos informes, Roma aún no quería, siendo la única que debía quererla, porque, en las actuales circunstancias, de un Concordato sólo se puede beneficiar la Iglesia, pero no el Estado español. La República debió esperar a que el Vaticano quisiera la negociación, y entonces era el momento de decidir si convenía o no entablarla. A nuestro juicio, claro está que no convenía, porque para nosotros la Iglesia católica, ni ninguna otra, no es un Estado con el cual un Estado auténtico debe ponerse en relaciones de paridad jurídica. Pero si el Gobierno aceptaba, por las razones que fuese, esa negociación, era Roma la que debía llevarla en España, y no al contrario, porque el que pide, y no el que da, es natural que se moleste. ¿O es que se quería degradar a la República prosternándola a los pies del Vaticano, quizá en penitencia de su teórico laicismo y de la quema de conventos?

El envío de un embajador extraordinario a la Roma papal, cuando no lo reclamaba nadie y era más bien una visita embarazosa para el que la recibía y humillante

para el que la hacía, porque iba a ofrecer servilmente sin pedir nada en cambio, es uno de los actos más vergonzosos del Gobierno Samper, aunque haya otras responsabilidades invisibles. Con pocos gestos como éste, la política exterior de la República española se pondrá a la altura de la de cualquier teocracia centroamericana.

Como es humano, viendo Roma que la República penitente venía a ofrecerle lo que aún no pedía, pidió más de lo que se le ofrecía. Se le extendía una mano, cargada de dádivas mendicantes, como suelen ser las que se ofrecen a los podres sobrenaturales, y quiso tomar todo el brazo. Qué regalaba España a la Iglesia, aún no lo sabemos, pero sí parte del regalo acrecentado que la Iglesia exigía a la República, probablemente a cambio de una absolución para ella y para sus más altos poderes. Sencillemente, el Vaticano pretendía que el matrimonio canónico tuviese en España la misma validez que el civil, o sea que la ley o regla de una institución extranjera, que ni siquiera es un Estado, gozase de vigencia propia, al lado o por encima de las leyes nacionales, con el evidente propósito de sustituir las en su uso y, sobre todo, en sus emolumentos, como era costumbre en la monarquía. Si los matrimonios canónicos, como otros actos eclesiásticos, fueran gratuitos, la Iglesia no pondría tal vez tanto celo en defenderlos. Pero las determinaciones económicas de la Historia no excluyen ni a las religiones.

En el fondo, la política exterior del Vaticano, como la de todos los Estados, y en eso sólo se les parece, es fundamentalmente una política económica. Hasta cuando llora con amargura o anatematiza con santa cólera, no olvida que los más grandes daños y dolores se alivian con compensaciones materiales. La quema de conventos españoles en mayo de 1931 le produjo un dolor infinito, que se expresó en aquellas quejas desgarradoras y en aquellas tremendas execraciones que todos recordamos y en cuyo estilo la Iglesia es maestra habilísima por la experiencia de tantos siglos; pero ahora está dispuesta a retirar sus apóstrofes y olvidarlo todo si la República la indemniza por esos desastres, como si el Estado español

fuese una compañía de seguros contra incendios o cómplice de los incendiarios. Esta es otra de las demandas del Vaticano que ha tenido que oír el enviado de España. Según nuestra Constitución, esos conventos hubieran pertenecido a la República; pero se queman, y Roma exige que la República se los pague. ¿Por qué? Lo sabrá el embajador extraordinario y acaso nos lo cuente a su regreso. De todos modos, el precedente sería fatal, pues si, por cada convento que arda, el Estado ha de indemnizar al Vaticano habría que temer que dentro de poco tiempo no quedasen de los inmuebles y magníficos monasterios españoles más que montones de escombros humeantes. Sabido es que los edificios asegurados son una tentación al incendiarismo.

Las demandas vaticanistas —las mencionadas y acaso otras que aún se ignoran— han debido parecer excesivas incluso a quien inspiró el plan de un Concordato, cuando el embajador regresa a España con el viaje perdido y sin bendiciones papales. Buen triunfo para la diplomacia de la República. No sabremos hacer tratados comerciales que alivien a nuestra economía; pero se ve que tampoco sabemos negociar convenios para la salvación del alma. No teníamos conflictos con la Iglesia, porque la República los había liquidado con su Constitución, aunque no de raíz, como hubiera sido conveniente; pero, después de la visita de un embajador al Vaticano y de las fallidas negociaciones, hemos creado el conflicto, reconociendo implícitamente a la Iglesia derechos sobre España. Se ve que la especialidad del lerrouxismo es no crear ni resolver nada, sino promover conflictos innecesarios dondequiera que pone la mano. Es lo típico de los partidos más ineptos y sandios.

El conflicto con Cataluña

Eso hizo en Cataluña. Ningún interés público le obligaba a llevar la ley de Cultivos, tan característicamente regional, nada menos que al Tribunal de Garantías Cons-

titucionales, requiriendo su nulidad. Anulada por ese Tribunal, la ley sigue en vigor. Resuelve el conflicto, provocado innecesariamente, complicándolo, dejando incumplida la sentencia y sin autoridad, por tanto, al Tribunal de Garantías y al propio Estado central, y dando origen a que la región autónoma se eleve poco menos que a categoría de Estado soberano. Un tiquismiquis legal convierte la autonomía de Cataluña en verdadera independencia de hecho. No nos duelen estas consecuencias, que a la postre serán fértiles para acelerar el proceso revolucionario de España. Una Cataluña independiente, pero revolucionaria —aunque ahora esté en manos de la pequeña burguesía, con tal que no hostilice al proletariado—, nos inquieta menos que una Cataluña sin autonomía, colaboradora de un Estado central antiproletario, como lo fue de la monarquía la Liga regionalista, órgano de la plutocracia catalana, y como se quiere que vuelva a serlo en la República.

En un proceso histórico amplio y profundo, el concepto de la unidad nacional tiene un valor muy secundario. Mejor que un Estado capitalista que imponga la ley de la clase dominante a toda la nación, queremos unas cuantas naciones peninsulares, incluido Portugal, que algún día puedan reunirse en un Estado de trabajadores, en una auténtica República de trabajadores, de una sola clase, y no de todas clases, como nos corrigieron insulsa-mente algunas mentes abogadescas y confusionistas, de esas que se asustan del sentido inequívoco de las palabras. (Algunos comentaristas majaderos se vienen moviendo de eso de «trabajadores de todas clases». Y no les falta razón en la burla; pero se equivocan en el blanco adonde disparan, y por ello son majaderos, pues debieran saber, ya que algunos eran entonces diputados, de qué cerebros salió el parto de esa desventurada frase. Se le ocurrió al actual Presidente de la República, que hizo enmendar una enmienda, ya aprobada, al proyecto de Constitución y que decía claramente así: «España es una República de trabajadores.» Cada uno en su lugar.) No nos turba lo más mínimo, decíamos, el separatismo

catalán o cualquier separatismo, sea de hecho o de derecho, sobre todo cuando tiende a separarse de un Estado que ha recaído, como la República española, bajo el dominio de las antiguas oligarquías feudales que se habían entronizado, durante siglos, en la institución monárquica; pero sólo un Gobierno Samper podía, por inconsciencia y por una bagatela, haber agudizado el problema de la nacionalidad catalana al punto álgido en que ahora se encuentra.

El conflicto con el país vasco

El conflicto inicial crece cada día, como bola de nieve. El conflicto con Cataluña sirve de espuela a la rebeldía de los Ayuntamientos vascos. La confusión y flaqueza del Poder central los alienta y envalentona; pero además tienen razón. Por lo menos no era necesario plantear el conflicto en este momento. Entre el país vasco y el Estado central existe un antiguo concierto económico. Las Diputaciones provinciales pagan un impuesto global al Estado, y ellas establecen y recaudan para sus arcas los impuestos locales. El concierto será justo o no; no es ahora el momento de dilucidarlo. Pero, justo o no, sólo al ministro de Hacienda, señor Marraco —otro inventor de conflictos—, se le ocurre, sin una ley del Parlamento, prescindir de ese concierto, que a eso equivale querer aplicar directamente al país vasco, por medio del Estado central, el impuesto sobre la renta. Viendo que las Diputaciones gestoras no defendían con celo ese concierto tradicional frente a las intromisiones del ministro de Hacienda, los Ayuntamientos vascos acordaron sustituir las mediante unas Comisiones elegidas por los propios Municipios, a falta de una nueva ley Electoral para las provincias o mancomunidades de Ayuntamientos. El Gobierno ha recusado por ilegal esta elección de las Comisiones provinciales. ¿Pero era legal la ocurrencia del ministro de Hacienda?

El hecho en sí mismo es baladí, como la ley catalana de Cultivos; pero bien se advierte que se le ha tomado

como pretexto para expresar el disgusto de toda una región ante el nivel de frivolidad e incompetencia en que han caído los Gobiernos de la República después del bienio republicano-socialista. No simpatizamos políticamente con la región vasca, dominada en su mayor parte por clases de tendencia plutocrática y teocrática y alimentando un nacionalismo de tipo socialmente regresivo, semejante al irlandés o polaco, que nunca nos han entusiasmado; pero hay que reconocer que los vascos son gentes serias, y ahí se legitima su descontento. Se les prometió en la Constitución la autonomía y se les ponen toda clase de estorbos: sospechan, no sin razón, que con radicales y agrarios en el Poder nunca la tendrán y por eso se fueron, con los catalanes, del Parlamento. Tenían un convenio económico con el Estado, y han visto que este Gobierno lo quería burlar. ¿Es serio todo esto? ¿Merece acatamiento un Estado que así se conduce? La rebeldía ha estallado en las Vascongadas; pero las causas están en Madrid, en la ligereza, en la inepticia, en la falta de autoridad de estos Gobiernos agrario-radicales que iban a pacificar los espíritus y devolver a los españoles la felicidad arrebatada por los Gobiernos de las Constituyentes. Ahí está la pacificación y ahí está la felicidad: basta mirar a Cataluña y a Vasconia.

Hacia la guerra civil

Pero el conflicto promete nuevas y más graves complicaciones. Companys se puso pública y ostensiblemente al lado de los Ayuntamientos vascos, por la misma razón que en éstos se unieron nacionalistas y socialistas, capitalistas y comunistas, católicos y ateos: por una cuestión de seriedad propia y de desprecio hacia un Poder central que está en tales manos y que de hecho es una restauración de las viejas oligarquías monárquicas, despóticas y parasitarias. En el fondo de esta lucha —como dice Andrés Nin en otro lugar de este número— no hay más que la vitalidad de las dos regiones más industriales de Es-

paña contra la España feudal —feudal por su economía y su mentalidad— que domina aún en Castilla, en Extremadura y en Andalucía.

Pero Companys es presidente de la Generalidad de Cataluña y, como tal, delegado del Gobierno central en la región autónoma. Habrá que castigarle, en la única forma que es posible: destituyéndole. Eso quieren el partido agrario y el de Acción Popular: la España ancestral. En ese trance se le ha puesto al Gobierno Samper: destituir a Companys o dimitir. Si se le destituye, ¿se resignarán la Generalidad y su presidente? Es dudoso. Y si no se resignan, ¿qué puede hacer el Gobierno central? Para Samper no habría problema: se dedicaría a buscar una fórmula, como en la ley de Cultivos, y en ello se le irían los meses y los años, si le dejaran. Todos los conflictos los resuelve él diciendo que anda buscando la fórmula de resolverlos. Hombre admirable y especie inédita hasta ahora en la política de ningún país. No le presintió ni Aristóteles. Pero Gil Robles acucia. Sus huestes amenazan desmandarse e irse en parte con los monárquicos de Renovación Española si no se someten Cataluña y el país vasco. Habrá que echar a Samper, nuevo Favio Cunctator. ¿Pero quién echará a Companys? ¿Quién reducirá a Cataluña y Vasconia? ¿Gil Robles? Es posible, pero a costa de la guerra civil.

Gil Robles, o quien quiera emplear una política de violencia con Cataluña, representa la guerra civil. Una guerra civil que traería nuevas y aun más grandes complicaciones, porque la guerra civil en esas circunstancias no se desarrollaría sólo horizontalmente, en la superficie del territorio nacional, sino también verticalmente, en la dimensión profunda de la sociedad española. La guerra civil se complicaría con la guerra social. No lo olviden los que deben saberlo. Gil Robles, o quien sea el valiente que se afronte con Cataluña y el país vasco, significa la guerra civil y la guerra social. ¿Que está en litigio la autoridad del Estado? ¡Ah! Estas son las consecuencias del fraude electoral de noviembre. Sopórtelas quienes deben soportarlas.

GLOSAS DEL MES

Escaramuzas de la guerra civil

Quien no se percate de que España está entrando en la fase aguda de la guerra civil entre el fascismo de Estado —al servicio de las oligarquías capitalistas y muy señaladamente de la territorial, aliada predilecta de la Iglesia— y la clase obrera organizada entenderá difícilmente los sucesos, tan tópicos y sintomáticos, del pasado mes de septiembre. La noción de que estamos en las primeras escaramuzas de la guerra civil nos da la clave de esos sucesos.

La ofensiva ha partido aquí, como en todas partes, de las organizaciones políticas y sociales que representan a las oligarquías y que aspiran a una dominación totalitaria, fascista, del Estado. De todas ellas, la más dinámica es la incorporada en el partido de Acción Popular, que capitanea externamente Gil Robles, pero detrás del cual, moviéndole, están los terratenientes de toda España, los jesuitas emboscados y el Vaticano. Minoría en el Parlamento, este partido ha intentado vencer las resistencias que se le oponen a su tránsito al Poder —a causa de su equívoco republicanismo, ya que la mayoría de sus diputados fueron elegidos por su expresa o tácita filiación monárquica—, impresionando con grandes concentraciones de masas a la opinión pública y, sobre todo, al jefe de Estado, que es el árbitro o calibrador de las fuerzas parlamentarias y extraparlamentarias. Con las concentraciones de El Escorial en abril y de Covadonga en septiembre, Acción Popular quiso demostrar a las oposiciones y al Poder moderador que en volumen y voluntad de dominio ninguna otra fuerza política ni social la supe-

raba ni podía impedir su acceso a la conquista y el monopolio del Gobierno. Era una forma de pedir el Poder por acción directa, exhibiendo grandes masas y anunciando la revolución si se les cerraba el paso.

A la acción directa por el Poder, la clase obrera contestó con la acción directa contra la posibilidad de que se entregase el Poder al fascismo territorial y católico. Se respondía con las mismas armas. A la fuerza de las concentraciones se contestó con la fuerza de la huelga general de Madrid en abril y de Asturias en septiembre. A una movilización de masas se oponía otra. El resultado fue desastroso para las concentraciones fascistas, que quedaron desarticuladas y corridas por las huelgas. Se puso de manifiesto que Acción Popular será muy poderosa en los confesionarios y en los púlpitos, en la compra descarada de votos y en la coacción sobre los electores, amenazando a unos con quitarles el trabajo y el pan y a otros con las penas del infierno; pero que en la organización de la lucha directa no cuenta con gente ni con brío para vencer a la clase obrera. Tan ostensible fue su derrota en esos cómputos de fuerzas y de espíritu de combate, que hubo de renunciar a otras concentraciones que preparaba en tierra aragonesa y en otros lugares de España que simbolizan las escalas triunfales de la antigua monarquía. A la conquista del Poder no se podía ir por los caminos de una reconquista nacional que está bien en los archivos de la Historia, pero que ya no es posible resucitar para servir al feudalismo territorial y al jesuitismo vaticanista.

Los agrarios catalanes, animados de súbita fraternidad con los agrarios castellanos, también reunieron su concentración, ésta en Madrid y contra la ley de Cultivos aprobada por el Parlamento de Cataluña. Y también se les contestó con la huelga general en Madrid y Barcelona, que hizo evidente, una vez más, la organización y el ímpetu de la clase obrera y la impotencia de las guerrillas fascistas. Y no sólo de éstas. Se puso también de relieve la impotencia del Estado, que apenas pudo hacer circular en Madrid una docena de tranvías, no obstante

la movilización del ejército para ese servicio. Y eso que la huelga era pacífica y por veinticuatro horas. Calcúlese lo que ocurriría en una huelga revolucionaria de duración indefinida. Desengañense los alegres gobernantes de inconsciente mentalidad fascista: el Estado español no puede hoy nada contra una clase obrera decidida a vencer o morir. Ni podría defenderse contra una embestida de la derecha, por débil que fuese, si la clase trabajadora se cruzase de brazos. ¿No es, pues, locura suicida o criminal hostigarla y querer ponerla fuera de la ley, como se ha intentado?

Pero los trabajadores no se cruzarán de brazos. No por amor a una República, que les persigue sañudamente, como no se hizo en la monarquía, sino por instinto de conservación. El proletariado español no está dispuesto a sucumbir sin lucha como en otros países sometidos a la dictadura fascista. Signos de su decisión de resistencia son las mencionadas huelgas —precursoras de otras menos pasivas—, los actos de presencia realizados por el proletariado unido, como el mitin del Stadium, en Madrid, en que se congregaron cerca de cien mil obreros, y, sobre todo, el espíritu de combate que revelan esos actos, y otro hecho no menos significativo que tuvo también lugar en el mes de septiembre y que alarmó tan profundamente al Gobierno y a las clases conservadoras: nos referimos al hallazgo de armas en distintos puntos de España, unas de dudosa procedencia y propiedad, como parte del cargamento de municiones encontrado en un puertecito de Asturias, y otras en poder de organizaciones o personas socialistas o de filiación afín. Comentemos con toda claridad cada uno de estos casos.

La lucha internacional contra el fascismo

En el alijo de Asturias, todavía *sub judice*, los datos son hasta ahora bastante confusos, pero sobre uno de ellos parece que no hay duda: que ese armamento era propiedad de extranjeros y que estuvo depositado en Cádiz con el conocimiento y anuencia de todos los Go-

biernos republicanos que habían precedido al de Samper. También el de Samper conocía la existencia de ese armamento, puesto que el embarque de la mercancía se hizo por orden y en presencia de funcionarios públicos. ¿Por qué este Gobierno dio esa orden? ¿Por qué no la dieron los anteriores? El asunto, por sus ramificaciones internacionales, es bastante delicado; pero creemos que nada se gana no afrontándolo con toda franqueza.

Según nuestras noticias, ese armamento, adquirido por extranjeros, anduvo algún tiempo errante por mares y puertos francos de Europa, sin poder penetrar en el país a donde se dice que iba destinado, para derrocar una dictadura que allí rige desde hace años. Una potencia europea, que apoya esa dictadura, por el vasallaje que de ella recibe y porque así les conviene a las numerosas empresas económicas que tiene establecidas en el país aludido, vigilaba con el Argos de su escuadra los movimientos de las armas vagabundas. Por informaciones que hemos leído estos días en la Prensa española, esas armas recalaron al fin en un puerto español del Norte y debieron ser trasladadas a otro del Sur: por todos los indicios, probablemente, son las que hace poco fueron reembarcadas en Cádiz y una parte de las cuales reapareció luego en Asturias.

Todos los Gobiernos de la República conocían, pues, la existencia de ese armamento en España. De este hecho se ha querido hacer piedra de escándalo contra los Gobiernos anteriores al de Samper y especialmente contra el presidido por Azaña. ¿Por qué sólo contra el de Azaña y no contra el de Lerroux y el de Martínez Barrio, que estaban igualmente enterados? ¿Y quiénes son los que se escandalizan? Pues los mismos que durante la monarquía hallaban natural que los Gobiernos españoles y el propio rey ayudasen con dinero y con armas a los monárquicos portugueses, para conspirar desde nuestro territorio contra la República de Portugal. Hoy que esa República ha degenerado en una dictadura monarquizada y fascista es intangible para los antiguos cómplices de los conspiradores portugueses monárquicos.

Pero, además de ley del embudo, es insostenible la tesis de que un Estado no puede colaborar con los que trabajan por derribar otro Estado diametralmente opuesto. No podrá; pero colabora. Está en su perfecto derecho y cbedece a una ley elemental de conservación al hacerlo. Lo han hecho y lo hacen todos los Estados; negarlo es burda hipocresía. Conspiró la monarquía española contra la República portuguesa, y la dictadura de Oliveira Salazar ha prestado aliento —a falta de medios más positivos— a los emigrados españoles monárquicos. Los grandes Estados europeos ayudaron con armas y dinero a los ejércitos blancos contra la Unión Soviética, sin que entonces protestara la Prensa capitalista. Los Estados Unidos derriban y ponen Gobiernos a su antojo en los países americanos controlados por el capital yanqui. ¿Quién se sorprende de esto? Nadie emule a Tartufo. ¿Que un Gobierno de la República española vendió armas de sus fábricas para que con ellas se atacara a una dictadura brutal y expoliadora? ¿Que custodió esas armas u otras? Pues lo celebraríamos mucho, sintiendo sólo que la ayuda no fuera más eficaz.

La guerra civil que está latente o actual en todos los países del mundo no acaba en cada frontera: tiene aliados o enemigos internacionales en todo el planeta. Los Estados no son entes metafísicos, que deben limitarse a hacerse reverencias protocolarias, sino fuerzas concretas que luchan por los intereses de las clases que representan y que se atraen o repelen, se ayudan o se combaten, según sus afinidades y diferencias. Ningún Estado puede ser neutral en las luchas del vecino, que tal vez afectan decisivamente a su destino. Esta es la realidad, y querer desconocerla o rebatirla, con falsos aspavientos, en nombre de la amistad internacional, es estupidez o sofisteria de palurdo.

La visita de Rocha a Portugal

Lo más grave de este asunto de las armas sacadas de Cádiz y encontradas en Asturias no está en una quimé-

rica responsabilidad de los Gobiernos —de todos los Gobiernos, en todo caso, incluso los de Lerroux y Martínez Barrio— anteriores al de Samper. Esa conducta pudo ser más o menos quijotesca, pero no ilícita. Lo que no sabemos si sería lícito, pero, desde luego, no quijotesco, sino inspirado en el más bajo sanchopancismo, es que la orden de embarcar las armas en Cádiz obedeciera a un móvil completamente opuesto al que había animado a los Gobiernos anteriores: al deseo de servir, más o menos desinteresadamente, a la dictadura portuguesa, que sin duda conocía la localización de ese armamento y se sentía amenazada por su proximidad. Tenemos fundadas sospechas de que esto ha sido así.

El pasado verano —en el mes de julio o agosto— estuvo en Portugal el señor Rocha, ministro de Marina. Fue a visitar la Exposición Colonial de Oporto. El señor Rocha había sido embajador de la República en Lisboa y ganó buenas amistades en la dictadura portuguesa. Hombre emprendedor y práctico, parece que trabajó en concertar intereses, hasta entonces encontrados, de grupos capitalistas de ambos países, entre ellos, según se nos informa, los de la industria del corcho, de que las dos naciones son grandes productoras. Estas actividades, acaso no conclusas al abandonar la Embajada, son de las que dejan comunidad de afectos y de conveniencias internacionales. ¿Qué de extraño sería que la dictadura portuguesa se quejara al señor Rocha de la peligrosidad de un armamento tan cercano, y que el señor Rocha, henchido de efusiones hispanoportuguesas, nacidas de una brillante actuación diplomática y consolidadas en fructíferas negociaciones sobre los intereses comunes del corcho, prometiera barrer de la faz de España hasta el último residuo de conspiración contra tan benéfica dictadura? La visita del señor Rocha a Lisboa y Oporto y la orden del Gobierno de alejar el armamento de Cádiz son demasiado coincidentes para que, por lo menos, no se la señale. ¿De dónde salió esa orden, de Gobernación o de Marina? ¿Y por qué se dio? ¿Por qué la dio el Gobierno Samper, cuando no había querido darla ningún otro Go-

bierno? He ahí un pormenor que habrá que aclarar si se quiere que todo quede en claro. Aunque mucho tememos que no se querrá.

Eso en cuanto a las armas cuya propiedad se atribuye a los emigrados portugueses. Lo que hacían o iban a hacer las recogidas en Asturias, si por allí llevaban el camino de Portugal —más seguro, desde luego, que el de las muy vigiladas provincias gallegas— o si buscaban el escondrijo que se les negaba en Cádiz, en espera de coyuntura favorable para conducir las más tarde a su destino, no nos interesa. Averígüelo el juez.

El derecho a la defensa

El otro escándalo de la Prensa derechista levantado en torno de las armas encontradas en la Casa del Pueblo de Madrid y en poder de algunos socialistas tiene tan poca consistencia y justificación como el primero. Estamos —repetimos— en estado de guerra civil. Todo el mundo vive armado, las izquierdas como las derechas y el centro. Hágase la prueba: regístrense periódicos y conventos, y se encontrarán verdaderos arsenales. Haga la policía una visita al *ABC* y *El Debate*, y hallará hasta ametralladoras. Esto todos los saben, y el primero el Gobierno, que lo autoriza. Se dirá que esos periódicos y los conventos necesitan para su defensa del copioso armamento de que disponen. ¿Pero sólo ellos? Las Casas del Pueblo lo necesitan también tanto o más que nadie. En ellas se concentra el odio de todas las fuerzas fascistas. Si no las han asaltado ya es porque se temía que estuvieran armadas. Pero el Gobierno, tan tolerante con los periódicos de la derecha y con los conventos, no tolera a las Casas del Pueblo que guarden armas para defenderse en caso de ataque. ¿No es esto invitar al asalto? Y cuando encuentra algunas, muy pocas, como en la Casa del Pueblo de Madrid, se las quita y encarcela a la Junta administrativa.

El Gobierno desarma a las Casas del Pueblo o les im-

pide que se armen, mientras permite que las derechas estén armadas hasta los dientes. Dirá el Gobierno que no teme un ataque de las derechas y sí de las izquierdas. El sabrá por qué; pero es mucho optimismo. Suponiendo, sin embargo, que las derechas no quieran ahora derribar un Estado en que les va tan bien o mejor que en la monarquía, ¿qué seguridad hay de que no intenten destruir las organizaciones obreras, como hizo el fascismo en Italia y en Alemania, durante años, antes de llegar al Poder? El fascismo no llega en ninguna parte al Poder sin aniquilar o debilitar antes a la clase obrera organizada. El Poder es la recompensa que la burguesía le otorga por triunfar en la guerra civil sobre la clase trabajadora. Esta experiencia histórica la conocen ya los obreros españoles por lo ocurrido en otros países y no están dispuestos a rendirse sin lucha. Les desarma el Gobierno sus Casas del Pueblo; pues es natural que escondan sus armas en las casas particulares. Esto explica los hallazgos de armamento en dos casas de la Ciudad Lineal y de la Ciudad Jardín y en el campo de deportes de la Ciudad Universitaria. ¿Es que el Gobierno pretende que las organizaciones obreras se queden inermes para que las pisoteen a su capricho las milicias fascistas y luego se encaramen tranquilamente al Poder los partidos que las representan o los más afines? No lo conseguiremos.

Cuando los socialistas proclamaban en el Parlamento, en el mitin y en la Prensa que no se dejarían arrollar por el fascismo agrocatólico de Gil Robles o por otro cualquiera, las derechas se reían. «Los socialistas —comentaban— son unos fanfarrones y unos cobardes; nunca osaron emplear la violencia.» Más de medio siglo de prudencia excesiva por parte del Socialismo español había envalentonado a nuestras cerriles derechas. Pero en cuanto se han encontrado unas pistolas, unas bombas, unos kilos de dinamita en poder de los socialistas, el pánico ha sido patológico. «Esos socialistas —han dicho los que ayer se reían— son unos criminales o unos locos que hay que meter en cintura: colóqueseles fuera de la ley y fusíleseles por la espalda.» El miedo desmedido no tiene norma.

Pero cálmense las derechas, sobrepongáanse a su terror, que es siempre mal consejero, y aprendan a medir serenamente los términos de la realidad.

La realidad es ésta: en España no es posible un Estado fascista de tipo totalitario, como el de Italia, Alemania, Austria y Portugal, previo aniquilamiento de la clase obrera organizada. Soñarlo sólo, es ponerla en pie de guerra civil, como ya está. Intentarlo, es desencadenar esa guerra, que reduciría a escombros al país. Si la clase trabajadora está armada, no sólo con armas materiales, sino con lo que vale más, con el arma de una voluntad indestructible de tener lo que le corresponde por derecho propio, sin que nadie sea ya capaz de desarmarla, es porque no quiere perecer, por puro instinto de conservación, por un imperativo de legítima defensa, que nadie puede discutirle ni arrebatársele. Pensar otra cosa es ir de cabeza al despeñadero. Especular con la pasividad o la impotencia de la clase obrera es jugar inconscientemente con el propio suicidio. No lo olviden los fantoches de la ley, del orden y del principio de autoridad, socorridas zarandajas de todas las tiranías. La autoridad no se tiene porque sí: se recibe cada día de la única fuente que puede legítimamente otorgarla, del consentimiento del pueblo.

Al punto a que han llegado las cosas es de temer —o acaso de desear— que no se pueda evitar la guerra civil: sólo así tal vez se purificaría la cargada atmósfera española. Cataluña está en franca rebeldía. Es natural: es la única porción de España donde aún existe la República del 14 de abril. No sabemos si vale o no la pena; pero Cataluña la defiende heroicamente. El país vasco está también en pie de guerra. La destitución, el encarcelamiento y procesamiento de sus concejales ha formado allí el frente único de todas las clases sociales contra el inepto Gobierno de esta República de compadres lerrou-xistas y agrarios castellanos. De esa fusión esperamos que la clase obrera nacionalista vasca aprenda que todos los Estados son Estados de clases, y que un Estado vasco sería con ella tan brutal como el español con aquellas provincias. Esto hay que agradecerle al Gobierno Sam-

per, cifra y compendio de todos los revulsivos nacionales. Se está desarticulando la unidad social, teocrática y latifundista, que fue España, en sus elementos más vitales y creadores. Y se está constituyendo una nueva unidad nacional, cuya columna vertebral sólo puede ser la clase trabajadora.

De la jactancia a la intriga

Entretanto, fracasado en sus demostraciones de masas, Gil Robles se apresta a sustituir los alardes espectaculares por la astucia y la intriga, para llegar al Poder, que sería la dictadura directa, sin testaferros radicales. Sabe que la coyuntura está a punto de escapársele de las manos y apura en la sombra todos los medios para apoderarse de los centros armados del Gobierno, con la esperanza de dar la batalla definitiva a la clase obrera. Si lo lograra, las consecuencias serían trágicas para España. Pero no habría que culpar a los que sólo quieren defenderse, sino a los que arrojan sobre ellos toda la fuerza del Estado.

Núm. 6. Madrid, noviembre de 1934

LA INCOMPATIBILIDAD CON LOS SOCIALISTAS

POR LUIS ARAQUISTÁIN

El 15 de noviembre se leyó en el Congreso de los Diputados una proposición firmada por Antonio Goicoechea y otros diputados monárquicos. En ella se pedía a la Cámara que acordara lo siguiente:

«Declarar su incompatibilidad moral con aquellos diputados pertenecientes a la minoría socialista responsables por participación directa o indirecta o por solidaridad tácita en los horrendos crímenes cometidos en aquella hermosa región y leal provincia» (Asturias).

Virtualmente esta proposición equivalía a requerir la incompatibilidad moral de la Cámara con todos los diputados socialistas, porque si no a todos les incumbe responsabilidad directa o indirecta en los sucesos de octubre —y sólo los tribunales de justicia, no el Congreso de los Diputados, son competentes para esa averiguación—, estoy seguro de que ni un solo diputado socialista cedería jamás a la insolente e intolerable coacción de los que quisieran forzarle a repudiar una solidaridad que, algún día, cuantos no estén conformes con ella podrán discutir, regatear o negar ante un Congreso socialista o ante otros organismos del Partido Socialista.

¡Bueno fuera que los herederos o representantes de los autores de tantos crímenes monstruosos como se cometieron en la monarquía contra el pueblo español se erigieran ahora en jueces y vinieran a pedir cuentas a nadie, y que los socialistas se les rindieran!

La proposición era torpe por todos los conceptos. Torpe y pobremente maquiavélica. Torpe e hipócrita, si

se buscaba extender esa declaración de incompatibilidad moral a toda la minoría socialista, tal vez como un primer paso para arrojar al Partido Socialista fuera de la ley. Si los distintos grupos monárquicos, fantasmales vanguardias sin pies ni cabeza de un fascismo que aspira a restaurar la dictadura del general Primo de Rivera con otro espadón de circunstancias, sueñan con declarar ilegal al Partido Socialista, que tengan el valor de proponerlo francamente y de responder de las consecuencias de esa gravísima medida caso de ser aprobada —consecuencias incalculables para esos alegres e inconscientes *camelots du roi* que en la tribuna parlamentaria y en su prensa procuran disimular su pánico retrospectivo y lo parvo de su número y de su minerva con una bullanga alharaquienta que quiere aterrorizar y sólo hace reír—; pero era inadmisibles que con argucias abogadescas, y la mayoría de ellos no son más que abogados mediocres, enfermos de bufetes sin clientela, de vanidades personales y sociales-heridas y de retórica acumulada, intentaran proscribir directamente a la minoría socialista e indirectamente al Partido Socialista.

Tan torpe y sin gallardía era la proposición monárquica, que Gil Robles y otros diputados de su minoría hubieron de sustituirla por la siguiente: «Declarar la incompatibilidad moral de la Cámara con los diputados que hayan tenido parte, por acción o inducción, en el movimiento revolucionario.» Ante esta nueva proposición, los monárquicos retiraron la suya, declarando por boca de Goicoechea —que no sería un mal orador si no abusara de su lamentable afición a la garrulería, a las metáforas tropicales y a las lecturas de segunda mano y de cuarta categoría— que estaba mejor redactada que la suya; pero lo cierto es que no la retiraron por eso, sino porque no la hubieran votado más que los bonzos firmantes y algún otro como el judío-católico vasco-irlandés Ramiro de Maeztu, el clásico del «no me mates con tomates» y héroe de las «cinco listas»: todo un récord.

La proposición de Gil Robles se abstiene de aludir a la minoría socialista y a los responsables «por solidari-

dad tácita» y se refiere sólo a los «que hayan tenido parte por acción o inducción». De una parte parece como si la incompatibilidad se extendiera también a otras minorías, singularmente a la de la Esquerra catalana, como se desprende de la borrascosa y merecida repulsa con que los diputados de ese Partido fueron recibidos en el Parlamento, y digo merecida porque no son dignos de trato mejor los que se presentan en la Cámara y se declaran insolidarios con sus compañeros políticos cuando los ven vencidos y presos.

De otra parte, esta actitud de las minorías de la derecha con los diputados de la Esquerra se contradice con la exégesis que un diputado radical, Guerra del Río, hizo de la proposición de Gil Robles y que suscribió este último. He aquí la opinión textual de Guerra del Río y de su Partido: «La minoría radical votará esa proposición, aun teniendo que hacer la salvedad de que en la interpretación de esa incompatibilidad moral a que aludía el señor Gil Robles, nosotros ponemos un límite determinado. Para nosotros la Cámara no tiene en ningún momento competencia por sí misma para decidir de la compatibilidad o incompatibilidad de diputados ya admitidos. Para nosotros esa incompatibilidad moral sólo alcanza a aquellos que hayan sido condenados por los tribunales de justicia.» A esto respondió Gil Robles: «Creo que el señor Guerra del Río planteó con toda exactitud el alcance de la primera parte de la proposición que nosotros presentamos» (la parte relativa a la incompatibilidad). O sea: que la incompatibilidad moral sólo alcanza a aquellos que hayan sido condenados por los tribunales de justicia. Pero los condenados por los tribunales suelen ir a presidio y no al Parlamento. De modo que la flamante proposición de Gil Robles, que votaron 161 diputados, resultaba una perogrullada.

Con todo, el debate no fue inútil. Sirvió para que la minoría monárquica revelara un estado de conciencia al declararse moralmente incompatible con los diputados socialistas.

El Partido Socialista es lo más incompatible con la

España feudal que representaba la monarquía y quieren seguir representando los diputados y periódicos monárquicos. El arquetipo de la revolución democrática es la Revolución francesa, que sustituye la monarquía absoluta por la República parlamentaria; que distribuye los latifundios de la aristocracia entre los que van a formar la naciente pequeña burguesía territorial; que somete la Iglesia a la ley común y la separa del Estado, que se proclama laico; que democratiza el Ejército y todos los demás órganos y servicios del Estado, como la enseñanza, la higiene, la justicia.

La revolución democrática dista mucho de la revolución socialista; pero los socialistas españoles creímos que aquélla era una etapa necesaria de la Historia, y con lealtad contribuimos a su instauración y a poner las bases del nuevo régimen. Se nos acusó de querer implantar el Socialismo desde el Poder, cuando todas las leyes que se aprobaron no eran más que balbuceos de la incipiente revolución democrática y liberal; leyes hace tiempo vigentes en todos los países civilizados. Los socialistas nos olvidamos de que lo éramos, y fuimos en ese famoso bienio sólo liberales y demócratas del mundo entero.

Seguíamos pensando en el mito histórico de la necesidad de una revolución democrática. Cuando se habla de España hay que tener siempre en cuenta este carácter feudal, estacionario, incapaz de toda evolución, de las castas monárquicas, si se quiere comprender lo que hay de irreconciliable e incompatible en la entraña de la sociedad española. Otras monarquías, la mayor parte de las europeas, representan, al contrario, lo que va quedando en el mundo de los Estados liberales y democráticos. Por una paradoja histórica, las monarquías inglesa, holandesa y las escandinavas simbolizan, como contenido social y político, las esencias de la revolución democrática, en tanto que buen número de Repúblicas europeas representan un salto atrás, una nueva feudalización del Estado, sólo que ya no es la tierra el sujeto principal de esta nueva organización social, sino la industria y el comercio y, sobre todo, el capital financiero. En sustancia, el fas-

cismo es la implantación de un nuevo feudalismo económico.

Los monárquicos españoles quisieron instaurar aquí este feudalismo económico, industrial y financiero; pero sin renunciar al otro feudalismo, al territorial y al de las otras oligarquías tradicionales. Es decir, que la ideología monárquica española encarna lo más bárbaro del pensamiento europeo. Esa ideología es la que ha torpedeado la revolución democrática en España; una revolución que virtualmente la han aceptado, ya hace tiempo, hasta las monarquías europeas. Con gentes que personifican esa ideología, un socialista no puede ser compatible ni moral, ni cultural, ni políticamente ni en nada. Son dos mundos que se repelen. Nuestra incompatibilidad con esa España inadaptable viene de lejos.

Lo de ahora es la confesión de su incompatibilidad con nosotros. Bueno. A nadie le quitará el sueño; pero bien está que se sepa. Los diputados que representan a esa España feudal no quieren tratos con los diputados socialistas; felicitémonos. Pero yo pregunto: ¿es que todavía hay socialistas que piensen que se puede colaborar ni parlamentar con ninguna representación de esa España?

Núm. 12. Madrid, abril de 1935

GLOSAS DEL MES

La última crisis

Cuando el Consejo de ministros aprobó por mayoría de votos el indulto de Ramón González Peña, Teodomiro Menéndez y dieciocho condenados más, nos imaginamos la alegría, externamente disimulada, con que debieron respirar los tres ministros de la C. E. D. A., el agrario y liberal demócrata, que sostenían la tesis de la ejecución. Pues por muy inhumanos que sean o finjan ser, no son al propio tiempo tan torpes que no supieran que, de haber prevalecido la tesis punitiva, los hombres y los partidos responsables de la ejecución hubieran sido raídos para siempre del haz de la política española. Hay ejemplos históricos, y algunos bien recientes, que abonan esta hipótesis.

No es que el pueblo español sea precisamente un sentimental que no pueda sufrir la menor efusión de sangre. Nuestras guerras civiles del siglo XIX y la facilidad con que el hombre de la calle andaba antes a puñaladas y ahora a tiros con sus semejantes, por cualquier pique de rivalidad o amor propio, no son signos de horror a la sangre. Lo que le repugna al pueblo español son los asesinatos legales, los que se cometen fríamente por razón de Estado. Que se defienda el Estado si le atacan y haga víctimas entre sus agresores parecerá natural, no sólo a los defensores más sanguinarios del principio de autoridad, sino también a los propios combatientes y neutrales, pues ésa es la guerra, incluso la guerra civil.

.....
Todavía en un régimen de dictadura, en que el pueblo no puede expresar su voluntad, cabe que el Estado ase-

sine impunemente con la Ley en la mano. Pero en un sistema dedemocracia parlamentaria, tales crímenes se vuelven de rechazo contra los hombres y partidos que los perpetraron, y a veces contra el Estado mismo. El fusilamiento de Ferrer liquidó virtualmente la carrera política de Antonio Maura. El no haber fusilado al Comité de la huelga general en 1917 prolongó por unos años la agonía del régimen monárquico, y le destruyeron definitivamente las ejecuciones de Galán y García Hernández. Si la República hubiera cumplido la sentencia de muerte contra el general Sanjurjo, es probable que ya no existiera ni de nombre. La sangre que hacen derramar los Estados es mala propaganda electoral.

La sangre y el dinero electoral

Esto lo saben todos los políticos, a poco avisados que sean. ¿Cómo se explica entonces la obstinación de los cinco ministros derechistas en pedir más cabezas y en provocar una crisis por no suscribir la clemencia votada por el resto del Gobierno? Sencillamente, porque querían caer con esa bandera, sabiendo que estaban en minoría. Y no porque se hagan ilusiones de que con esa bandera van a ganar votos en la próxima contienda electoral. Al contrario, los perderán. El terror judicial no agencia sufragios. Si no, al tiempo. Pero en unas elecciones no juegan sólo los votos. Antes de la votación intervienen otras fuerzas. Y más que ninguna, el dinero. Sin dinero —sin intensa y mendaz propaganda y sin pródiga corrupción— no les votaría casi nadie. Las derechas no pueden movilizarse para unas elecciones sin el concurso contante y sonante de la plutocracia.

Pues bien: ha sido la plutocracia —los grandes banqueros, los grandes hombres de negocios— la más sedienta de sangre. Si sólo hubiera estado en peligro su vida personal, tal vez hubieran perdonado esos hombres, como otros que no padecieron menos; pero hay naturalezas en quienes el instinto de la propiedad es más fuerte

que el de la vida, y ése no perdona nunca. Había que apaciguar a la plutocracia vindicativa, dándole cabezas o votos contra cabezas, para que ella, a su vez, dé dinero para las próximas elecciones. Este es uno de los motivos de la última crisis. Así se propiciaba al Moloc financiero, de paso que se dejaba sin cumplimiento la terrible sentencia. Así se daba un poco de satisfacción a los proveedores de fondos electorales y se evitaba el horror al cuerpo electoral. Por esto decíamos antes que debieron respirar con deleite los cinco ministros al verse derrotados.

¿Nos equivocamos? Desde luego no en el caso de ese pobre señor Dualde, a quien su jefe político, don Melquiades Alvarez, le obligó a votar por las ejecuciones, en contra de su conciencia. ¡A lo que obliga la disciplina de un partido que ya no es más que una tertulia de casino, presidida por un verdadero ex hombre público!

La apostasía de un demagogo

Trágico destino el del que un día se llamaba verbo de la democracia española. Por debajo de su ideario, históricamente marchito; de su estilo anacrónico, de sus eternas vacilaciones, de sus ingenuas esperanzas de democratizar la monarquía, había en Melquiades Alvarez un temperamento demagógico, en el justo sentido de la palabra, como rector e intérprete de confusas ansias populares. Hombre del pueblo, que ni la jurisprudencia ni la cátedra pudieron pulir del todo, su oratoria tenía a veces las resonancias de un antiguo tribuno de la plebe. Todavía recordarán los que iban a oírle en el mitin o la conferencia cómo, en lo más culminante de su discurso, levantaba la parte inferior del chaleco, metía campechanamente una mano por la cintura del pantalón y mostraba la llama de una faja roja. Aquella exhibición inconsciente del cingulo de color revolucionario parecía un símbolo de su más íntima conciencia. Melquiades Alvarez coqueteó con todos los movimientos revolucionarios de su

tiempo. Estuvo el año de 1917 en la asamblea parlamentaria de Barcelona y moralmente con la huelga revolucionaria de agosto del mismo año. Y no sólo moralmente. Nos consta que ayudó con eficacia a los huelguistas de Asturias: Manuel Llana, líder de los mineros asturianos, pudo evitar su detención ocultándose en una casa de Melquiades Alvarez. Pero aquella huelga no iba sólo a derribar la monarquía, sino todos sus sostenes oligárquicos y, sobre todo, la plutocracia. No lo ignoraba Melquiades Alvarez.

Hoy, en cambio, el encubridor de los revolucionarios de 1917 es el paladín más encarnizado de la plutocracia represiva y, por servirla, fue el agente más activo en favor de las ejecuciones. El demagogo de ayer se ha convertido en el siervo humilde de las fuerzas sociales que combatió en lo mejor de su vida. Un sordo resentimiento contra la República y contra algunos de sus hombres más eminentes, que él tuvo en su partido reformista en oscuras posiciones subalternas, le han llevado a este extremo lamentable. Vitupérenle otros; a nosotros sólo nos inspira lástima. Los muertos no suscitan aversión, y él está ya muerto políticamente. La sangre que pedía, sin duda porque necesitaba de ella para una transfusión espiritual, no hubiera podido reanimarle. Paz a los insepultos.

Las derechas creyeron llegada su hora

La crisis última tenía también otro fin. La C. E. D. A. creyó llegado el momento de adueñarse del Poder. Era otra de las etapas previstas en su programa. Quería más carteras y las más importantes, desde el punto de vista del mando, como compensación al «sacrificio» de que no hubiera sacrificados. Del lobo, un pelo, y en cada casa, un clavo; es la táctica jesuítica. Pero no fue posible. Le faltó la confianza decisiva, que es también, en este caso, la de la mayoría del pueblo español: se le daba la razón al cabo. Lástima que fuera tan tardía y que haya sido tan dolorosa.

Sin embargo, no hay que hacerse muchas ilusiones. Por encima de los malos humores del momento está el interés común a las derechas, que constituyen el poder parlamentario, y a otros poderes en no disolver las Cortes, por lo menos, hasta diciembre, en que bastará la mayoría absoluta —la mitad más uno del número de diputados en ejercicio del cargo— para plantear la reforma de la Constitución. Entonces las Cortes se disolverían automáticamente y no se agotaría la prerrogativa de disolverlas dos veces durante un mandato presidencial. A ese interés se sacrificarán desconfianzas, despechos y ambiciones para rehacer el bloque parlamentario en que se sustentaba el Gobierno anterior.

La otra alternativa, la disolución de Cortes, si la C. E. D. A. persiste —lo que es muy dudoso— en su intransigencia y derriba el actual Gobierno al presentarse al Parlamento a primeros de mayo, no es probable, por las razones que acabamos de señalar; pero tampoco imposible. Acaso pudiera ocurrir. ¿Qué Gobierno presidiría entonces las elecciones? Por todos los indicios, uno muy parecido al que presidió las de 1933, aunque con otros hombres. No sería extraño que en él predominasen, como en el actual, los ministros que no son diputados, pero que cuentan con la obligada confianza. Ni sería extraño que lo presidiese uno de esos ministros, para fortalecer, desde el Gobierno, un partido que hoy apenas tiene representación parlamentaria y que tal vez pudiera sacar cuarenta o cincuenta diputados a costa de las derechas y de los partidos céntricos. Esta perspectiva es un motivo más para que la C. E. D. A. deponga su actitud.

Republicanos y socialistas

¿Y los republicanos de izquierda? Su inteligencia parece difícil, no sólo por cuestiones de jefatura, muy importantes en un país donde casi todos quieren ser cabezas de ratón, sino por la natural desconfianza que algunos hombres del bienio sienten por quienes, desde su

mismo campo, combatieron a sangre y fuego a los Gobiernos de las Constituyentes y contribuyeron a la disolución de aquellas Cortes y a la elección de las actuales. Se explica. Los graves errores políticos no tienen fácil compostura. En política, los actos de contrición no convencen a nadie. Los que pecan políticamente sólo se pueden rehabilitar en el ostracismo, por lo menos en un ostracismo temporal.

En cuanto a los socialistas, aún es prematura prever nada. La circular de la Ejecutiva del partido socialista no permite ningún pronóstico fundado.

Num. 12. Madrid, abril de 1935

LA POSICION DEL SOCIALISMO EN LA DEMOCRACIA BURGUESA

Por J. B.

Todavía hoy los representantes políticos y económicos del régimen capitalista invitan al socialismo a lo que llaman «oposición legal». ¿En qué consiste la oposición legal? ¿Cómo entienden la acción a desarrollar por el socialismo dentro de los límites más o menos dilatados de la ley? ¿Será necesario análisis muy hondo para descubrir en la demanda que formula la burguesía algo como complicidad disfrazada de crítica? ¿No quieren, en realidad, que el socialismo ayude al apuntalamiento de un régimen que, por esencia, es irreconciliable con la doctrina marxista? ¿No vale tanto eso como exigir al socialismo que renuncie a la función histórica que le corresponde en el proceso social del mundo?

«De ninguna manera —protestan los más ladinos o los más simplistas portavoces de la demanda—; no pretendemos que el socialismo renuncie a su postulado de devenir; lo que pedimos al socialismo es colaboración para la época de tránsito de la economía capitalista a la economía socialista, evitando así el cambio brusco con los sufrimientos que toda transformación violenta acarrea.»

Según éstos, el capitalismo no ha llegado todavía al final de su cometido, y, en cambio, aún no sonó la hora del socialismo. El capitalismo conserva ciertas posibilidades que son necesarias al desarrollo industrial. De oídas, o escarbando en los textos marxistas, encontraron el argumento de que el socialismo sólo podrá ser cuando esté plenamente lograda la misión que incumbió al liberalismo económico. Y la hora del socialismo no ha so-

nado, tanto por esa razón como por no haberse operado la transformación psicológica que ha de preparar a los pueblos para el colectivismo.

Sería, pues, obligada, por un tiempo indefinido, la fórmula de colaboración o de convivencia entre el presente que no pasó a pretérito y el futuro. El acuerdo tendría como fin inmediato aprovechar lo que queda del valor inagotado del capitalismo e incorporar elementos de la fuerza en potencia del socialismo. De este modo se evitaría la solución de continuidad, lo que ellos llaman con acento apocalíptico «el salto en el vacío». ¡Como si la historia muy reciente no hubiese probado que el salto es saludable!

Pero nos proponemos examinar, a la luz de la experiencia que se saca de los acontecimientos políticos en nuestro siglo, cómo entiende la democracia burguesa su invitación al socialismo para colaborar en el período de tránsito. Antes de todo, hemos de ver cuándo y cómo se inicia.

En los años finales del XIX y aun en los principios del XX, el capitalismo rechaza toda posibilidad de convivencia con el socialismo. Entonces el marxismo era doctrina criminal declarada fuera de la ley. Se presentaba a sus organizaciones incipientes como bandas de incendiarios y terroristas, contra las cuales debía emplearse el mismo método de persecución aplicado a combatir las cuadrillas de bandoleros. No se reconocía al socialismo valor positivo alguno, y los más indulgentes decían que era postulado utópico. Por tanto, nada había en él de aprovechable que sirviera a mejorar las condiciones de vida de los hombres en el régimen social. Predicaban el conformismo a los descontentos, asegurando que siempre hubo y habrá ricos y pobres, los unos consecuencia natural de los otros.

Pobreza y riqueza eran elementos necesarios de relación en la ley económica, semejante a la relación que existe entre la luz y la sombra. Si desaparecían los pobres, desaparecían también y automáticamente los ricos, lo que implicaba nada menos que el empobrecimiento

general, pues así razona la filosofía capitalista. En la existencia de ricos y pobres no había de verse la más vaga idea de injusticia: todo pobre podía llegar a rico si sabía conquistar la riqueza, y todo rico sería pobre si ignoraba la virtud de conservar sus bienes. De otra parte, si no había ricos ni pobres, el edificio social correría grave riesgo, al faltar una de sus columnas, la virtud de la caridad, ya que se suprimía el objeto de ella. Por este sistema de deducción llegaban a concluir que únicamente en el régimen capitalista era posible hacer la dicha, considerándolo así perfecto y definitivo. Los socialistas eran hombres peligrosos para los principios morales y el bienestar material, que sólo a la burguesía le fue dado mantener y extender.

Consecuentes con estas premisas, los gobernantes y depositarios del poder público procedían contra los que oponían objeción a la «única verdad». La cárcel, el destierro y la horca pusieron mordazas en las bocas que se atrevieron a negarla. Así fue la época heroica del socialismo: sus propagandistas conocieron la persecución en sus múltiples y refinadas formas. Las leyes cerraban todos los caminos a la acción del proletariado organizado con orientación marxista. No había posibilidad legal para expresar sus reivindicaciones y las malas artes de la lucha política fueron movilizadas para impedir que las masas de trabajadores adheridos al marxismo lograsen representación en los Parlamentos. La Prensa y las publicaciones proletarias encontraban a la salida de las imprentas a los policías y a los jueces.

¿Cuándo se avino la burguesía a reconocer licitud a la expresión verbal o escrita del socialismo? La historia del proceso general y de las diferentes etapas en cada país no cabe en este artículo. Puede resumirse así: la resistencia de la burguesía quedó vencida por la fuerza de la organización proletaria, cuyos Sindicatos tenían el impulso de la doctrina marxista. En ciertos países la acción del proletariado en ese sentido alcanzó mayor eficiencia, porque ambientes más liberales o más comprensivos permitieron su desarrollo. En otros, el ritmo fue acelerado en

virtud de coyunturas políticas o económicas. Cuando se estudia el movimiento de organización obrera con sentido socialista, se comprueba que dos factores son igualmente determinantes de su progresión: la prosperidad y la crisis. En épocas de prosperidad, la organización proletaria tiende a la educación y al ascenso del nivel cultural de las masas para la función histórica que han de cumplir en el futuro. Ese futuro se coloca en una lejanía. En épocas de crisis, la organización proletaria es febril, a saltos, más atenta a la necesidad urgente que a la conveniencia de poseer capacidad científica. Entonces hay un acercamiento del futuro.

Es un hecho comprobado que el respeto de la burguesía para el socialismo, como doctrina político-económica que aspira a operar un cambio de régimen social, estuvo siempre en razón directa con la fuerza de la organización proletaria. Las posibilidades de acción socialista correspondían exactamente al volumen de potencialidad, por cantidad o calidad, de la cohesión obrera. No hubo, por tanto, en ningún caso cambio espontáneo de actitud en la burguesía.

Sin embargo, cuando decimos que la burguesía reconoció lícita la expresión verbal o escrita del socialismo, no se sigue que desapareciese la persecución de sus hombres por los poderes coercitivos del régimen burgués. Latente o activa, cautelosa o virulenta, subsistía la hostilidad, tanto más enconada cuanto que la inspiraba el miedo. De vez en cuando —sobre todo cuando el marxismo lograba avance muy visible o inspiró táctica eficaz a la organización proletaria— intentó la burguesía obligarle al retroceso, apelando de nuevo a las persecuciones. Mas, al no lograrlo, volvía a su actitud de tolerancia tras de comprobar que el sistema represivo sólo tiene, cuando más, un efecto transitorio, ya que la acción ofensiva provoca la reacción defensiva y la defensa adopta en la lucha la estrategia de la agresión.

Vemos, pues, que de una manera general y hasta después de la guerra, la burguesía se mantuvo, en el mejor de los casos, en una actitud de tolerancia respecto del

socialismo. Y esa tolerancia no iba más allá de los linderos, hartos estrechos, de permitir que la acción socialista se redujera al plano de una discusión escolástica. Siempre que el socialismo dio un sentido político a la lucha de clases —lo que es su prefunción histórica— la burguesía se mostraba arrepentida de su *condescendencia* para quienes no merecían liberalidad. La burguesía entendía que el socialismo no debía pasar de debate académico, sin intervención en el pleito entre capital y trabajo. Sobre este punto sostuvo —y muchos líderes de la organización sindical incurrieron en el error de asentir— que las asociaciones obreras eran campo vedado al socialismo como guía del proletariado hacia su destino.

Es explicable que la burguesía quisiera disociar la organización obrera del marxismo político: tenía conciencia de que, sin espíritu ni armazón socialistas, el movimiento de los trabajadores quedaba reducido a actividad de corto alcance. En cambio, no se explica tan fácilmente la coincidencia de los líderes sindicalistas en la misma tesis. Convenían los sociólogos burgueses en la razón del regateo entre patronos y trabajadores organizados sobre salarios o jornada, pero negaban la realidad de la lucha de clases con proyección a un mañana. Según ellos, la lucha de clases era diabólico invento del socialismo para imposibilitar la arcadia de una paz social convenida entre patronos y asalariados, y que, si el socialismo dejaba de predicar la lucha de clases, ésta desaparecería de los anales del mundo.

¿En qué momento se inició la solicitud de la colaboración socialista por la burguesía? Fue después de la guerra, cuando conmovidos y socavados los cimientos del régimen capitalista por la catástrofe de la conflagración mundial, parecía extenderse a todos los pueblos el viento de la revolución que hizo posible el octubre ruso. El miedo decidió a la burguesía a proponer un «compromiso». Y, a fin de no alarmar, aclaró: «compromiso no sobre los principios, sino sobre los medios». A ello la indujo la consideración del momento crítico: había que reintegrar a la vida civil millones de hombres sobrantes

de la guerra, que regresaban a sus hogares conscientes de haber sido víctimas del crimen de lesa humanidad perpetrado por todos los imperialismos capitalistas. Esas masas de hombres habían descubierto la íntima razón de la guerra, y era de suponer que no reconocerían ya como válido el concepto de disciplina burguesa para incorporarse a la vida social obedientes y sumisos. Únicamente los hombres representativos del socialismo tenían autoridad para evitar que la avalancha salida de las trincheras entrase arrolladora en las ciudades y en los campos.

Pero la autoridad de los dirigentes socialistas habría sido de poca eficacia si no se daba a los pueblos la sensación de que algo cambiaba y de que se abría una nueva era en la que el proletariado intervendría directamente para modificar la estructura social del Estado, ya que no para realizar la obra totalitaria del marxismo. Esa era la significación de que los hombres representativos del socialismo echasen sobre sus hombros graves responsabilidades, hipotecando la confianza del proletariado. En unos países formaban Gobierno en pleno período revolucionario, cuando estaban rotos todos los resortes del Poder. En otros fueron consejeros de los gobernantes burgueses con el propósito de cooperar a la solución de los graves problemas heredados de la guerra y los planteados después por la evolución vertiginosa de la industria. Así se evitó el deslizamiento del proletariado hacia la revolución. Los hombres representativos del socialismo emprendieron la tarea de reconstruir lo que la guerra imperialista había destrozado y prodigaron sus consejos para prevenir males vecinos. Dirigentes y militantes socialistas habían creído sincera la demanda de colaboración de la burguesía cuando hablaba de «compromisos sobre los medios».

No debía pasar mucho tiempo antes de que la burguesía demostrase su oposición cerril a toda reforma de la estructura social que posibilitase la reconstrucción, estableciendo al mismo tiempo normas jurídicas para satisfacer el mínimo de reivindicaciones obreras. Pasado el colapso de miedo, se sintió la burguesía bastante fuer-

te para defender sus privilegios y consolidar el régimen que conviene a sus intereses. Poco a poco, las que parecían conquistas intangibles del proletariado en las democracias burguesas se fueron esfumando como volutas de humo o principios escritos en la arena. Y allí donde el proletariado intentó recordar la promesa hecha y exigir su cumplimiento; allí donde, usando de la legalidad, acrecentó sus órganos de expresión en la Prensa y en los Parlamentos; allí donde crecía la masa de lectores, haciendo prever como inevitable la sustitución del régimen capitalista por el régimen socialista apeló al fascismo en sus diferentes formas y grados. A la hora presente, cuando todavía no se han cumplido dos décadas desde el instante en que la burguesía llamó a los dirigentes socialistas para sortear el riesgo de la revolución, nos encontramos como en la época heroica: el socialismo está, de hecho o de derecho, fuera de la ley; la acción socialista, obligada a la clandestinidad en gran número de países. Y en los otros, muy pocos, la democracia es menos que una palabra, sin contenido real. El fascismo, disimulado o descubierto, está imperando en todo el mundo.

La cuestión se plantea de otro modo allí donde se mantiene una apariencia de democracia y se invita al socialismo a la «oposición legal», a la colaboración, al «compromiso sobre los medios». La demanda se hace nacional e internacionalmente por la burguesía, que, más prudente, ve el peligro de apelar al fascismo, y abarca el formidable problema de millones de trabajadores sin empleo, comprueba la impotencia del liberalismo económico para restablecer las relaciones normales de tráfico entre los pueblos, registra el empobrecimiento del capitalismo industrial y de los productores agrícolas por la desaparición constante de mercados consumidores... Es el miedo el que de nuevo aconseja a la burguesía la demanda de colaboración al socialismo.

Lo que importa al socialismo es estar preparado para lo que se anuncia. Su crítica objetiva puede acelerar el proceso. Si la burguesía es bastante comprensiva; si, en efecto, espera y desea soluciones del socialismo, encon-

trará en esa crítica sugerencias saludables que aunque, en definitiva, no pueden detener el curso de la transformación social, aportarán algún alivio a los sufrimientos de los trabajadores víctimas de las contradicciones del régimen presente.

Y en este punto de la oposición crítica del socialismo surge la cuestión de saber si debe hacer uso de la acción parlamentaria. Digamos en seguida que el socialismo no ha de renunciar a este medio de lucha que le dejan las democracias subsistentes, pero añadimos que deberá manejarlo con tanto tino que evite peligros bien conocidos. En esta época de crisis, cuando se acentúa el descontento en dilatados sectores sociales, porque el capitalismo es impotente para resolver angustiosos problemas que afectan no sólo al proletariado, sino a la masa de la pequeña burguesía, es fácil al socialismo su atracción, consiguiendo así numerosa representación parlamentaria. La experiencia del partido laborista británico en 1924 y 1929 ha sido concluyente y todavía se esfuerza a sabiendas de que el Poder, emanante de una minoría en el Parlamento, no permite hacer la transformación social. Pero ¿podía negarse? El sufragio popular le dio ostensiblemente su confianza sobre los otros partidos, requiriéndole para aplicar las soluciones preconizadas en la oposición. Así era en apariencia; la realidad era otra: una gran masa de electores votó a los candidatos laboristas como protesta contra los gobiernos burgueses, pero habría secundado la resistencia de éstos si el laborismo hubiera intentado aplicar su programa totalitario. El sufragio popular esperaba lo que nosotros consideramos imposible: la curación de los males inherentes al capitalismo sin la desaparición de éste.

No faltan, sin embargo, aun dentro del campo socialista, quienes opinan que el ejercicio del Poder por el socialismo permitiría introducir modificaciones sustanciales en la estructura social y atajar los vicios del régimen capitalista. Si teóricamente parece posible, la experiencia práctica lo niega. La burguesía, que conserva todas sus armas, sabotea cuantas soluciones aporte un Gobier-

no socialista, por modestas y tímidas que sean. La burguesía tiene la gran prensa para poner de relieve el «fracaso socialista»; conserva la propiedad de las fábricas y de las tierras para agravar los problemas del paro y de la depauperación económica; echa siete llaves a su dinero, a fin de rarificar el ambiente necesario al crédito; tiene todas las palancas para inutilizar el mecanismo del tráfico... Y cuando ha realizado este sabotaje, que impide toda acción a un Gobierno cuyo ejercicio del Poder no va hasta privarle de esas armas para actuar libremente y marchar por la nueva vía, pregunta: ¿Dónde está el mejoramiento prometido por el socialismo desde la oposición? Entonces cobra cuerpo la especie de que el socialismo no cumple lo que ofreciera.

Esta situación dramática de un Gobierno socialista en régimen burgués tiene tintes trágicos en la hora presente. En época de prosperidad del mundo, cuando no se plantean los problemas de millones de hombres en paro y de congestión de productos, las modestas reformas que pudiera introducir un Gobierno socialista tendrían eficacia y acaso las aceptase la burguesía, por no representar para ella sino una concesión menor. Pero observemos que, en épocas de prosperidad, no acuden al socialismo esas masas amorfas de electores que hoy empuja el descontento, porque «todo va mal». En las circunstancias actuales, las reformas han de ser muy hondas, tocan a la base del régimen, y es claro que el régimen resistirá. Sería pueril pensar que el capitalismo se avenga a que el socialismo decreta desde la *Gaceta* su desaparición paulatina en nombre del Poder que le fue otorgado por el juego de la democracia burguesa.

El daño que resulta para el crédito del socialismo de formar Gobierno homogéneo no es menor cuando el socialismo se aviene a tomar parte al lado de representantes de los partidos burgueses. Porque, si bien la responsabilidad que implica la ineficacia de una gestión tímida queda aminorada por el hecho de no tener la dirección total, es difícil para el pueblo hacer tan sutiles distingos.

Llégase así a la conclusión de que el socialismo debe

evitar tanto una mayoría relativa en el Parlamento, que le obligue a ejercer el Poder, como la colaboración gubernamental. El valor de la crítica socialista en el Parlamento no está en el número de diputados, sino en la calidad y oportunidad de la crítica. Si antes pudo justificarse el deseo de numerosa representación socialista en los Parlamentos por el propósito de conseguir por vía legislativa mejoras para el proletariado, ya hemos visto luego la inconsistencia de esas conquistas. La oposición crítica del socialismo ha de tener un objetivo bien definido: el Poder, sí, pero para ejercerlo hasta las últimas consecuencias doctrinales. De este modo, cada consulta al sufragio popular será un cómputo o recuento de fuerza propia. Desdénese o, más bien, evítese el triunfo que da el aluvión de descontentos, cuya gravitación inconstante determina el movimiento de vaivén o de péndulo de la representación parlamentaria.

Núm. 13. Madrid, mayo de 1935

EL PROFESOR BESTEIRO O EL MARXISMO EN LA ACADEMIA

Por LUIS ARAQUISTÁIN

Una broma de Urania

Por primera vez la Academia de Ciencias Morales y Políticas ha abierto sus puertas a un socialista, y no a uno cualquiera, sino a uno que repetidas veces se ha calificado como «marxista» y aun como «marxista impenitente». Ya se habrá entendido que aludo al profesor Julián Besteiro. Trance agridulce el franqueo de esas puertas para un marxista y también para una Academia tan antimarxista. Trátase de otra Academia, puramente literaria o artística o puramente científica, y el hecho no extrañaría tanto, porque un marxista puede ser un eminente hombre de letras o de ciencia o un gran artista, ante cuyo talento hasta instituciones tan anacrónicas como las Academias oficiales se vean obligadas a rendirse y a llamarle a sus solemnes areópagos, si bien el caso ha sido hasta ahora rarísimo: apenas recuerdo en este momento otro que el de Anatole France en Francia, y su marxismo no fue precisamente un modelo de ortodoxia. Si no estoy desmemoriado, creo que el profesor Andrés teneciendo también al Partido Socialista; ya no pertenece. Ovejero ingresó en nuestra Academia de Bellas Artes pero que una Academia tan refractaria al marxismo como la de Ciencias Morales y Políticas invite a un marxista a colaborar en sus estudios es, por lo menos, sorprendente. ¿Tanto ha cambiado el mundo, incluso sus porciones más anquilosadas, las Academias, o es que hay mar-

xistas y marxistas? Dejemos por ahora la cuestión en suspenso.

La musa de la ciencia, Urania, celosa sin duda de que los hombres pretendan reducir a leyes las acciones humanas y los movimientos de las sociedades y los Estados, equiparándolos a las revoluciones siderales, que ella preside, le reservaba al profesor Besteiro una atroz ironía, suponiendo que sea esa musa y no otra, menos grave, la que le ha conducido bajo su palio al *sancta-santórum* académico. Es costumbre de las Academias que el novicio o catecúmeno entone un ditirambo a la memoria del académico fallecido, cuyo vacío y glorioso sitio viene a ocupar el recipiendario. La costumbre no puede ser más cruel, porque si el muerto fue un débil mental, que sólo dijo o escribió ineptias, cosa nada infrecuente entre académicos, la situación del sucesor, teniendo que enaltecerle, ha de ser terriblemente embarazosa, a menos que se trate de un cínico o de un imbécil semejante al difunto. En este aspecto, como en muchos otros, la organización de las Academias es defectuosa en extremo. Me permito sugerir una innovación: que el nuevo académico sea elegido en cualquier momento por sus méritos, haya o no vacante, y que él, a su vez, elija, para ingresar, «su» muerto, el más afín a sus gustos o a su ideología, para que pueda elogiarle sin retorcimientos de conciencia y sin rubores en el rostro. Ahí queda la iniciativa.

Por la Academia de Ciencias Morales y Políticas han pasado algunos hombres cuyas ideas no podemos aceptar, pero cuya mentalidad merecía, por lo menos, algún respeto por su vigor o por representar dignamente la cultura de su tiempo. A ella pertenecieron Azcárate, Ureña, Buylla y otros demócratas y liberales distinguidos. De la escuela conservadora tuvo a hombres como Cánovas, cuyas ideas nos parecerán todo lo abominables que queramos, pero que no fue un cualquiera. Después de él no hubo en la monarquía nadie que fuera capaz de escribir una reseña de las ideas filosóficas del siglo XIX como la que hace precisamente en su discurso de entrada en esa Academia, en el año 1881. Buen tema hubiera sido

ese discurso y los del Ateneo y algunos parlamentarios, como el que pronunció en el debate sobre la Internacional, para un marxista de aquella época que, soslayando la obligación de ensalzarle, hubiera querido polemizar con muerto tan retador. ¿No quedan ya hombres de esa etirpe en la Academia? Si los hay, no seré yo quien los mente, para que no se diga que los señalo a las parcas.

Desde luego, hay que reconocer que Besteiro ha tenido poca suerte con su antecesor. Al ofrecerle el sillón de Bugallal, las parcas y Urania le han gastado una broma de mal gusto. No sabemos si los elogios al extinto —a su «espíritu extremadamente cuidadoso del detalle y provisto de un gran caudal de erudición» y las amables alusiones a «su matiz psicológico»— están o no justificados, ni nos importa; pero no se puede olvidar que Bugallal pertenecía a aquel partido conservador que en 1917 mandó a Besteiro a presidio, después de vilipendiarle, y estuvo a punto de mandarle al muro de los fusilamientos. Poco más tarde, en el año 1919 ó 1920, siendo Besteiro diputado, le detuvieron en un pueblecito de la provincia de Jaén y le encerraron en un retrete, convertido en prisión. ¿No era entonces ministro de la Gobernación Bugallal? Lo fue, por lo menos, al año siguiente, en 1921, cuando ingresó en la Academia con un discurso sobre «La inviolabilidad parlamentaria». Entonces debió parecerle a Besteiro tal discurso un sarcasmo. Pero en 1935 los geniecillos irónicos de la Historia le reservaban el ingrato papel de tener que encomiarlo. Como se ve, la corvea de un marxista metido a académico no es tan fácil.

¿Marxismo o fabianismo?

¿Qué justifica tales sacrificios, aparte «la abrumadora honra de ser llamado a ocupar un puesto a vuestro lado»? Sólo una explicación suficiente encontramos en el dilatado discurso: la teoría de la impregnación, según la cual «las tendencias opuestas al progreso del socialismo se han ido impregnando de la misma doctrina que comba-

tían» (pág. 16) (1). Esta idea se repite en otros pasajes. El propósito está, pues, claro: Besteiro ha querido «impregnar» de marxismo a sus compañeros de Academia. La táctica, ciertamente, no es marxista, sino fabiana. Sólo que los fabianos ingleses, que nunca fueron marxistas, y no se recataron en proclamarlo, empleaban otro verbo: *permeate*, infiltrar; pero la idea era la misma. Había que calar de fluido socialista todas las instituciones sociales y políticas. El vehículo del fluido eran los propios fabianos, que tomaron su nombre de Fabio Cunctator, el con-temporizador u oportunista, y que se deslizaban en todas partes donde podían: en el Parlamento, en los periódicos, hasta en los partidos burgueses. Así se infiltraría el socialismo hasta el tuétano de la sociedad y el Estado, y un buen día todo el mundo, sin darse cuenta, se despertaría siendo socialista, con lo que la desaparición de la propiedad privada se operaría sin ninguna violencia, por arte mágico, automáticamente.

Esta bella utopía está hoy en franca decadencia, abandonada, más o menos paladinamente, hasta por sus propios progenitores. Uno de ellos es el dramaturgo Bernard Shaw, cuya polémica con Wells (2), también impregnacionista y admirador de Roosevelt, como Besteiro, puso de manifiesto su entusiasmo por la táctica de Stalin, que no es un fabiano precisamente. Otro fundador del fabianismo, acaso el más calificado de todos, el profesor Sidney Webb, hoy lord Passfield, estuvo hace poco en Rusia, y actualmente escribe, en colaboración con su esposa Beatriz, una obra monumental —de más de mil páginas—, titulada *Soviet Communism*, que, a juzgar por el índice que tengo a la vista y por algunos artículos publicados por sus autores, al regresar de Rusia, en la prensa inglesa, no será, ciertamente, una exaltación de la táctica fabiana frente a la bolchevique. Pero al cabo de más de cincuenta años —la Sociedad Fabiana fue fundada en

(1) Academia de Ciencias Morales y Políticas: *Marxismo y Antimarxismo*. Discurso leído por don Julián Besteiro en el acto de su recepción. Madrid, 1935.

(2) Véase LEVIATÁN, número de febrero.

1884—, el fabianismo o impregnacionismo se presenta en España como una novedad.

Sin embargo, la táctica infiltrante o impregnante supone un previo contacto con el cuerpo social que ha de ganarse para la buena causa. Antes hay que introducirse en la fortaleza del enemigo sin inspirarle desconfianza. En este sentido, el discurso de Besteiro es una obra maestra. El lector impaciente o inegnuo desea que el disertante no pierda tiempo y prosa en entrar en materia y que se apresure a explicar a los académicos y al público en general lo que es el marxismo. Vano afán. Del marxismo apenas se dice nada hasta muy corridas las cien páginas, de espacioso formato, del folleto. En cambio, se habla de todo lo humano y lo divino, de «El caso de Roosevelt», de «El colaboracionismo con la burguesía», de «La democratización de la epopeya», de «El revisionismo y su superación» (de la crítica antes de la doctrina), de «Las principales objeciones al ideario de Marx» (seguimos con el carro delante del caballo), de «La reacción contra la *Aufklaerung*» (que siempre se tradujo la Ilustración, aunque Besteiro la crea ahora intraducible), del «*behaviourism*» (y no *behaviourisme*, porque es palabra inglesa y no francesa), de la «*Wertphilosophie*» y mil cosas más que se suponen impregnadas de doctrina marxista; pero si el lector no sabe previamente lo que es el marxismo, saldrá de la copiosa y abigarrada lectura poco más o menos como el negro del sermón.

A Besteiro le ocurre lo que a todos los que tienen es caso hábito de escribir: cuando se pone a hacerlo, trae materia excesiva o incongruente con el tema, con daño de las proporciones arquitectónicas y hasta del buen sentido. Temperamento más cogitabundo que expresivo, se adivina que en este discurso ha querido darnos un índice de las materias que han sido objeto de sus arcanas reflexiones, hasta ahora casi inéditas, durante cuarenta o cincuenta años. Aquí están, en cierto modo, sus completas meditaciones, guía o prontuario de sus futuras obras completas.

Pero todo esto —repetimos— no es más que táctica,

y en este caso, ni siquiera táctica fabiana, sino prefabiana. Antes de impregnar al enemigo —decíamos antes—, hay que introducirse en su plaza fuerte. La táctica que emplea en esta parte de su discurso es la auténtica del caballo de Troya. Construye un gigantesco caballo de madera con astillas ideológicas cogidas aquí y allá en un periódico, en un manual, en un libro de referencia, y protegido por esta estratagema equina, allí va tras los troyanos de la Academia, que le abren las puertas y le reciben, incautos, sin recelo. ¿Dónde está el marxismo?, se pregunta el lector no avisado. ¡Ah! El marxismo está oculto dentro del caballo falaz. Esperemos a que salga del ventrudo maderamen y la sarracina académica será espantosa.

También nos recuerda esta táctica aquella fábula que cuenta Herodoto y que Georg Kaiser ha dramatizado bellamente en nuestros días con el título de *Lederkoepe* (cabezas de cuero). El basileo —que en griego es el rey— tiene sitiada una plaza enemiga, que resiste heroicamente, y cuando ya está a punto de abandonar el cerco, hace una tentadora proposición a sus oficiales: el que invente un ardid para tomar la plaza será nombrado mariscal de campo y además se casará con la hermosa hija del basileo. A un oficial se le ocurre una argucia monstruosa: Se mutila el rostro, se arranca orejas, nariz y labios, y de esta guisa, convertida la faz en una masa informe y sanguinolenta, comparece ante las puertas de la ciudadela sitiada, diciendo que sus compatriotas le han desfigurado de aquella forma inhumana por querer pasarse al enemigo. Como la prueba de lo que declara no puede ser más convincente, se le recibe como a un amigo, y, una vez dentro, a favor de la noche, abre las puertas a los sitiadores. ¿No se habrá mutilado Besteiro también su fisonomía marxista para hacerse admisible en la ciudadela enemiga? Por lo menos, habla en el discurso de su «alma convaleciente de pasados quebrantos». El héroe brutal de la fábula antigua —tremenda diatriba contra la guerra en el drama de Kaiser— tiene que cubrir su destrozado rostro con una capucha de cuero para no horro-

rizar a sus compañeros de armas y, sobre todo, a la hija del basileo. ¿No necesitan también algunas almas tapar con cueros sus desfiguraciones?

Sería prolijo y fastidioso detenerse en cada una de las materias contenidas en este centón académico que estamos examinando. El provecho sería parvo, y además ya queda dicho reiteradamente que esta proliferación de asuntos, que nada o poquísimo tienen que ver con el marxismo, es una especie de diversión estratégica para tranquilizar a los señores académicos, o más bien un calabobos para infiltrarse insensiblemente en su dura corteza antimarxista. Sin embargo, para que todos admiren esta maestría de hacer un guiso de liebre sin liebre aduciremos algunos ejemplos demostrativos, no tantos como quisiéramos y a que el prodigioso discurso invita, porque entonces este trabajo no tendría término. Con un breve florilegio bastará.

La panacea de Roosevelt

Empecemos por Roosevelt. ¿Quién ha dicho y escrito —y ya hay voluminosa bibliografía— que la política de Roosevelt no tiene otro objeto que salvar de la quiebra al capitalismo norteamericano, pagando en unos casos sus pérdidas a costa del erario nacional, aumentando en otros fabulosamente sus ganancias y sosteniendo al proletariado como la cuerda sostiene al ahorcado? Besteiro lo sabe mejor: «El presidente Roosevelt —afirma—, amparándose en los principios del liberalismo tradicional americano, de un liberalismo constructor de una gran nacionalidad, quiere proseguir su espíritu de lucha contra la injusticia y la tiranía, y declara la guerra a la oligarquía financiera de su país.» Muchos sentirán estupor al saber que esas palabras las ha escrito un «marxista». ¿Roosevelt enemigo de la oligarquía financiera norteamericana? ¿Pero no fue él quien, como introducción a su política, abolió las leyes que existían contra los *trusts*? ¿Era eso acaso volver a «los principios del liberalismo

tradicional», del «liberalismo constructor de una gran nacionalidad»? Por lo visto, eran esas leyes contra los *trusts* la causa de una sobreproducción inmensa y de un paro obrero descomunal; pero se abolieron tales leyes, se restauró «el liberalismo tradicional» y los Estados Unidos han vuelto a ser el paraíso de los tiempos de la *prosperity*.

Para Besteiro, «el experimento de Roosevelt va camino de superar, en eficacia transformadora, a algunos de los experimentos que hasta la fecha se han intentado en Europa por Gobiernos socialistas puros, mayoritarios o minoritarios, o por Gobiernos mixtos con colaboración de partidos socialistas». Yo no conozco más Gobierno socialista puro y mayoritario que el de la Unión Soviética; luego el experimento ruso es inferior, «en eficacia transformadora», al «New Deal» de Roosevelt, a juicio del nuevo académico. Es decir, que una política determinada, en un país capitalista y sin modificar lo más mínimo las bases de la propiedad privada, tiene más potencia revolucionaria que la de un Gobierno francamente socialista. Estos son milagros históricos que sólo podrán entenderse y explicarse desde el punto de vista de un marxismo académico.

En los propios Estados Unidos no los entienden ni se los explican, no ya los marxistas auténticos ni los académicos, sino los que ni siquiera son socialistas, como el prestigioso semanario *The New Republic*. En su número del 20 de marzo de 1935 publica un artículo titulado «Qué hacer con la N. R. A.». (La N. R. A., como se sabe, es el plan de reconstrucción nacional de Roosevelt.) He aquí lo que la revista neoyorquina piensa del insuperado e insuperable experimento de Roosevelt: «Después de cerca de dos años de ensayo, la N. R. A., en conjunto, ha fracasado en su propósito principal. Todavía hay unos 22 millones de personas que reciben socorro, según cifras oficiales, y algo más de 10 millones sin trabajo. Aunque los salarios por hora han aumentado, por los contratos de trabajo, al nivel de 1929 o por encima, las ganancias reales del obrero han subido mucho menos a causa de la reducción de horas por día y de las jornadas semanales.

Entre tanto, se ha elevado el costo de la vida.» ¿Qué hacer, pues, con la N. R. A.? Según *The New Republic*, hay que «sustituirla por un nuevo cuerpo de legislación en que se elimine completamente la idea de sociedad (*partnership*, comunidad de intereses) entre la "industria" y el Gobierno o los trabajadores». Pero tampoco esta solución le parece muy viable, por lo siguiente: «No tenemos mucha esperanza en esta clase de tentativas, porque, en tanto sobreviva el capitalismo, los dueños del capital tendrán probablemente más éxito en utilizar el Gobierno que los trabajadores... Lo probable es que todo el esfuerzo fracase, a menos que se socialice la industria.»

Curiosa paradoja: mientras los liberales norteamericanos van descubriendo poco a poco que no hay más solución que en el socialismo, nuestros marxistas se «rooseveltizan». ¿Pero qué es, en su entraña, la política de Roosevelt? Nada más que esto: una forma especial del fascismo. Y esto no lo decimos nosotros, sino los propios norteamericanos: «La nueva América no será capitalista en el viejo sentido, ni será socialista. Si por el momento el rumbo es hacia el fascismo, será un fascismo americano, incorporando la experiencia, las tradiciones y las esperanzas de una gran nación de clases medias.» (*Current History Magazine*, julio de 1933.) Así hablan también Mussolini de la «nueva» Italia y Hitler de la «nueva» Alemania. Socialismo, no, desde luego; ¿pero tampoco capitalismo? Monsergas. El fascismo es la política suprema del capital financiero. «El "New Deal", la política del régimen de Roosevelt, expresada en la National Industrial Recovery Act y en las leyes concomitantes, representa el ensayo más vasto y despiadado del capital financiero para consolidar su poder mediante el dominio de toda la industria por la fuerza integral de la máquina del Estado; para mantener sometidos a los obreros bajo una explotación extrema e intensa mediante una reducción de los *standards* de vida universales; para dirigir sobre esta base del dólar depreciado una campaña mundial de conquista de mercados, y para preparar directamente, como

consecuencia, la guerra inevitable» (3). Este es el lenguaje de un verdadero marxista. Al principio pudo engañar el plan de Roosevelt; pero hoy, al tercer año de experimentación, sólo engaña a los ilusos —dejémoslo en ilusos— y a los bien avenidos con el alto capitalismo. No nos extenderemos más en el tema, porque acerca de él hemos aportado antes de ahora testimonios irrefutables (4) y aún volveremos a ocuparnos más de una vez; un colaborador lo hace también en este mismo número.

La apología de los tránsfugas

En el discurso se alude a los tránsfugas del socialismo, a los Millerand, a los Briand, a los Boncour, a los Ramsay Macdonald, a los Snowden, a los Mussolini, pero no para condenarlos, sino para justificar su desertión, pues esos cambios son «preferibles a la permanencia en las filas de las organizaciones socialistas de militantes poseídos de una pasión gubernamental perfectamente legítima si se satisface arriesgando responsabilidades propias». Además, «no es fácil negar que (el tránsfuga) aporta a la política gubernamental burguesa una serie de hábitos, de tendencias y de propensiones a la acción que significan realmente una infiltración del socialismo en el campo de sus adversarios».

La tesis no puede ser más peregrina. Se comprende que se aplaudiera a los que se van del socialismo por esta única razón: porque han dejado de ser socialistas y porque quieren colaborar en la perpetuación del capitalismo, como los mencionados. En efecto, hombres así estorban y son funestos en un partido revolucionario, y hay que ponerles, si lo necesitan, puente de plata. Pero si de los partidos socialistas fueran a marcharse todas las «personalidades dotadas de aptitudes de hombres de gobierno», poseídos «de una pasión gubernamental perfectamente legítima», ¿qué quedaría de ellos? Pues los partidos po-

(3) R. Palme Dutt: *Fascism and Social Revolution*, pág. 247. Londres, 1934.

(4) Véase «La ilusión de Roosevelt», LEVITÁN, octubre, pág. 83.

líticos existen para gobernar, hoy o mañana, y los hombres que ingresan en ellos es porque tienen ambición o pasión de gobierno. Otra cosa no sería un partido, sino una academia platónica o utópica, o una orden monástica. De modo que legitimar y aun estimular que se pasen a los partidos burgueses los hombres más dotados de aptitudes de gobierno para que infiltren «socialismo en el campo de los adversarios» equivale a querer convertir los partidos socialistas nada más que en viveros de infidentes al servicio de la clase capitalista. La masa obrera no tendría en este caso otra misión que ser una inmensa matriz de desleales y ambiciosos de baja ley encargados de traicionar perennemente a la clase que los ha levantado sobre el pavés. Lindo porvenir le esperaría al socialismo. Supongo que cuando los Boncour, los Macdonald, los Snowden, los Mussolini, etc., conozcan esta maravillosa tesis del marxismo académico la harán inscribir en letras de oro.

Socialismo liberal y fascismo ultraburgués

Pasemos de largo sobre «La crítica del marxismo» y sobre las «Principales objeciones al ideario de Marx», porque, no conociendo aún cuál es la tesis marxista, según el nuevo académico, su crítica y su antítesis adolecen, por lo menos, de falta de orden metodológico. Luego viene el «Materialismo de la Historia y lucha de clases», pero sobre este capítulo volveremos más adelante. Le sigue «La incubación filosófica del fascismo», y aquí sí queremos detenernos un momento. Disquisiciones someras sobre Kant (no podían faltar, aunque nada tengan que ver con el marxismo ni con el antimarxismo, en el prontuario, antes aludido, de un profesor de Filosofía). También se alude a Bentham. ¿Que tampoco tiene relación con Marx? Pues sí la tiene, sí.

Para los socialistas ingleses, y señaladamente para los fabianos, el utilitarismo o radicalismo filosófico de Bentham ha sido uno de los baluartes que siempre han opuesto a Marx. En uno de los folletos de la Sociedad

Fabiana, en el titulado *Socialism: True and False*, escribía Sidney Webb en 1894: «Aunque no podemos contar en nuestras filas con ningún hombre del calibre de Bentham y James Mill; aunque no poseamos ni la riqueza ni la posición de los radicales filósofos de la primera mitad del siglo, creo, sin embargo, que el trabajo que tenemos por delante es análogo al suyo. Los socialistas son los benthamistas de esta generación.» Nada de marxismo. Benthamismo, evolucionismo liberal. Todavía hay se escribe en Inglaterra: «En casi todos los otros países, los partidos socialistas proceden en gran parte de Marx. Entre nosotros la influencia de Marx ha sido pequeña. Aquí procedemos —si es que procedemos en absoluto de los escritores— principalmente de fuentes nativas, Bentham y Owen, Morris y Ruskin, Blatchford, los Webbs y Shaw, Wells en algunos de sus humores, Tawney y Cole» (5).

Y dice Besteiro por su parte —lo que confirma esta su hasta ahora inédita inclinación a los pensadores ingleses: «Si, con una inspiración marxista, pudiéramos optar, sin duda alguna habríamos de decidirnos por la solución que representan Inglaterra y los países escandinavos» (pág. 128 del discurso). Pero en esos países no ha habido ni hay «inspiración marxista». Ni el pensamiento inglés —fuera de los economistas— influyó en Marx, cuyas maestras filosóficas fueron principalmente Alemania y Francia. El marxismo e Inglaterra han sido hasta ahora dos mundos inconciliables. Besteiro opta por el segundo. La alusión a Bentham —típicamente fabiana— es luminosa para caracterizar la mentalidad del disertante.

En cuanto al fascismo, nos fijaremos en dos afirmaciones del discurso, prescindiendo del hecho extraño —que no acredita, por cierto, una información muy profusa— de que para explicar la doctrina fascista sólo se eche mano de un discurso aislado de Hitler, como si fascismo y nacional-socialismo fuesen idénticos, y como si

(5) *Practical Socialism for Britain*, por Hugh Dalton, pág. 17. Londres, 1935.

no hubiera fuentes más completas (6). La primera afirmación se refiere a las supuestas coincidencias entre la doctrina marxista o comunista y la fascista. «Ambas preconizan la necesidad, en el momento en que actualmente se encuentran las naciones, del ejercicio de una política dictatorial» (pág. 117). Pero la dictadura no la han inventado el marxismo, ni el comunismo, ni el fascismo. La casi totalidad de la historia humana ha transcurrido bajo dictaduras de casta o de clase, y hasta los sistemas modernos de democracia parlamentaria son, para muchos marxistas, nada más que dictaduras encubiertas de la burguesía. De suerte que, con este criterio simplista, no sólo se parecen el marxismo y el fascismo entre sí, sino que ambos se asemejan también a casi todos los regímenes políticos que han existido desde los orígenes de la Humanidad, lo cual equivale a reducir al absurdo la Historia pasada y presente, que debe ser y es diferenciación y dialéctica creadora. Es como si se dijera que el verdugo y el ajusticiado coinciden en que ambos usan la horca.

La otra afirmación es la siguiente: «El fascismo somete políticamente a la democracia burguesa y la priva de sus derechos; pero económicamente la sirve» (página 111). Donosa interpretación marxista de un fenómeno histórico. Pues si, según el marxismo —como luego veremos—, la base económica de la sociedad determina o condiciona la superestructura del Estado, ¿cómo puede decir un marxista que un partido sirve a la burguesía en lo económico y la sojuzga en lo político? El desatino, desde el punto de vista del marxismo, es garrafal y significa recaer en el error que Marx combatió desde sus primeros escritos en Hegel y luego en sus antiguos compañeros de izquierda hegeliana, al querer aquél y éstos concebir el Estado como institución independiente de las

(6) La literatura nacionalsocialista, como la fascista, es ya copiosísima; pero no se puede hablar competentemente de la «doctrina» del nacionalsocialismo sin tener en cuenta dos obras que todavía siguen siendo sus fundamentos ideológicos: *Mein Kampf*, de Hitler, y *Der Mythos des 20 Jahrhunderts*, de Alfred Rosenberg.

clases dominantes en la sociedad. Es también el error de los liberales modernos. El fascismo —como Roosevelt— sirve a la burguesía en la sociedad y en el Estado, que son una misma cosa. Si a la burguesía, mientras sea dueña del capital, no le convinieran las dictaduras de Hitler y de Mussolini y los paños calientes de Roosevelt, estos hombres no estarían en el Poder ni veinticuatro horas. Pensar otra cosa es no darse cuenta del marxismo ni de lo que está ocurriendo en el mundo.

¿Es indefinible el marxismo?

Pero entremos ya —y era hora— en la definición del marxismo. Volvamos al capítulo «Materialismo de la Historia y lucha de clases». ¿Qué es el materialismo histórico? Se nos indican algunas de sus fuentes, los primeros trabajos periodísticos de Marx (7) y las conocidas obras donde Marx y Engels elaboran su teoría. En cambio, se omiten algunas, como la *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* (8), *La ideología alemana* (1845-1846) y otras, de extraordinaria importancia para quien quiera estudiar la génesis del llamado materialismo histórico. ¿En qué consiste esta teoría? Por lo visto, no es posible saberlo: «Si quisiéramos obtener una exposición explicativa del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, y que esta exposición se sujetase a un perfecto rigor lógico, tendríamos que detenernos seguramente ante dificultades insuperables» (pág. 51). «En todos estos escritos [los antes aludidos de Marx y Engels] no se encontrará, sin embargo, una definición clásicamente perfecta de los conceptos *materialismo de la Historia y lucha de clases*» (página 53). «Si aspiramos, pues, a poner nuestras ideas

(7) Sobre la formación ideológica de Marx y su superación del hegelianismo de la derecha y de la izquierda, véase el excelente libro de Cornu, *Karl Marx, sa vie et ses oeuvres*. Alcan, París, 1935.

(8) Su manuscrito lo guardaba el Partido Socialista alemán y fue publicado por primera vez por Riazanov en la edición de las obras completas de Marx y Engels. Está también en el *Historische Materialismus*. Primeros escritos de C. Marx. 2 vols. Alfred Krocner Verlag, Leipzig, 1932.

en orden y a juzgar el socialismo de Marx con un criterio objetivo, habremos de reconocer que el *materialismo de la Historia* y la *lucha de clases* no pueden concebirse como separados de la concepción dialéctica, y que ninguna de estas concepciones puede interpretarse como si estuviera constituida por un sistema de conceptos susceptibles de una definición que exprese su naturaleza invariable» (pág. 59).

En suma, que el nuevo académico ni define ni explica el materialismo histórico, ni por lo menos transcribe alguno o algunos de los textos donde la doctrina está expresada. Se trata, al parecer, de una teoría tan recóndita y abstrusa que raya en lo inefable. Nos imaginamos el estupor de los oyentes que creían tener alguna idea de ella, y el desconcierto de los que esperaban conocerla de labios tan autorizados. Y, sin embargo, se han escrito bibliotecas enteras, en pro y en contra, sobre la concepción materialista de la Historia. Exacta o no, es una de las ideas más fécondas que ha engendrado el cerebro humano. Casi toda la historiografía, la sociología y la filosofía de la Historia contemporánea están interpretadas o, por lo menos, impregnadas —y aquí sí que viene justo el vocablo— por este genial descubrimiento de Marx, que, con el no menos genial de la plusvalía (de la cual, inexplicable omisión, no se dice ni una palabra en todo el discurso sobre *Marxismo y antimarxismo*), forma la base de roca del socialismo moderno. Podrán discutirle algunos su originalidad. Barth se esfuerza en buscar los antecedentes del materialismo histórico en Saint Simon y en Louis Blanc (9). Pero el propio Barth reconoce que todo lo que Marx encontró antes de él «lo ha reducido a sistema unitario con una cierta energía especulativa de tipo hegeliano».

Precisamente de esa falta de «una definición clásicamente perfecta», que Besteiro echa de menos, es decir —si la frase tiene algún sentido—, la falta de fórmulas

(9) Paul Barth: *Die Philosophie der Geschichte als Soziologie*, páginas 657 y siguientes.

claras y comprensibles para todo el mundo, es de lo que no adolecen los escritos de Marx y Engels que exponen la concepción materialista de la Historia. Al contrario. Si algo se ha reprochado a esa doctrina, es el ser excesivamente formularia y categórica, más apriorística que demostrativa, el contener enunciados demasiado rotundos. Sin una claridad meridiana en los principios, ¿cómo hubieran podido escribirse tantos volúmenes como ya existen para sostenerla, criticarla o refutarla? ¿Cómo le hubiera sido posible a Kautsky componer una obra de cerca de 1.800 páginas de gran tamaño y apretado texto, tratando de demostrar la verdad de la concepción materialista de la Historia? (10). Nadie que lea la descripción que Engels hace de esta teoría en varias de sus obras, pero sobre todo en el capítulo II de la parte tercera de su *Anti-Düring* (hay ediciones españolas), dirá que es una idea confusa, y mucho menos indefinible. Nadie, naturalmente, que no quiera escamotear el marxismo.

Justamente lo que caracteriza a la concepción materialista de la Historia es su terrible diafanidad. Representa la subversión radical de todo idealismo y especialmente del hegeliano, en el sentido de que no son las ideas las que hacen la Historia, sino las realidades históricas y, más concretamente, las realidades económicas, o, más concretamente aún, las formas de la técnica y de la propiedad las que dan origen a las ideas dominantes. El primero en verlo claro, parcialmente, fue Feuerbach —en su *Esencia del cristianismo*—, en cuanto a las ideas religiosas. A su juicio, no es la religión la que hace a los hom-

(10) Karl Kautsky: *Die materialische Geschichtsauffassung*. 2 vols. Berlín, 1929. Otras obras importantes sobre la materia son las siguientes: Plejanoff: *Contribuciones a la historia del materialismo y Problemas fundamentales del marxismo*; Antonio Labriola: *Ensayos sobre la concepción materialista de la Historia*; Franz Mehring: *Lessing-Legende*; H. Cunow: *La teoría marxista de la Historia, la Sociedad y el Estado*; N. Bujarin: *El materialismo histórico* (hay una edición española); Rudolf Stammeler: *Economía y Derecho según la concepción materialista de la Historia*; Alfred Braunthal: *Carlos Marx como filósofo de la Historia*; Max Adler: *Marx como pensador, Problemas marxistas y Concepción del Estado en el marxismo*, y muchas más, que harían interminable esta lista.

bres, sino el hombre concreto, empírico, el que hace la religión. Feuerbach se detuvo ahí, sin generalizar ni ahondar en el problema; pero Marx y Engels, grandemente influidos por él —aunque luego le abandonaran y aun le combatieran por su falta de decisión mental para aplicar su descubrimiento al resto de las ideas—, perfeccionaron y extendieron su teoría a la interpretación de las otras instituciones sociales y de la Historia toda.

Dígame del materialismo histórico lo que se quiera, menos que es inexplicable a causa de su oscuridad. Está al alcance de todas las inteligencias (salvo, al parecer, de las muy complicadas). Para demostrarlo no es preciso siquiera transcribir todo lo que Marx y Engels escribieron sobre la materia —lo que sería imposible en el espacio de que dispongo—; basta citar unas cuantas frases sueltas de las obras donde primero se concreta la teoría.

De *La miseria de la filosofía* son las siguientes: «El desarrollo de la tecnología (*Produktionskraefte*) obliga a los productores a producir en esta o aquella escala determinada... El molino a mano engendra una sociedad de señores feudales; el molino a vapor, una sociedad de capitalistas industriales... Un Derecho civil dado es sólo la expresión de un determinado desenvolvimiento de la propiedad, es decir, de la producción... Tanto la legislación política como la civil no hacen más que protocolizar lo que quieren las relaciones económicas... Sin oposición, ningún progreso: ésta es la ley que la civilización ha seguido hasta ahora... Pero los mismos hombres que, conforme a sus modos de producción, constituyen las relaciones sociales, crean también los principios, las ideas, las categorías, de acuerdo con sus relaciones sociales.»

Del *Manifiesto comunista*: «Las relaciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de la propiedad no correspondían ya al desarrollo de las fuerzas de producción. Estorbaban a la producción, en vez de fomentarla. Se convertían en otras tantas cadenas. Había que hacerlas saltar, y saltaron... Se habla de ideas que revolucionan toda una socie-

dad; con ello sólo se expresa el hecho de que dentro de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva; que al mismo paso que la disolución de las viejas relaciones vitales va la disolución de las viejas ideas...»

De *La crítica de la economía política*: «El conjunto de las relaciones de la producción (que corresponden a un determinado estadio de la tecnología material) constituye la estructura económica de la sociedad, la base verdadera sobre la cual se levanta una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona, en general, el proceso social, político y espiritual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino al contrario, es su ser social el que determina su conciencia.»

De *El capital* (tomo I): «Muy poco es lo que la historiografía conoce hasta ahora del desenvolvimiento de la producción material, es decir, de los fundamentos de toda vida social, y, por tanto, de toda historia verdadera; pero, por lo menos —basándose en investigaciones científico-naturales y no en las llamadas históricas—, se ha dividido el tiempo prehistórico en la edad de piedra, en la edad de bronce y en la edad de hierro, según el material de las herramientas y las armas.» De *El capital* (tomo II): «Es en la relación inmediata de los poseedores de las condiciones de la producción con los productores inmediatos —una relación cuya forma corresponde siempre de manera natural a un determinado estadio en la evolución del trabajo en cuanto a su género y modo, y, por tanto, a su tecnología social— donde hallamos cada vez el más íntimo secreto, la base oculta de toda la construcción social y, consiguientemente, también de la forma política en las relaciones de soberanía y dependencia; en una palabra: la forma específica del Estado en cada ocasión.»

Un marxismo para uso de académicos

Creo que estas citas son suficientes para dar una idea bastante clara de la concepción materialista de la Historia en Marx y Engels. Quien no las entienda —y si hay alguna oscuridad cúlpese a los defectos de una traducción hecha para este trabajo apresuradamente y no a los conceptos originales— será porque no quiera. Pero exponer sin misterios ni equívocos la concepción materialista de la Historia, además de lo que en ella hay de subversivo, tiene otro riesgo, que es verse obligado a explicar y justificar su corolario: la lucha de clases.

La sociedad no cambia automáticamente por evolución de la técnica. Necesita la lucha, la fuerza, que es —según Marx— la comadrona de la Historia. Para Marx y Engels la lucha de clases es la palanca del progreso social. La Historia es dinámica, combate, dialéctica. La armonía e identidad de intereses entre las clases es un mito, grato a los economistas liberales. «Los nuevos hechos revelados por la realidad —escribe Engels— obligaron a revisar toda la historia anterior, y entonces se demostró que la Historia había sido *siempre* una historia de lucha de clases, y que estas clases sociales, pugnantemente entre sí, eran en todas las épocas fruto de las condiciones de producción y de cambio, o, lo que es lo mismo, que las condiciones *económicas* de cada época, que la estructura económica de la sociedad en cada momento de la Historia era, por tanto, el cimiento real sobre el que se erigía luego, en última instancia, todo el edificio de las instituciones jurídicas y políticas, de la ideología religiosa, filosófica, etc., de cada período» (11).

Pero una Academia de ideología burguesa no puede aceptar tales doctrinas y sólo las oír si se las presentan como errores criminales o, a lo sumo, como una exposición objetiva del desvarío mental de una clase. Y a su vez un «marxista» no puede ser un censor, ni siquiera un expositor indiferente, de sus propias ideas. Sólo tales con-

(11) F. Engels: *Anti-Düring*, pág. 13. Versión española. Madrid, 1932.

trasentidos pueden explicar que se diserte sobre el marxismo prescindiendo de Marx.

Aunque hay algo aún peor: que se hable del marxismo contra Marx. Esto me parece advertir en la última parte del discurso, donde se abre «Discusión en torno a la dictadura del proletariado». Como lo discutido hasta ahora es ya hartó largo y el nuevo tema merece, por su importancia, un examen detenido, el fatigado lector me agradecerá seguramente que deje aquí la pluma, aunque reservándome para el próximo número todavía un turno en esa discusión.

También el caballo de Troya, no obstante ser de madera, necesitará descansar un poco. Si bien empiezo a sospechar que iba de vacío o que acaso sólo llevaba dentro troyanos disfrazados.

Núm. 14. Madrid, junio de 1935

GLOSAS DEL MES

La Prensa y los socialistas

El Gobierno ha autorizado la reapertura de la Unión General de Trabajadores y de otros centros obreros de Madrid y provincias. Esta era una de las condiciones señaladas por la minoría socialista para reintegrarse al Parlamento. La eficacia del acuerdo no puede ser más evidente. No obstante, hubo periódico que calificó de «insensatos» a los diputados que votaron porque continuara la abstención. Suponía *La Voz*, de Madrid —el periódico aludido—, con la ligereza y la mala fe características de su director siempre que enjuicia a los socialistas, sin duda en reconocimiento de que le eligieran diputado por Granada a las Cortes Constituyentes, que la mayoría a favor del apartamiento era insignificante y que esa mayoría se pronunciaba así por una especie de terror que sobre ella ejerce un grupito de energúmenos, como si se tratase de una fracción compuesta de menores o de imbéciles. Pues sepa el ex diputado y ex anarquista pseudónimo que por la vuelta al Parlamento votaron 18 diputados socialistas, y en contra 33, o sea casi el doble, y que todos éstos son personas en la plenitud de su responsabilidad y de sus facultades mentales.

Ya pica en historia este afán de algunos plumíferos al servicio de la Prensa burguesa por erigirse en mentores de los socialistas, tomándolos, al parecer, por gentes lunáticas que se han escapado de un manicomio o que acaban de llegar de no sabe qué Utopía. Conviene que los obreros que se desnutren mentalmente de esa Prensa y sus lectores en general se den cuenta exacta del valor de sus juicios. Hay que acabar con el fetichismo de la letra

impresa con fines comerciales o capitalistas, descubriendo la calidad intelectual o moral de los individuos que, anónimamente, escudados en el título de un periódico de empresa, pretenden ser los guías o los censores de partidos o grupos políticos cuyas normas no pueden estar a merced de ningún pelafustán ajeno a su disciplina. Cuando, como recientemente, ocurra un caso de éstos, en que el desahogo rivaliza con la inconsciencia, en vez de replicar cortésmente a sus intemperancias, como hizo la Agrupación Socialista Madrileña, no hay más que preguntarle: «Y a usted, caballero... de industria periodística, ¿quién le presenta?»

El caso aludido es típico de la desaprensión y desfachatez de los que dirigen cierta Prensa —que en tales manos no ha podido venir a menos, ni ellos a más—. He aquí medio centenar de diputados curtidos en la lucha y la experiencia políticas, a quienes se les plantea el problema de asistir o no a las sesiones de la Cámara en determinadas circunstancias. El problema es, cronológicamente, anterior a octubre de 1934, y fue puesto a debate, en el seno de la minoría socialista, ya a principios de ese año, cuando el Gobierno Samper hizo mangas y capirotos de la inmunidad parlamentaria de los diputados socialistas y cuando, más tarde, con ocasión de la ley que restauraba los haberes del Clero, la Cámara no permitió que se discutiese ninguna de las enmiendas presentadas por los socialistas. En suspenso, de hecho, la inmunidad y el derecho de discusión de una minoría, ¿qué tiene ésta que hacer en el Parlamento?

Pero el acuerdo de retirarse de la Cámara no se tomó hasta después de octubre. Pocas veces una minoría parlamentaria ha meditado tanto en el pro y el contra de esa actitud, y a ningún diputado socialista se le ocurrió calificar de insensatos a los que no estaban de acuerdo con él, porque las razones contrapuestas, las explícitas como las tácitas, eran de gran peso y todos medían la gravedad de lo que se resolviera, en cualquier sentido que fuese. Y en el ánimo de cada uno no influían sólo los modos subjetivos de apreciar el momento político y las consecuencias

de lo que se acordase, sino también el sentir difuso y a veces contradictorio del estado llano del partido y, en general, de la masa obrera y el resto de los electores a quienes los diputados socialistas deben sus actas. Es más: en el fondo de la cuestión se ventilaba —y se sigue ventilando— un hondo problema de táctica, que según tome un rumbo u otro, tendrá una repercusión de enorme trascendencia en el porvenir del partido socialista.

Pues bien: estos treinta y tres diputados que votaron contra la vuelta al Parlamento después de sopesar en la balanza escrupulosa de su conciencia las múltiples razones de orden interno y externo, políticas, psicológicas, sociales y aun históricas, que les aconsejaban esa decisión, son unos insensatos que no saben dónde tienen la mano derecha ni lo que hacen o dicen. ¿Y quién les fulmina esta sentencia de incapacidad? Un grafómano que, si la hubiera firmado, nadie le prestaría la menor atención, como nadie se la presta a los millares de artículos con que desde hace cinco o seis lustros viene inundando la Prensa española, sin salir en rigor del anónimo —llámese Enrique Fajardo o «Fabián Vidal», nadie sabe a ciencia cierta de quién se trata—, porque no merecen otra cosa, ni la irresponsabilidad ni la insustancialidad que los inspiran. Pero el grafómano suprime su firma en un artículo de *La Voz*, y lo que nada valdría suscrito aparece como la opinión de un periódico, que en el mejor de los casos sería la opinión del Consejo de Administración de una empresa industrial, de una industria dedicada a fabricar papel impreso y a captar lectores con fotograbados libidinosos, pero que en este caso no es, probablemente, ni siquiera eso, sino la opinión personal de un periodista gárrulo y neurótico, que sueña en otra coalición republicanosocialista, a ver si le vuelven a elegir diputado. Tales opiniones y tales periódicos no tienen autoridad alguna y, desde luego, no merecen los honores de una discusión seria. Basta desenmascararlos. Y boicotearlos. La mejor réplica a tan necias campañas es una huelga de lectores.

La piel del oso electoral

La tesis de una alianza electoral entre republicanos y socialistas, sostenida por Indalecio Prieto en unos artículos, nos parece por lo menos prematura. Nos recuerda la fábula de los dos amigos y del oso, contada por La Fontaine:

«Deux compagnons, pressés d'argent,
A leur voisin fourreur vendirent
La peau d'un ours encor vivant,
Mais qu'ils tuaient bientôt; du moins à ce qu'ils dirent.»

En primer término, no hay elecciones en perspectiva, y en política, como en la guerra, no es buena táctica pregonar propósitos ni planear batallas problemáticas. En la lucha política, cada día tiene sus afanes y sus objetivos: el oso electoral anda aún demasiado suelto. En segundo término, si una alianza electoral conviene o no, dependerá, entre otras cosas, de la ley que rijan en las próximas elecciones. Con una ley de representación proporcional, como quieren unos, o con una restauración de la antigua ley por distritos, como pretenden otros, el problema de las alianzas de partidos variaría radicalmente. Era muy improbable que las actuales Cortes dejaran subsistir la ley vigente; pero ha bastado que se hable de una coalición de izquierdas para que las derechas declaren urgente la aprobación de una nueva ley. «Lo primero, la ley electoral», ha titulado uno de sus artículos *El Debate* a los pocos días de abrirse en la prensa y en el mitin esta discusión inoportuna. En tercer término, pudiera suceder que las circunstancias aconsejaran no acudir a las futuras elecciones; en Grecia, los partidos de la oposición han acordado abstenerse, como acordaron en España a principios de 1931.

Pero aun aceptando que haya pronto elecciones y que las circunstancias en que tengan lugar sean compatibles con la cuestión de una alianza de izquierdas, tampoco sería buena táctica para ningún partido proponerla incondicionalmente. La amnistía, como nexa electoral común, no puede ser suficiente, puesto que la amnistía la desean o

pueden desearla partidos que por su significación derechista —el de Miguel Maura, por ejemplo— o por la pasada conducta de sus líderes, no sean idóneos para una coalición con los socialistas. Hay que hilar más delgado. Aunque no sea probable —porque las derechas nunca fueron demasiado inteligentes—, tampoco es imposible que las actuales Cortes voten una ley de amnistía para quitar esa bandera electoral a las izquierdas. Desde luego, no nos extrañaría que antes de las elecciones o en el curso de ellas alguno de los partidos que hoy gobiernan quisiera lavarse en el Jordán de su adhesión a la amnistía. El defecto de este aglutinante consiste en que será demasiado ancho y elástico como base de una coalición electoral estricta.

Por otra parte, el futuro Parlamento y los Gobiernos que de él surjan no tendrán la amnistía como su único objetivo. Luego de votada, seguirán legislando y gobernando. ¿En qué sentido, con qué propósitos, con qué decisión, hasta qué límites? He ahí en buen método político el principio de discusión de una posible alianza electoral de izquierdas. Si las urnas les dieran el triunfo, ¿qué harían con él, además de la amnistía, en las Cortes y en el Gobierno? ¿Otra Reforma agraria, sobre el papel, como la pasada? ¿Otra solución, sobre el papel y, además tan parcial del problema religioso como la pasada? ¿Otras leyes tan perfectas, sobre el papel, pero tan inefectivas, sobre la realidad, como la mayoría de las que aprobaron las Constituyentes? Pues no valdría la pena.

Si ha de haber alianza electoral, es preciso que los partidos que aspiran al Poder con los votos de la clase obrera digan, inequívocamente y con toda publicidad y con todas las garantías políticas, para qué lo quieren, si para vegetar entre torrentes de oratoria parlamentaria y entre montañas de prosa legislativa o para emprender a fondo y con toda celeridad la revolución que en el bienio de 1931-1933 no se hizo y que ya sólo puede justificarse como preludeo o etapa preparatoria de otra más honda. Hablar de una alianza sin condiciones —y la amnistía sola, por lo dicho más arriba, casi no lo es— es empezar

la casa por el tejado. Las condiciones serían los cimientos.

Azaña, a quien no se le puede negar un claro sentido político, ha hablado de los cimientos, de las condiciones de una coalición electoral en su discurso de Valencia. Primera condición: que el Gobierno futuro de izquierdas sea puramente republicano, es decir, sin la colaboración de los socialistas en las responsabilidades del Poder. La izquierda republicana adopta una actitud de partido de clase, de partido burgués, sin querer mezclarse gubernamentalmente con el Partido Socialista, que es, y debe serlo más cada día, el partido de la clase antagónica. Hay que aplaudir la diafanidad con que Azaña ha expuesto su pensamiento: «Izquierda Republicana afirma que esta obra concertada, articulada y con el apoyo ofrecido solemnemente por todos debe ser realizada desde el Poder por un Gobierno estrictamente republicano, netamente republicano...»

Ni Azaña quiere volver al 14 de abril de 1931. Aquel conglomerado de partidos de clases opuestas ha quedado roto para siempre como instrumento de gobierno. Los republicanos quieren —nada más natural— gobernar como partido de clase, no sólo en defensa de la República, sino también de las instituciones sociales vigentes, fundadas en la propiedad privada y en sus formas políticas de la democracia y el liberalismo. Que gobiernen, pues, solos; la inmensa mayoría de los socialistas y de la clase obrera tampoco quieren otra cosa. Los confusionismos de clases son funestos para todos. Que cada cual gobierne conforme a los intereses y a la ideología de su clase, y cuando al Partido Socialista le llegue la hora del Poder, y le llegará, porque eso está escrito en las leyes inmanentes de la Historia, también gobernará sólo de acuerdo con sus intereses y su ideología de partido proletario. Han sido precisos cuatro años para llegar a esta definición y delimitación de los partidos que al traer la República y echar sus fundamentos constitucionales renunciaron temporalmente a sus diferencias de clase; pero

basta haber alcanzado esta claridad para que el tiempo pasado no sea del todo perdido.

Los partidos de izquierda republicana no quieren «impregnarse» de socialismo; al propio tiempo el Partido Socialista ha iniciado un proceso contrario, volviendo a su pureza de partido de clase y desligándose de todo contagio con la ideología republicana burguesa. La necesidad histórica de acabar con la Monarquía le obligó, al final de la primera década de este siglo, a salir de su soledad política y a pactar alianzas con los republicanos. Cuando vino la República, apenas era otra cosa que un partido republicano más, y todavía hay socialistas que quieren que siga siendo eso; pero su misión histórica es otra, so peligro de desaparecer como partido proletario. O se depura de su republicanismo circunstancial y oportunista, u otros partidos a su izquierda absorberán a las masas obreras.

Queda el problema de la revolución democrática, iniciada al advenimiento de la República, con la colaboración generosa y tan mal pagada de los socialistas, y frustrada en poco más de dos años. Los republicanos vuelven a levantar la bandera de esa fallida revolución democrático-burguesa; pero esta vez solos, con la ambición de monopolizar ellos el Poder. Nada más legítimo. Si es o no posible esa revolución en España o si el proceso histórico se ha de dirimir o se está ya dirimiendo entre antagonismos sociales más profundos y más extremos, con exclusión de la burguesía liberal y democrática en las altas cimas del movimiento político, el tiempo lo dirá. Los republicanos de izquierda van recobrando su fe en las posibilidades de su revolución específica y piden para realizarla los votos socialistas en las urnas y en el futuro Parlamento. Sepamos, pues, los términos, los propósitos que ofrecen a cambio de ese apoyo.

Azaña prometió en Valencia, en nombre de Izquierda Republicana, fijar las condiciones de una posible alianza electoral con los partidos obreros. Esta es buena táctica política: nada de pactos incondicionales, a ciegas, sin otro motivo que la base sentimental de la amnistía, desde

luego ya descontada como denominador común de casi todos los partidos republicanos. Primero, las condiciones para ir al Parlamento y eventualmente a un Gobierno estrictamente republicano. La actitud de Azaña y de Izquierda Republicana es una buena lección de reserva y cautela, que harán bien en aprender algunos impacientes, partidarios de una alianza a todo trance en que la clase obrera entregaría incondicionalmente todo su formidable peso político.

Núm. 14. Madrid, junio de 1935

UN MARXISMO CONTRA MARX

Por LUIS ARAQUISTÁIN

La crítica sobre todos

Antes de reanudar estos comentarios (1) al discurso «Marxismo y antimarxismo», de Julián Besteiro, séame permitida una aclaración. Algunos lectores, harto hiperestésicos o suspicaces, han creído ver en el artículo anterior un ataque personal al distinguido catedrático y compañero de partido. Nada más lejos de mi ánimo. Su respetable persona no me ha interesado para nada en estas glosas. Sólo me importan sus ideas, y aun éstas nada más que en relación con el marxismo: es una forma como otra cualquiera de rendirle homenaje a extramuros académicos.

Tratárase de otro exponente del marxismo, de filiación política distinta o desprovisto de la autoridad de que él ha gozado durante mucho tiempo, como concedor del marxismo, y su discurso no hubiera merecido más que un piadoso silencio. Pero el autor, y sobre todo su actitud ante el ingente tema, eran acreedores a un detenido examen crítico, no sólo por lo poco estudiado que está el asunto en España, a pesar de hablarse tanto de marxismo y antimarxismo en estos últimos años, sino por la trascendencia que esa filosofía del devenir histórico y de la acción política, según se la interprete en un sentido u otro, está destinada a tener en el curso de la Humanidad entera. En torno del marxismo, cada cual

(1) La primera parte de este trabajo se publicó en el número de mayo de LEVIATÁN con el título de «El profesor Besteiro o el marxismo en la Academia».

marcha con la Historia o contra la Historia. En última instancia mental o social, todos somos marxistas o anti-marxistas, unos a conciencia, otros sin saberlo; unos por formación cultural, otros por intuición pragmática.

Este hecho explica la enorme literatura que, en pro o en contra, han producido ya en todas las lenguas las doctrinas de Marx y Engels —y no se puede hablar de marxismo sin tener en cuenta las obras completas de ambos—. Cada vez son menos las gentes frívolas, reclutadas principalmente en la burguesía intelectual universitaria, que en otro tiempo se burlaban de estas discusiones marxistas, equiparándolas a las antiguas disputas bizantinas, a las sutiles polémicas ergotísticas de la Iglesia o a los debates aparentemente abstrusos de los Concilios católicos. (Solía decirse que el marxismo tenía también su Biblia —*El capital*—, sus concilios, sus cismas, su ortodoxia, sus herejías, sus exégesis.) Hoy —debido, sobre todo, a la interpretación marxista o materialista de la Historia— hasta la especulación teológica, que tan apartada parece de las realidades temporales, es estudiada en sus relaciones con la estructura social y política de cada época, como una expresión más del básico hecho económico (2). No hay, pues, que extrañarse de la intensa atención con que las clases cultas, y en general todas las clases sociales, siguen el extenso y profundo resurgimiento actual del marxismo, ya que en su nombre, como prosélitos o como antagonistas, se mueven inúmeros millones de seres humanos, en una proporción infinitamente mayor que los que agitó jamás ninguna doctrina social y política. Puede decirse que el marxismo es el tema central de la cultura contemporánea, y quien alegremente lo desdeñe por afectación o por desconocimiento es que no pertenece a la órbita intelectual de su tiempo.

De aquí la importancia de que sepamos lo que es el marxismo, antes de aceptarlo o rechazarlo. Esta es la

(2) Véase «Soziologie der Scholastik», de Paul Honigsheim, en los *Versuche zu einer Soziologie des Wissens*, editados por Marx Scheler. Munich y Leipzig, 1924.

cuestión previa. Desde luego me apresuro a declarar que en estas notas no me guía el afán pueril de obtener ningún campeonato de marxismo, ni siquiera el de ganar adeptos, pues estoy seguro de que algunos que se titulan marxistas, cuando sepan lo que eso significa, se horrorizarán de lo que se imaginaban ser. Mi aspiración es más humilde que todo eso: contribuir modestamente a que se entiendan algunos aspectos del marxismo, y en especial su teoría del Estado, que en el discurso de Besteiro me parece perniciosamente desfigurada.

Pero la verdad o la falsedad de una doctrina sólo críticamente puede descubrirse, y si hay alguien que tiene menos derecho que nadie a que no se discutan sus opiniones o sus interpretaciones es quien se proclama marxista, porque la fuerza del marxismo consiste precisamente en haber hecho la crítica de todo lo humano y lo divino y en estar, él mismo, abierto a las críticas más implacables. La crítica es el crisol de todo lo sólido, auténtico, verdadero; sólo lo falso, lo endeble, lo perecedero la teme. Entendiéndolo así, Besteiro es el primero en invitarnos a enjuiciarlo. «Mas confieso que, tanto como me disgustaría verlas [las ideas del discurso] entregadas a la voracidad de las pasiones ciegas, me complacería verlas sometidas a la prueba de una crítica y de una discusión serena» (pág. 145). ¿Por qué ese temor? Las «pasiones ciegas» no devoran nunca nada; no han podido devorar el marxismo, no obstante la furia con que le vienen mordiendo desde su aparición. Si en el discurso de Besteiro —tan preocupado siempre por «las pasiones ciegas»... de los demás— hay algo de marxismo, tampoco lo devorarán. Su disgusto no tendría, pues, en ningún caso, justificación alguna. Queda sólo la complacencia que dice sentir ante una crítica serena. No se la neguemos.

El gusto de Besteiro por la crítica no es de ahora. «No se concibe la existencia de nuestra organización y de nuestro partido con una perfecta unanimidad de pareceres y una sumisión resignada al dictado de las personas que tienen una posición representativa. Todos y cada uno

de nosotros recabamos para nosotros mismos el derecho de crítica, la libre espontaneidad del pensamiento, la exposición clara de nuestros pareceres... Claro está que todo eso tiene un límite. El límite está constituido en la necesidad de nuestra disciplina... Pero la discusión es necesaria por parte de todos; más por parte de aquellos que, por tener mayor resonancia sus ideas, no deben ocultarlas, sino exponerlas con toda claridad y presentarlas, además, a la crítica de los compañeros, de los adversarios y a la autocritica que todos estamos obligados a hacer para perfeccionar nuestro espíritu y nuestra inteligencia» (3). Es lo que hemos hecho y vamos a seguir haciendo, después de este paréntesis.

Al socialismo, por la democracia

La exposición que Besteiro hace del pensamiento de Marx —excluyendo casi totalmente el de Engels, que no sólo es indisoluble del de Marx por la colaboración de ambos en varias obras y por la estrecha comunicación intelectual en que siempre vivieron, sino que lo desarrolla, dilucida y completa en las suyas individuales, hasta el punto de que el marxismo sin Engels es un marxismo a medias— no pasa de ser un breve compendio de la copiosa exégesis llevada a cabo por el máximo falsificador del marxismo, Carlos Kautsky, y el mayor responsable moral del derrumbamiento del partido socialista alemán en 1932-1933. La esencia de la tesis de Besteiro —la misma de Kautsky— es que la doctrina marxista tiene poco o nada de revolucionaria, en el sentido de la violencia, ni de dictatorial.

A juicio de Besteiro, Marx fue un evolucionista, un legalista y un demócrata, o sea lo que hoy se llama un oportunista o un reformista. Si Marx habla de la dictadura del proletariado, es en una sola ocasión, como de

(3) *La lucha de clases como hecho social y como teoría*, conferencia de Julián Besteiro, págs. 7 y 8. Madrid, 1929.

pasada, «en un escrito [*Crítica del programa de Gotha*] que, sea cualquiera el valor que se le pueda conceder, no deja de ser un escrito secundario» (pág. 122 del discurso); «a Marx no le seducía la perspectiva de la clase trabajadora ejerciendo una verdadera dictadura. Más bien parece que, aun en el momento en que Marx emplea la palabra "dictadura", no quiere significar otra cosa que la necesidad de que, en el período de transición haya un gobierno fuerte, expresión fiel de la voluntad del proletariado, pero que no sea la negación de la democracia» (páginas 124-125).

Según Besteiro, la «repugnancia de Carlos Marx por los procedimientos políticos coactivos del Estado llega hasta el punto de considerar, como lo hace en sus escritos coleccionados bajo el título de "La revolución española", a don Baldomero Espartero como un dictador». (Donoso argumento. Como si fuera incompatible condenar la dictadura de un espadón y ser partidario de la dictadura del proletariado. Me imagino que Stalin no será un admirador de la dictadura de un Mussolini o un Hitler, lo que no le impide no sentir ninguna repugnancia por los procedimientos coactivos del Estado soviético. Hay dictaduras y dictaduras.) «Si esto es lo que constituye el ideal superior a que Marx aspira; si, por consiguiente, su repugnancia por el empleo de los medios coactivos del Estado es notoria, no parece natural atribuirle el deseo de que el proletariado emplee, en el período de transición, medios coactivos superiores a los que el mismo Estado burgués emplea en el ejercicio de su dictadura seudodemocrática» (pág. 125). Es decir, que a Marx —en dictamen de Besteiro— le repugna la idea de destruir el Estado en su forma de democracia burguesa. Pronto veremos si esto es o no cierto; pero de una cosa ya no hay duda: que esa repugnancia la siente Besteiro. Se funda para ello en el supuesto de que «el momento en que actualmente se encuentra la sociedad, al menos en los pueblos que han alcanzado un grado considerable de desarrollo, es un momento de transición entre el capitalismo y el socialismo». O sea que el socialismo se

está ya realizando y que el medio político más eficaz es la democracia burguesa; de ella saldrá, suave y mecánicamente, el ser socialista, como fruta madura que se cae del árbol. Ya lo dijo Engels (creo que es la única vez que Besteiro le cita): «Esta (la República democrática) es la forma específica del proletariado.» (Luego veremos el sentido de esta frase, que es el contrario del que Besteiro se figura.)

La fe de Besteiro en la eficiencia de la democracia y el liberalismo burgueses no es de ahora: «Algunos creen que las instituciones liberales han decaído y todas las aportaciones del liberalismo desaparecen y se van del mundo. Algunos piensan que Europa camina hacia un régimen más o menos personal, más o menos dictatorial, para conseguir la eficacia que las Asambleas democráticas no han conseguido. Yo tengo esta concepción por absolutamente equivocada. La característica del momento de transformación actual consiste en que se va de una democracia menos perfecta a una más perfecta, en que se va de una democracia que pudiéramos llamar inorgánica a una democracia organizada en un conjunto de instituciones que penetran en las actividades sociales todas y "se armonizan" después para constituir la vida de una democracia total» (4). Nada de revolución, nada de dictadura del proletariado. Al socialismo, por la democracia. Eso creían también los socialistas alemanes y austríacos, y ya se ha visto la «democracia total» que les esperaba, y en la cual habían de «armonizarse».

Tal actitud, a la luz de acontecimientos europeos tan recientes, no se acredita de sagaz, y aún menos de eficaz; pero, defendible o no —allá cada cual con sus responsabilidades—, lo que no puede consentirse es que se pretenda respaldarla en el marxismo, endosándole una doctrina que es no sólo una burda falsificación, sino la negación radical de todas las teorías de Marx y Engels sobre el Estado y la sociedad. Vamos a verlo.

(4) *La obra de Pablo Iglesias*, discurso pronunciado por Julián Besteiro en Oviedo. Madrid, sin fecha.

El marxismo no es evolucionista

El marxismo no es una doctrina evolucionista, en el sentido político que se le da a esta palabra, como desenvolvimiento gradual, pacífico de un régimen social en otro, según quiere el socialismo reformista. No hay una sola página de Marx y Engels que autorice a pensar otra cosa; pero Marx alude explícitamente al concepto de evolucionismo, contrastándole con su opuesto, en el siguiente pasaje:

«La condición de la emancipación de la clase trabajadora es la abolición de todas las clases, así como la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y de todos los órdenes... Entre tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase a clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, es "una revolución total". Por lo demás, ¿hay que extrañarse de que una sociedad fundada en la oposición de clases se resuelva en "una contradicción brutal, en un choque de cuerpo a cuerpo como último desenlace"?... Sólo cuando exista un orden de cosas en que no haya clases ni antagonismo de clases, las "evoluciones sociales" cesarán de ser "revoluciones políticas"; hasta entonces, a cada cambio general de la sociedad, la última expresión de la ciencia será siempre:

"Le combat ou la mort; la lutte sanguinaire ou le néant;
C'est ainsi que la question est invinciblement posée."

George Sand (5).

Esto escribía Marx en 1847. ¿Es ése el lenguaje propio del hombre pacífico y «democrático» que nos quiere pintar Besteiro? Poco más tarde Marx y Engels publican —en 1848— el *Manifiesto comunista*, donde, después de

(5) Carlos Marx: *Miseria de la filosofía*, pág. 144. Traducción española de J. Mesa. Madrid, sin fecha. Los versos de la Sand los hemos dejado en su lengua original, aunque vienen traducidos en la edición española. Siempre que sea posible citaremos de las ediciones españolas o francesas de las obras de Marx y Engels, para la mejor compulsión de nuestros lectores.

resumir en una sinopsis magistral el proceso revolucionario de la burguesía capitalista contra la aristocracia feudal, se dice lo siguiente: «Al trazar las fases más generales del desenvolvimiento del proletariado, hemos descrito la guerra civil más o menos velada que se desencadena dentro de la sociedad existente, hasta el punto en que esa guerra estalla en franca revolución y en que, derrocando violentamente a la burguesía, se echan los fundamentos del poder del proletariado» (6). Y más adelante: «Hemos visto más arriba que el primer paso en la revolución de la clase obrera es elevar el proletariado a la posición de clase gobernante, para ganar la batalla de la democracia. El proletariado usará su supremacía política para "arrancar" gradualmente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y para aumentar todas las fuerzas productivas tan rápidamente como sea posible.»

En los párrafos transcritos están ya delineadas con toda claridad las fases del proceso histórico tal como lo conciben Marx y Engels. Primera: derrocamiento de la burguesía por la violencia; segunda: organización inmediata del proletariado como clase gobernante; tercera: el Estado, que es el proletariado constituido en clase gobernante, arranca (que no es concepto suasorio o parlamentario) a la burguesía todos los instrumentos de producción. Y cuando hablan de «ganar la batalla de la democracia» o de «conquistar la democracia», como otros traducen, no quieren decir, claro es, que se trata de adueñarse de la democracia actual por los medios usuales, porque eso contradiría todo lo anterior y todo lo que escribieron posteriormente.

(6) No teniendo a mano más que ediciones españolas, que, en general, me parecen defectuosas, y en algunos casos hasta tendenciosas, y no disponiendo en este instante del texto original en alemán, traduzco de la versión inglesa de 1888, editada y anotada por el propio Engels. Con todo, es recomendable, por su precio, la traducción de Rafael García Ormaechea. Gráfica Socialista, Madrid, 1931.

Para Marx y Engels, Estado burgués y democracia burguesa son sinónimos —instrumentos ambos de opresión del proletariado por la burguesía—, y si quieren conquistar la democracia, como el Estado, no es para conservarla en su forma actual, sino para convertirla en una democracia proletaria, como la conquista del Estado no tiene otro objeto que transformarlo, en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo —que no es el período presente, como cree Besteiro, sino el que empieza con la conquista del Poder por el proletariado, y no antes—, en Estado proletario. No es otro el sentido de esa frase.

Todo Estado es una dictadura

Pero la constitución del proletariado en clase gobernante, después de derrocar violentamente a la burguesía y de utilizar el Estado, convertido en Estado obrero, para expropiarla, equivale a la dictadura, a la dictadura del proletariado. En las obras citadas no aparecen aún las palabras, pero el pensamiento es inequívoco. Pudieron Marx y Engels no haber empleado nunca la expresión «dictadura del proletariado» y, sin embargo, el concepto estaría presente en toda su obra, como que no es otra su finalidad política. Pensar otra cosa es querer falsificarla o desconocerla por completo. Para convencerse de ello basta detenerse un momento en la idea que ambos tenían del Estado.

Para ellos no es el Estado un ente metafísico donde se realiza la idea moral (Hegel), ni un juez de campo, imparcial y bondadoso, que actúa de mediador en los conflictos sociales, como se figura un liberalismo trasnochado. El Estado nace del antagonismo de las clases y no tiene otra finalidad que mantener el predominio de las unas sobre las otras. «El Poder en el Estado moderno —se dice en el *Manifiesto Comunista*— es simplemente un Comité que administra los negocios comunes de la burguesía.» «Puesto que el Estado —escribe Engels en

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (hay varias ediciones españolas)— surgió de la necesidad de refrenar los antagonismos de clases; puesto que, al propio tiempo, surgió como resultado de los conflictos de estas clases, el Estado es, por regla general, de la clase más poderosa y económicamente predominante, la cual, por medio también del Estado, se convierte asimismo en la clase que predomina políticamente, con lo que obtiene nuevos medios para someter y explotar a la clase oprimida. Así es como el Estado antiguo fue, ante todo, el Estado de los propietarios de esclavos, lo mismo que el Estado feudal fue el órgano de la nobleza para sojuzgar a los campesinos siervos y vasallos, y el Estado representativo moderno sirve de instrumento para explotar el trabajo asalariado por el capital.»

Todo Estado, pese a sus diferentes formas, es una dictadura de la clase dominante, que sólo puede derroscarse mediante una revolución social. El Estado feudal fue una dictadura de la nobleza, que echaron por tierra las revoluciones inglesa y francesa, para dar paso a la dictadura de la burguesía, unas veces velada por el liberalismo y la democracia parlamentaria y otras —como ahora en Italia, Alemania, Austria y muchos países más— despojada de todo velo. Con este concepto de la Historia, Marx y Engels no podían suponer jamás que el Estado burgués, la democracia burguesa, o sea la dictadura burguesa, cedería de grado el cetro de su imperio. Y, lógicamente, sólo otra dictadura puede sustituirla, la de la nueva clase victoriosa, en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo, a partir de la conquista del Poder por el proletariado y en tanto se expropia a la clase vencida y desaparecen los antagonismos de clases; entonces el Estado obrero dictatorial, cumplida su misión, se «marchita», se extingue.

No fue un lapso de la pluma

Este es el concepto de la revolución y de la dictadura del proletariado que circula por toda la obra de Marx y

Engels, como la sangre por un organismo. Pero no sólo el concepto. También las palabras. Besteiro cree ingenuamente que los términos «dictadura del proletariado» los emplea Marx una sola vez, en la *Crítica del programa de Gotha*, como al desgaire, tal vez sin darse cuenta de lo que decía, por una especie de *lapsus calami*, por un involuntario desliz de la pluma, frecuente en los escritores. Pues está mal enterado. Se lo vamos a probar.

Mucho antes de 1875, en que Marx envía a W. Bracke sus *Glosas marginales al programa del partido obrero alemán*, conocidas después por la *Crítica del programa de Gotha* (7), Marx emplea la frase de dictadura del proletariado nada menos que en 1852, en una carta célebre a su amigo Josef Weydemeyer, de la cual son los párrafos siguientes: «Por lo que a mí concierne, no me corresponde el honor de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna ni sus luchas de la una con la otra. Los historiadores burgueses habían mostrado mucho antes que yo el desarrollo de esta lucha de clases, y los economistas burgueses, la anatomía económica de las clases. Lo que yo añadí fue para probar: primero, que la existencia de las clases está vinculada solamente con ciertas luchas históricas en el desarrollo de la producción; segundo, que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; tercero, que esta dictadura es en sí misma sólo una transición a la abolición final de todas las clases y a una sociedad sin clases» (8). Como se ve, la expresión «dictadura del proletariado» es bien antigua y nada única; pero la idea es, además, muy anterior, puesto que Marx la considera, en el párrafo transcrito, como animando su obra precedente.

La frase se repite también en otro trabajo suyo, donde afirma que el socialismo «es la declaración de la revolución permanente, la instauración de la "dictadura de clase del proletariado" como paso necesario para la abo-

(7) Karl Marx y Fr. Engels: *Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt*. Bureau d'Éditions, París, 1933.

(8) *Briefe von Marx an Weydemeyer und Frau*. Frankfurt an Main, 1907.

lición de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales». Estas palabras están recogidas en *Las luchas de clases en Francia*, de Marx, pero fueron escritas nada menos que en el cuaderno de marzo de 1850 de *La Nueva Gaceta del Rin* (9).

Todavía hay otro escrito de Marx, publicado en una revista italiana en 1873, donde, polemizando con los anarquistas, dice irónicamente: «Si la lucha política de la clase obrera adopta una forma revolucionaria; si los trabajadores, en vez de la dictadura de la burguesía, establecen "su propia dictadura revolucionaria", entonces cometen un terrible crimen e infieren un insulto a los principios, porque es evidente que los obreros, con objeto de atender a las exigencias miserables y burdas del momento, con objeto de aplastar la resistencia de la clase capitalista, hacen que el Estado asuma una forma revolucionaria y transitoria, en lugar de deponer las armas y abolir el Estado» (10).

Pero no sólo eso. Marx no se limita a teorizar sobre la dictadura del proletariado. Cuando, por una vez, ese régimen se da en la historia de su tiempo —en la Comuna de París, en 1871—, Marx lo aplaude. Unos meses, antes, prevenido de lo que se preparaba, advierte a los obreros de París que lo que van a intentar es una locura desesperada. Mas estalla la revolución y Marx se adhiere a ella con todo entusiasmo y la describe en un folleto admirable, *La guerra civil en Francia*, como una enseñanza perenne, por lo que se hizo como por lo que se dejó de hacer, para el proletariado universal. En una famosa carta

(9) Marx y Engels: *El Manifiesto comunista*, versión española de W. Roces, págs. 199 y 436. Madrid, 1932.

(10) Citado por Lenin en *El Estado y la revolución*. Besteiro cita, a su vez, en su discurso esta obra excelente; pero parece dudoso que la haya leído, porque de otro modo no se explica que dijera que Marx habla de dictadura del proletariado en una sola ocasión.

a su amigo Kugelmann, escribe lo siguiente: «En el último capítulo de mi *18 Brumario* yo hago observar, como tú verás si lo relees, que la próxima tentativa de la revolución en Francia deberá consistir no en que nuevamente pase la máquina burocrática y militar a otras manos, como fue el caso hasta ahora, sino en "destruirla". Es la primera condición de toda revolución verdaderamente popular en el continente. Es también lo que han intentado nuestros heroicos camaradas de París. ¡De qué flexibilidad, de qué iniciativa histórica, de qué facultad de sacrificio están dotados estos parisienses!» (11). ¿Se puede pretender todavía que «la repugnancia (de Marx) por el empleo de los medios coactivos del Estado es notoria»? Pues para él, como hemos visto, destruir el Estado equivale a destruir también la organización social, de la cual el Estado es sólo el instrumento coactivo de la clase dominante.

Parece inútil, sobre ser engorroso para el lector, aportar más pruebas de que la teoría de la dictadura del proletariado, como expresión literal o como concepto, no es para Marx una frase caída al descuido, sino el eje de toda su obra. Púrguesela de esa idea y toda su obra se vendrá abajo, pues si en ella el estudio principal es la Historia, como ninguna otra cabeza humana lo había hecho hasta él, no es para llegar a una conclusión simplemente evolucionista o mecanicista, como Kautsky y tantos otros seudomarxistas, sino para proveer al proletariado de una filosofía proletaria, de una doctrina de acción que, armada del conocimiento histórico, reaccione activamente sobre la Historia misma y la transforme de raíz. Ese es el materialismo dialéctico, a la vez vital y racional, de Marx, frente al materialismo automático, pasivo, antirrevolucionario de sus discípulos mixtificadores.

Y así como el fracaso de la Comuna de París le confirma en su teoría de que a una revolución proletaria no

(11) K. Marx: *Lettres à Kugelmann* (1862-1874), pág. 162. Editions Sociales Internationales, París, 1930.

le basta con adueñarse de la organización del Estado, si al propio tiempo no la destruye rápidamente —como declaran él y Engels en el último prólogo de 1872 al *Manifiesto comunista* que firmaron conjuntamente—, cuando en 1875 conoce el proyecto del programa de Gotha, que anuncia ya la fatal trayectoria de los socialistas alemanes, Marx les da la voz de alerta recordándoles por enésima y última vez —no la primera ni la única, como se figuraba Besteiro— la dictadura del proletariado. Es como su canto de cisne. Pero nadie le hizo caso entonces ni después. Cuando su *Crítica del programa de Gotha* fue publicada por primera vez en 1891, en la *Neue Zeit*, muy a regañadientes de su director, Kautsky, el órgano central del partido, el «Vorwaerts», y los diputados socialistas al Reichstag rechazaron airadamente el principio de la dictadura del proletariado (12).

La suerte estaba echada. El socialismo alemán renunciaba a la revolución social y a su consecuencia marxista, la dictadura proletaria. Bernstein lo reconocía poco después con valerosa franqueza. Pero Kautsky, incapaz de esa franqueza y ese valor, quería salvar las apariencias marxistas, al propio tiempo que glosaba falsamente los textos de Marx. Donde Marx había escrito en su *Crítica al programa de Gotha*: «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se halla el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A lo cual corresponde un período de transición política en que el Estado no puede ser otra cosa que "la dictadura revolucionaria del proletariado"», Kautsky lo deforma del siguiente modo en su obra *La revolución proletaria y su programa*: «Entre la época del Estado democrático con gobierno puramente burgués y la del Estado democrático

(12) Besteiro llama a la *Crítica del programa de Gotha* un «escrito secundario». Lo será para los antimarxistas. Para Marx y los marxistas es un documento de primer orden, como que con él intenta su autor desviar a los socialistas alemanes de la influencia oportunista, antirrevolucionaria, de Lasalle, que acabaría dominando, sin el nombre, en el partido socialdemócrata de Alemania. En torno de ese documento se juega el destino de Europa y el mundo, puesto que es el partido socialista alemán el que da la pauta a todos los demás.

con gobierno puramente proletario se halla un período político transitorio en que el gobierno tendrá, por regla general, la forma de "un gobierno de coalición".»

A eso, a «un gobierno de coalición», queda reducida la dictadura del proletariado, y así cubiletea Kautsky con los textos de Marx. Y aún tiene el desenfado de escribir lo siguiente en defensa de la democracia burguesa contra los socialistas que la combaten: «Estos socialistas proceden los más de países económicamente atrasados, de países con un proletariado no desarrollado. Dudan de la democracia porque en el fondo dudan del proletariado mismo... Hacen referencia a las palabras dictadura del proletariado que "una vez" expresó Marx, pero sólo "ocasionalmente", sin explicar qué clase de Constitución del Estado tenía en vista para esta situación política» (13). ¡Una vez! Y este hombre ha pasado por el que más sabía de Marx; pero si, en efecto, lo sabía, no hay duda de que lo escamoteaba. En cuanto a eso de que Marx ignoraba o callaba la Constitución que quería para el Estado proletario, es otra ineptia que puede rebatir cualquiera tomando en la mano el estudio minucioso que Marx hace de la Comuna de París en *La guerra civil en Francia*. Besteiro repite casi literalmente lo que Kautsky dice sobre lo de «una vez», sin duda engañado por la tan cacareada autoridad de este prestidigitador del marxismo; lo siento por él, aunque nada le hubiera costado enterarse por vía directa y no de segunda mano.

Pero lo más grave es que también se engañara al proletariado alemán. Sus líderes le hicieron creer que el capitalismo daba para todos, que no era preciso derrocarlo y que gradualmente saldría de su pródigo vientre el socialismo, con la ayuda de esa buena comadrona de la Historia que es la democracia burguesa, como se imaginan Kautsky y consortes, y no la fuerza, como decía Marx. Tuvo el socialismo alemán, al término de la guerra, el Poder en sus manos; pero en vez de ejercerlo contra la

(13) Karl Kautsky: *Materialistische Geschichtsauffassung*, vol. II, página 469. Berlín, 1927.

burguesía, como habían preconizado Marx y Engels toda su vida, lo empleó brutalmente contra el proletariado espartaquista. Pudo todavía esgrimirlo cuando, en 1932, la camarilla que presidía Papen arrojó a puntapiés del Poder al Gobierno socialista de Prusia, y tampoco quiso. Los Kautsky le habían castrado, preparándole, con sus desfiguraciones del marxismo, para el verdugo nacional-socialista. Estaba espiritualmente atado de pies y manos. Hoy el socialismo tradicional alemán es un cadáver, como la obra misma de Kautsky, en tanto que el auténtico marxismo revive en el mundo entero con un vigor sin precedentes. Da lástima ver que Besteiro, tan mal informado, se mueva aún en la órbita intelectual de esa obra cadavérica y falaz de Kautsky, que está pidiendo ser enterrada para siempre, no sea que siga haciendo en todo el mundo más víctimas y estragos sobre los muchos que ya ha producido.

Engels está de acuerdo con Marx

Ya hemos visto también que Engels no sólo coincide con Marx en la concepción del Estado, como instrumento de dominio de una clase sobre otra, sino que es, de los dos, el que más sistemáticamente la desarrolla en su obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* y en su *Anti-Dühring*. La idea de revolución y dictadura del proletariado se repite constantemente en el resto de sus trabajos. Besteiro no se refiere para nada a Engels en este punto, creyendo quizá que si Marx aludió a la dictadura proletaria «una sola vez», su amigo y colaborador de toda la vida no lo haría nunca. Pues está igual y totalmente equivocado. Aduciré unos pocos ejemplos, aun a trueque de fatigar al lector con una argumentación tan reiterativa, pero necesaria, porque no se puede tratar de ningún aspecto del marxismo prescindiendo del pensamiento de Engels.

En un trabajo sobre la cuestión de la vivienda, Engels habla de «la necesidad de la acción política del proleta-

riado y de "la dictadura proletaria", como transición para abolir las clases y, con ellas, el Estado». Lo cita Lenin en *El Estado y la revolución*. También cita en la misma obra un artículo de Engels en la polémica, antes aludida, de él y Marx con los anarquistas en 1873 (estos artículos se reprodujeron en 1913-1914 en la *Neue Zeit*, de Berlín), donde se dice: «La revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria posible. La revolución es un acto en que una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas, cañones, es decir, por los medios más autoritarios. Si la Comuna de París no hubiera contado con la autoridad del pueblo armado contra la burguesía, ¿hubiera podido durar más de un solo día? ¿No tenemos que censurar más bien a la Comuna por no haber hecho un uso suficiente de esta autoridad?» Tampoco Engels, por lo que se ve, sentía «repugnancia por los medios coactivos del Estado». Y si algo reprocha a la dictadura proletaria de los comuneros de París, es su insuficiencia.

La experiencia de la Comuna sirve de motivo a Engels, como a Marx, para insistir en sus ideas sobre el Estado y sobre la revolución proletaria. En el prólogo de 1891 a *La guerra civil en Francia*, de Marx, Engels, después de referirse a la manera como la Comuna destruye la forma del Estado histórico, escribe lo siguiente: «Esta destrucción de la vieja maquinaria del Gobierno y su sustitución por otra nueva y realmente democrática está descrita con detalle en la tercera parte de la *Guerra civil*. Pero es necesario detenerse brevemente, una vez más, sobre este punto, es decir, acerca de uno o dos aspectos de esa sustitución, porque en Alemania "la fe supersticiosa en el Estado" ha salido de la región de la filosofía para introducirse en la conciencia general de la burguesía y aun "de muchos trabajadores". Según la doctrina de los filósofos, el Estado es la "realización de la Idea", o traducido al lenguaje teológico, el Reino de Dios en la tierra; el Estado es la esfera donde se realizan o deben realizarse la Verdad y la Justicia eternas... Cuando, en rigor, el Estado no es otra cosa que un aparato

para que una clase oprima a otra, "en una República democrática ni un ápice menos que en una Monarquía". En el mejor de los casos, el Estado es un mal heredado por el proletariado después de salir triunfante en la lucha por la supremacía de clase. El proletariado victorioso, precisamente como la Comuna, se verá obligado inmediatamente a amputar los rasgos peores de este mal, hasta que una nueva generación, educada bajo nuevas y libres condiciones sociales, sea capaz de arrojar al basurero toda la inútil y vieja porquería de la organización del Estado.»

El marxismo y la República democrática

Eso es lo que pensaba Engels de la República democrática en 1891, el mismo año en que escribe, con ocasión del proyecto de programa de Erfurt, la carta a Kautsky, que el socialismo antirrevolucionario ha querido explotar en favor de su tesis. En esa carta, Engels dice: «Hay una cuestión absolutamente cierta, y es que nuestro partido y la clase obrera no pueden llegar al Poder más que bajo la forma de la República democrática. Es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado» (14). Estas palabras —que Besteiro, siguiendo siempre a Kautsky, aduce en su discurso— parecen contradecir las citadas más arriba, de que la República democrática no es un Estado menos opresor de la clase trabajadora que la Monarquía. Pero la contradicción es sólo aparente.

Engels estaba completamente de acuerdo con la *Critica del programa de Gotha*, de Marx; como que fue él quien, muerto Marx, la hizo publicar en 1891, en vísperas del Congreso de Erfurt, para influir en él y vencer a la tendencia reformista. Pues bien: según Marx, en su *Critica*, «la democracia vulgar ve en la República democrática el advenimiento del milenario, no sospechando de ningún modo que es bajo esta última forma del Estado

cuando se libraré la suprema batalla entre las clases». Es decir, que la República democrática es la última forma del Estado en que, vencidas las clases feudales, la burguesía y el proletariado se encontrarán frente a frente y en que el segundo planteará a la primera el problema de su dictadura: por esto es su forma específica, según Engels. El ejemplo de Rusia, que realiza la dictadura proletaria dentro de la República democrática, confirma esta tesis.

Pretender que Engels contemplaba en la República democrática el medio de que el proletariado pudiera llegar a la dictadura por la vía legal y parlamentaria, como se imaginan Kautsky, Besteiro y tantos otros, es suponerle unas cualidades de candor o de simpleza inadmisibles en inteligencia tan aguda; eso se queda para los evolucionistas habidos y por haber. Al contrario, Engels es el primero en censurar a los que tal esperan, como se desprende de las siguientes palabras de su carta a Bebel en 1875, también criticando, a la par de Marx, el programa de Gotha: «Representarse la sociedad socialista como el imperio de la igualdad es una concepción francesa demasiado estrecha, que se apoya en la máxima de "Libertad, Igualdad, Fraternidad"; una concepción que, en su tiempo y lugar, tuvo su razón de ser, pues respondía a una "frase de evolución"; pero que, como todas las concepciones demasiado estrechas de las escuelas socialistas que nos han precedido, debe ser superada ahora, pues no produce más que confusión en los espíritus y ha sido sustituida por concepciones más precisas y más ajustadas a las realidades.»

¿Qué concepciones son éstas? Lo explica en la misma carta, refutando la idea de un «Estado libre» que aparecía torpemente en el proyecto del programa de Gotha: «Como el Estado no es, después de todo, más que una organización provisional, de que uno se sirve en la lucha, durante la revolución, "para aplastar al adversario por la violencia", resulta una tontería hablar de un Estado libre popular. Mientras el proletariado tenga que utilizar aún el Estado, no lo hará en interés de la libertad, sino

(14) *Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt*, pág. 61.

para dar buena cuenta del adversario, y cuando se pueda hablar de libertad, es que ya el Estado, como tal, habrá dejado de existir». ¿Es éste el demócrata que nos quiere presentar Besteiro? La verdad es que ni una de las caracterizaciones que hace de Marx y Engels hay por donde cogerla. Cuando el informarse un poco no es ninguna obra de cíclopes.

Engels no sentía ninguna «fe supersticiosa en el Estado», ni en la Monarquía, ni en la República democrática, ni en el sufragio universal, ni en el parlamentarismo: todos estos medios no eran para él, como para Marx, más que formas distintas de una dictadura verdadera, la dictadura de la burguesía. El sufragio universal no tenía para Engels otro valor que el de ser «un índice de la madurez de la clase obrera; no puede dar, ni lo dará nunca, otra cosa que eso en el Estado actual». Marx elogia la Comuna de París por haber suprimido el régimen parlamentario tradicional, en que se «decide una vez cada tres o seis años qué individuo de la clase gobernante ha de "representar" y reprimir al pueblo en el Parlamento». Engels la ensalza también por haber barrido «toda la vieja maquinaria de opresión que hasta entonces se había empleado contra la clase obrera» y por haberse asegurado «contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento» (15). Poco antes de morir, en 1894. Engels escribe que él y Marx se habían llamado siempre «comunistas» y muestra su disconformidad con el título de «socialdemócrata» que se había dado el partido socialista alemán. El término socialdemócrata le parece «inadecuado (*unpassend*) para un partido cuyo programa eco-

(15) Lenin recalca el contraste que establece Marx entre la Comuna, «que iba a haber sido no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva al mismo tiempo» —escribe en su *Guerra civil en Francia*—, y el parlamentarismo al uso. Y añade que para muchos socialistas «prácticos», «toda crítica del parlamentarismo es "anarquismo"» (*El Estado y la revolución*). Para esos parlamentarios a ultranza, Marx era también, probablemente, un «anarquista». Hay que reconocer que los socialistas que critican el parlamentarismo no van en mala compañía.

nómico no es simplemente un programa socialista general, sino definitivamente un programa comunista; para un partido cuyo objeto político final es la supresión de todo Estado y, por tanto, también de la democracia». En cambio, para Kautsky, todavía en 1933, cuando ya se había derrumbado el socialismo alemán, «la democracia no es sólo el camino que conduce al fin socialista, sino también una "parte del fin mismo"» (16). Al cabo de los años, Kautsky estaba de acuerdo en sustancia con la famosa frase de su antiguo antagonista Bernstein: «El movimiento lo es todo; la meta no es nada.»

Los estragos del oportunismo

No es extraño que, ya en 1891, Engels mirara con inquietud «el oportunismo que comienza a ejercer sus estragos en una gran parte de la Prensa socialdemócrata». (Carta a Kautsky criticando el proyecto de programa de Erfurt.) También le inquieta la teoría, expuesta en el proyecto, del *Hineinwachsen*, según la cual el capitalismo penetra gradual y automáticamente en el socialismo. Es lo que Besteiro llama «impregnación». Engels se preocupa de que haya quienes quieran que «el partido reconozca la situación legal presente en Alemania, como si al partido le pudiera bastar eso para realizar de un golpe todas sus reivindicaciones "por la vía pacífica"». Cada uno se hace creer a sí mismo y se lo hace creer al partido que "la sociedad actual penetra poco a poco en el socialismo", sin preguntarse si para lograr eso ella no está obligada a salir de su vieja constitución social, a hacer saltar esta vieja envoltura con tanta violencia como el cangrejo al romper la suya» (17).

El tema es inagotable, y yo, a pesar de la extensión que le he dedicado, apenas he hecho más que rozarlo.

(16) «Democracia y dictadura», artículo publicado en la revista vienesa *Der Kampf*, 1933, núm. 2. Citado en *Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt*, pág. 6.

(17) *Critiques des programmes*, pág. 60.

Aquí sólo se ha tratado de las conclusiones políticas del marxismo, sin tocar casi para nada a sus fundamentos filosóficos y económicos: el materialismo dialéctico, el materialismo histórico, la plusvalía, la concentración del capital, la creciente y ya pavorosa depauperación de las clases medias y obrera, como habían previsto, con genial visión profética, Marx y Engels. Algún día —pronto tal vez— habrá que volver sobre temas tan vitales, ya que los que más obligados estaban a estudiarlos con competencia y con lealtad y a divulgarlos en España —y entre ellos incluyo en primer término a Besteiro— no han hecho virtualmente nada. Lo poco que hay de verdadero marxismo en lengua española —fuera de las traducciones— se debe casi exclusivamente a los fundadores del socialismo español. Es una vergüenza para todos.

Lo primero, enterarse

Por hoy me he limitado a demostrar que el marxismo expuesto por Besteiro es un marxismo contra Marx y Engels: es sólo el seudomarxismo de Kautsky y sus discípulos internacionales. Cuando, hace unos sesenta años, ese marxismo adulterado comenzaba a querer pasar por la doctrina auténtica, fue el propio Marx el que dijo humorísticamente: «Yo no soy marxista.» Esto no quiere decir que todo socialista esté obligado a aceptar el marxismo cuyos textos he transcrito, sin emitir apenas ningún juicio de valoración y sin otro propósito que informar a los lectores que no los conocieran. No. El marxismo no es un dogma de ningún partido socialista. Hay partidos, como el laborista inglés, que se envanecen de haber ignorado por completo a Marx. Y hay socialistas de alto rango intelectual, como Henri de Man, Fernando de los Ríos y muchos otros, que, conociendo a fondo el marxismo, no comparten todos sus fundamentos y conclusiones. Esta franqueza les honra, porque lo primero que hay que pedir a todo hombre es que sea leal consigo mismo. No se engañan a sí mismos ni engañan a nadie.

Lo intolerable es que quieran pasar por marxistas los que, por desconocimiento —inadmisible en gentes que se tienen por cultas y están hablando a boca llena toda su vida de Marx y Engels casi sin haberlos leído— o por dudosa buena fe, que también los hay, y éste es el caso de Kautsky —ocultador, escamoteador o adulterador de los textos fundamentales del marxismo—, son todo lo contrario en el fondo de sus conciencias. No se pide a nadie que sea marxista; pero si dice serlo, que lo sea de verdad. O, por lo menos, que se entere antes de decidir. Esto es lo primero. Como hemos visto, Besteiro está muy mal enterado, y el objeto de estos artículos no ha sido otro, en realidad, que enterarle. No me lo agradecerá, porque no es humilde; pero como le tengo por hombre de buena fe —a diferencia de Kautsky, su maestro—, es posible que, después de incomodarse un poco, acabe profesando el verdadero marxismo o rechazándolo abiertamente. Cualquiera de esas posiciones será legítima, y él y todos, tirios y troyanos, cristianos y sarracenos, saldremos ganando. Lo que no acredita la inteligencia de nadie es creerse marxista sin serlo y llamarse marxista por error. Pero sólo desvaneciéndonos mutuamente nuestros errores, ejerciendo la crítica y la autocrítica, podemos «perfeccionar nuestro espíritu y nuestra inteligencia», como quiere el propio Besteiro. Así sea.

GLOSAS DEL MES

La atracción del Poder

A ojos vistas se está operando un importante desplazamiento de posiciones en todos los partidos españoles, sin que los soldados de filas y a veces ni los propios líderes se den cuenta del cambio profundo. Si dijéramos, sin más, que ya hoy la C. E. D. A. está más cerca de la Izquierda Republicana que de los monárquicos de Renovación Española, e Izquierda Republicana más cerca de la C. E. D. A. —en cuanto a su concepción final de la República— que del Partido Socialista, se nos contestaría que afirmábamos una extravagancia y que a unos y a otros les inferíamos una injuria. Pues vamos a intentar demostrarles que ni lo uno ni lo otro.

La C. E. D. A. se aleja más cada día de los objetivos monárquicos. ¿Para qué los necesita? Lo que necesita la C. E. D. A. no es la monarquía, sino el Poder, y ya lo tiene. No se comprenderá bien la evolución de las derechas autónomas, internándose en la República a la vez que se apartan de los partidos monárquicos, si no se tiene en cuenta su carácter fundamentalmente católico, y si no se hace la debida distinción entre un político católico y un católico político. Los monárquicos, por ejemplo, son políticos antes que católicos, y como tales colocan a la monarquía por encima de la Iglesia, según la confirman la historia de todas las monarquías y, dentro de la República española, la actitud de los partidos monárquicos, en el Parlamento y fuera, cuando han juzgado las relaciones de la Roma vaticanista con el Estado republicano.

Los hombres de la C. E. D. A., al contrario, son católicos antes que políticos, lo que quiere decir que practican

la indiferencia ante todas las formas de gobierno, subordinándolas siempre a los intereses espirituales y materiales de la Iglesia, como lo confirma también la historia del catolicismo en todos los países y lo está confirmando, una vez más, en la República española. Todo partido fundamentalmente católico es oportunista por esencia. ¿Monarquía o República? Cualquier cosa, con tal que la Iglesia, dentro del Estado, sea fuerte. Para un católico genuino, por todos los regímenes se va al Poder, como por todas partes se va a Roma.

No es cosa de aportar textos de los padres de la Iglesia sobre esta materia. Podrían parecer demasiado antiguos e inconexos con las realidades políticas de nuestro tiempo y nuestro país. Pero hay un autor católico moderno y español cuyas teorías conocen y aceptan seguramente los líderes de las derechas nacidas a la política con el advenimiento de la República: aludimos al orador, escritor y diplomático Juan Donoso Cortés. Alguna vez, en estas mismas columnas, hemos censurado a los jefes de esas derechas católicas que buscaran en inspiraciones extranjeras y paganas, como las de Hitler, y no en el español y catolicísimo Donoso Cortés, los fundamentos de su política. Sin embargo, hay que reconocer que Gil Robles cita de vez en cuando a este autor extremeño, como lo hizo en un discurso del pasado diciembre, aludiendo al autonomismo o regionalismo de Donoso Cortés, que, en efecto, era partidario de conservar los fueros vascos, los cuales, a su juicio, «forman una parte esencial de nuestras glorias nacionales», añadiendo que las razones alegadas para abolirlo «no son otra cosa sino la expresión de instintos niveladores y revolucionarios». (Carta fechada en París el 1.º de abril de 1851.) Hay, pues, motivos fundados para suponer que la C. E. D. A. está penetrada con las doctrinas de Donoso Cortés, y conociendo lo que Donoso pensaba en circunstancias parecidas a las actuales de España, se comprenderá mejor la táctica de esa organización política.

¿Qué piensa Donoso Cortés de las monarquías? Para él no son, como para un monárquico, consustanciales con los pueblos donde han existido y; por consiguiente, su caída no es nunca ilegítima. He aquí lo que sobre este punto dice en el discurso que pronunció en el Congreso de los Diputados el 4 de enero de 1849, refiriéndose a los sucesos de 1848 en Francia:

«Señores, la revolución de febrero vino como viene la muerte, de improviso. Dios, señores, había condenado a la monarquía francesa. En vano esta institución se había transformado hondamente para acomodarse a las circunstancias y a los tiempos: ni aun esto le valió; su condenación fue inapelable y su pérdida infalible. La monarquía de derecho divino concluyó con Luis XVI en un caldoso; la monarquía de la gloria concluyó con Napoleón en una isla; la monarquía hereditaria concluyó con Carlos X en el destierro, y con Luis Felipe ha concluido la última de todas las monarquías posibles: la monarquía de la prudencia. ¡Triste y lamentable espectáculo, señores, el de una institución venerabilísima, antiquísima, gloriosísima, a quien de nada vale: ni el derecho divino, ni la legitimidad, ni la prudencia, ni la gloria!

»Señores, aquí, como en todas partes, no se atribuyen las revoluciones sino a defectos de los Gobiernos. Cuando las catástrofes son universales, imprevistas, simultáneas, son siempre cosa providencial; porque, señores, no otros son los caracteres que distinguen las obras de Dios de las obras de los hombres. Cuando las revoluciones presentan esos síntomas, estad seguros que vienen del cielo, y que vienen por culpa y para castigo de todos. ¿Queréis, señores, saber la verdad y toda la verdad concerniente a las causas de la revolución última francesa? Pues la verdad es que en febrero llegó el día de la gran liquidación de todas las clases de la sociedad con la Providencia y que en ese día tremendo todas se han encontrado fallidas.»

Para un católico, los regímenes que se hundan bien

hundidos están: es el castigo del cielo. Tampoco se hace ilusiones Donoso Cortés, y acierta, sobre la restauración monárquica en Francia, igual que ahora la C. E. D. A. en España: por eso se separa de los monárquicos, porque la Monarquía es aquí una utopía y el católico político es profundamente realista. «Esta nación —escribe Donoso desde París en 1851— está puesta, para su desesperación y para su tormento, entre abismos insondables y entre contradicciones invencibles: por un lado tiene en horror a la República y por otro está en condiciones tales que, siéndole todo otro gobierno imposible, la República le es de todo punto necesaria; su razón es monárquica y monárquicos sus instintos, y, sin embargo, con ser esto así, todos sus defectos son demagógicos y todas sus cualidades son republicanas... Lo que para mí no ofrece ningún género de duda y lo que importa consignar, desde luego, es que la Francia no se verá libre de la República... No quiere decir esto que no pueda haber aquí una o muchas restauraciones efímeras... Todas estas restauraciones efímeras no serían otra cosa, en realidad, sino fases diferentes del gran período republicano que se extenderán indefinidamente por los anales sangrientos de la Francia.»

¿Cómo se quiere que un hombre así, o quien le siga en sus doctrinas, pudiera tener fe en la restauración de la monarquía? La República francesa era un castigo de Dios —opinaba Donoso—; pero también una necesidad histórica en vista de la incapacidad política de los partidos monárquicos. «Nunca —sigue escribiendo en la misma fecha— se ha hablado tanto de fusión como en estos últimos tiempos; solamente que las fusiones, como las demás cosas francesas, han sido contradictorias: hoy no parece sino que la fusión entre las dos ramas borbónicas está próxima a concertarse; mañana ya se han desvanecido todos esos conciertos, y se habla como de cosa averiguada de conciertos y tratos de otra índole entre el vástago del trono imperial y una de las dos ramas reales; un día después se anuncia ya como cosa averiguada que todos los conciertos han abortado y que todos los contra-

tos se han roto. La unión es posible en los partidos, como la monarquía en la nación; es decir, en calidad de un hecho efímero y transitorio; todos estos partidos están condenados a una perpetua hostilidad, como la nación misma a una República perpetua.» .

Hay otro punto en que la C. E. D. A. parece haberse inspirado también en Donoso Cortés. En su discurso de 1849, Donoso aboga por la dictadura. «Cuando la legalidad basta para salvar la sociedad —dice—, la legalidad; cuando no basta, la dictadura.» Sin embargo, contradiciéndose, dos años después escribe: «La Historia me enseña una verdad pavorosa, porque me enseña que la legalidad hace a las revoluciones invencibles, mientras que, al revés, a los Gobiernos legítimos los hace más vulnerables. Yo he visto a muchos Gobiernos sucumbir sin que sea poderoso para defenderlos el escudo endeble de la ley; no he visto, ni tengo noticia de que haya existido jamás una revolución que no haya sido invencible, defendida por ese escudo: esa conjunción de la revolución y de la legalidad, de la fuerza moral y de la revolucionaria, es siempre funesta.»

También Gil Robles pronunciaba el 15 de octubre de 1933 unas palabras que si no contenían el concepto de la dictadura, se le parecían mucho. Las siguientes: «Hay que ir a un Estado nuevo, y para ello se imponen deberes y sacrificios. ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! Necesitamos el Poder íntegro, y eso es lo que pedimos. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer.» Poco más de un año después, sin embargo, Gil Robles dice en un discurso del 22 de diciembre último: «Mientras yo pueda influir sobre las derechas españolas, no consentiré jamás que se vaya a la táctica catastrófica. Ellos (los monárquicos) creen salvar sus ideales por la reacción que surgiría después de la hecatombe. Pero no es fácil. Después de la dictadura, que yo no voy ahora a juzgar, vino la revolución

política. Una dictadura nueva podría producir, tras un período de tranquilidad, la revolución social, la República comunista.»

Estos dos textos parecen contradecirse. Si se contradicen; si en el primero se aboga por la dictadura y en el segundo se la condena, ¿qué ha ocurrido en tan corto tiempo que explique la rectificación de Gil Robles? ¿Por qué ve a fines de 1934 la posibilidad de una República comunista como reacción ante una dictadura y no la veía a fines de 1933? Entre esas dos fechas está octubre. En todo caso, el pensamiento de Gil Robles está claro en esto: si en 1934 rechaza la dictadura no es por ningún principio político, sino por temor a las consecuencias, por oportunismo.

El católico político es oportunista siempre: ante la Monarquía y ante la República; ante la democracia parlamentaria y ante la dictadura. Su ideal único es la Iglesia, y el medio de defenderla, el Poder político. Todo lo demás son accidentes y episodios sin importancia. Esperar otra cosa e indignarse porque no lo logran, como hacen los monárquicos españoles, es desconocer la táctica católica de todos los tiempos y su valoración de las instituciones humanas. Donoso Cortés o cualquier otro católico de alguna ilustración se hubieran conducido en estas circunstancias lo mismo que la C. E. D. A. Podrá gustarnos o no su doctrina; pero lo primero es conocerla. Por esto hemos exhumado algunos textos de Donoso Cortés, que tienen evidente actualidad y explican la disgregación de las derechas españolas por sus discordias sobre la forma de gobierno.

«Se ensancha la base de la República»

Octubre es una fecha capital en la evolución de los partidos españoles. Octubre es lo que determina la republicanización —por lo menos circunstancial— de la C. E. D. A., obligándola a aceptar, aunque fuera a regañadientes, el régimen de democracia parlamentaria; la

otra alternativa, una restauración de la monarquía o una dictadura dentro de la República, como le pedían las exasperadas sirenas monárquicas —que veían con toda claridad la gran coyuntura de aquel momento contrarrevolucionario—, encerraba los graves peligros que indica Gil Robles en su discurso de fines del 34. La C. E. D. A. estrecha sus lazos desde entonces con el partido radical, y esa aproximación culmina en el reciente acto de Salamanca, en que Lerroux y Gil Robles —la masonería y el catolicismo— se juran poco menos que eterna fidelidad política.

La República burguesa, antimonárquica y antisocialista, se consolida. «Se ensancha su base.» El ensanchamiento de la base es la restauración del respeto a las oligarquías tradicionales, a la Iglesia, a la gran propiedad territorial, a la soberanía de toda propiedad privada, y a esos efectos se prepara la revisión de aquellos artículos constitucionales que restringen los antiguos privilegios eclesiásticos y amenazan con una socialización platónica ciertas fuentes de riqueza; se le devuelven las fincas expropiadas a la grandeza y se anulan de hecho la ley de Jurados mixtos y cuantas leyes sociales salieron del Ministerio de Trabajo en los dos primeros años de República. La obra está ya casi completa, la revolución democrática del 14 de abril ha quedado deshecha o incumplida, y en esta nueva República, que no tiene fecha, pueden convivir y fraternizar las viejas y nuevas oligarquías, los viejos y nuevos partidos, los viejos y nuevos intereses del capitalismo, los viejos demagogos y las nuevas gentes de orden, el masón y el católico, el antiguo revolucionario y el nuevo contrarrevolucionario. Todo para mayor gloria de Dios y de la propiedad privada, las dos deidades que presiden la nueva República.

El centro de gravitación

Al propio tiempo que las derechas autónomas se distancian de la utopía monárquica y toman posiciones dentro de la República concreta para turnar pacíficamente

en el disfrute del Poder, en alianza con los partidos republicanos que, a su vez, necesitan de su concurso, como ahora, se ha iniciado en los partidos de izquierda un proceso análogo, un apartamiento de los que fueron sus aliados, los socialistas, y un acercamiento al Poder mediante posturas y promesas que inspiren confianza al resto de la familia republicana y la induzcan a deponer su implacable hostilidad. Las corrientes son de mutua inteligencia y concordia. Las notas de octubre están virtualmente retiradas... y perdonadas. La Prensa católica más responsable ya rara vez habla del «ominoso bienio». Si no han cesado, han disminuido notablemente los ataques brutales a Azaña. Todavía le reprende Lerroux, en su discurso de Mestalla, como a un chico travieso, porque se obstinó en seguir gobernando con los socialistas, en vez de haberlos arrojado a tiempo por la borda y haber repartido amistosamente el Poder entre los partidos republicanos, los únicos que, según este criterio, tienen derecho a gobernar en una República burguesa; pero después de darle esos palmetazos, le tiende la mano y le invita a constituir un fuerte partido de izquierdas republicanas, que alterne en el Poder con los de la derecha, siendo el partido radical, dentro de este perfecto sistema, el centro equilibrador, que se inclinará a un lado u otro según lo exijan las circunstancias y, sobre todo, claro está, los altos intereses patrióticos.

Las izquierdas republicanas parecen empezar a entender la prudencia de estos consejos. Azaña ofrece en Mestalla gobernar sólo con los republicanos, sin los socialistas. No sabemos lo que él pensará en su fuero íntimo; pero a su alrededor son ya pocos los no convencidos de que fue un error la colaboración socialista de dos años y que sería un error más grande repetirla. Un partido no se puede condenar al ostracismo por favorecer excesivamente —como creen las derechas— a la clase trabajadora. Un partido republicano necesita convivir, ante todo, con los demás partidos republicanos y no debe enterarse en una política que le cierre el paso al Poder.

Del mismo modo que las derechas católicas se desmo-

narquizan, las izquierdas deben romper sus amarras —salvo para fines electorales— con los socialistas. La República burguesa, para los partidos republicanos burgueses. Si la C. E. D. A. va —como irá— en las próximas elecciones con bandera francamente republicana, ¿por qué no admitirla en el tabernáculo del republicanismo, es decir, en el sistema de los partidos de gobierno? Habrá que hacer alguna concesión a su política religiosa —ya son muchos los republicanos que hablan de tolerancia, de antisectarismo—, a cambio de que ella transija con cierto laicismo formal, como ha transigido con la masonería y otras supervivencias externas del republicanismo histórico; pero la política oportunista es eso: transigir, aproximarse unos partidos gubernamentales a otros, alejándose de los extremos y buscando un centro común de gravitación.

No es fácil saber, repetimos, lo que pensará Azaña en el fondo de su conciencia; pero ésta es la política en que piensan, y que le quisieran imponer, algunos de los grupos que le rodean. Cuando decimos que Izquierda Republicana está ya hoy más cerca de la C. E. D. A. que de los socialistas, no nos referimos, por el momento, a él y a algún otro republicano; pero ellos saben bien que si quieren comprometerse a intentar de nuevo la revolución democrática, prometiendo nada más que confiscar los grandes latifundios, base del poderío de las oligarquías feudales que controlan el Estado republicano, como durante siglos controlaron el Estado monárquico, se quedarían casi solos en el campo del republicanismo específico. Hoy la mayor parte de los republicanos quieren mucho menos que el 14 de abril de 1931 —y, sobre todo, el Poder, sea como sea—, y los socialistas quieren mucho más. También por este extremo se ha producido un hondo corrimiento, pero a la izquierda.

La democracia, ¿para qué?

El discurso de Azaña del 14 de julio en Bilbao confirma, por sus vacilaciones, este temor a espantar a la

opinión republicana —es decir, a la pequeña burguesía republicana, la única que puede seguirle— con un programa concreto de gobierno. Como siempre, Azaña es fuerte en la crítica de la política vigente, en la ironía y en el sarcasmo sobre los métodos y los hombres que la presiden. Conviene recoger de ese discurso una afirmación importante: si prospera el proyecto electoral que se está urdiendo y se convocan nuevas elecciones con esa ley, que en realidad serían dos leyes electorales, según la fuerza política de las derechas en cada provincia, de representación proporcional donde es más débil y de representación mayoritaria donde tienen predominio, Izquierda Republicana adoptaría la abstención. Esperamos que otros partidos de izquierda no tardarán en hacer una declaración semejante.

El resto del discurso, en lo que podríamos llamar parte positiva o programática para la hora de gobernar si, como resultado de unas elecciones, los republicanos de izquierda llegaran de nuevo al Poder, es poco preciso. ¿Revisión constitucional? Bien; pero si las derechas pierden las elecciones revisoras, «entonces seremos nosotros los que reformemos la Constitución... para poner mano en los resortes que hayan fallado». ¿En qué sentido sería la reforma, en qué artículos concretamente y hasta dónde? ¿Sobre la Iglesia, sobre la tierra, sobre limitaciones del poder del capital financiero? No se dice. Se alude a «la defensa de la política escolar de la República, a la defensa y restauración de la economía nacional (¿con qué beneficios o sacrificios para las distintas clases?) y de la política social de la República» (¿otra tela de Penélope legislativa?). A estas alturas, ¿puede ser esto suficiente, no ya para el proletariado, sino para la propia revolución democrática? «Es necesaria una política continuada, persistente, creadora, organizadora y defensiva.» ¿Pero sobre qué realidades? Tiene razón en que la amnistía «no basta» para una coalición electoral. ¿Pero dónde está lo demás?

Azaña anunció en Valencia que los grupos de Izquierda Republicana preparaban un programa de posible

alianza electoral con los demás partidos. Esperábamos que ese programa estuviera ya maduro y concertado y que se hubiera hecho público en Bilbao. No ha sido así. ¿No es fácil el acuerdo entre los propios republicanos? No nos sorprendería por lo que anteriormente hemos dicho.

En cuanto a la flojedad republicana, es el mismo Azaña el que la confiesa en el siguiente pasaje: «Y es que yo advierto en algunas zonas del republicanismo español un desmayo tal de la voluntad, un encogimiento tal del carácter, que se dejan impresionar por las propagandas de sus enemigos, y a fuerza de leer las procacidades y disparates que escriben contra nosotros, están como sobrecoídos de espanto...» Es evidente que esta alusión va dirigida a ciertos llamados republicanos de izquierda, porque los otros no pueden interesar a Azaña. Pero con republicanos así, ¿qué puede él hacer? Expóngales un programa un poco radical y se espantarán más que de las procacidades de los enemigos.

Esas fuerzas republicanas, en el fondo conservadoras, ultraprudentes, son las que empujan a Azaña y a unos pocos como él a lo que él llama «centrar la República en la democracia y en lo que nos es común a todos los demócratas españoles, y así podremos estar unidos todos dentro de la democracia republicana»; pero la intención de esas fuerzas, al presionarle, es muy distinta que la suya. La democracia de Azaña sigue siendo una democracia romántica, idealista, en cierto modo utópica, no un régimen de clases. Cabría preguntarle: democracia, ¿para qué? ¿En beneficio de qué clases y en qué medida? ¿En interés nacional? Otra ilusión. Toda nación es una sociedad organizada en favor de unas clases a expensas de otras. No hay tal interés nacional, «común a todos los demócratas españoles».

Pero la democracia de otros republicanos no es ni siquiera eso: no es más que una senda del Poder, para gobernar más o menos como los otros gobiernan. No hay más que hacer la prueba. Propóngaseles la confiscación de las grandes propiedades territoriales, la sumisión ab-

soluta de la Iglesia al Estado —no basta la separación—, el control, por lo menos, de los Bancos, medidas mínimas éstas de una revolución democrática contemporánea, porque sin la disolución o sometimiento de esas fuerzas sociales, toda democracia es una quimera; a ver qué responden.

Finalmente, Azaña piensa que la República debe ser centrista, que «no puede asentarse sobre ningún extremismo...», porque el solo hecho de llamarse extremismo prueba que tiene en contra las cuatro quintas partes del país». Esta cifra no está aún probada, ni mucho menos; ni que otros llamen extremismo a una política prueba tampoco nada. En historia todo es muy relativo y mudable. Para la monarquía, el republicanismo era una doctrina extremista contra la cual suponía que estaban también las cuatro quintas partes de la nación: abonaba esta hipótesis la experiencia de muchos siglos y el fracaso de la primera República; hasta que el 12 de abril de 1931 echó inesperadamente por tierra esa bella y falsa hipótesis. Y el extremismo de izquierdas de entonces, la República actual, ¿qué es hoy sino extremismo de derecha, aunque no lleve ya rótulo monárquico? Y todo ello no más que en el transcurso de cuatro años.

La vorágine histórica va muy de prisa, y lo que ayer parecía extrema izquierda, lindante con la utopía más utópica, puede ser hoy o mañana realidad y centro o extrema derecha. En todo caso, los extremos no son posiciones intrínsecas e inmutables, sino que dependen del punto de vista del observador. Y en último término, se puede hablar de las condiciones objetivas, sociales, históricas que hacen o no posible o probable una política cualquiera; pero hoy ya, con lo que ha ocurrido en el mundo, no se puede despachar ninguna con el calificativo desdeñoso o reprensivo de extremista. En boca de Azaña, generalmente tan calibrador de conceptos, choca, por lo menos, lenguaje tan convencional e impreciso.

LA ESENCIA DEL MARXISMO

POR LUIS ARAQUISTÁIN

Ciencia y temperamento

El ser o no marxista no depende exclusivamente de saber mejor o peor lo que Marx y Engels escribieron. Si el lector ha tenido paciencia para seguir la discusión iniciada en los dos artículos anteriores (1) y después de eso cree que el marxismo es sólo un problema de erudición, habremos perdido lastimosamente el tiempo. No es una simple doctrina científica que basta ser conocida para imponerse a la razón con la fuerza apodíctica de un teorema o de una ley astronómica. Tampoco es una teoría, como algunas de las ciencias naturales, la de la evolución de las especies, según Darwin, por ejemplo, que puede ser confirmada o no por la observación y la experiencia, aunque muchos han querido reducir el marxismo a este linaje de conocimiento, demostrándolo o refutándolo por la experiencia histórica, señaladamente en su fase del moderno capitalismo.

Si no fuera más que todo eso, y es desde luego algo distinto, no se comprendería que algunos buenos conocedores de la obra de Marx y Engels, como Kautsky, que se los sabe de memoria, fallen en la conclusión última de la doctrina, en la necesidad de la dictadura del proletariado como instrumento transitorio de la revolución social, y que, en cambio, haya gentes que no han leído o muy poco a esos autores y sean esencialmente marxistas. Es-

(1) Véase LEVIATÁN, números de mayo y junio.

tas aparentes paradojas se explican porque el marxismo no es fundamentalmente una filosofía abstracta, especulativa o contemplativa, sino una doctrina para la acción. Es un pensamiento que interpreta la Historia, pero a la vez, y sobre todo, es una «actividad» que aspira a transformar radical y violentamente la Historia. Hay marxistas, como Kautsky y tantos otros, que aceptan la primera parte del marxismo, lo que en él hay de teoría, de especulación filosófica o científica y de previsión «intelectual» del porvenir; pero que cuando el porvenir se hace presente, cuando sobreviene la revolución, como la de 1917 en Rusia; cuando llega la hora de actuar o de tomar partido ante una subversión social como la mencionada, retroceden, se inhiben y acaban condenando el acto revolucionario en nombre del marxismo, es decir, en nombre precisamente de la misma doctrina que, elaborada por Marx y Engels y aplicada con un rigor genial por Lenin, justifica ese acto.

¿Cómo desentrañar este contrasentido? En la polémica de Lenin y Trotsky con Kautsky la explicación no puede ser más sencilla. La actitud de Kautsky tiene para los bolcheviques un nombre inequívoco: se llama traición, una palabra muy usada y aun abusada en este género de contiendas. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* titula Lenin su folleto de 1918, contestando al de Kautsky *La dictadura del proletariado*. Todo él —el de Lenin— es una implacable invectiva contra el que fue pontífice máximo del marxismo en Alemania. «Si yo fuera Krupp, Scheidemann, Clemenceau o Renaudel —escribe Lenin—, yo pagaría millones al señor Kautsky, yo recompensaría sus besos de Judas, yo haría su penegírico delante de los trabajadores, yo predicaría "la unidad del frente socialista" con gentes tan "honorables" como Kautsky. Escribir folletos contra la dictadura del proletariado, contar la historia de los "whigs" y los "tories" en la Inglaterra del siglo XVIII, afirmar que la democracia quiere decir "defensa de la minoría" y callar las matanzas de internacionalistas organizados en la República

"democrática" de los Estados Unidos, todo esto ¿no son servicios de lacayo prestados a la burguesía?» (2).

Se explica esta tremenda diatriba por el estado de excitación en que los bolcheviques se encontraban a fines de 1918 —en que fue redactada—, hostigados en el interior y en el exterior por los enemigos, algunos poderosísimos, de la Revolución rusa. Pero, psicológicamente, me parece errónea. Con ser, a mi juicio, enormes las culpas de Kautsky —sobre todo a partir de la guerra y, más concretamente aún, a partir de la Revolución rusa—, por su influencia todopoderosa en el socialismo alemán y, de rechazo, en todos los partidos de la II Internacional, no le creo un servidor consciente de los intereses de la burguesía, sino más bien un hombre de deficiente formación cultural y de débil temperamento para la acción. Carece de la preparación y la capacidad filosóficas de un Marx, que arrancando del pensamiento de Hegel, la cumbre más alta de la filosofía de su tiempo, la revoluciona radicalmente y da el golpe de gracia a toda especulación idealista y materialista al uso.

Cuando Kautsky escribe una obra de filosofía, como su *Ethik und materialistische Geschichtsaufassung*, carece de aquel ímpetu crítico y a la vez creador que caracteriza a Marx y en menor grado a Engels. Es un paciente investigador y un expositor claro, lo que se dice un buen ratón de biblioteca y un didáctico estimable, pero sin originalidad en la concepción y sin brío en la hora revolucionaria. Habitado a vivir entre libros, comprende las revoluciones como temas de Historia, útiles para rebuscarla y escribirla; pero cuando se presenta una revolución inmediata, que es historia viva, como la rusa de 1917 o la alemana de 1918, no la entiende, se confunde y traiciona ante todo a sí mismo, sin darse cuenta, porque le traiciona su propio temperamento antirrevolucionario.

(2) Lenin: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, páginas 27 y 28. París, 1925.

La piedra de toque del marxismo

Las revoluciones del presente son la piedra de toque de todo marxismo y de todo marxista: la actitud que se adopta ante ellas revela quién es marxista y quién no. Pues la esencia del marxismo no es sólo una filosofía revolucionaria, sino también un temperamento revolucionario. La primera sin lo segundo conduce fatalmente a lo que ha conducido a Kautsky y a muchos que son como él: a la apología de la «democracia pura», que no es otra cosa que la democracia burguesa; es decir, a una táctica antirrevolucionaria, como pronto hemos de ver.

Con Marx ocurre todo lo contrario. Su temperamento es otro. No pertenece a la estirpe de revolucionarios como Blanqui o Bakunin, fanáticos de la violencia por la violencia, del golpe de Estado en cualquiera sazón o circunstancia y de la táctica terrorista. Marx combatió toda su vida esos métodos y a los hombres que los personificaban, porque sabía que las revoluciones no se pueden improvisar. Pero cuando surge una revolución auténtica —por las condiciones sociales de que brota y por los fines que se propone—, como la de la Comuna de París, su temperamento genuinamente revolucionario —aunque nunca estuvo complicado en ninguna insurrección armada— se enardece de entusiasmo. Sus armas eran las de la pasión intelectual, no menos necesarias que las materiales, pues sin un claro pensamiento previo, sin una teoría de la revolución, ninguna puede ser eficaz. Pero, a la vez, sin temperamentos revolucionarios adecuados, toda teoría de acción se frustra. En una síntesis de ambos elementos, como se dieron prodigiosamente en Lenin, está el secreto del éxito histórico. Cuando concurren en un hombre, aparece la gran personalidad. Marx no admitía que la historia fuese sólo la biografía de los grandes hombres; pero tampoco los considera innecesarios. «Toda sociedad —escribe en *Las luchas de clase en Francia*— necesita sus grandes hombres, y cuando no los encuentra, los crea, como decía Helvecio.» Esto mismo lo repite en una carta a Kugelmann, que comentaremos en seguida.

La personalidad revolucionaria exige un gran temperamento revolucionario; pero, sobre todo, lo exige una personalidad marxista.

El marxismo de Marx

Marx fue una fuerte personalidad revolucionaria, no obstante no haber participado —por circunstancias históricas fortuitas más que por su propia voluntad— en ninguna de las grandes insurrecciones de su tiempo. Su temperamento revolucionario se manifiesta no sólo en el estudio de las grandes revoluciones del pasado, sino en el análisis penetrante y apologético que hace de la Comuna de París en *La guerra civil en Francia*. A él no le impiden ver el bosque de la revolución los árboles de sus incidencias que tiene ante los ojos, como le impidieron a Plejanoff ver la revolución rusa de 1905, y a Kautsky la revolución rusa de 1917. Le guiaba no sólo su agudísima inteligencia, sino también su temperamento, verdadero hilo de Ariadna para moverse en el laberinto de la Historia contemporánea. Cuando tiene noticia de lo que se prepara en París, hombre prudente y atento a las condiciones objetivas, los propósitos de los comuneros le parecen una locura: mide seguramente la fuerza del Estado burgués, la relativa inmadurez del capitalismo en Francia, la impreparación del proletariado para la conquista y el ejercicio del Poder, y juzga una temeridad la revolución inminente. Pero estalla la revolución de la Comuna, y al historiarla y comentarla se pone resueltamente de su lado. La única objeción que le hace es que no se hubiera empleado más a fondo, que no hubiera ido sobre Versalles, donde estaban concentradas las fuerzas contrarrevolucionarias, y que no se hubiera apoderado del Banco de Francia, pues una revolución social que no se incauta del capital financiero está fatalmente perdida.

Reformismo y marxismo

Este temperamento de Marx, esencia del marxismo, está expreso o implícito en toda su obra, pero toma singular relieve en algunas de sus cartas a Kugelmann. Vale la pena detenerse un momento en este importante epistolario, que señala el antagonismo irreconciliable de dos tácticas, la evolutiva o reformista, defendida por el doctor Kugelmann, y la revolucionaria, sostenida por Marx. Estas cartas, escritas entre 1862 y 1874, fueron publicadas por primera vez en 1902, en el semanario *Die Neue Zeit*, órgano doctrinal de la socialdemocracia alemana, por su director, Kautsky; pero mutilando unas y suprimiendo otras, como la interesantísima del 23 de febrero de 1865, en que Marx hace un magistral retrato póstumo de Lasalle, el oportunista por excelencia, el hombre que «había traicionado al partido» a cambio de «algunas charlatanerías socialistas» que le había prometido Bismarck, con quien estuvo en tratos secretos y en correspondencia privada, sobre la cual volveremos más adelante. Las cartas fueron publicadas íntegramente por el Instituto Marx-Engels, de Moscú (3).

El doctor Kugelmann, ginecólogo de profesión, era un entusiasta de Marx como hombre de ciencia; pero no comprendía, buen alemán al cabo, que una persona de tantos méritos en la labor científica perdiese su tiempo y su energía en querer organizar internacionalmente al proletariado y en prepararle para la revolución social. Kugelmann fue, tal vez, el primer «marxista» que pretendió enmendar la plana al propio Marx en cuanto a las últimas consecuencias revolucionarias de su doctrina. Suponía Kugelmann, como tantos otros marxistas posteriores por el estilo, que el revolucionarismo de Marx era algo pegadizo y extraño a su verdadera personalidad, una especie de aberración o vicio que le distraía de sus graves trabajos científicos. Marx aguantó pacientemente

(3) Hay una edición francesa, ya citada en el artículo anterior: K. Marx: *Lettres à Kugelmann*, Editions Sociales Internationales, París, 1930.

durante una decena de años esta incomprensión del docto partero, que por lo demás debió ser una persona excelente; pero al cabo rompió con él, en 1874, probablemente fatigado de los consejos cientifistas y antirrevolucionarios de su amigo. La muerte le ahorró seguramente el amargo trance de tener que romper también con otros marxistas de la misma laya, aunque ya estuvo a punto de hacerlo con los socialistas alemanes en 1875, cuando la elaboración del programa de Gotha.

Kugelmann era —como dice E. Czobel en la introducción a las *Cartas*— un «marxista utópico», que veía en el marxismo no la doctrina de la lucha de clases como fuerza motriz de la Historia, sino un descubrimiento científico que, semejante al de Copérnico en relación con las astronomías anteriores, salvaría a la Humanidad por la vía de la razón, sin que fuera preciso recurrir a la fuerza. Kugelmann está en desacuerdo con la Comuna de París, y así se lo escribe a Marx el 5 de abril de 1871: «La actual insurrección parisién me parece absolutamente fracasada, y ello repercutirá de nuevo en la Internacional. En vez de organizarse, de situarse sólidamente frente al Gobierno, de ganar influencia en la administración de las grandes ciudades, se provoca una derrota con una dictadura que es un golpe para el país...» Con estas palabras se inicia un lenguaje de prudencia reformista que después y todavía hoy ha de repetirse a diario: organizarse, influir en los Ayuntamientos y demás corporaciones públicas (casi casi, «menos política y más administración», como dicen los municipalistas clásicos), nada de dictaduras, no exponerse a las derrotas... ¿Verdad que todo esto nos es ultrafamiliar?

La réplica de Marx el 12 de abril de 1871 debió ser como un jarro de agua fría para Kugelmann. Marx alude en esa carta suya —que ya mencioné en el artículo anterior— a su *18 Brumario*, donde dice que el proletariado debe retener en sus manos la máquina burocrático-militar, es decir, la fuerza del Estado, en vez de pasársela a los partidos burgueses, como en tantas otras ocasiones, y esa previsión es la que habían cumplido los comuneros

de París. Y añade: «Hubiera sido necesario marchar en seguida sobre Versalles... Por escrúpulos de conciencia, se dejó pasar el momento favorable... Segunda falta: el Comité central declinó demasiado pronto sus funciones, para dejar el puesto a la Comuna. ¡Todavía por un escrúpulo excesivo "de honor"! Pero sea lo que fuere, la insurrección parisién, aunque acabe siendo reducida por los lobos, los cerdos y los perros de la vieja sociedad, es la hazaña más gloriosa de nuestro partido después de la insurrección parisién de junio. Que se compare a los titanes de París con los esclavos del Santo Imperio romano pruso-germánico, con sus mascaradas póstumas y sus rancios olores a cuartel y a iglesia, a feudalismo y, sobre todo, a filisteo.»

Así habla un revolucionario de una revolución proletaria, señalando, sí, sus faltas, pero sin que eso atenúe su entusiasmo por el hecho en su totalidad y sin que a sus ojos la derrota reste valor a la magnitud de la proeza. Marx no veía en una insurrección aislada un acto en el cual un partido o una clase se juega para siempre su destino, sino una etapa en un largo ciclo histórico. Lo importante es el ciclo total, el proceso profundo y extenso, y no los episodios parciales, pero necesarios hasta cuando son adversos, como se desprende aún con más claridad de la carta siguiente de Marx, contestando a la de Kugelmann del 15 de abril. En ésta dice el pacífico doctor: «La derrota privará de nuevo a los obreros de sus jefes, por un tiempo bastante largo. ¡No quites importancia a esta desgracia! A mi juicio, el proletariado está, por el momento, mucho más necesitado de educación que de luchar con las armas en la mano. Imputar el fracaso a un azar cualquiera, ¿no es recaer en la falta que el *18 Brumario* reprocha de un modo tan convincente a los pequeños burgueses?» ¿No nos son también muy familiares estas palabras del buen comadrón reformista?

La respuesta de Marx, fechada el 17 de abril —la prontitud con que escribe estas cartas, en contraste con las grandes lagunas de tiempo que median en el resto de las respuestas de Marx, prueba el hondo interés que

ponía en esta polémica epistolar sobre la Comuna—, reitera y acentúa su concepto de la revolución. «No puedo comprender en absoluto cómo tú comparas las manifestaciones pequeño-burguesas "à la 13 juin 1849", etc., con la lucha actual en París. Sería, evidentemente, muy cómodo hacer la historia si no se debiera emprender la lucha más que "con probabilidades infaliblemente favorables".» Esta es la contestación que da Marx no sólo a Kugelman, sino a cuantos, en todos los tiempos, creen que no se debe luchar como no se tengan «probabilidades infaliblemente favorables» de triunfo. Hacer así la historia sería, en efecto, muy cómodo. Pero la historia profunda no se ha hecho ni se hará así jamás. Quien tuviera los secretos del porvenir histórico no sería un humano, sino un dios, y hasta ahora no se sabe que los dioses anden por nuestro bajo mundo.

Luego agrega: «Por otra parte, ella [la historia] sería de naturaleza hartamente mística si los "azares" no desempeñasen ningún papel. Estos casos fortuitos entran, naturalmente, en la marcha general de la evolución y se encuentran compensados por otros casos fortuitos. Pero la aceleración o el retardo del movimiento dependen mucho de "azares" semejantes, entre los cuales figura también el carácter de los jefes destinados a ser los primeros en conducir el movimiento.» Aquí vuelve Marx a subrayar la importancia del carácter, es decir, el temperamento y la inteligencia; en una palabra, la personalidad de los líderes. El término caudillo asusta, por lo visto, a algunos; pero a Marx no le hubiera asustado, porque ése es el concepto que quería expresar en este pasaje y en lo citado más arriba, cuando habla de los grandes hombres en la Historia. Lo malo del caudillo no es que lo sea, sino que sea mal caudillo. Lo que molestaba a Marx en Lasalle, prototipo del agitador caudillista, era —lo dice en la carta antes citada a Kugelman— su condición de «Realpolitiker», de político realista o de realidades, como suelen calificarse los revolucionarios que, como él, no tienen inconveniente en andar en pactos y secretos con los Bismarck y otros enemigos de la clase que representan.

Marx llama a Lasalle «salvador charlatanesco» y «marqués de Posa», nombre del héroe de un drama de Schiller que simboliza el tipo de jefe que se imagina poder cambiar el curso de la Historia sólo en virtud de sus cualidades personales, de su inteligencia, habilidad y astucia. Ese tipo no es el caudillo de Marx, ni el nuestro.

Finalmente escribe Marx, —en esta carta que estoy comentando—, para explicar la influencia del azar en los sucesos históricos, lo siguiente: «Por esta vez, no es preciso buscar de ningún modo los "azares" desgraciados y decisivos en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia de los prusianos en Francia y en su posición tan cercana a París. Los parisienses sabían bien esto. Y también lo sabían bien los canallas burgueses de Versalles. Por esto justamente colocaron a los parisienses en la alternativa de recoger el reto o de sucumbir sin combate. En el último caso, la desmoralización de la clase obrera sería una desgracia mucho más grande que la pérdida de cualquier cantidad de "jefes". Gracias al combate librado en París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y el Estado capitalista ha entrado en una nueva fase. Cualquiera que sea el resultado, hemos conseguido un nuevo punto de partida de una importancia histórica universal.»

Así habla un verdadero marxista, y no se puede dudar de que Marx lo fuera, aunque no falten los que atribuyan su espíritu revolucionario a resabios de la época de su juventud, en que todavía no había formulado claramente su doctrina del marxismo. Estas cartas están escritas en plena madurez intelectual y temperamental, a los cincuenta y tres años: no era ya un chico atolondrado que ignoraba lo que se decía. Precisamente en esta década del 70 al 80 es cuando se acusa con mayor precisión su temperamento revolucionario, a una edad en que los que no lo tienen, ni en rigor lo tuvieron nunca, aunque se lo imaginasen alguna vez, toman la actitud contraria. Es un error vulgar suponer que los años hacen conservadores, antirrevolucionarios a los hombres. Los años no hacen sino revelar el verdadero carácter de cada uno.

Más que la juventud —en que nadie sabe aún lo que es a ciencia cierta—, son la madurez y la vejez las edades de la irreprimible sinceridad, cuando, ya en el cénit o en el declive de la vida, el hombre necesita descubrir su personalidad esencial y quitarse la máscara, consciente o inconsciente, que la falseaba. Entonces aparece el rostro genuino del revolucionario y el del antirrevolucionario.

Son muchos los que, ante las contradicciones que la Revolución rusa ha provocado en el proletariado internacional, se han preguntado más de una vez cuál hubiera sido la actitud de Marx ante ella. Los antecedentes de cómo juzgó la Comuna de París, no obstante sus errores y su fracaso, hacen pensar lógicamente, teniendo en cuenta su temperamento y lo que repetidas veces dijo en favor de la dictadura del proletariado, que su aprobación de la revolución soviética hubiera sido absoluta. A este respecto hay unas palabras de Bernstein —tan buen conocedor de Marx como Kautsky— que, a mi juicio, dan en el blanco. Las cuenta el profesor de Filosofía norteamericano Sidney Hook en la forma siguiente: «En una conversación conmigo al comienzo del verano de 1929, Bernstein (que entonces tenía setenta y nueve años) admitió gozosamente que él era, dicho sea con sus propias palabras, "un reaccionario metodológico". "Todavía soy —me dijo— un racionalista del siglo XVIII y no me avergüenzo de ello. Creo que en lo esencial esta actitud fue eficaz y provechosa." Hacia el final de la conversación, como yo le preguntara si él consideraba que este método era el método de Marx, bajó la voz y, en tono confidencial, como temeroso de que alguien le oyera, dijo: "Los bolcheviques no están injustificados en reclamar a Marx como cosa propia. ¿Sabe usted? Marx tenía una fuerte vena bolchevique consigo."» (4). Para Bernstein, Marx era lo que hoy se llama un bolchevizador...

(4) Sidney Hook: *Towards the Understanding of Karl Marx. A Revolutionary Interpretation*, pág. 46. Londres, 1933.

Los casos de Plejanoff y Kautsky

¡Qué distancia de estas palabras a las de Kautsky cuando combate la Revolución rusa de 1917 en nombre de Marx! Ante esa revolución se puso de manifiesto el temperamento antirrevolucionario, meramente libresco, de Kautsky, como la de 1905 descubrió igualmente el mismo temperamento de otro marxista teórico, Plejanoff. Pero entre Plejanoff y Kautsky hay un matiz diferencial importante. No era Plejanoff de los que retroceden ante la revolución, sino de los que la repudian cuando ha fracasado. Preparó la de octubre de 1905, contribuyó grandemente a desencadenarla; pero cuando la ve vencida, exclama, arrepentido, en diciembre. «¡No hacía falta tomar las armas!» Con razón le ha reprochado Lenin esta defección, que pone en evidencia su temperamento antirrevolucionario y que tanto contrasta con el panegírico que hizo Marx de la vencida Comuna. El revolucionario de raza no se arrepiente de haber recurrido a las armas, y si el resultado le es adverso, en vez de dolerse y entonar el yo pecador, espera una nueva coyuntura y se prepara para ella, corrigiendo los errores de organización y táctica de la precedente. Que es lo que hizo Lenin, revolucionario ejemplar. El revolucionario no deja de serlo sino con la muerte, y aun después de ella, ahí quedan sus palabras para seguir inspirando a las clases oprimidas hasta su liberación final. Que es el caso de Marx y Engels, marxistas esenciales y revolucionarios eternos.

La postura de Kautsky ante la revolución rusa de 1917, ante una revolución triunfante, no se explica más que por la quiebra de su temperamento. Porque Kautsky tuvo su época de revolucionario «teórico», sin duda bajo la influencia de Marx y Engels y por la confianza que este último depositó en él, nombrándole albacea literario de los escritos inéditos de Marx. Como se sabe, Engels, poco antes de morir, le encomendó la publicación del manuscrito de Marx que había de ser el volumen cuarto de *El capital* y que años más tarde dio Kautsky a la estampa

con el título de *Historia de las doctrinas económicas* (5). Kautsky tiene en su haber libros francamente revolucionarios, como *La revolución social* (1902) y *El camino del Poder* (1909). A su juicio, entonces, como al de todo marxista, una conflagración europea produciría fatalmente una situación revolucionaria, que él aceptaba sin reservas. Es más: en su dictamen, el nuevo centro revolucionario del mundo sería precisamente esa misma Rusia de cuya revolución había de abominar más tarde. En 1902 escribe Kautsky: «El nuevo siglo comienza con acontecimientos que nos inducen a pensar que vamos hacia un desplazamiento del foco de la revolución, que se va a establecer en Rusia... En 1848 los esclavos fueron la helada tardía que mató las flores de la primavera popular. Es posible que ahora les esté reservado desencadenar el huracán que ha de romper los hielos de la reacción, llevando irresistiblemente consigo una nueva primavera, una feliz primavera de pueblos» (6). Las flores de esta retórica kautskiana se agotarán cuando la anunciada «primavera de pueblos» llegue en 1917...

Por aquel tiempo Kautsky no es, como ahora, un creyente fervoroso en la democracia. Los resultados de la democracia nos los describe en *La revolución social*, hablando de la clase obrera inglesa, en los siguientes términos: «En ninguna parte el proletariado se distingue por tan grande fuerza numérica; en ninguna parte su organización económica ha alcanzado un grado tan alto de desarrollo; en ninguna parte disfruta de tal libertad política como en Inglaterra, y, sin embargo, en ninguna parte sufre de tal impotencia política... Como factor político, los obreros ingleses están ahora en un nivel más bajo que los obreros del país económicamente más atrasado y políticamente menos libre de Europa: Rusia. Una viva corriente revolucionaria da a los obreros rusos su

(5) Hay una edición francesa en ocho tomos: *Histoire des doctrines économiques*. París, 1925.

(6) «Los esclavos y la revolución», artículo publicado en el periódico *La Iskra* en 1902. Lo cita Bujarin en su *La bourgeoisie internationale et son apôtre Karl Kautsky*, pág. 11. París, 1925.

gran fuerza práctica; el renegar de la revolución, el deseo de no ir más allá de los intereses del instante, esto que se llama política realista, he aquí lo que hace de los obreros ingleses un factor político nulo... Los proletarios no han subido tan alto más que allí donde han conservado un antagonismo irreductible con la burguesía... Los obreros ingleses son ahora pequeños burgueses, que no se distinguen de los otros pequeños burgueses más que por una menor cultura, y cuyo ideal es imitar como monos a sus amos, su respectabilidad hipócrita, su culto de la riqueza, sus diversiones vulgares.»

Eso escribía Kautsky en 1902, cuando aún pensaba como marxista. Pocas veces se ha trazado una pintura tan despiadada y justa de la degeneración del proletariado como clase revolucionaria por obra de la democracia burguesa. Y entonces el atraso económico y político de un pueblo como el ruso no era tampoco motivo para negarle posibilidades revolucionarias; al contrario. Pero Kautsky va aún más lejos; más lejos incluso que los propios Marx y Engels. Como es sabido —aunque no todos los «marxistas», por lo visto, lo sepan, pues de otro modo hubiera salido a relucir en esta polémica el argumento—, Marx exceptuaba a Inglaterra y los Estados Unidos de la necesidad de una revolución social violenta; creía, con el Engels de los últimos años —no el de *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* (1844), en cuyas páginas finales consideraba como inminente una revolución social en aquel país—, que acaso por la vía pacífica se instauraría el socialismo en esas naciones. Pues Kautsky niega esta posibilidad, por lo que se refiere a Inglaterra, en la obra antes citada (en alemán se titula *Sozialreform und Soziale Revolution*), cuando dice:

«Confieso francamente que yo también puse en otro tiempo grandes esperanzas en Inglaterra. Aunque nunca esperé que la era de Gladstone se daría jamás en Alemania, confié, sin embargo, que en Inglaterra, por consecuencia de su condiciones peculiares, la evolución del capitalismo al socialismo no transcurriría por medio de la revolución social, sino pacíficamente, por una serie de

concesiones crecientes al proletariado por parte de las clases gobernantes. La experiencia de los últimos años ha destruido también mis esperanzas en Inglaterra.»

Imposturas y sofismas

Todavía en 1912 Kautsky aprueba el manifiesto revolucionario del Congreso internacional socialista de Basilea contra la guerra. ¿Qué le hace cambiar después tan radicalmente? Ya lo hemos dicho: su temperamento, revolucionario cuando la revolución está lejos, cuando no es más que un tema filosófico o retórico, como en 1902; y antirrevolucionario cuando la revolución está ahí y hay que situarse ante ella, como en 1917. Es marxista en la teoría, con la palabra; pero antimarxista en la práctica, a la hora de la acción; como tantos otros. Esta contradicción entre el pensamiento y el temperamento le condujo a falsear los textos de Marx, lo cual no es ya tan excusable como sus claudicaciones temperamentales. En el artículo anterior vimos cómo afirmaba que Marx había hablado «una sola vez» de dictadura del proletariado. Esta impostura —pues pocos conocen como Kautsky todo lo que escribió Marx— la repite en un trabajo anterior a la obra que yo allí recitaba; la repite en *La dictadura del proletariado*, donde ataca a los bolcheviques. «Ellos (los bolcheviques) —dice— han recordado a tiempo una palabrita ("Woertchen") sobre la dictadura del proletariado, que Marx empleó una vez en 1875 en una carta.» Se adivina el afán de Kautsky —incluso al precio de tener que pasar por falsario— de privar a los bolcheviques del honor y el orgullo de considerar a Marx «como cosa propia», según las palabras más justas y veraces de Bernstein.

Pero Kautsky no se limita a escamotear los textos de Marx que tratan de la dictadura del proletariado, sino a falsificar también este concepto y a ridiculizar después la contrahechura. Para Kautsky la dictadura del proletariado no es la dictadura de una clase ni, en su represen-

tación, la de un partido, sino el despotismo de un hombre: es el dardo que le lanza a Lenin y que Lenin le devuelve, bastante envenenado. A la dictadura, en general, sólo aspira la clase obrera —dice también Kautsky— en las de su inmadurez política: este dardo va para el proletariado ruso. «Al igual que los campesinos —escribe en su *Guerra y Democracia*, una de sus últimas obras voluminosas—, también los obreros asalariados sienten desconfianza del parlamentarismo en tanto no hayan logrado ningún conocimiento, ninguna experiencia política, ninguna extensa organización, ninguna conciencia de clase. A menudo en este estadio añoran un dictador que conquiste para ellos el poder político y lo ejerza» (7). A continuación se burla de los soñadores como Weitling (1808-1871), que anuncia el advenimiento del dictador como el Mesías del proletariado, y de los oportunistas como Lassalle, que en 1863 escribe a Bismarck una carta —no publicada hasta 1928 por Gustav Mayer—, donde le dice que «la clase obrera se siente inclinada instintivamente a la dictadura», viendo «en la Corona el instrumento de la dictadura social». Pero estos sueños y quimeras pertenecen al pasado, en opinión de Kautsky. «En Inglaterra había dejado la revolución fuertes tendencias pacifistas, tanto en los círculos proletarios como en los burgueses. Se han mantenido hasta hoy y por el momento han logrado un gran poder. La revolución francesa, al contrario, que influyó de modo más profundo en el pensamiento y en la fraseología de Francia hasta nuestros días, en todas las clases, y también en la trabajadora, ha dejado tras sí una predilección por los métodos de la guerra en la política interior y exterior, política que sólo en la segunda mitad del pasado siglo tropezó con una fuerte tendencia contraria en el seno de la Internacional Socialista. Desde entonces crece la necesidad de paz y de que los conflictos interiores y exteriores se resuelvan por medios pacíficos, tanto en Francia como en todos los otros Estados» (8).

(7) Karl Kautsky: *Krieg und Demokratie*, pág. 241. Berlín, 1932.

(8) *Ibidem*, pág. 247.

Esto escribía Kautsky en 1932. Los medios pacíficos a que alude son los de la democracia, la «democracia pura», como él dice, para acabar con las revoluciones en el interior y con las guerras en el exterior. La inmadurez del proletariado le lleva a la dictadura, y su madurez desemboca necesariamente en la democracia y en la paz... La respuesta a esta utopía antimarxista no había de tardar mucho. Se la dio Hitler en 1933 y Dolfuss en 1934, barriendo de un escobazo la «democracia». El detractor de la dictadura del proletariado tiene ahora que sufrir en Viena, donde creo que reside, una dictadura clérico-militar, y ver cómo el proletariado alemán, tan devoto de la democracia como Kautsky, gime bajo la férrea dictadura del nacionalsocialismo. Y, a su vez, la guerra, que no pudieron evitar las «democracias» en 1914, galopa ya de nuevo por el horizonte visible.

Entre tanto, el proletariado ruso, bajo su propia dictadura de clase y no de un hombre —quíralo o no Kautsky—, es un factor político de primer orden, no sólo en su país, sino en el mundo entero. ¿Hubo jamás un hombre que se equivocara tan profundamente? Pero no hay que extrañarse, porque su marxismo no fue nunca más que de libros, un marxismo accidental y a lo sumo intelectual. El marxismo esencial —síntesis dialéctica de la teoría y la práctica de la revolución— era incompatible con su temperamento bibliográfico, de erudito. Y no creemos que el fracaso de los «medios pacíficos» le hayan curado ni le puedan curar ya.

Cada cual, en sus límites.

Hay muchos marxistas abstractos así, antimarxistas temperamentales de hecho. Abunda el tipo de «marxista» que canta la revolución lejana, pero que cuando estalla bajo sus pies, se mete en su casa y la condena, cuando no la sabotea, diciendo que eso no es marxismo, si se trata de una revolución democrática, o que es una estupidez o un crimen, si la revolución apunta a un blanco

proletario, porque la clase obrera no tiene aún «preparación suficiente». Hay otro tipo de marxista, como Plejanoff, que acepta la revolución, pero si no triunfa, la desautoriza. La variedad de «marxistas antimarxistas» depende de la variedad de los temperamentos, prescindiendo ahora de la degeneración pequeñoburguesa que Kautsky señalaba en 1902 refiriéndose al proletariado inglés y que se da, más o menos, en todos los proletariados, pero singularmente en muchos líderes sindicales.

Y aunque ya he indicado reiteradamente que el temperamento tampoco lo es todo, conviene insistir —para terminar— en este punto. La esencia del marxismo exige tener un temperamento revolucionario, pero también creer en la capacidad revolucionaria —primero en la acción y luego en la creación— del proletariado; si falta esta fe, el revolucionario no será nunca un revolucionario marxista. A esa fe se puede llegar por un proceso intelectual, superando los prejuicios de la burguesía sobre la impreparación técnica y la incapacidad creadora del proletariado, que es como han llegado algunos intelectuales, y Marx y Engels en primer término; o por instinto y legítima ambición de clase, como llegan los obreros.

Hay hombres de gran temperamento revolucionario que, por falta de esa fe en la eficacia inmediata del proletariado, o recelan de las revoluciones proletarias o esperan, consciente o inconscientemente, que se resuelvan en nuevas revoluciones de una parte de la burguesía contra la otra, considerándolas como etapas progresivas y necesarias de la revolución democrática para ir preparando la revolución socialista. Hay grandes revolucionarios titulados socialistas de cuyo temperamento nos podemos fiar, pero cuya cultura, inteligencia o instinto no ha podido superar los límites históricos e ideales de la revolución burguesa. A ese linaje pertenecen los mencheviques rusos y la mayoría de los líderes socialistas europeos. No es un deshonor —cuando los guía la buena fe, caso frecuente— ser así; pero tan gravemente se equivocaría un partido revolucionario marxista desaprove-

chando su poderoso temperamento, prescindiendo en absoluto de ellos —que pueden evolucionar, que pueden llegar algún día a comprender y adoptar la esencia del marxismo—, como dándoles el mando de la revolución y, si triunfara, del Gobierno.

En suma: la esencia del marxismo es una mezcla recíprocamente reactiva —dialéctica— de ciencia y temperamento, de capacidad teórica y de capacidad de acción, o de instinto y temperamento (esto en los trabajadores). Y todo ello combinado con una fe absoluta en la fuerza revolucionaria y en la aptitud de organización social y estatal del proletariado para realizar dictatorialmente el tránsito del régimen capitalista al socialista. *Sine qua non*. Todo lo demás podrá ser marxismo erudito o académico —marxismo a medias, cuando no falso marxismo—; pero nunca marxismo revolucionario, dos términos que en realidad son una redundancia.

PUNTO FINAL

No sería humano prolongar, por deleite dialéctico, la polémica que comencé en el número de mayo de LEVIATÁN, y que, después de la respuesta de Besteiro a mi segundo artículo, está virtualmente terminada. «Mi crítico empieza a razonar» titulaba esa respuesta, cuando en rigor yo había empezado a razonar desde el principio y, sin dejar de hacerlo un momento, ya había concluido. El que por las trazas empieza a entender de razones es él; más vale tarde que nunca. La polémica en torno del marxismo prosigue, naturalmente, y proseguirá mientras perdure el régimen capitalista; pero el discurso de Besteiro no da para más, y creo que le hemos dado demasiado.

Dos palabras finales, pues, por cortesía y para rechazar una imputación injusta. Besteiro compara a Leviatán con el rey de un cuento de Andersen que, gracias a una túnica maravillosa, se hacía invisible de todos, menos de los tontos y los criminales. Como nadie quería pasar por tonto ni criminal, la invisibilidad del rey era absoluta.

El tema es muy anterior a Andersen y ya nuestro Cervantes lo desarrolló, con modificaciones accesorias, pero con igual intención, en uno de sus entremeses más deliciosos: *El retablo de las maravillas*, en el cual nadie quiere que se le tenga por «raza de confeso (judío) o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio.»

Francamente no comprendo la congruencia entre Leviatán y el rey de Andersen. Leviatán no se oculta ni tiene por qué ocultarse de nadie. En todo caso, no hay duda —a juzgar por la riqueza de detalles con que lo describía— de que Besteiro ha creído haberlo visto, y como me consta que él no es ningún criminal, la inferencia, por eliminación, no puede serle muy lisonjera aun aceptando sus imágenes.

Lo que ya no puede aceptarse es que la túnica de Leviatán —suponiendo que los «monstruos» usen estas prendas absurdas— esté tejida con hilos de injuria y procaacidad. Leviatán no toma la iniciativa de injuriar a nadie —a menos que se confunda la crítica con la injuria—; pero si a él le lanzan flechas injuriosas, se limita a devolverlas, mejor dicho, rebotan en el impenetrable escudo de su razón y vuelven a clavarse de rechazo en quien las disparó. No se quejen, pues, los arqueros imprudentes.

LA BANCARROTA DEL ANARQUISMO ESPAÑOL

Por L. FERSEN

Nada más fácil, ni a la vez más tentador, que anunciar la muerte inminente del adversario político suponiéndolo en vías de descomposición y como tocando al fin. No quisiéramos nosotros parecer dominados por esa tentación, producto del apasionamiento y del afán de proselitismo, al encararnos con la crisis actual del movimiento anarquista, mucho más cuando en la crítica del anarquismo ya se ha pecado bastante de parcialidad. La claridad y la justeza en la crítica deberán valer más que todos los arrebatos. Porque ahora lo importante es que sepamos bien a qué se debe la crisis sin precedencia, en extensión y profundidad, del anarquismo español, último reducto, por otra parte, del anarquismo mundial. En el pasado la regla era que las crisis del anarquismo se debieran a una fuerte represión, la cual, más tarde o más temprano, acababa por crear entre la clase trabajadora una atmósfera sentimental lo bastante espesa para velar los errores y lo bastante cálida para reanimar el movimiento. Pero hoy no estamos en ese caso. En la experiencia de la República el anarquismo se fue cayendo a pedazos, agobiado por el peso de las masas que le seguían y por la incapacidad para encauzar en un sentido definido su propia fuerza. Los cuadros excelentes —que, a pesar de los elementos aventureros y de las prácticas viciosas, no cabe negar que existen en la C. N. T.— no han podido evitar con alardes combativos y golpes de audacia que se pusiera a descubierto la inmensa debilidad de las ideas, mostrando no lagunas, errores de detalle y defectos aislados, sino la inutilidad total de la doctrina. El deseo de disimular el

vacío ideológico con simples actos de rebeldía sólo ha servido para que la caída inevitable se tradujera en una serie de piruetas macabras. El primer efecto práctico del derrumbamiento del anarquismo ha sido el total cambio de signo en la relación de fuerzas sindicales, tradicionalmente favorable al movimiento anarquista. Con la concentración de masas que en el curso de estos años se ha operado en el seno de la U. G. T., esta central deviene la base indiscutible del movimiento sindical. Aunque existan todavía al margen de ella núcleos de considerable importancia tomados en conjunto, son, sin embargo, residuos dispersos, de radio regional o local, de la descomposición de la C. N. T. Porque, en efecto, además del desplazamiento de la hegemonía sindical hacia la U. G. T. por asimilación directa de efectivos, la C. N. T. ha sufrido varias escisiones, que vienen a completar el ruinoso cuadro. Los pequeños grupos de sindicatos independientes, influidos por las dos ramas que existen del comunismo, proceden originariamente de la C. N. T. Por último, la C. N. T. no ha podido conservar la unidad del campo de formación ácrata, separándose también los anarquistas de los anarcosindicalistas. He aquí, en esquema, el punto a que ha llegado la C. N. T. después de la prueba del período republicano.

En los primeros meses del régimen alcanzó la Confederación un desarrollo enorme. Sólo una cosa le faltaba: saber lo que quería. El apoliticismo le impedía entrar en una colaboración franca y las ilusiones democráticas —que pesaban en el anarquismo tanto como en toda la clase obrera— no la predisponían a asegurarse y tomar posiciones revolucionarias. Lastrado el anarquismo con las ilusiones democráticas que dominaban a la generalidad del proletariado, entró en la lucha por la República absolutamente desprevenido y sin tener tan siquiera un esbozo de programa. «Les pregunté cuáles eran sus aspiraciones o exigencias —cuenta Rafael Sánchez Guerra en su libro *Proceso de un cambio de régimen*—. Me asombró oírlos. Por el momento no "exigían" otra cosa de la República sino que ésta les reconociese el derecho a la

libertad sindical, para que así sus sindicatos no estuvieran a merced de ninguna autoridad gubernativa que pudiese clausurarlos caprichosamente cuando quisiera. ¿Podría negárseles eso —pregunta Sánchez Guerra— en un régimen democrático...?» A esto se dirá que la C. N. T. no quería hipotecar su porvenir adquiriendo compromisos. Bien; pero, en tal caso, estaban en el deber de tener un programa independiente de acción inmediata. La verdad es que la C. N. T. no tenía, al instaurarse la República, programa revolucionario ni reformista. En el congreso extraordinario celebrado en el verano de 1931 se pudo ver, al tratarse de discriminar las responsabilidades por los pactos equívocos establecidos con los republicanos, que no eran éstas privativas de una tendencia, sino comunes a todos. Si el grupo llamado de los «treinta» se inclinaba a una colaboración solapada, el ala extrema, los «anarquistas», colmaban de cantos bíblicos en las primeras semanas del régimen la respetable figura del señor Maciá, quien, a la vez, explorando el mar inmenso de sus sentimientos, prometía un reino milenarista. En este descuido ingenuo estaba el anarquismo en el preciso instante —ambas cosas ocurrían simultáneamente— en que entraba en una cadena de luchas y revueltas sin conciencia de su finalidad. Hasta tal punto procedía por reflejos meramente sentimentales, que su acometividad revolucionaria —la cual no tardaría en convertirse en una obsesión— no aumentaba a medida que aumentaba su fuerza, sino, al contrario, a medida que era mayor su debilidad. Los resultados de una actuación tal debían ser, naturalmente, funestísimos para la totalidad del movimiento obrero. En su aturdimiento, los anarquistas eran incapaces de ganar una posición a la democracia burguesa. Pero, en cambio, sus insensateces servían de premisa a la reacción para pasar a ofensivas profundas. Para los anarquistas la lucha revolucionaria se reducía a huir de la pasividad, importándoles menos la claridad en los objetivos y las posibilidades de triunfo de los actos que emprendían que el hecho de dar muestras de rebeldía con sublevaciones constantes. En cuanto pudieron apoyarse

en las masas dieron rienda suelta a la lucha, como "gimnasia revolucionaria", hasta que se quedaron sin base. Después siguieron las minorías solas ensayando golpes de mano de espaldas a las situaciones.

La primera asonada de los anarquistas fue la de la comarca de Manresa, en el agitado mes de enero de 1932, que surgió como reacción desesperada contra los desengaños y retrocesos experimentados por el anarquismo en el año primero de la República. (Consignemos de paso que en esta ocasión los sublevados, a pesar de su negativismo antiestatal, se apoderaron de algún ayuntamiento, donde se disponían a organizar una especie de poder rudimentario; unas cuantas horas de revolución les enseñaban más que tres cuartos de siglo de discusión doctrinal.) El movimiento de Manresa no podía, de ningún modo, triunfar; pero tenía, no obstante, resonancia bastante para alarmar a la reacción y a las gentes timoratas sin hacerlas retroceder. Aquí tomó pie la reacción, creciéndose sobre los fracasos y desatinos de enfrente, para emprender la vasta campaña que culminó en el *putsch* militar del 10 de agosto del mismo año. El ánimo de las masas, un tanto decaído, se levantó de nuevo ante la presencia del enemigo provocador y volvió a cundir el entusiasmo. Los anarquistas tuvieron el 10 de agosto una intervención decidida y entusiasta, quedándose muy ufanos porque no habían hecho el juego a la reacción ni fueron a la cola de los "políticos", cosa que logran muy rara vez. Mas, al poco tiempo —¡oh sorpresa!—, la prensa anarquista levantaba la voz más que nadie pidiendo clemencia para los monárquicos. Con este gesto pretendían dar muestras —según decían— de que se hallaban «moralmente por encima de sus enemigos», si bien no ocultaban que, de haber caído ellos en manos de los de la corona, no hubieran tenido éstos contemplación. Una idealidad así —conmovedora, desde luego— es siempre un poco sospechosa, aun brotando de las fuentes más puras. En realidad, había gato encerrado. Lo que perseguían los anarquistas con este recurso era obtener la amnistía para sus presos, y se conoce que no hallaron solu-

ción mejor que darle a la reivindicación un carácter que pudiéramos llamar «nacional», es decir, por encima de las clases y de las banderías. Después el anarquismo, más impotente cada día para determinar por sí mismo un desplazamiento de la situación en su favor, se fue convirtiendo en una pieza del juego de la reacción, a la cual sirvió de pretexto para sus propagandas confusionistas y su demagogia abominable.

El retroceso experimentado por los reaccionarios con el fracaso de agosto y el consiguiente resurgir del entusiasmo de las masas pronto lo liquidaron los anarquistas con el otro golpe de mano de principios de 1933. Hubiera sido cómica esta proeza si el episodio horrendo de Casas Viejas no viniera a darle caracteres trágicos. (En vísperas de los acontecimientos un significado líder anarquista afirmaba, después de haberlo pensado bien seguramente, que el problema de la revolución en España era cuestión... ¡de doscientas mil pesetas!) Las derechas, que de tener ocasión habrían hecho de todo el país un Casas Viejas, se apresuraron a alzar esta bandera, no arriada todavía. Duramente quebrantadas por la campaña derechista, caían a continuación de los anarquistas las izquierdas, víctimas de sus claudicaciones y de sus faltas, con gran júbilo de la reacción, por un lado, y de los anarquistas, por otro.

Si a un anarquista se le dice que con su actuación han estado sirviendo de auxiliares a las derechas, lo rechazará indignado, porque esta colaboración no se debe considerar voluntaria. Si —de otra forma— se le dice que con tal o cual acto que intenten no van a conseguir nada para sí, sino que va a revertir en beneficio del enemigo peor, los anarquistas se encogen de hombros. En principio, consideran a los «políticos» iguales a todos, y, por de pronto, odian más que nadie a los que tienen delante. Así no es extraño ver a los anarquistas interviniendo en las revoluciones o sirviendo de instrumento de las combinaciones y campañas contrarrevolucionarias.

Cuando llegaron las elecciones a las Cortes actuales, el anarquismo, frescos aún los odios a los gobernantes

anteriores, procura delimitarse severamente de la contienda política. Como saltaba a la vista que la inhibición, llevada en forma de una violenta campaña contra los «políticos» en general, debía favorecer a las derechas, y como, además, se sentían acuciados por las certeras críticas de las fuerzas políticas obreras, empezaron a pensar en salir del atolladero sin desviarse de los cauces anarquistas. La salida que encontraron fue una bravata insurreccional más, sin ninguna posibilidad de triunfo en el momento de reunirse las Cortes, que debía ahorrar a éstas el trabajo de aguzar el ingenio para inaugurar los estados de excepción.

En los meses siguientes, los anarquistas fueron incapaces de colocarse de cara al punto donde se estaba ventilando el porvenir inmediato del movimiento obrero y se los pasaron entregados a una lucha frenética con el Gobierno de la Generalidad de Cataluña. Excusado decir que para enjuiciar este fenómeno singular es una cuestión nimia ponerse a sopesar la parte de culpa que cupiera a la Generalidad y la que corresponde al anarquismo. Un hecho de estos no se explica por un incidente, y poco importa conocer sus motivos ocasionales, sino que constituye un fenómeno histórico que nos obliga a preguntar qué dinámica fatal ha conducido al anarquismo a dar en tres años y medio este giro de ciento ochenta grados, que lo lleva desde la labor conjunta con todas las fuerzas obreras y democráticas contra la monarquía en los años 1930 y 1931, hasta recluirse en una pelea de gallos —cuyo resultado, por favorable que les fuera, no podía influir en el curso de la política nacional— cuando reaparece la reacción monarquizante. Los anarquistas que quisieron ponerse a tono con las circunstancias tuvieron que hacerlo rompiendo la disciplina de los organismos superiores.

En el magnífico informe que escribió sobre la actuación de los anarquistas españoles en la primera República, dice Engels que el anarquismo, cuando se ve arrasado por los grandes acontecimientos, traiciona sus principios, y cuando quiere actuar de acuerdo con los princi-

pios, destruye el movimiento que tiene en las manos. En esta nueva experiencia hemos visto repetirse el fenómeno, si bien especialmente encarnado en una fracción cada uno de sus aspectos. La fracción sindicalista, que tenía la dirección al advenir la República, se inclinaba a la colaboración, o a constituirse, en todo caso, en oposición moderada. Su caída, determinada por la imposibilidad de contener el impulso de las masas, dio la primacía a los anarquistas extremos. Estos quisieron sinceramente colocarse en el terreno estricto de los principios, y pocos meses necesitaron para dejar la organización en cuadro.

Después de la revolución rusa ya no queda más país que España donde exista un movimiento anarquista digno de consideración. Las ideas específicamente anarquistas habían sido ya en la anteguerra considerablemente absorbidas por el sindicalismo, doctrina que, con todas sus flaquezas, había tomado del marxismo elementos suficientes para tener una consistencia de que el anarquismo carecía. A partir de la escisión entre marxistas y bakuninistas, el ala marxista desapareció y los restos anarquistas de la Primera Internacional, aunque contaban con fuerzas considerables al dividirse, fueron también languideciendo. A la par de esta decadencia iba ganando terreno entre los ácratas el desprecio hacia las organizaciones obreras, para dejar paso en la teoría y en la práctica a un individualismo exacerbado, cuyas manifestaciones típicas eran los actos terroristas y el gusto de los hechos aislados, que los teóricos de la secta habían llegado a propugnar como la más perfecta expresión de la doctrina, a fuerza de apurar por deducciones lógicas el profundo negativismo, que constituye la medula del ideario ácrata. Más tarde rectificaron, volviendo a comprender la necesidad de actuar dentro de las organizaciones. España es ajena por completo a este proceso, pues aquí el anarquismo siempre estuvo indisolublemente ligado al movimiento obrero.

Como reacción contra el reformismo ñoño que revisió el resurgimiento del marxismo después del hundimiento de la Internacional de Marx, surgió el sindicalis-

mo. La estrechez municipal y parlamentaria de sus prácticas, la aparición del revisionismo de Bernstein y del ministerialismo de tipo Millerand, que aun como tal reformismo carecía de sinceridad y de brío y no era más que la antesala de la deserción completa del campo obrero, formaron el conjunto de factores que provocó el nacimiento de una gran corriente obrera revolucionaria, al margen del marxismo. Sorel, como teórico máximo del sindicalismo, atribuía, no sin razón, al parlamentarismo el espíritu acomodaticio que invadía a la socialdemocracia. La conclusión que sacaba era no la negación total de la política, al modo anarquista, sino que las organizaciones sindicales debían ser en su constitución independientes de los partidos políticos, a fin de no verse mediatisadas por intereses que consideraban extraños a los fines exclusivos del movimiento obrero. Sorel entendía que su doctrina venía a ser una sana interpretación del marxismo, adulterado por los sucesores de Marx, alegando, entre otras cosas, que también Marx había organizado la Primera Internacional como Internacional sindical, a la que podía pertenecer todo trabajador por el hecho de serlo, independientemente de su credo político, filosófico o religioso. Pero como en el fondo de la reacción sindicalista, sin llegar a la negación franca de la actividad política, había un profundo desprecio hacia el cretinismo parlamentario, Sorel llegaba a edificar sobre la base del sindicato el templo de sus ideas, tan originales como superficiales. En los conflictos cotidianos de trabajo, la acción directa, o trato directo entre patronos y obreros sin intervención del Estado, y en la lucha suprema, la huelga general para organizar la nueva sociedad, tomando por célula el sindicato, venían a dar una teoría completa del sindicato bastándose a sí mismo. No había, pues, ni para las luchas inmediatas ni para los fines últimos necesidad ninguna de contacto con los partidos políticos, contra cuyo poder disolvente debía el movimiento obrero, por el contrario, inmunizarse. La concepción sindicalista encontró en el trasnochado campo ácrata terreno abonado. Arrastrados por la nueva doctrina, que con-

ciliaba mejor su labor en las organizaciones con sus prejuicios, ambas corrientes, la anarquista y la sindicalista, se entrecruzaron en la práctica de modo tan íntimo que no resulta fácil, ni es posible en muchos casos, la separación. El anarquismo puro, firme en sus concepciones y bien diferenciado, fue quedando reducido, en la mayoría de los países, a pequeños grupos de solitarios, de seres excéntricos, con la mente atiborrada de muy averiadas lecturas, sin influencia entre las masas.

Pero, no obstante las precauciones tomadas por unas doctrinas que tenían su posición más sólida en la denuncia del poder corruptor de la política, al llegar la guerra de 1914 la Segunda Internacional se descomponía en el patriotismo, mas la embriaguez patriótica invadía también los recintos anarquistas y sindicalistas. Destacadas figuras del anarquismo se sumaban a la guerra, y lo mismo ocurre en el movimiento sindicalista de los países beligerantes, donde triunfa por mayoría la posición patriótica. Si en el conglomerado anárquico-sindicalista surgen oposiciones revolucionarias que contra la corriente se mantienen fieles al ideal, éstas surgen, igualmente, en la socialdemocracia, con la diferencia de que mientras la actitud de los primeros no pasa de ser un gesto de lealtad a las ideas, los segundos asumen la función de vanguardias revolucionaria, que consigue triunfar y consolidarse en Rusia. La Segunda Internacional, con todo, jugó en la anteguerra un papel progresivo, puesto que el problema de la revolución social no estaba al orden del día y era reformismo, al fin y al cabo, lo único que cabía hacer. Los problemas de la revolución se mantenían en un plano de doctrina, y debido a eso podían convivir en el mismo movimiento tendencias irreconciliables, y creerse unos tigres revolucionarios los Kautsky y los Plejanoff, porque en la teoría no cedían ni un ápice las corrientes revisionistas, hasta que, al verse con el problema de la revolución delante, empezaron a sudar y a dar vueltas en la cama.

Con la crisis de la guerra y el triunfo de la revolución rusa, el anarcosindicalismo desaparece como factor en el

obrerismo europeo. Si mantiene las apariencias de una existencia internacional organizada, es gracias al brillo que le da el anarcosindicalismo español. Los mejores elementos del sindicalismo revolucionario se pasaron al comunismo. Toda la teoría del sindicalismo se quebró sin dar de sí más que las mejoras parciales de la lucha societaria. Como teoría revolucionaria de la sociedad se ha visto que era una ficción, que los supuestos en que pretendía hacerse fuerte contra el reformismo no garantizaban nada, y que llegada la hora de la revolución, carecía de soluciones propias, debiendo aliarse al marxismo revolucionario. El fascismo italiano está plagado de antiguos sindicalistas, a quienes Mussolini permite coquetear con la parte más inofensiva y banal de la mitología so-reliana —la referente a la organización de la sociedad por clases productoras—, para dar la impresión al mundo de que el fascismo no representa la defensa de la burguesía y de cuanto de parasitario y caduco existe hoy, sino que es la encarnación de un orden inédito. En Francia, cuna del sindicalismo, se puede decir que éste ha desaparecido. La C. G. T., que se mantiene formalmente en el principio de la independencia respecto a los partidos, está de hecho adscrita a la política socialista. El ala izquierda, concentrada en la C. G. T. U., cuando la escisión fue absorbida por el comunismo. Al producirse la lucha de fracciones en Rusia, después de la muerte de Lenin, algunos de estos antiguos sindicalistas recayeran en sus ideas anteriores. Hoy el sindicalismo en Francia está reducido al pequeño grupo, sin porvenir, de antiguos militantes (Monatte-Chambelland-Louzón), cuya nota sobresaliente es la crítica fina, ese buen gusto periodístico que el sindicalismo francés heredó de Sorel, y el noble propósito de disimular a fuerza de honradez y adhesión a las ideas en que se han educado la desorientación y el desaliento. No cabe suponer tampoco que el movimiento obrero haya de salir del presente marasmo recurriendo a los arsenales del sindicalismo.

La vez le ha llegado también al sindicalismo español. Para medir el alcance de esta crisis hemos de tener en

cuenta que la corriente de oposición o «reformista», como se les llamó, engloba a lo más destacado, más solvente y de mayor experiencia de la C. N. T. Su reformismo, conviene advertirlo, no era consustancial con esta tendencia, sino la expresión de la crisis ideológica. Hombres de bastante experiencia y de buen sentido para no creer en los ensueños del anarquismo y, mucho menos, en la eficacia de la locura como táctica, e incapaces, por otra parte, de despojarse de sus viejos prejuicios, el deseo de realizar una labor constructiva, de encontrar una solución en el campo de las viejas ideas les ha conducido a posiciones inseguras, que pudieron inclinarlos por momentos al reformismo. Pero su disposición a defender la revolución y a ir hasta el fin si ven en este sentido una perspectiva clara, en lugar de las brumas anarquistas, es hartamente evidente.

En algunos, como Pestaña, la crisis tomó formas extravagantes. Después de haber intentado crear algo sin salirse de los antiguos postulados, inició su penosa ascensión al mundo de las concepciones políticas, empezando por admitir la necesidad de la lucha política en la escala municipal. Ahora parece que ha dado otro paso más, admitiendo la intervención parlamentaria. La obra de Robinsón en la isla tenía mérito porque la isla estaba desierta y él fue haciendo las cosas sin ayuda de nadie. Pero este robinsonismo de Pestaña, construyendo él solo un nuevo sistema de doctrina con cañas y ramas de árbol, es más que triste. Es como si a alguien se le ocurriera descubrir algo nuevo en matemáticas ignorando todo lo hecho hasta nosotros. De seguro que no descubriría las operaciones elementales, y al contar por los dedos y hacer una raya en la pared siempre que contara diez, podría creerse que estaba descubriendo métodos simplificados de operar. Algo por el estilo le sucede a Pestaña con la actuación política de la clase obrera.

Pero las extravagancias de Pestaña no son, en todo caso, más que una manifestación desdichada de la fase de transición en que se hallan los elementos disidentes de la C. N. T.

En cuanto al ala anarquista intransigente, es dudoso

—no digamos imposible— que logre reagrupar a las masas en torno suyo. Su crédito revolucionario está muy mermado como resultado de sus contradicciones e irresponsables aventuras. El escepticismo político, la gran arma de la propaganda anarquista, que prende como pólvora en el proletariado, va perdiendo eficacia. El proletariado empieza a comprender que no puede prescindir de la intervención política. Lo que sí necesita es una política revolucionaria, no precisamente ruidosa e irresponsable, sino revolucionaria, flexible, cuando así lo exija la defensa de los intereses del proletariado, pero con la flexibilidad del acero que se dobla sin romper y sin que esto se pueda confundir nunca con el doblamiento lacayuno o cortesano de la espinilla. Además se ha comprobado que el anarquismo es incapaz de mantener el apoliticismo ni cuando lo desea. A lo largo de su historia lo estamos viendo caer en las charcas peores y transitar por pasadizos terriblemente oscuros de la política. Los seres más impresentables, las ratas más inmundas de la política y del periodismo, los aventureros de todo género suelen ser los políticos oficiosos del anarquismo. Ya es hora de que los anarquistas piensen, sobre la última experiencia, en cómo al pretender alejarse de los políticos, en general, y en particular de los marxistas, se han ido prendiendo, durante un bienio, en las mallas de la política «marchista».

GLOSAS DEL MES

El mito de Azaña

Antes de analizar el discurso pronunciado por Manuel Azaña el 20 de octubre en Madrid, no será superfluo hacer algunas consideraciones sobre la inmensa muchedumbre que acudió de todo el país a escucharle. A creer a los menos propensos a la alucinación, el número de asistentes debió oscilar entre 400.000 y 500.000 personas. Cualquiera que sea la cifra exacta, siempre sería fabulosa. Antes de la instauración de la República, una concurrencia así hubiera parecido imposible en España. No hay duda de que en estos últimos cuatro años la sensibilidad pública española ha alcanzado una extensión y una intensidad que rara vez se ve superada ni en las naciones de mayor educación política. Desde luego, no creemos que exista en toda Europa un político capaz de que casi medio millón de personas se reúnan espontáneamente para oírle y además paguen la entrada. Aglomeraciones de ese volumen pueden organizarlas, si quieren, un Mussolini y un Hitler, porque en Italia y Alemania la admiración a sus dictadores es obligatoria, y no manifestarla cuando a ello se invita equivale a arrostrar el peligro de perder desde el pan de cada día hasta la libertad y la propia vida.

¿Qué milagroso magnetismo concurre, pues, en este hombre para movilizar una multitud tan enorme, trayéndola, desde todos los vientos del país y no precisamente por la vía gratuita del viento, como suelen viajar los pájaros, sino mediante buenos dispendios para el transporte y el hospedaje, que no paga el Estado, como ha ocurrido con otras concentraciones de masas, que ha de sa-

tisfacier cada cual de su particular pecunia, y si ésta le falta y no quiere privarse del espectáculo, habrá de venir andando y pernoctando unas veces en la cárcel y otras en casas amigas, como tuvieron que hacer muchos asistentes al extraordinario mitin del 20 de octubre? Con ser un orador de primer orden, no hay que pensar que lo que atrae a esos cientos de miles de oyentes es el hechizo de su elocuencia, generalmente demasiado desnuda y literaria —sin grandes metáforas ni latiguillos— para el gusto español corriente; ni lo que suele prometer, que en eso, al contrario que la mayoría de los políticos, Azaña es más avaro que pródigo; ni su ideología liberal y democrática, que para la mayor parte de los que le escuchan es una doctrina en ellos superada. ¿Dónde reside entonces el secreto de su fuerza sugestiva? Nos va a ayudar el propio Azaña a esclarecer este misterio psicológico. En una carta escrita por él a un amigo suyo en el mes de septiembre de 1934, le decía:

«Yo me encuentro ahora convertido en una especie de monstruo para casi la totalidad de los españoles; un monstruo de maldades para los que me aborrecen: sólo me falta beber la sangre caliente de mis víctimas; un fenómeno milagroso para los que me quieren: sólo me falta curar las escrófulas o el tracoma con la imposición de manos. Todo este ruido fabuloso que se hace en torno mío, sin que yo lo haya buscado, lo contemplo desde mi indolencia con mucha sorpresa y alguna risa; pero comprendo que puede conducir, a fuerza de temores y de esperanzas, a inutilizarme.»

El doble autorretrato de Azaña que brota de esas líneas, como visión que los demás tienen de él y como visión de sí mismo, es una obra maestra. Traducido lo que él escribe a otro lenguaje, diremos que, en efecto, Azaña es un mito demoníaco creado por las derechas españolas. Sólo en un país de tan copiosa mitología católica, que lleva aparejada la correspondiente demonología; sólo en un pueblo donde una parte de su conciencia social ha sido tan deformada por veinte siglos de catolicismo animista, se concibe que el terror y, al mismo tiem-

po, la furia de las clases oligárquicas derrocadas el 14 de abril de 1931 hayan hecho de este hombre un símbolo demoníaco, el brazo destructor de sus privilegios. La doctrina satánica que anunciaba el fin de la civilización, de la cultura, de la patria, de la familia, de todo lo constituido para la defensa de la propiedad privada, era el marxismo, y lógicamente el antimarxismo representaba la doctrina divina, la ortodoxia en materia política y social; pero, hecho curioso, el Anticristo en quien se incorporaba esa perversidad diabólica no era un Francisco Largo Caballero u otro socialista cualquiera, sino Manuel Azaña, un republicano liberal, un partidario del régimen de propiedad privada, un exponente de los intereses de la pequeña burguesía expoliada y dominada por las grandes oligarquías feudales de la nobleza territorial y de la Iglesia predatoria e intolerante.

Y sólo en un país de la tradición inquisitoria que tiene España, donde a los poseídos del demonio se les salvaba quemándolos en la hoguera, se comprende que las clases católicas y privilegiadas hayan perseguido a Azaña con el encono con que han venido haciéndolo, hasta encarcelarle por los sucesos de octubre de 1934. Y si no le quemaron o fusilaron, no fue por falta de ganas, sino de pruebas o pretextos suficientes.

Esta campaña persecutoria contra un hombre elevado a mito demoníaco por las derechas ha producido esta reacción afectiva que se manifiesta en los mítines, esta adhesión sentimental de las masas populares por el perseguido. Por una ley de compensaciones, el mito demoníaco de los unos se transforma en ídolo para los otros. Las persecuciones religiosas de la Edad Media produjeron epidemias de endemoniados, de muchedumbres de hombres y mujeres que iban a los aquelarres a pactar con el diablo. Luego hay demonios simpáticos, por lo que tienen de inteligentes, de intolerantes con la estupidez y de incorruptibles, como lo era el demonio familiar de Sócrates.

Azaña personifica hoy el buen demonio socrático de las izquierdas españolas, no sólo por perseguido, sino

también por ser el republicano más representativo de la revolución democrática en España. De la mayoría de los otros se duda, con razón. ¿Qué fe, por ejemplo, puede tener la clase obrera por un Martínez Barrio y por cuantos, como él —y son los más—, si se vieran obligados a elegir entre una España gobernada por los socialistas y una España gobernada por los partidos católicos y monarquizantes, optarían por esta última? Azaña no es —creemos que no lo es— partidario de la unidad republicana por el fetichismo de la unidad. La unidad política ha de aplicarse a un fin, y si no hay ni puede haber acuerdo sobre el fin, si unos quieren la revolución democrática en la realidad y no sólo sobre el papel, y otros no, ¿para qué sirve la unidad? El denominador común de la República no basta, porque una República puede ser ultraoligárquica y ultracatólica, como algunas de América, y ésa no interesa a un verdadero republicano.

Sospechamos, por este motivo, que va a ser difícil la unión de los partidos republicanos llamados de izquierda, sobre todo si pretenden arrastrar a una alianza electoral al partido socialista. Esta alianza —suponiendo que el partido socialista la aceptara— habría de concertarse sobre un programa de acción mucho más radical que el que sirvió de base a la coalición revolucionaria de 1930. ¿Qué partidos republicanos suscribirían ese programa? Y un programa republicano que no pueda apoyar mínimamente el partido socialista sería un programa inútil. Porque nos imaginamos que los republicanos no se harán la ilusión de creer que las masas que van a sus mítines no son más que republicanas.

Esta ilusión no se la hace seguramente Azaña. Es demasiado inteligente para no darse cuenta de que la mayoría de los que le oyeron en Madrid, como antes en Bilbao, no ven en él, además del hombre perseguido por el odio oligárquico y teológico, sino la negación y la protesta contra todo lo que pulula en esta España entre picaresca y teocrática resurgida en las fraudulentas elecciones de 1933: la austeridad, frente a la corrupción; la inteligencia cultivada, frente al cretinismo indocto y a la

petulancia audaz; la entereza de carácter, frente a la doblez y la infidencia; el espíritu público, frente a la rebatiña secreta; pero sobre todo eso ven al republicano cuya misión es realizar, por lo menos en parte, la revolución democrática frustrada en el bienio de 1931-1933, no para permanecer en ella, sino para transformarla pronto en una revolución social que liquide el régimen económico vigente.

Los que creen que la clase obrera española ha recaído en las ilusiones del republicanismo democrático, porque acude en grandes masas a los mítines de Azaña y le aplaude con afecto, se equivocan lamentablemente. La adhesión a un hombre superior maltratado por los inferiores, por los resentidos, es un acto sentimental de justicia que no implica adhesión incondicional a su específica ideología republicana. Para esas masas Azaña no simboliza una restauración del 14 de abril, sino la promesa de otro abril menos eufórico y más eficaz, preludio a su vez de otro abril u otro octubre que está más allá de la República democrático-burguesa. Y lo más lamentable de todo sería que se engañase el propio Azaña. Esperamos que no. Esperamos que su fino demonio interior le ilumine sobre su papel en la historia de España, como a Sócrates le iluminaba el suyo. Y que, entre tanto, siga creciendo en torno de él el mito demoníaco creado por el rencor y la impotencia de las oligarquías agonizantes. Aunque a él le causa mucha sorpresa y alguna risa, según dice en la carta transcrita, acepte ese destino, que los mitos políticos pueden ser útiles, a condición de que ante ellos sólo pierdan la cabeza los que los temen.

El discurso de Azaña

El público esperaba sin duda un poco más de precisión en la crítica de la política internacional del Gobierno que ha tenido que intervenir en el conflicto italoetíope. A nuestro juicio, lo grave no es que el Gobierno contribuyera al fracaso de la Sociedad de Naciones con una

conducta equívoca, como dijo el orador. La existencia de ese organismo no depende de lo que haga una pequeña potencia como España. Si ha podido resistir la ausencia de los Estados Unidos y, posteriormente, el apartamiento del Japón y Alemania, y está dispuesto a afrontar la retirada de Italia antes que transigir con su agresión a Abisinia, poco puede importarle que España se quede o se marche.

.....

Según el Pacto de la Sociedad de Naciones, a que pertenece España, el Estado italiano, declarado agresor, está virtualmente en guerra con todos los Estados que integran la organización ginebrina, y, por tanto, todos estos Estados están en guerra con Italia. La escala de las sanciones es una serie de actos de guerra que los Estados agredidos, y entre ellos España, dirigen contra el agresor, para reducirle a obediencia e imponerle la paz. ¿Qué significa, en estas circunstancias, pedir que España conserve su neutralidad o conducirse como si no estuviera en guerra? Significa, sencillamente, ponerse al servicio del enemigo y traicionar al propio Estado.

.....

Por falta de espacio no podemos glosar todos los puntos del discurso de Azaña con los cuales estamos conformes o disconformes; pero tampoco queremos dejar de recoger, aunque sea someramente, algunos relacionados con la política del porvenir. Uno es el tópico de la convivencia. Azaña no se niega a la convivencia; «pero —se pregunta—, ¿en torno de qué? ¿Sobre miles de injusticias y de vejaciones y de cohechos? ¿Sobre miles de insultos y de violaciones de la ley? Sobre la subversión de la República, ¿qué convivencia?». Y nosotros añadimos: ¿pero quiénes han subvertido la República? ¿Sólo los que están en el Poder? ¿Y los que les prepararon el asalto a él con las elecciones de 1933? ¿No son ellos tan responsables como los que luego han hecho la convivencia imposible? ¿No fueron sus cómplices? ¿Cómo olvidar, pues, sus vilezas? ¿Es posible la convivencia con todo eso? No

sabemos si lo será para Azaña; pero para la mayoría de los que fueron a oírle, seguramente no.

.....

De nuevo repitió Azaña lo de que no basta la amnistía para una coalición electoral. Tampoco le entusiasma, por lo visto, el proyecto de un «frente popular» de partidos republicanos y obreros. A ello parecía aludir al declarar que «somos todos mayores de edad, y es a nosotros, según nuestro leal saber y entender, a quien nos cumple medir los pasos que hay que dar para el fin propuesto», y que «lo siento mucho, pero a ninguna de las fuerzas políticas que estamos preparando el frente electoral nada nos hará dar un paso en falso». Azaña no siente impaciencia por las alianzas electorales. Por lo menos, no quiere edificarlas en el aire. El frente popular, ¿para qué? ¿Qué harán en el Gobierno los partidos republicanos triunfantes, si triunfan?

.....

Azaña no promete mucho en su discurso, y lo que promete no es muy preciso; pero tampoco quiere cheques de confianza en blanco, sin duda porque a muchos de los que hoy están dispuestos a concedérselos alegremente, quizá mañana, una vez en el Poder, todo lo que él hiciera les parecería poco y se llamarían a engaño. Hombre escarmentado y de honradez indiscutible en sus tratos, aspira por las trazas a fijar pactos y compromisos. Sin embargo, en su discurso no hace proposiciones muy concretas. Tal vez porque, hombre también discreto, no quiera aparecer él como dictando normas personales, cuando deben ser obra colectiva de los partidos republicanos de izquierda. ¿Pero no existe ya esta obra, este programa? ¿A qué se espera para sacarle a luz? ¿No será su gigantesco volumen —según nos dicen— lo que hace embarazosos sus movimientos? En rigor, todo lo que los partidos republicanos puedan ofrecer y los partidos obreros admitir —si a ello se decidieran— cabe en un papel de fumar. Y esto lo sabe mejor que nadie Azaña.

Núm. 18. Madrid, octubre-noviembre de 1935

LOS SOCIALISTAS EN EL PRIMER BIENIO (1)

Por LUIS ARAQUISTÁIN

Errores necesarios

En el momento de escribir este prólogo al libro de Segundo Serrano Poncela que el lector tiene ante los ojos, polemizo en la prensa obrera con otros camaradas sobre un tema que también el autor de esta obra estudia y enjuicia. Me refiero a la participación ministerial del partido socialista en los Gobiernos del primer bienio de la segunda República española. Sin ánimo de entablar con Serrano Poncela una discusión, que en este sitio sería, no ya inoportuna, sino impertinente, creo, sin embargo, útil para el prestigio del partido socialista español y para el esclarecimiento de un importante problema de táctica glosar algunas de las opiniones del autor en torno al tema aludido.

Para Serrano Poncela no hay duda: aquella participación ministerial estuvo justificada en principio, pero no así el modo en que se realizó. «Se ventila en este caso —dice el autor— una cuestión de principios, y la responsabilidad que a la participación gubernamental cabe en el fracaso de octubre se debe, no a la participación en sí, que era inexcusable, sino al modo de entender esta participación». ¿Cómo se debió haber entendido esta participación, a juicio de Serrano Poncela? Lo declara sin ningún eufemismo: «despreocupándose de las conveniencias nacionales», «pendientes siempre de los intereses peculiares de la organización obrera, en engaño continuo y

(1) Prólogo al libro *El Partido Socialista y la conquista del Poder*, de Segundo Serrano Poncela.

hábil al adversario que, de modo circunstancial, camina como amigo». «De esta forma, al curso de los días, el partido revolucionario solamente encontrará ventajas en su participación ministerial, porque tendrá en sus manos los resortes del Poder, la patente de corso para traicionar al que obligadamente le concede esta beligerancia... Si al mismo tiempo se realiza un trabajo de preparación insurreccional, puede afirmarse que se producirá un momento preciso en que, hallándose maduras las condiciones objetivas revolucionarias, podrá ser transformada la República democrática en dictadura de la clase trabajadora.»

He aquí un bello programa... para escrito en 1935. Ni en 1930, cuando se preparaba el derrumbamiento de la monarquía, ni en 1931, ya instaurada la República, lo propuso nadie. La caída de la execrada monarquía feudal, sin que en el instante se derramara una sola gota de sangre, sólo por el pánico que en el monarca y en los monárquicos produjeron unas elecciones municipales que únicamente en las grandes ciudades dieron una mayoría republicana —en el campo la mayoría siguió siendo monárquica—, suscitó tal euforia en los partidos triunfantes, que nadie, ¡nadie!, pensó entonces en transformar la revolución democrática en revolución proletaria. Conviene no olvidar los orígenes de la segunda República española y el estado ambiente nacional, de alegría y entusiasmo generales, que se creó con tal suceso. Hoy todo aquello nos parece pueril e ingenuo hasta la simpleza; pero de las ilusiones republicanas participó la inmensa mayoría del país, y acaso más que nadie la clase obrera, toda la clase obrera, incluso los anarquistas. Era natural. El problema de acabar con la monarquía había gravitado muchos años en la conciencia del proletariado español como una pesadilla, sin dejarle resquicio para concebir, y mucho menos para preparar su propia revolución. Primero, la República democrática; lo demás vendría de añadidura. Esta era la aspiración común.

A la exaltación de los primeros meses siguió la inquietud de que los monárquicos pudieran dar un golpe

de mano contra la linda República recién nacida mágicamente, sin dolor, sin una desgarradura, como parece que nacen los seres divinos concebidos sin mancha... Había que defenderla y consolidarla, pues era la República «de todos los españoles». Esto seguía pensando la mayoría de la clase obrera. Si en el curso del primer año y aun parte del segundo un hombre o un grupo del partido socialista o de cualquier otro se hubiera levantado para decir: «Superemos la República democrática, preparemos la revolución proletaria, organicemos la insurrección con ayuda del Poder», seguramente los hubieran tomado por locos, cuando no por agentes provocadores al servicio de los monárquicos, y la clase trabajadora les hubiera vuelto desdeñosamente la espalda. No había ambiente para una revolución social; sostener o imaginarse otra cosa es confundir la utopía con la realidad.

¿Pudo haberse creado ese ambiente desde el Poder, como insinúa Serrano Poncela? No parece probable. De haberlo intentado públicamente, allí hubiera terminado la colaboración de los socialistas con los republicanos, que se hubieran llamado a engaño y nos hubieran despedido del Gobierno. Pero el propio Serrano Poncela ya dice que debió hacerse secretamente, «engañando» a nuestros colaboradores en el Gobierno, preparando a sus espaldas la insurrección. Permítame mi amigo asegurarle que este maquiavelismo, que él hubiera deseado para aquellas circunstancias, hubiera sido excesivamente candoroso. Los demás no son siempre tan tontos como uno los imagina. Cuando se trata de hacer, de mover ánimos, hombres, masas y cosas —en este caso armas—, el engaño de unos ministros a otros no es fácil; es mucho más fácil desde la oposición y desde la calle.

Todavía si el partido socialista, como el más fuerte y numeroso, hubiera reclamado para sí la jefatura del Gobierno y los partidos republicanos lo hubieran consentido —lo que es dudoso—, le hubiera sido posible organizar su revolución desde el Poder y aun dar un golpe de Estado cuando lo hubiera creído conveniente; pero la clase obrera, repito, más que una revolución proleta-

ría, quería entonces una política de reformas dentro de la República democrática, y le hubiera parecido un desatino preferir aquellos ministerios a los de Trabajo, Instrucción u otros desde los cuales se podían realizar las reivindicaciones mínimas del proletariado, como así se hizo.

Hoy nos parece a algunos un error esta preferencia; pero entonces nadie tampoco propuso otra cosa, ni en las alturas del partido ni en la base. También era natural. El partido en masa —y asimismo las Juventudes Socialistas a la sazón, si no estoy equivocado— consideraba la participación ministerial como una corvea transitoria al sostenimiento de la República, y nadie de los nuestros quería tener el menor contacto con la fuerza pública, para reducir al mínimo la responsabilidad de su intervención en los conflictos de orden. Hoy, con la experiencia adquirida, probablemente no obraríamos así en circunstancias semejantes; pero todas las críticas que ahora se hacen, que todos hacemos, son posteriores —su fruto— y no anteriores —su previsión— a esa experiencia. En el fondo, más que críticas, son lamentaciones por la ocasión perdida.

Mi pensamiento, en suma, es el siguiente: la experiencia de la participación ministerial fue errónea, pero al propio tiempo necesaria. Pues en la historia, como en la vida individual, hay errores necesarios, y a eso equivale decir proverbialmente, según la sabiduría popular, que nadie escarmienta en cabeza ajena o que perdiendo se aprende. El error fue creer que en colaboración con partidos burgueses, por muy radicales que se titulasen, se podría llevar a cabo una revolución democrática a fondo, es decir, la destrucción de las grandes fuerzas oligárquicas tradicionales, la propiedad señorial y latifundista, la Iglesia Católica, la casta militar y burocrática, el capital financiero. Para eso hubiera sido preciso crear una fuerza revolucionaria propia, como quiso Largo Caballero, según estas palabras de Serrano Poncela: «Recuérdese cómo Largo Caballero propuso en diferentes ocasiones el armamento del pueblo y cómo su propuesta no fue

compartida ni aun por sus compañeros de colaboración». Si esto fuera cierto, ¿cabría prueba mayor de la ineficacia de una colaboración socialista minoritaria en un Gobierno de coalición a un proceso revolucionario? La burguesía, la pequeña, como la grande, no querrá nunca que se arme el pueblo, es decir, la clase obrera, por temor a que ésta aplique esa fuerza a su propia revolución contra la propiedad privada, como se comprobó, una vez más, en la conducta de la Generalidad de Cataluña durante los sucesos de octubre.

Es probable, como asegura Ossorio y Gallardo, que el Estado central tenga contraída una deuda de gratitud con el «patriotismo» del Gobierno catalán, pues sin su pasiva insurrección la Generalidad hubiera tenido que hacer frente al proletariado de Cataluña, sosteniendo una lucha de resultados problemáticos, a causa de las contradicciones internas que caracterizaban a las fuerzas políticas del Poder regional. Mientras que su levantamiento, meramente oratorio, contra el Gobierno de Madrid, sirvió de diversión estratégica para distraer al proletariado, haciéndole perder un tiempo precioso, y para que el Estado central, más coherente que el Gobierno de la región autónoma, se adueñara rápida y firmemente de Cataluña.

También fue otro error pensar que la inserción en la *Gaceta* aseguraba el cumplimiento y la permanencia de las reivindicaciones obreras. Yo veía en el Ministerio del Trabajo a Largo Caballero ocupado febrilmente día y noche en preparar y dictar leyes sociales de profundo alcance para la desarticulación del caciquismo tradicional. Si algunas de ellas, como la de Términos Municipales, hubieran echado raíces en la realidad española, las oligarquías históricas hubieran quedado hondamente quebrantadas. Pero no sólo después de la retirada de los socialistas, sino mientras estuvieron en el Gobierno y aun en los primeros meses, ya se veía la inutilidad de aquel esfuerzo. Mientras Largo Caballero trabajaba con frenesí en confeccionar leyes y leyes, yo recibía en la Subsecretaría del Trabajo comisiones obreras que venían

diariamente de los campos castellanos, andaluces, extremeños, a denunciarnos que las leyes ya vigentes no se cumplían, que los caciques seguían mandando y que la fuerza pública nada hacía para meterlos en cintura. Rechinando los dientes, de impotencia y rabia, las enviábamos a Gobernación o reclamábamos personalmente a este ministerio o al que fuera. Se contestaba a los obreros o a nosotros con buenas promesas; pero las leyes más eficaces no se cumplían o sólo a medias, porque los caciques eran fuertes y porque no había que «favorecer demasiado la política socialista». Estaba visto: sin tener una fuerza superior en la mano, no se puede hacer una revolución, por pequeña que sea, no ya en la calle, sino en el Poder mismo.

Pero esos errores, insisto, fueron necesarios. Sin ellos, sin la experiencia en que se hicieron patentes, sin la participación ministerial de los socialistas, con todas sus consecuencias y enseñanzas, es probable que hoy siguiéramos viviendo todavía en plenas ilusiones republicano-democráticas, como viven otras fracciones del partido. No hay que renegar de ese ensayo, porque gracias a él sabemos, sin ninguna duda, que el proletariado sólo podrá realizar, no ya su específica revolución socialista, sino la previa democrática, por su propia y exclusiva fuerza, sin colaboración con nadie, después de llegar al Poder por la violencia. Esto es lo que hemos aprendido del bienio republicanosocialista. Enseñanza inmensa.

Sin esos dos años de amargo, pero fecundo aprendizaje, el partido socialista español no sería aún un partido revolucionario —en sentido insurreccional—, o lo sería muy débil.

En este sentido y con las reservas anteriormente expuestas, el libro de Serrano Poncela merece plácemes, porque ahonda y amplía la crítica del movimiento de octubre iniciada en el folleto *Octubre*, de las Juventudes Socialistas. También Serrano Poncela pertenece a ellas. Hay que reconocer —nos guste o no y estemos o no de acuerdo con todo lo que dicen y escriben— que, hasta ahora, la crítica mejor, teórica y táctica, del actual pro-

ceso revolucionario español la están haciendo los jóvenes. Pero sería pueril —o senil— no ver en esa actitud más que una expresión de la lucha clásica, realmente biológica, de los jóvenes contra los viejos. Es mucho más que eso. La prueba está en que Largo Caballero no es ya ningún mozo y esta juventud le acata como maestro de acción indiscutible. Lo que ocurre es que esta nueva generación socialista está más cerca, en general, de la primera generación del socialismo contemporáneo que de la segunda o intermedia. Aquélla se había inspirado directamente, o a través de los primeros propagandistas internacionales, en Marx y Engels, y la actual o tercera generación ha bebido en las fuentes de Lenin y de la Revolución rusa. Y para muchos socialistas de la segunda generación no existen ni la Revolución rusa ni Lenin, y mucho menos Marx y Engels. El desacuerdo tiene que ser, pues, inevitable.

La generación de los socialistas maduros se formó en la época de la estabilización y prosperidad del capitalismo, de las ilusiones liberales y democráticas, y la mayoría de ellos no ha podido superar esa fase ideológica y política. La generación actual se ha formado en la época de la revolución proletaria (en Rusia) y del fascismo (Italia, Alemania, Austria, etc.). El marxismo y el leninismo de los unos, y el antimarxismo y el antileninismo de los otros, más o menos disimulado, no son caprichos subjetivos, sino manifestaciones de una realidad histórica modificada en dos o tres décadas.

En suma: lo que atrae en esta juventud es no sólo su ímpetu revolucionario —lo que no sería mucho, porque hay muchos revolucionarios que son idiotas de nacimiento, como lo prueban las hordas fascistas en todos los países—, sino su extraordinaria madurez mental. Confieso que, en general, no siento desmedida simpatía por un hombre joven. Me parece el suyo —mientras no demuestre lo contrario— un estado de imbecilidad latente, que puede corregirse con el tiempo. A veces no se corrige. Hay que esperar. Digo esto para que nadie piense que trato ahora, ni he tratado nunca, de ser lisonjero con

ninguna clase de juventud, por táctica política o por vano afán de proselitismo didáctico, como les ocurre a muchos viejos verdes intelectuales que todos conocemos. A veces puede acontecer, y acontece, que los jóvenes arrastren a los maduros y viejos, no por su juventud, sino por la fuerza y frescura de su intelecto, por su capacidad creadora. Ya dijo el clásico alemán que el hijo es el padre del hombre, como todo pasado nos parece una forma infantil o imperfecta del presente. Lo más natural es que haya coincidencias espontáneas entre hombres de distintas generaciones, lo mismo en la madurez juvenil que en la decrepitud senil. Hay jóvenes que nacieron viejos y ancianos que no envejecen nunca.

En el problema de las generaciones hay siempre la posible interferencia de un desplazamiento histórico, que agrupa a los hombres no tanto por las edades como por la vivacidad del intelecto para percibir la realidad nueva y la disposición de la voluntad para dominarla. Esto está ocurriendo en España. La experiencia del bienio republicanosocialista y la experiencia de octubre han revolucionado las relaciones internas del Partido Socialista y las de éste con las Juventudes Socialistas. Fruto saludable de esta revolución íntima es el presente libro. Los fetichistas de la unidad volverán a echarse las manos a la cabeza o las esgrimirán contra el libro y contra el prólogo, que, sin estar conforme con todo él, como consta en lo que antecede —y en otros aspectos cuyo examen haría interminable este prólogo— recomienda su lectura. No importa. Contestemos como contestaba Lenin a Trostki cuando éste, en el Congreso del Partido Socialista ruso celebrado en Londres en 1907, le censuraba por manifestar públicamente sus desacuerdos con otros compañeros: «No es inteligente ni digno de un partido obrero ocultar sus discrepancias.»

Y, en último término, la unidad de un partido será deseable para las batallas electorales y parlamentarias; pero, cuando de hecho no existe, es fatal para las jornadas insurreccionales, como el libro de Poncela demuestra con abundancia de datos y de razones.

Núm. 19. Madrid, diciembre de 1935

GLOSAS DEL MES

Los socialistas y el parlamentarismo

Cuando escribíamos las Glosas del número anterior se tramitaba una crisis de Gobierno, una más de las innumerables que ha habido desde fines de 1933, y no estamos seguros de que, cuando se publiquen estas líneas, el Gobierno presidido por el señor Chapaprieta no haya pasado, no diremos que a la Historia, porque la Historia, felizmente, no es tan poca cosa, sino al mundo de larvas de que proceden estas criaturas incompletas o fantasmales que han invadido la República española, escapadas unas de los polvorientos panteones monárquicos y otras de los medievales sepulcros teocráticos o de la vieja literatura picaresca, sin que nadie pueda explicarse qué vienen a hacer en esta hora y en este punto de la vida española, como no sea a patentizar la trágica contradicción entre un pueblo que aspira a dar el gran brinco al futuro y estas rémoras del pasado que se adhieren con desesperación parasitaria al cuerpo social y tratan de paralizar todos sus movimientos.

Virtualmente, las Cortes de 1933 nacieron muertas, porque fueron el fruto de haber coaccionado, embaucado o corrompido la voluntad nacional. Cada crisis ha sido un ensanchamiento de la sepultura donde van a ser enterradas. Ahora se ve, mejor que nunca, la eficacia del apartamiento de los socialistas, aunque la eficacia hubiera sido aún mayor si se hubieran retirado antes de las Cortes. La presencia de los socialistas en el Parlamento, después de octubre de 1934, sólo hubiera servido para galvanizar el cadáver de esta situación política, dándole una apariencia de vitalidad. Hubiera servido también

para legitimar una serie de leyes contra los propios socialistas y, en general, contra la clase obrera, como la proyectada de Asociaciones y otras igualmente reaccionarias, que necesitaban, para adquirir una sombra de validez, la colaboración legal de las oposiciones más interesadas.

La dictadura capitalista no puede pasarse sin el concurso de su víctima, la clase trabajadora, para imponerle, bajo la máscara de la legalidad, sus designios de clase dominante. De ahí que rara vez prescinda de la ficción parlamentaria —no ha prescindido en Italia ni en Alemania—, porque necesita de esa ficción para cubrir y disimular, con el manto de la convivencia y con el simulacro de la discusión libre en torno a los proyectos de ley, el antagonismo irreconciliable de las clases en lucha que se disputan el poder político; poder que no puede ser compartido jamás, porque cuando se intenta hacerlo, la representación obrera o sale burlada, como ocurrió en España en el primer bienio de esta segunda República, o acaba sirviendo a los intereses de la burguesía, como acontece en casi todos los países donde los socialistas han gobernado o gobiernan. (Véase, sobre este particular, el artículo que publicamos en otro lugar de este número sobre la conducta de los socialistas en el Gobierno de Dinamarca.)

¿Quiere esto decir que los socialistas deben renunciar en todo momento a la acción parlamentaria? De ningún modo. Pero con esta condición: que en el Parlamento estén para descubrir y acentuar en cada caso la lucha de clases planteada en el seno de la sociedad capitalista y reflejada en la superestructura jurídica, no para colaborar con los partidos burgueses en el disimulo de esa lucha, escudándose tras el celestinaje de «la convivencia» o «del interés nacional». Esa debe ser la misión de una fracción socialista revolucionaria; pero si no lo es, mejor se está en sus casas.

El problema, pues, de la acción parlamentaria de un partido socialista no depende de ningún principio teórico, sino de la naturaleza de los hombres elegidos para

ese cargo, porque puede ocurrir que la masa y la dirección del partido deseen en todos los terrenos y, por tanto, también en el Parlamento, una política de implacable lucha de clases, correspondiente al hecho fatal que se da en la entraña de la sociedad capitalista, y que, en cambio, su representación parlamentaria, por vicios del procedimiento para seleccionar los candidatos, practique en conjunto una política más o menos franca de colaboración de clases en la obra legislativa. Este es el gran peligro del parlamentarismo: olvidarse de la lucha de clases, de la esencia de un partido socialista revolucionario.

De acuerdo con este criterio, ya se comprenderá que lo capital para un partido socialista no es el número de diputados ni, por tanto, los pactos previos o posteriores que se hagan con vistas o por consecuencia de ese número, sino la masa y la calidad de la masa que representan en el país y la calidad de los propios diputados. El socialismo es una política de largo alcance histórico que no se puede malbaratar en las escaramuzas diarias del salón de sesiones y de los pasillos del Congreso, so pena de degenerar en un partido más al servicio de la burguesía, como los de algunos países del centro y norte de Europa. Tampoco significa esto que no cabe otra política que el todo o nada del César. Aspirando a todo y no cediendo en nada, siempre se logrará mucho más que no aspirando a nada y cediendo en todo, como hacen, suicidamente, tantos partidos socialistas.

Este matiz diferencial —transacción y colaboración permanente o lucha de clases permanente— es lo que, en último término, distingue a unos socialistas de otros. Y ese matiz es el que habrá que tener en cuenta para las candidaturas socialistas en las próximas elecciones españolas, según sea el sentir, no de esta Agrupación local o la otra, sino del conjunto del partido, sentir que sólo pueden interpretar, naturalmente, los organismos centrales.

Pasión y muerte del anacrónico partido radical

Quienes se resisten a reconocer que es la lucha de clases la fuerza determinante de toda política, dense o no clara cuenta sus actores, pasen la mirada por el actual panorama político de España y se convencerán de que todo lo que ha ocurrido y está ocurriendo desde hace cuatro años no es otra cosa que el desplazamiento de los partidos menos representativos de clases definidas por otros que son mejor exponente de fuertes y articulados núcleos sociales. Lo que acaba de acontecer en Inglaterra, donde las elecciones han devorado para siempre a los partidos liberales, representantes en otro tiempo de la burguesía perteneciente a la escuela manchesteriana, está ocurriendo en España y en mayor o menor grado en el mundo entero. En todas partes la burguesía está dejando de ser liberal, antiimperialista y pacifista, y, como es lógico, se adscribe a los partidos conservadores, defensores a ultranza de los privilegios de la propiedad privada en el interior y en el exterior, frente a la clase obrera y frente a las naciones rivales. El fracaso del liberalismo económico y, por consiguiente, el fracaso también de toda la ideología levantada sobre esa base, ha reforzado las posiciones sociales y políticas del capitalismo conservador, cuya expresión extrema es el fascismo.

El error de España en 1931, como el de Alemania en 1918, fue querer instituir una República liberal y democrática cuando el liberalismo estaba virtualmente agotado y cuando la democracia apenas era ya utilizable como hoja de parra de la dictadura burguesa. Aquellos grandes partidos republicanos que vinieron a nuestras Cortes Constituyentes carecían de realidad positiva en el país: estaban nutridos, de una parte, por votos obreros cuya conciencia política había superado o superaría pronto los mitos ideales de la República democrática, y de otra, por los votos de una burguesía atemorizada con el cambio de régimen y dispuesta a aplacar, de momento, con su zalema electoral, las supuestas iras de los nuevos señores. Antes de dos años, viendo la inocuidad republicana, esta

burguesía no sólo se había recobrado del pánico el 14 de abril, sino que se había decidido a contraatacar a los hombres y partidos del nuevo régimen. Empezó haciendo de bruja macbethiana cerca de los componentes más paranoicos o más débiles, en lo moral como en lo intelectual, del bloque republicanosocialista, diciéndoles: «la República debe ser sólo de los republicanos»; «tú serás jefe de Gobierno»; «tú serás ministro».

Así se escindió el bloque, y los secesionarios, con el partido radical a la cabeza, fueron después los encargados de contribuir con su obstrucción y sus difamaciones a desalojar el resto del bloque del Poder. La burguesía conservadora, repuesta de su pasado terror, comenzaba su obra de eliminación de los partidos más genuinos de la democracia y el liberalismo republicanos, por sus concommitancias con el partido socialista y por no prestarse a ser dóciles instrumentos de algún sector influyente del capitalismo. Fieles a la utopía de creer que el Estado es una entidad metafísica que está por encima de los bandos y antagonismos sociales y que se puede gobernar sin tener predominantemente en cuenta los intereses capitalistas, pero también sin someterlos, con todos sus órganos y poderes y por todos los medios necesarios, a una dictadura de gobierno, los republicanos no se percataron de que tenían minado el terreno hasta el mismo instante en que rodaban por tierra. El coeficiente personal pudo acelerar el proceso, pero no determinarlo por completo, porque ese coeficiente era, a su vez, un barómetro de las clases sociales hostiles. La lección fue dura, pero tememos que los republicanos no la hayan aprendido aún en toda su integridad. No así los socialistas, que ya saben para estas fechas, y para siempre en España, que sólo se puede gobernar sin someterse al capitalismo aherrojándolo previamente.

Peró el proceso no se podía detener ahí. Era inevitable que el turno le llegara también un día a Alejandro Lerroux y a su partido radical. El escándalo del *straperlo* no ha sido la causa eficiente de su separación personal del Gobierno, sino un pretexto hábilmente aprovechado

por la burguesía financiera y agraria para eliminar a un hombre y una tertulia de familiares y amigos, no porque no sean condescendientes y serviciales con esa burguesía —lo son, al contrario, en grado superlativo—, sino porque socialmente no representan nada y porque, en punto a discreción y tacto en el uso de las preeminencias del Poder, han demostrado no ser bastante prudentes. A la burguesía no le importa que sus servidores los hombres públicos no sean honestos, pero sí que lo parezcan, porque una atmósfera de escándalo daña siempre a la buena marcha de los negocios, que se mueven mejor en un ambiente de secreto y sigilo. Al partido radical le ha faltado técnica social para desenvolverse con la obligada cautela por los entresijos que enlazan la política con la economía privada. Esto los hombres públicos de la monarquía acertaban a hacerlo con más elegancia, y ya también, seguramente, algunos republicanos de nuevo cuño. Hay una picaresca aristocrática y una picaresca plebeya; aquélla es consentida, y ésta no, pues ofende, no tanto por su contenido como por su forma.

Aparte de esto, sería erróneo suponer que la burguesía ha eliminado a Lerroux, después de haberse servido de él contra Azaña y los socialistas, porque le estorban su masonería o su republicanismo. En gran candidez incurriríamos pensando tal cosa. La masonería es una institución anacrónica y, en el fondo, antirrevolucionaria, que hoy debe preocupar, y preocupa, más que a sus enemigos históricos, los jesuitas, a los partidos socialistas, por considerarla como un órgano de la política de colaboración de clases. Los jesuitas, si fueran inteligentes, debieran fomentar las logias masónicas, como instrumentos eficaces contra la revolución social.

En cuanto al republicanismo de Lerroux, no creemos que sea más ardiente que el de Gil Robles o el de Martínez de Velasco; si lo fuera, no se comprende que haya podido convivir gubernamentalmente con ellos. Hoy es un poco pueril hablar de pureza o antigüedad republicanas. En las Repúblicas como en las Monarquías, no hay más que dos clases de partidos: los que defienden el ca-

pitalismo y los que lo combaten en sus fundamentos. Los partidos que no están francamente con o contra el capitalismo no tienen ya razón de ser, aunque ellos se imaginen otra cosa, como se lo va demostrando la historia contemporánea. Lerroux, fuera de su lejana juventud demagógica, ha estado siempre al lado del capitalismo, y nada platónicamente. Pero esto no basta para inspirar plena confianza a los capitalistas, independientemente de la mayor o menor prudencia en los contactos con el capitalismo, que es la técnica social a que antes aludíamos. Hace falta, además, otra técnica más específica: la del político que también es un buen hombre de negocios, como lo es un Baldwin — y no el pobre diablo de Mac Donald— o cualquier jefe de Gobierno francés.

Hoy la política capitalista exige hombres de gobierno bien entendidos en el mundo de los grandes negocios. Lerroux no es de esos. Intelectual, política y económicamente, es un hombre de otro siglo, de otro clima social, de otra geografía histórica. En alguna República centroamericana sería el gobernante ideal. En España resulta mucho más anticuado que un conde de Romanones, que, en esencia, no es menos republicano que Lerroux y, en cambio, es un águila de los negocios. Si se decidiera a pasar el Rubicón de las formas de Gobierno, Romanones podría ser el hombre más representativo de esta República plutocrática. Lo decimos sin ironía. Tendrá que serlo Alba, heredero presunto de Lerroux y figura polarizadora de la España financiera y agraria.

Gil Robles tampoco es el hombre para ese menester. Se lo estorbaban su incipiente de abogado de jesuitas, su pedantería provinciana de profesor de Derecho administrativo y esa ingenuidad suya de creer que los ricos se van a dejar persuadir de que deben dar lo que les sobra a los pobres. ¿A qué rico le sobra nunca nada? Desde los cínicos griegos, ningún rico se ha desprendido jamás espontáneamente de su fortuna. Y al lujoso Cinosargo de Gil Robles sólo acuden jóvenes ávidos de enriquecerse o de conservar lo que tienen. En esa panacea de la renuncia por obra de la fe católica —muy inferior a la de

Antístenes y los otros cínicos— ya no cree ni ese otro utopista que se llama don Angel Ossorio y Gallardo. Y los ricos, claro está, creen muchísimo menos.

La revisión constitucional y la mística parlamentaria

Todo induce a pensar —señaladamente después de su último discurso a los jóvenes de Acción Popular— que Gil Robles no tiene la madera de dictador que esperaban de él algunas derechas. Puede ser cuestión de temperamento y hasta de constitución física; pueden ser los consejos del Vaticano, siempre poco partidario de las dictaduras demasiado francas y brutales, como la italiana y la alemana; puede ser su propia minerva, no tan escasa como para no prever, según ha dicho repetidamente, que si de la dictadura de Primo de Rivera nació la República, de otra dictadura saldría la instauración del socialismo revolucionario en el Poder. Gil Robles querría más bien una dictadura de tipo jesuítico, como la de Portugal, callada, semioculta, forjada dentro de la legalidad y garantizada por una serie de leyes que de hecho disolvieran las sociedades obreras o las tuvieran atadas de pies y manos al Poder público, que controlaran la prensa sin necesidad de recurrir de continuo a este sistema irritante de la censura previa, que restringieran en una forma u otra la libertad del sufragio y la libertad de opinión. Una «dictadura legal»: he ahí el desiderátum de las derechas vaticanistas, sin la complicidad ni el concurso de los elementos armados, que son siempre peligrosos y en primer término para quienes los manejan, aunque sí contando con su adhesión activa, gracias a una política de mejora de emolumentos y de situaciones personales, hábilmente ejercitada.

Pero el tiempo corre de prisa y va a faltar incluso para poner las primeras piedras de esa dictadura legalizada. Bien se ve que a estas Cortes no les interesa ninguna política de tipo orgánico, aunque fuera para montar una dictadura como la que en su fuero íntimo acarician

las derechas vaticanistas. A estas Cortes sólo les preocupan los particulares intereses materiales inmediatos, los trigos, los azúcares, los alcoholes, las subvenciones a las empresas privadas poco menos que en quiebra. En este sentido, Gil Robles, con su obsesión eclesiástica y sus panaceas católico-sociales, es tan anacrónico como Lerroux con su pintoresca masonería y con su republicanismismo histórico o más bien prehistórico. El capitalismo agrario tiene su exponente en esos hombres pardos y mudos —como la tierra que monopolizan— que preside el sombrío y casi mineral Martínez de Velasco; pero el alto capitalismo, el capital financiero, no ha hallado aún su verdadero partido, porque nadie creerá que lo es, no obstante sus vinculaciones con la banca, el irreal de Melquíades Alvarez.

La fetidez de las Cortes y de los partidos en descomposición es ya tan grande, que de hecho puede dárseles por disueltas. Pero, por lo visto, no se quiere enterrar sus despojos hasta después del 9 de diciembre de 1935, en que se cumplen los cuatro años de haber sido promulgada la Constitución de la República. Antes de esa fecha, para acordar revisarla, son menester dos terceras partes de los diputados en el ejercicio del cargo; después del 9 de diciembre, basta la mitad más uno. Si las Cortes actuales acuerdan disolverse, el presidente de la República conserva intacta la prerrogativa que le queda para poder disolver todavía las futuras. Hay quien se angustia de que las Cortes no se disuelvan antes del 9 de diciembre, porque entonces el jefe del Estado no habrá consumido su segundo y último cartucho; el primero lo gastó en 1933. El hecho, en un sentido u otro, y de momento, nos parece indiferente, porque nadie sabe lo que serán las nuevas Cortes, y pueden ser tales, que a todos convenga, después de votar una amplia amnistía, su disolución inmediata. En política siempre son arriesgadas las precipitaciones.

Por lo demás, no estimamos fácil que las Cortes se pongan de acuerdo sobre la revisión constitucional. Los hombres más ponderados de las derechas la temen, y no

sin motivo. Unas elecciones en torno de la revisión pueden traer unas Cortes que modifiquen la Constitución, en efecto, pero para radicalizarla más. Los que quieren revisarla para restablecer en España la Orden de los jesuitas pueden encontrarse con que el nuevo Parlamento constituyente acuerde disolver y expulsar del país todas las demás Ordenes religiosas y romper todas las relaciones con el Vaticano, empezando por poner en la frontera al nuncio. Y eso le puede ocurrir no sólo al artículo 26, que trata de las confesiones religiosas, sino a otros que algunos también desean revisar, como el 44, relativo a las facultades de socialización que se reserva el Estado. Un proyecto de revisión constitucional es siempre un arma de dos filos. ¿Pero para qué más revisión? Con las mutilaciones que en la ley y en la vida social ha sufrido ya la Constitución los más interesados en conservarla tal como ahora está debieran ser las derechas, entre otros motivos, porque los jesuitas no fueron jamás tan poderosos en España como ahora, en que están teóricamente disueltos y obran de modo invisible. En rigor, debieran ser las izquierdas republicanas quienes fomentaran la revisión para devolver a la ley constitucional los atributos de que ha sido alevosamente despojada y para acentuarlos; pero la declaran intangible. No lo comprendemos.

En cuanto a los socialistas, suponemos que después de la experiencia de estos últimos cuatro años y de lo que ese tiempo ha sido como cátedra de Derecho constitucional práctico, lo mismo les dará la Constitución vigente que cualquier otra compatible con esta República democrática de nombre. Las verdaderas Constituciones —recordemos la teoría de Lasalle y la forma admirable en que la ejemplifica en su famosa conferencia «Sobre el constitucionalismo»— no se elaboran en los Parlamentos, sino en el seno de las sociedades. Hay que curarse de la mística parlamentaria —si la expresión «cretinismo parlamentario», que Engels empleaba, parece demasiado fuerte, y no debe parecerlo si se mira a lo que ocurre últimamente en el Parlamento español—, mística que

rara vez refleja la auténtica constitución social. Hay que acostumbrarse a no ver en el Parlamento más que una forma secundaria y casi siempre corruptora de la verdadera política. El sistema parlamentario, falsamente democrático, debe ser a la política de un partido revolucionario como el socialista lo que el Almagesto de Tolomeo —la tierra como centro inmóvil del movimiento del sol y de los planetas— era a la revolución copernicana. Para la burguesía el parlamentarismo ha sido —porque así le convenía— el centro de su sistema político; pero es ingenuidad en los socialistas aceptar eso como verdad política absoluta. El parlamento es no más que una trinchera en una lucha de clases que se está dirimiendo y que acabará de dirimirse sólo en la sociedad. Las desmedidas ilusiones parlamentarias son tan funestas como cualesquiera otras ilusiones democráticas.

Las elecciones inglesas y la ilusión del gradualismo

De esas ilusiones pocos pueblos han sufrido tanto y con tan poco escarmiento como el inglés. Allí el parlamentarismo es el gran fetiche nacional y no hay quien pueda desenmascararlo. Quien pueda ni quien quiera. Los primeros en aceptar ese fetichismo y en entregarse idólatricamente a él, a prueba de burlas y deslealtades por parte de la burguesía, son los laboristas. En 1931 fueron arrojados ignominiosamente del Poder después de la campaña más vil de prenda y de mitin contra su actuación en el Gobierno, que si de algo pecó fue de debilidad, de indecisión, de paños calientes; pero los órganos de la burguesía los presentaron como hordas salvajes lanzadas a destruir la riqueza nacional y todos los fundamentos de la civilización. Ni más ni menos que lo ocurrido en España entre 1931 y 1933. En la etapa anterior de gobierno laborista, en 1924, fue el fantasma del comunismo, conjurado en virtud de una falsa carta de Zinovief, lo que sirvió a la burguesía para desalojarlo brutalmente del Poder. Pero los dos desastres no pudieron curar a los labo-

ristas de su política de «gradualismo», de su fe fetichista en el régimen parlamentario y en los medios constitucionales para implantar el socialismo.

Pero la befa más gorda es la que Baldwin y su «gobierno nacional» acaban de hacerles con las elecciones de noviembre. Los laboristas se habían preparado para las futuras elecciones como para una especie de batalla decisiva. La euforia en sus filas había subido al rojo blanco. Sacarían de las urnas una mayoría absoluta y gobernarían en «verdaderos socialistas», nacionalizando algunas grandes industrias, metiendo en cintura a la Banca y disolviendo la Cámara de los Lores si se oponía a esa legislación de la nueva Cámara de los Comunes. Las clases conservadoras, hay que reconocerlo, estaban un poco alarmadas con ese programa, expuesto en discursos, folletos y libros; pero vigilaban, sin desesperarse, al acecho de una coyuntura favorable.

La coyuntura vino poco menos que providencialmente. Fue el conflicto italo-abisinio. El Gobierno tomó la posición más hábil: contra Italia, cuyo Gobierno es en Inglaterra el menos popular del mundo y cuyas bravatas contra Etiopía y contra cuantos no se pusieran al lado del fascismo le hicieron más impopular aún; en apoyo de la Sociedad de las Naciones, que es muy popular entre los partidos ingleses de izquierda, porque creen quiméricamente que de ella saldrá el desarme universal, sin peligro para los Estados individuales, y la paz del mundo, y en apoyo indirecto de Abisinia, que es un país limítrofe de territorios coloniales de Inglaterra y merecedor, por tanto, de todos los respetos: otra cosa fuera la China o el Chaco, países donde no importa saber quién es el agresor ni la agresión misma.

Esa actitud del Gobierno británico conquistó las simpatías de casi toda la nación: las de la clase obrera por lo que representaba contra el fascismo imperialista y belicoso y porque bien sostenida podía dar con él en tierra; las de las clases conservadoras porque se afirmaba el prestigio del imperio británico y de paso se ponía en evidencia la necesidad de construir nuevos armamentos de

mar y aire, para mejor ejecutar los fallos de la Sociedad de las Naciones. Por unas circunstancias que rara vez concurren en un momento histórico, al lado del Gobierno se pusieron desde los enemigos de la guerra de agresión hasta los grandes fabricantes de armamentos, para quienes todas las guerras son óptimas. No podía esperar Baldwin una coyuntura más propicia, y con esa vista aquilina que tienen los auténticos gobernantes de presa al servicio del capitalismo —y Baldwin no es un toño, un *muddleheaded*, de los que se hacen a cada paso un embrollo en la cabeza, como el arquetipo de ese género, Ramsay Mac Donald—, se apresuró a disolver el Parlamento y a convocar nuevas elecciones.

Los antagonismos de la política interior pasaron a segundo término en la conciencia del cuerpo electoral y al primer plano el conflicto italo-abisinio-Sociedad de las Naciones. Algunos millones de electores que, dentro de unos meses o hace unos meses o ahora mismo sin el conflicto internacional, hubieran votado a los laboristas por motivos de política interior, han dado sus sufragios a los conservadores, porque su política exterior, con ligeras variantes, es la misma que la del laborismo. Eso se llama ganarle al adversario por la mano. La jugada del Gobierno nacional contra los laboristas ha sido maestra. Está visto que el destino del laborismo inglés es ser juguete de los trucos más o menos maquiavélicos de una burguesía que va a lo suyo sin ningún escrúpulo en los medios. Pero eso es la «democracia».

Añádase el absurdo sistema electoral inglés que hace posible que la representación parlamentaria del grupo de partidos triunfantes sea más del doble que la de la oposición —423 diputados del Gobierno contra 181 de las oposiciones—, en tanto que el número de votos es casi el mismo: 11.777.391 a favor del Gobierno, contra 10.142.236 de las oposiciones. (Estas cifras, en el momento de escribir, no son aún completas; faltan las de una decena de distritos, pero las definitivas no las alterarán sino de un modo insignificante.) Es decir, una diferencia de poco más de millón y medio de votos en un total

de casi 22 millones, o sea: una diferencia menor del 7 por 100 de votos produce una diferencia de 242 actas, o sea algo más del 40 por 100. Pero esto es también la «democracia».

Y ahora, el partido laborista a esperar otros cuatro o cinco años, si al «Gobierno nacional» no le conviene disolver antes el nuevo Parlamento, porque se presente un nuevo tema «nacional» o internacional, como el conflicto italo-abisinio, o porque se le provoque deliberadamente, para que los conservadores puedan seguir, *sine die*, salvando al país y al imperio desde el Poder. Otra vez a la labor de propagandas con fines electorales, al mitin diario, a la escaramuza parlamentaria, a los folletos, a los libros explicativos de lo que hará el laborismo en el Poder, a los Congresos anuales. Esto es el «gradualismo». Pero una nueva carta como la apócrifa de Zinovief en 1924, una campaña como la de 1931, un episodio como el italo-etíope en 1935 —aprovechado por el Gobierno inglés como magnífica «plataforma» electoral y acaso primordialmente con ese propósito—, pueden desbaratar en unos días o unas horas esta labor preparatoria, «educativa», de años. Es la tela de Penélope de la democracia en régimen capitalista. Pero el laborismo no lleva camino de convencerse de que jamás llegará a la plenitud del Poder por las encrucijadas del sufragio, que la burguesía controla y controlará siempre mientras disponga del poder económico y de una falta absoluta de escrúpulos para manejarlo a su antojo y en su provecho. El laborismo inglés ha olvidado que la naciente burguesía británica necesitó también en el siglo XVII de una guerra civil para decapitar al poder real y someterlo al régimen parlamentario.

Núm. 20. Madrid, enero de 1936

GLOSAS DEL MES

El «condotiero» Lerroux

Como suponíamos en las «Glosas» del pasado mes, no era desacertado esperar una nueva crisis que desplazara al señor Chapaprieta de la presidencia del Consejo de Ministros. Así ha ocurrido. El nuevo presidente del Consejo es el señor Portela, cuyo Gobierno tiene por objeto principal, a lo que parece, comadronear unas nuevas elecciones generales. Se calcula el alumbramiento para el mes de marzo, salvo error u omisión, como se dice en estilo del comercio.

La cuña del señor Portela, empujada por la suave maza del señor Cambó, ha hendido y deshecho bloques y caracteres que parecían graníticos, y eran de trapo, y solidaridades que parecían eternas y que, ya se ha visto, eran efímeras como la verdura de las eras, pues no tenían otro aglutinante que el Poder, mágica fuerza cohesiva, pero también ultradisolvente cuando cambia de manos. El espectáculo de estos días preelectorales, en que graves hombres, que habían jurado perenne lealtad a partidos y jefes, abandonan la fe jurada y buscan nuevos partidos y nuevos jefes para prosternarse ante ellos y ofrecerles otra adhesión eterna, contrista a muchos y les sugiere amargas reflexiones sobre la inconstancia de la naturaleza humana y sobre las vilezas a que arrastra la ambición política; pero a nosotros no nos sorprende tal espectáculo y de añadidura nos regocija por lo que en él hay de comedia y porque una vez más confirma nuestra concepción de la Historia, que no se rige por sentimientos de gratitud y fidelidad personal, como creen algunos fatuos, hoy acerbamente desengañados, ni por es-

tímulos «patrióticos», como fingen creer y pregonan los que han hecho de la Patria una finca privada, a cuyo disfrute y explotación sólo ellos tienen derecho, sino por la lucha de clases y de las subclases. Ese espectáculo es la constante zarabanda de los distintos grupos burgueses en torno del Poder.

La caída ignominiosa de la C. E. D. A. y el partido radical sólo demuestra la enorme desorientación de la alta y la pequeña burguesía españolas al poner, hace dos años, sus votos y su fuerza económica y social al servicio de Lerroux y Gil Robles, considerándolos entonces como útiles hombres de gobierno. La decepción ha sido terrible. Lerroux —ya lo hemos dicho en «Glosas» anteriores— pertenece a otra época y a otra geografía política. El tipo histórico que más se le parece es el del «condotiero» medieval, eficaz para levantar y dirigir mesnadas de gentes aventureras, *déclassées*, desclasificadas, sin oficio ni beneficio, de ávida concupiscencia, bordeando siempre las leyes morales y las escritas, al frente unas veces de un gran ejército y otras nada más que de una partida de bandoleros: eso fue el condotierismo en la Edad Media y eso es en algunos países fascistas actuales.

Lerroux se equivocó de espacio y tiempo al venir al mundo. De haber nacido en algunos países, todavía feudales, de la América hispánica, hubiera podido ser uno de esos «generales» que allí toman el Poder y el erario público por la fuerza de las armas, como un botín, y los conservan durante lustros, hasta que caen derrocados por otros «condotieros» rivales o se mueren podridos de crímenes horrendos, de vejez matusalénica, de millones robados y de copiosa prole ilegítima, como ese Juan Vicente Gómez que ha expirado recientemente en Venezuela al cabo de cerca de cuarenta años de haber estado ejerciendo una de las tiranías más sanguinarias y primitivas que ha conocido la Historia. Gran «general» centroamericano hubiera podido ser Lerroux si los hados hubieran trasplantado allí su destino.

Es posible también que, con cuarenta años menos, todavía tuviera que hacer algo en España, si es que aquí

hay tierra abonada para el fascismo, lo que dudamos. Lerroux ha sido un precursor de la demagogia fascista. En esencia, las camisas de sus antiguos «jóvenes bárbaros» no se distinguían, en el color ni mentalmente, gran cosa de las camisas negras y pardas de estos años posteriores. Mejor que el general Primo de Rivera, Lerroux pudo haber sido, con otra coyuntura histórica, el Mussolini o el Hitler de España. El fascismo exige líderes plebeyos, curtidos en el arroyo, hombres sin clase definida, capaces de hablar ese lenguaje de resentimiento individual o nacional y de frustradas apetencias personales que interpreta el estado de ánimo de cuantos se consideran socialmente desplazados y ofendidos en los períodos de las grandes crisis históricas. Un señorito —un mozo criado entre mimos y comodidades, como Mosley en Inglaterra y Primo de Rivera, hijo, en España— no podrá ser nunca un eficaz caudillo fascista, porque ignora ese lenguaje demagógico y no es posible aprenderlo en los libros.

Lerroux, arquetipo de la plebeyez, de la ambición sin escrúpulos y de una psicología maravillosamente mercenaria, de perfecto «condotiero», hubiera podido ser el jefe del fascismo español: pero, ya sea porque le coge demasiado viejo o por su enciclopédico desconocimiento del mundo contemporáneo, lo cierto es que ignora lo que es el fascismo y sus posibilidades, como no supo lo que era la revolución democrática de 1931, ni la contrarrevolución nobiliaria, latifundista y eclesiástica que él capitaneó primero desde la oposición y después desde el Gobierno, hasta que le echaron por lo del juego y por lo de Guinea, con gran sorpresa suya. No entiende nada, no se entera de nada. Ya queda incapacitado hasta para otra conspiración monárquica como la del 10 de agosto de 1932. Pero no seremos nosotros los que lo censuremos por ser como es. Sus vicios no nos importan. Dicen que tiene algunas buenas cualidades personales; es posible. Tampoco nos importan. Justa o injustamente, en política —como en todo, en última instancia—, no hay más moral que la del éxito, y, desde ese punto de vista, Alejandro

Lerroux es el más inmoral de los políticos, porque no puede haber mayor fracasado. Sobre su tumba habría que grabar estas palabras: «Lerroux, o la ineficacia», y no las opuestas, que un mal psicólogo escribió de él hace años.

Gil Robles: dictador frustrado

El fracaso de Lerroux, sin embargo, no es sólo el suyo y el de su partido, sino también el de todos los partidos que se apoyaron en él y el de la burguesía, que le preparó el Poder en las elecciones de 1933. Cuando una clase dominante no tiene otra política que la de estos dos últimos años, ni otros partidos ni otros hombres para realizarla que Lerroux, Gil Robles y sus respectivas huestes, es que ha perdido todo derecho a la existencia histórica. Esta es la lección que debe aprender y exhibir la clase obrera cuando le hablen de la necesidad de una convivencia civil con las demás clases: la burguesía española no tiene razón de ser como clase dominadora, porque ha demostrado su incapacidad hasta para realizar a fondo una contrarrevolución desde el Poder, como se proponía.

En este sentido, el fracaso de Gil Robles es aún mayor que el de Lerroux, porque aquél tenía, por lo menos, unos objetivos claros, matemáticamente calculados. Pero Gil Robles es también un señorito, un demagogo de cátedra o, lo que es peor, de Residencia de jesuitas o de confesonario. Lo opuesto del vizcaíno: largo en palabras y en obras corto. Sus palabras no podían ser más largas, más audaces, con la audacia del colegial aventajado que lee un libro de Historia y en seguida toma de modelo un héroe a quien imitar. En otro tiempo, los colegios estaban poblados de pequeños Napoleones. Ahora la moda es Mussolini y Hitler. Stalin, claro está, en los centros de enseñanza burgueses, es el antihéroe o, más bien, el Anticristo.

«Hay que ir a un Estado nuevo, y para ello se imponen deberes y sacrificios. ¡Qué importa que nos cueste

hasta derramar sangre! Necesitamos el Poder íntegro, y eso es lo que pedimos. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer.» ¿No parecen de Mussolini o de Hitler estas palabras? Pues son de Gil Robles, pronunciadas el 15 de octubre de 1933 en un teatro de Madrid. Nadie le negará dotes de mimetismo retórico, de estudiante que se aprende bien los modelos heroicos. Pero nada más.

Estaba dispuesto «hasta derramar sangre», pero, por lo visto, sólo era la ajena, y sin riesgo, parapetado tras la fuerza pública; de ello tendrá que responder algún día. Necesitaba el Poder íntegro, pero se conformó con el Ministerio de la Guerra, no por nada, sino para probar que no le venía más ancho que a Azaña, que es la obsesión de Gil Robles y de otros políticos afanosos de inyectarse sustancia militar, y de paso para mejorar los emolumentos castrenses, cosa que siempre se agradece y crea adictos. No iba a detenerse «en formas arcaicas» como la democracia constitucional, pero en todo este tiempo, y señaladamente en las últimas semanas, no hizo sino invocar sus derechos de jefe de la minoría parlamentaria más numerosa para pedir el Poder en todos los tonos, desde la súplica hasta la amenaza. Sometería el Parlamento o le haría desaparecer, y así ha ocurrido, en efecto, pero ha sido para desaparecer él también como ministro y casi como jefe de partido.

En vano los sectores monárquicos, haciendo de brujas de Macbeth, le instaban a no abandonar la fortaleza ministerial castrense. No hay en él madera de dictador. Una cosa es la promesa retórica de una dictadura y otra el hecho. Acaso en 1933 y en 1934, antes de octubre, la dictadura le parecía fácil; después, fue él mismo quien lo dijo: «La dictadura de Primo de Rivera trajo la República; otra dictadura traería el comunismo». En octubre de 1934 se acabaron las veleidades dictatoriales de Gil Robles: el cariz era demasiado fosco. Pero si no sirve

para dictador, ¿para qué le quiere la aristocracia y alta burguesía latifundista? El parlamentarismo dominado normalmente por los partidos y los hombres de la pequeña burguesía, es siempre un peligro para la gran propiedad territorial, en el punto histórico a que hemos llegado y pese a la tela de Penélope de todas las reformas y contrarreformas agrarias, pues a la postre siempre les tocará dejar algo, mucho o poco, a los señores feudales en las uñas de los que aspiran a convertirse en pequeños propietarios o a aumentar sus parcelas a costa de la nobleza.

Gil Robles ha logrado deshacer toda la legislación del primer bienio que mermaba los privilegios seculares de los grandes terratenientes; pero no bastaba. Los grandes terratenientes hubieran querido que hubiese deshecho también el régimen parlamentario, pues mientras subsista y esté sujeto a los vaivenes del cuerpo electoral, la propiedad de tipo feudal no se sentirá segura. Pero Gil Robles no se atrevió a hacer de Pavía civil, a atropellar el Parlamento. Los grandes propietarios se lo tomarán en cuenta en las próximas elecciones, cerrándole la bolsa, y sin dinero o con dinero insuficiente, todos los discursos de Gil Robles serán vanos murmullos de la selva.

Por otra parte, la burguesía financiera e industrial, representada por Chapaprieta y Cambó, tampoco veía con buenos ojos que, en parte a su costa —pero las costas principales las pagan siempre las clases más pobres—, Gil Robles pretendiera favorecer los intereses agrarios oponiéndose a cuantas reformas económicas tendían a menoscabarlos, por poco que fuese, y exigiendo que les fueran echados a voleo los millones del erario público. El bloque de derechas —y esa es la explicación última de la última crisis— ha quedado escindido por el antagonismo, ya viejo en España, como en todas partes, entre el capital de la industria y la banca y el capital latifundista. Este último es el que ha gobernado preponderantemente en el segundo bienio de la República. Ahora se aspira, al parecer, a constituir un fuerte centro parlamentario que represente al capital industrial y financiero y que decida con su peso en los Gobiernos de las próxi-

mas Cortes. Podrá o no lograrse ese propósito, pero ya no hay duda de que la industria y la banca echarán en la balanza electoral todo su enorme peso, sumado al del propio Poder, no menos enorme, para crearse un órgano de gobierno que les ha faltado en el segundo bienio.

Vistos así el panorama político y las fuerzas económicas que se preparan a entrar en liza para disputarse el Poder, descorazona grandemente observar que muchos de los republicanos llamados de izquierda se entretengan todavía en verbalismos de forma, como eso de «rescatar la República del 14 de abril» e indignarse de que casi todos los hombres que hoy gobiernan fueran monárquicos en esa fecha y varios de ellos ministros cuando el golpe de Estado de Primo de Rivera. ¿Qué más da? Ya se ha comprobado, en el caso de Lerroix, de qué sirve la antigüedad republicana. Lo que importa es conocer lo que los hombres y partidos representan, los intereses económicos que, bajo nomenclaturas sonoras y siempre fermentadas —democracia, liberalismo, república, nación y otros conceptos de que toman sus títulos—, defienden y promueven. Uno de los motivos que más hacen desesperanzar en la mayoría de los partidos republicanos es su incapacidad de análisis de las realidades sociales en pugna, su ceguera ante el fenómeno económico en que se sustenta toda política y todo Estado, su impotencia para distinguir las características y variedades del capitalismo nacional y su ineptitud, por tanto, para tener una posición propia y bien definida frente a esas fuerzas materiales. El republicanismo español no ha salido aún de la esfera «idealista», de los puros conceptos, de las palabras resonantes, por lo vacías, y como les falta una teoría realista de la sociedad y el Estado, su práctica política adolece necesariamente de confusión, desconocimiento y vacilación. Aprendamos todos a valorar los hombres y los partidos, no por su actitud, actual o reciente, ante las formas de Gobierno, sino por lo que significan como instrumentos políticos de los grupos económicos del país. Sólo así será posible darles la batalla y vencerlos.

La coalición republicano-obrera

Ya hay un principio de acuerdo electoral entre los partidos republicanos de izquierda y el socialista y el comunista, de acuerdo éstos, a su vez, con sus respectivas organizaciones sindicales. Fracasada la reforma de la ley electoral, que hubiera podido hacer inútil toda alianza, por lo que era extemporáneo hablar de ella mientras estuvieran en funciones las Cortes, y anunciada la disolución de éstas, llegó el momento político de ver si una coalición electoral era viable. No hay duda de que existe una resistencia íntima, de tipo moral, de una parte y otra: a muchos republicanos les repugna ir del brazo con partidos obreros que no se recatan en confesar públicamente que ya están curados de ilusiones republicano-democráticas y que aspiran a la conquista íntegra del Poder, no al final de los tiempos, como los socialistas reformistas, sino en un plazo muy próximo; pero los republicanos, si quieren gobernar, necesitan los votos del proletariado. A su vez, a muchos socialistas y comunistas les repugna también galvanizar con sus votos unos partidos republicanos que no podrán, aunque quisieran, realizar ni una mínima parte de la revolución democrática —y en 1936 querrán y podrán mucho menos que en 1931, porque su fuerza es menor y mayor su prudencia, después de los escarmentos del pasado bienio— y que, llegado el caso, defenderán, en nombre del «interés nacional», los de la burguesía contra los del proletariado; pero éste necesita una amplia amnistía y, por lo tanto, un Parlamento y un Gobierno que puedan otorgarla. No será otro —digámoslo con toda franqueza— el sentido de la coalición republicano-obrera: un acto externo, de fuerza mayor, sin entusiasmo íntimo. Y no podría ser otra cosa.

Algunos —republicanos y socialistas— quisieran algo más: un pacto de Gobierno. (Todavía nadie se atreve a hablar de otra colaboración gubernamental; pero por algo se empieza.) Un pacto gubernamental significaría esto: a cambio de comprometerse los republicanos a aprobar tales y cuales leyes, los socialistas y comunis-

tas los sostendrán con sus votos parlamentarios en el Gobierno. Lo cual equivaldría a colaborar desde la oposición. Esas leyes —ya puede suponerse— no serán para nacionalizar la banca y la tierra, como han acordado las organizaciones obreras: los republicanos no aceptarán tal compromiso, porque no quieren y porque no pueden. (Tampoco lo quieren, no hay que olvidarlo, algunos «socialistas» cuya mentalidad no ha podido superar la ideología republicano-burguesa.)

Las prendas legales con que los republicanos quisieran comprometer permanentemente el concurso parlamentario de los partidos obreros no deben alarmar demasiado, de otra parte, a la burguesía, para evitar, o suavizar por lo menos, campañas como las del primer bienio. Se hará una modesta política de paños calientes. No hay que pensar en otras posibilidades. En una República burguesa, por muy demagógicos que sean o se crean algunos republicanos, todos los hombres de gobierno, de la izquierda no menos que de la derecha, son prisioneros de la clase que tiene en sus manos el capital, la banca, la prensa, todos los medios materiales y espirituales de coacción. Es más: ni aun nacionalizando la banca se lograría nada mientras los llamados a administrarla fueran partidos burgueses, que, en el mejor de los casos, la utilizarían en servicio propio, como hoy utilizan los partidos que gobiernan la fuerza pública y demás instituciones nacionalizadas.

Hay que desengañarse: dentro del régimen de propiedad privada, serán inútiles todos los esfuerzos para quebrantar por la vía legal el poder político de la clase capitalista. Bien está que lo contrario lo crea de buena fe el radicalismo republicano; pero ello sería ingenuidad peligrosa en la clase trabajadora. Por la República del 14 de abril o de cualquiera otra fecha se puede ir muy poco lejos: éste es el hondo y firme convencimiento a que ya ha llegado el proletariado español. Y en ese convencimiento —frío y duro— debe basar su futura política, en las próximas elecciones, en las nuevas Cortes y en todas

partes, no tanto para consolidar la República burguesa —que ha sido una etapa útil, pero transitoria— como para preparar la suya.

La crisis del Partido Socialista

La actitud del Partido Socialista ante la política española dependerá en gran parte de cómo se resuelva su crisis interna. Esa crisis, hasta ahora latente, se ha manifestado de un modo dramático y resonante al dimitir Francisco Largo Caballero el cargo de presidente del Partido Socialista como protesta contra una votación del Comité Nacional en que se violaban determinados artículos de los estatutos de la Organización general. Otros vocales han dimitido también posteriormente. No es éste el lugar de exponer en detalle los términos del conflicto. Quien quiera conocerlos puede consultar la edición extraordinaria que el semanario *Claridad*, de Madrid, publicó el día 23 de diciembre. Aquí sólo queremos señalar los dos motivos más hondos que, coincidiendo con la infracción reglamentaria indicada, han puesto de relieve la división interna del Partido Socialista.

Uno es un motivo de tipo constitucional. Al Partido Socialista español le está tocando cumplir la interpretación que hacía Marx de la sociedad humana en general. Llega un momento en que la base social se modifica de tal manera, que la vieja superestructura política se viene a tierra y es sustituida por otra nueva. Eso ha ocurrido también con el Partido Socialista: de pocos años a esta parte, y más concretamente desde 1933, ha habido una transformación tan profunda en la masa de afiliados, que su organización política ha quedado anticuada, y más anticuados aún en la teoría y en la acción la mayor parte de los hombres que hasta ahora lo dirigían. El propio Largo Caballero ha expuesto en *Claridad* (número del 14 de diciembre) las reformas más necesarias y urgentes, orientadas a estos fines: una mayor centralización de las funciones ejecutivas; una representación más directa y

eficaz de la masa en los órganos superiores para extirpar el caciquismo local —que existe bastante desarrollado— dentro del Partido, y un mayor dinamismo y una mayor competencia y división de las funciones directivas. Todo ello encaminado a imprimirle la máxima homogeneidad en el pensamiento y en la práctica y una férrea disciplina, harto quebrantada en estos últimos años.

El otro motivo —más importante aún— es de tipo ideológico; en realidad, ambos están íntimamente entrelazados. Hay que cambiar la forma del Partido, porque la actual no corresponde ya al contenido. Hasta 1910, más o menos, el Partido Socialista español había sido eminentemente proletario, un partido de clase que no había tenido contactos con los partidos burgueses. En esa época comienza la que se puede llamar su etapa republicana. Republicano lo había sido siempre, desde su fundación; pero la cuestión de la forma de gobierno no había pasado al primer plano hasta entonces. Había que derribar la monarquía, aunque no fuera más —era la tesis de Pablo Iglesias— que para que el proletariado se curase del mito republicano y para que quedara más al desnudo, en toda su crudeza, la lucha de clases.

En otras palabras: había que realizar primero la revolución democrática, instaurando la República burguesa; es la tesis de Lenin en Rusia, en 1905, frente a los mencheviques, que más o menos ambiguamente defienden la accidentalidad de las formas de gobierno, como de hecho la defienden también, en 1930, los mencheviques o reformistas españoles al negarse a participar —teórica y prácticamente— en el movimiento revolucionario para derribar la monarquía. Hacia 1910 es probable que los socialistas españoles tuviesen escasas noticias de lo que ocurría desde 1905 dentro del Partido Socialista ruso, y, sin embargo, se llega aquí a la misma conclusión que allí: a la necesidad de acabar previamente con la monarquía. Lo que prueba, una vez más, que unas condiciones sociales semejantes, como eran las de Rusia y España, producen en los partidos obreros correspondientes unas actitudes políticas análogas, es decir, que se

agudiza su republicanismo democrático, mientras en casi todo el resto de Europa los partidos socialistas permanecen indiferentes ante las formas de gobierno, hasta el fin de la guerra, en 1918, y en muchos de ellos hasta ahora.

El parlamento no se detiene ahí. En 1917, apenas implantada la República en Rusia, los socialistas mayoritarios —los bolcheviques— se convencen de que hay que dar un paso adelante, superar el mito republicano-democrático. En España la evolución es más lenta, porque aquí no hubo una gran guerra y porque la monarquía no cayó por un movimiento insurreccional victorioso. La radicalización del Partido Socialista español, el retorno a sus orígenes revolucionarios, de vuelta ya de las ilusiones republicanas, comienza en 1933, por la propia experiencia de los dos primeros años de República y por el ejemplo pavoroso del Partido Socialista alemán, a quien cincuenta años de reformismo recalcitrante acaban hundiéndole, en unas horas, en la nada.

En 1933, la masa del Partido Socialista español decide desviarse tanto del reformismo gradualista, representado por Besteiro y por el núcleo de burócratas sindicales en desgracia agrupados en torno de él, como del republicanismo socialista o socialismo republicano, que personifica como nadie Indalecio Prieto. A esta última tendencia se le ha llamado centrista, colocándola a la izquierda de la reformista, sin duda por su mayor temperamento revolucionario, bien probado en distintas ocasiones, aunque siempre confuso en sus fines; pero ideológicamente está a la derecha incluso del reformismo, y a la postre, en la práctica, es fatal que se identifiquen. El proceso de identificación ha comenzado ya hace unos meses.

Largo Caballero simboliza la evolución del Partido Socialista, una evolución que, siendo un gran paso adelante, significa al mismo tiempo una vuelta a sus tradiciones. En el conflicto provocado por el Comité Nacional late esta lucha entre las tres tendencias: el reformismo burocrático y el centrismo republicano, ya en franca inteligencia, de un lado, y el socialismo marxista o revolu-

cionario, de otro. A los representantes de las dos primeras tendencias les convenía eliminar a Largo Caballero, encarnación de la tercera, para pactar más libremente con los republicanos, y conociendo su pundonor y su respeto acendrado a las normas del Partido, bastó una votación antirreglamentaria para obligarle a dimitir. Ya había dimitido, por lo mismo, en otra ocasión. Su actitud era archiconocida. Todo estaba previsto y deliberado.

Todo, menos la intensa reacción de la masa del partido en favor de Largo Caballero. Tan intensa es, que hay que temer que, como reacción contra los fines electores perseguidos con su maniobra por los antagonistas de Largo Caballero, quede seriamente comprometido el principio de alianza republicano-socialista. No acredita mucha inteligencia política en quienes, con torpeza insuperable, han provocado esta situación. Pero la responsabilidad es inequívoca y de ella tendrán que dar cuenta los culpables, no sólo ante el Partido Socialista, sino ante los mismos partidos republicanos de izquierda, a quienes por servir con exceso de celo, pero con notorio atolondramiento, que ya viene de lejos, se les ha hecho un disfraz, acaso electoralmente trágico.

LARGO CABALLERO, ANTE LOS JUECES (1)

Por LUIS ARAQUISTÁIN

Los Tribunales son los órganos del Poder. Los liberales se olvidan a veces de esto. Los marxistas no deben olvidarlo.—LENIN.

Muchos hubieran querido que Francisco Largo Caballero se declarara jefe supremo de la revolución de octubre de 1934. En ciertas gentes se explica este piadoso deseo. Se explica principalmente en sus enemigos de clase y, sobre todo, en los energúmenos del antimarxismo. Porque si Largo Caballero hubiera asumido esa responsabilidad, entonces el proceso contra él se hubiera convertido en un proceso contra el Partido Socialista, del cual es presidente, y contra la Unión General de Trabajadores, de la cual es secretario. La cosecha para la España feudal, contra la cual se levantó en armas la clase trabajadora en gran número de provincias, hubiera sido magnífica: disolución del Partido Socialista y de todos los Sindicatos de la Unión. Esa hubiera sido la tan deseada y buscada resultante de la autoinculpación de Largo Caballero. Sólo un loco o un agente provocador hubieran podido hacerla.

Otros, inspirados en un anacrónico romanticismo revolucionario, creen que cuando una clase social se lanza a la insurrección y es derrotada, ha de haber alguien —partícipe o no— que se proclame generalísimo de los insurgentes e imite al bizarro caudillo militar que, viendo perdida la batalla y pareciéndole poco caballeroso huir a uña de caballo, o por otro motivo cualquiera, se entrega al enemigo, como en el famoso lienzo velazqueño

(1) Prólogo al libro en prensa *Un proceso histórico. Francisco Largo Caballero ante los jueces*. Editado por el Partido Socialista. Madrid, 1936.

de «Las Lanzas». Pero no hay paridad entre las dos situaciones, pues los que así piensan se olvidan de que el general que se rinde en el campo de batalla puede proceder de ese modo, entre otros móviles, por el de salvar su vida, mientras que al jefe revolucionario, si es capturado, no le tratará su vencedor, en este caso el Estado, como a un prisionero de guerra, sino como a un malhechor sobre el cual hay que echar todo el peso de la ley, para escarmiento de rebeldes, presentes y futuros.

Nada tan difícil de definir como una moral revolucionaria; pero sobre un punto no debe haber duda: es la clase social que realiza una revolución la que debe dar las normas y juzgar la conducta de los individuos que intervienen en el movimiento, y no las demás clases, señaladamente las más hostiles, demasiado interesadas en destruir por todos los medios materiales y morales a su enemiga histórica. En el caso de la revolución proletaria que desde el siglo pasado se viene gestando en el seno de la sociedad capitalista, siempre ha sido táctica de la burguesía, mediante la difamación, la injuria y hasta la calumnia, llevar al ánimo de la clase obrera la desconfianza hacia sus hombres más destacados. Una de las formas predilectas de esta táctica consiste en presentar a los líderes como gentes sin escrúpulos que, después de haber movilizad a las masas, en el momento de peligro permanecen invisibles y, a la hora de las sanciones, se ponen a salvo o niegan su participación en los hechos revolucionarios, en vez de «dar la cara», como se dice vulgarmente.

Contra esa concepción de la moral revolucionaria debe precaverse severamente el proletariado, por dos razones: porque es vil y porque es falsa. Es vil en cuanto tiende a divorciar a la clase obrera de sus directores revolucionarios, que ella misma ha elegido, con objeto de someterla mejor a la explotación y dictadura del capitalismo, y es falsa, desde el punto de vista del proletariado, porque corresponde a una concepción de la Historia que es burguesa y, como tal, antiproletaria.

El individualismo burgués, si no inventó, por lo me-

nos poetizó la concepción heroica de la Historia, según la cual son las grandes personalidades, y no las luchas de clases antagónicas, las que determinan las mutaciones de la sociedad y de sus estructuras políticas; esta teoría del «grande hombre» encuentra sus interpretaciones más acabadas en *Los héroes y el culto del héroe*, de Carlyle, y en *Los hombres representativos*, de Emerson: dos altos exponentes de la ideología individualista burguesa. Conforme a esta interpretación, no sólo los acontecimientos triunfales de la Historia necesitan el héroe correspondiente, verdadero *Deus ex machina* que conduce a los pueblos y los Estados a su misterioso destino; lo necesitan también los sucesos infaustos o fallidos, en los cuales el jefe será la negación del héroe, el antihéroe, el agente fracasado y responsable del fracaso que ha de expiar con su sangre o con su libertad los infortunios colectivos.

Antiguamente los judíos llamaban a este agente «Azazel»; pero lo simbolizaban en un chivo, en el chivo emisario —emisario de las potencias infernales—, destinado al sacrificio; la burguesía contemporánea, menos humana, le ha sustituido por una persona y le denomina *meneur*, «agitador profesional». En otro tiempo —y todavía hoy— era lo que la burguesía católica entendía por cabeza de turco, sin duda en recuerdo de las luchas entre moros y cristianos. En todas las épocas las clases dominantes han exigido una víctima expiatoria, o por lo menos un héroe burlesco, cuando las clases sometidas han querido sacudir su yugo: héroe o rey burlesco fue, después de todo, el Cristo, que hubo de responder con su vida, para calmar a la burguesía israelita, del estado revolucionario en que durante siglos vivió Galilea, contra la opinión idílica que de ese territorio y de sus habitantes se formaron Renan y otros mixtificadores de los orígenes del cristianismo. Pero la idea de responsabilidad personal nunca fue tan clara y exigente como en el período de mayor auge de la interpretación individualista de la Historia, reflejo natural de la moderna ideología burguesa.

Frente a esa interpretación ha surgido la contraria, que es la del proletariado, según la cual no son los grandes hombres, sino las grandes masas sociales, quienes hacen la Historia. Esta teoría, creada principalmente por Marx y Engels, no niega la eficacia ni aun la necesidad de las personalidades eminentes; pero, lejos de considerarlas como causas eficientes u originarias de la Historia, sólo ve en ellas productos o efectos de la Historia misma. El hombre egregio surge siempre que la sociedad lo necesita, y si uno se frustra, otro u otros le reemplazan. Sobre la misión del líder proletario escribía yo hace unos meses, en un libro de homenaje a Ramón González Peña, unas palabras que creo oportuno repetir ahora, porque conviene que la clase obrera se dé clara cuenta de que su concepción de la Historia no debe ser la de la burguesía. Son las siguientes:

«En las revoluciones proletarias ocurre lo contrario. En primer término, no son la obra de un hombre ni de una minoría, sino que se forjan espontáneamente en la conciencia de la clase obrera y ascienden de abajo arriba, como una marea humana, imponiéndose a los líderes, que se limitan a ordenarlas, encauzarlas y dirigirlas, por mandato tácito o expreso de las masas revolucionarias. La responsabilidad es, pues, colectiva, y colectivamente hay que responder. "¿Quién mató al comendador?" "Fuenteovejuna, señor."»

Sé que esas palabras han escandalizado incluso a algunos sedicentes socialistas, que, por lo visto, no han podido aún eliminar los prejuicios de su antigua conciencia burguesa. Hay socialistas que se jactan de que ellos «no huyen», de que ellos «dan la cara», de que ellos «responden», con lo cual vienen a decir, en suma, que ellos son unos «perfectos caballeros». En el fondo de todo esto y en cualesquiera casos semejantes, aparte un craso error de percepción histórica, inexplicable en un marxista, no hay más que una deformación subjetiva, casi siempre cómica, de la teoría burguesa del héroe histórico. Los que «responden», «dan la cara» y «no huyen» suelen ser, por lo general, gentes que tienen tan alta idea de sí mis-

mas, que se creen los genuinos artífices de las conmociones sociales y políticas y se sienten obligados a hacerse responsables de «su obra». Compárese ahora esta visión de la Historia, típicamente individualista, burguesa, con la que tenía Engels ya en 1851:

«Los tiempos de aquella superstición que atribuía las revoluciones a la mala voluntad de unos cuantos agitadores hace mucho que ya pasaron. Todo el mundo sabe hoy en día que, dondequiera que hay una convulsión revolucionaria, tiene que haber en el fondo alguna necesidad social que las instituciones caducas impiden satisfacerla. Esta necesidad puede no ser sentida aún con bastante energía y extensión como para obtener un éxito inmediato; pero todo intento de represión violenta sólo logrará que cada vez sea más fuerte, hasta que la obligue a romper sus cadenas. Si, por tanto, hemos sido derrotados, no tenemos otra cosa que hacer sino empezar de nuevo por el principio... Que los súbitos movimiento de febrero y marzo de 1848 no fueron la obra de simples individuos, «sino manifestaciones espontáneas, irresistibles de las exigencias y necesidades nacionales», comprendidas más o menos claramente, aunque sí sentidas con toda precisión por numerosas clases en cada país, es un hecho reconocido en todas partes; pero cuando os ponéis a inquirir sobre las causas de los triunfos contrarrevolucionarios, os encontraréis a cada paso con la pronta respuesta de que fue el señor tal o el ciudadano cual quien "traicionó" al pueblo. La réplica puede ser o no cierta, según las circunstancias; pero en ninguna circunstancia explica nada, ni siquiera el hecho de cómo pudo ocurrir que el "pueblo" se dejara traicionar de esa manera. ¡Y qué pobre perspectiva la de un partido político cuyas únicas ganancias consisten en conocer el hecho aislado de que el ciudadano Fulano o Mengano no le merece confianza!» (2).

(2) *Revolution and Counter-revolution, or Germany in 1848*. Londres, 1896. En esta edición aparece Carlos Marx como autor de la obra; pero posteriormente se ha descubierto que fue escrita por Engels. Hay una edición española —no del todo correcta— publicada en 1929, en la que todavía se atribuye la paternidad a Marx.

En el mismo párrafo añade Engels que es «una obra muy necesaria el estudio de las causas que hicieron inevitable la última explosión y su derrota; causas que no hay que buscar en los accidentales esfuerzos, talentos, faltas, errores o traiciones de algunos de los líderes, sino en el estado social general y en las condiciones de existencia de cada una de las naciones convulsas». De lo transcrito se desprende que, para Engels, los grandes movimientos revolucionarios —y eso fue el español de 1934— no brotan de la voluntad individual de tales o cuales personas, sino que son manifestaciones espontáneas, irresistibles, de las necesidades colectivas. Si esto es así, y un marxista no puede pensar de otro modo, ¿no sería contrario a la moral revolucionaria del proletariado que un hombre o un grupo de hombres, delante de los jueces de un Estado capitalista, es decir, ante la justicia burguesa, declarase, sin verse obligado a ello, con voz y gestos de héroe melodramático: «Yo soy el autor de todo eso. Aquí tenéis mi cabeza»? Sería un acto de vanidad o soberbia. Pero, además, un hombre así no merecería, desde luego, volver a ser jefe de una revolución proletaria.

Claro está que la táctica revolucionaria, en sus relaciones con la justicia burguesa, ha podido ser distinta, sin dejar de ser eficaz, en otras épocas, y puede volver a serlo el día de mañana. En los orígenes de algunos movimientos sociales, y singularmente del cristianismo, el martirio puso alas a la difusión de la doctrina. Hoy la revolución proletaria no lo necesita ya, porque ha superado esa etapa: las reacciones sentimentales ante la persecución y el sadismo de las clases gobernantes han cedido el paso a las ventajas de la propaganda directa, que es un llamamiento a la razón y a la voluntad de dominio de la clase trabajadora. En una guerra civil —y nunca como ahora estuvo en guerra civil, actual o latente, la sociedad capitalista— las brutalidades de uno de los contendientes influyen muy en segundo término sobre el curso de la lucha. El martirio como medio de proselitismo carece ya de razón de ser. La revolución social, en su fase presente, no necesita mártires, sino soldados.

En otras circunstancias puede convenir también a la causa revolucionaria que sus líderes queden convictos y confesos ante los Tribunales de justicia, como ocurrió en España en 1930. En tales casos, un proceso contra los revolucionarios sólo sirve para poner en evidencia la debilidad interna de un régimen político y para acelerar la revolución misma que ha de concluir derribándolo, como, en efecto, aconteció con la monarquía española. Pero este ejemplo podría ser trágicamente engañoso si se le quisiera seguir en cualquier otro sistema de Gobierno, en la República actual, pongamos por caso. Nada más peligroso para los hombres y partidos revolucionarios que el período inmediato a un cambio de régimen político, sobre todo en aquellos países como Rusia, en 1917, y España, desde 1933, donde el proletariado aspira a la totalidad del Poder, porque entonces la lucha de clases puede agudizarse hasta el extremo de transformarse en una guerra civil permanente. Cuanto más inestable el nuevo Estado, más grande su capacidad de terror. En momentos así sería insensato comparecer espontáneamente ante los Tribunales o pretender convertirlos, si uno cae prisionero, en tribuna de propaganda heroica. La táctica propia de un revolucionario en esos períodos de aguda guerra civil consiste en sustraerse a la justicia histórica y, si ello no es del todo posible, en evadirse por sus mallas, de cualquier forma y por cualesquiera medios, que todos son lícitos, con tal de alcanzar la libertad. Un revolucionario entre rejas es como león sin dientes ni garras.

Así lo entendía también Lenin, que siempre fue enemigo de gestos espectaculares y de contactos arriesgados con la justicia capitalista. Pero concretamente lo manifestó en julio de 1917, con motivo de una especie calumniosa de que fue objeto el partido bolchevique. Unos eran partidarios de que Lenin y Zinoviev se presentasen a los Tribunales para deshacer a la luz de la justicia oficial la calumnia. Otros se oponían, y entre ellos figuraba el propio Lenin. Entonces fue cuando escribió un par de cuartillas que valen por todo un tratado de moral revolucionaria. A él pertenecen las palabras que van a la cabeza

de este trabajo: «Los Tribunales son los órganos del Poder. Los liberales se olvidan a veces de esto. Los marxistas no deben olvidarlo» (3). En tiempos de dictadura —agrega Lenin— la justicia no es justicia, «sino "un episodio de la guerra civil"». Los marxistas no deben olvidar nunca, pero en los procesos revolucionarios menos que nunca, que los Tribunales son los órganos del Poder y que la justicia no es más que una manifestación de la guerra civil y un brazo más a su servicio en el campo de la burguesía. Deben evitarlos siempre que puedan; pero si no pueden, deben procurar poner doble venda en los ojos de la Justicia, no para que sea más imparcial, que nunca lo es ni puede serlo, sino para que, no viendo la maraña íntima de los hechos, quede ciega e impotente para desenredarla y para descubrir el cabo del hilo. Procceder de otro modo sería antirrevolucionario.

La característica principal de una revolución proletaria debe ser el hermetismo. Muy pocos, los menos posible, han de conocer la organización entera y la persona o personas en quienes está centralizada, no sólo para evitar que se malogre si, por indiscreción o confidencia, son detenidos por la Policía sus directores antes de la fecha señalada para la revolución, sino también para que, si ésta se frustra o fracasa, el Gobierno y los Tribunales no puedan penetrar en la trama revolucionaria ni saber con certeza qué hombres la prepararon y condujeron. Importa mucho salvar a las personas jurídicamente más responsables para que el proceso revolucionario no quede de momento decapitado; pero importa más salvar el porvenir de la revolución, sus etapas futuras, impidiendo que las autoridades sorprendan los secretos de la conspiración pasada, para que de ese modo no puedan desbaratar en su génesis la siguiente. Pues, como dice Engels en las palabras antes citadas, «si hemos sido derrotados, no tenemos otra cosa que hacer sino empezar de nuevo por el principio». Una revolución social tiene muchos actos, y sería, más que una torpeza, un crimen obrar

(3) Lenin: *Oeuvres complètes*, tomo XXI, pág. 36.

tan desmañadamente que en una sola tentativa queden fuera de combate para mucho tiempo los mejores hombres, soldados o líderes. Por esto la moral revolucionaria exige que las insurrecciones del proletariado sean recónditas y herméticas en su organización y propósitos, antes y después de su ocurrencia, único modo de que la revolución sea permanente y eficiente, hasta su triunfo definitivo.

He querido demostrar en todo lo que va escrito que Francisco Largo Caballero no podía, moralmente, conforme a la moral revolucionaria del proletariado, hacerse responsable ante la justicia burguesa de los sucesos de octubre de 1934, incluso suponiendo —como mera concesión polémica— que hubiera participado en esos sucesos. Y si, de no haber intervenido, se hubiera hecho responsable, como pretendían algunos, invocando un concepto equivocado de la solidaridad, también su conducta habría sido antirrevolucionaria. Desde el punto de vista de la doctrina que he venido sosteniendo en este escrito, hay que reconocer que esa conducta ha sido no sólo irreprochable, sino ejemplar, y en ella habrán de inspirarse cuantos algún día se encuentren en análogas circunstancias. Sienta, como diría un profesional del Derecho, jurisprudencia revolucionaria.

En realidad, lo más significativo del proceso de Largo Caballero es que todos los que coadyuvaron en su defensa se condujeron como perfectos marxistas en el sentido de no olvidar —según las palabras citadas de Lenin— que los Tribunales son órganos del Poder y que la justicia, en período revolucionario, es sólo un episodio de la guerra civil. Yo creo que fue eso lo que más impresionó a los jueces: la solidaridad de todos —acusado, defensor y testigos afines— en una común moral revolucionaria, en la moral revolucionaria del proletariado. La falta de pruebas era un hecho jurídico que acaso, por sí solo, no hubiera bastado para no condenarle; la razón de Estado de la burguesía no se detiene en comprobación más o menos. Pero los magistrados del Tribunal Supremo presentían que detrás de ese hecho jurídico había, determi-

nándolo, un enorme hecho social: el hecho de que en torno del acusado, que estaba allí aparentemente indefenso, entre guardias, a merced del Poder capitalista, había una inmensa muralla moral levantada por el deseo, por la solidaridad, por la devoción sin precedentes de millones de trabajadores, protegiéndole, amparándole, dispuestos con su palabra o con su silencio, a costa de su libertad y hasta de su vida si fuera preciso, a arrancarle de las garras de la justicia burguesa. Era todo un mundo, allí ausente como ser físico, pero presente como realidad trascendente, que se alzaba, incorporado en la persona de Largo Caballero, con su concepto de la moral y de la justicia radicalmente antagónico del de los jueces, como una acusación muda, pero imponente y amenazadora, contra la sociedad de clases y como anuncio cierto de la próxima sociedad socialista. Y fue eso lo que les intimidó y lo que les impidió, tanto, por lo menos, como su conciencia profesional, ceder a las manifiestas presiones políticas que buscaban una sentencia condenatoria. No se condena así como así, y, además, sin pruebas, al hombre que representa la voluntad de poder, en ansia de emancipación y dominio de millones de seres.

Pero todo ello necesitaba alguien que dirigiese el proceso conforme a la moral revolucionaria del proletariado, que administrase delicada y sutilmente los hechos y la carencia de hechos, las palabras y los silencios, las apariencias y las realidades, los recuerdos y los olvidos; hacía falta un guardián celoso y meticuloso de la moral revolucionaria y de la verdad histórica, que algún día habrá de saberse y que no siempre tiene por qué coincidir necesariamente con la verdad jurídica, y ese hombre fue Luis Jiménez de Asúa, y sólo podía serlo un socialista revolucionario, y ésa fue su misión, desempeñada admirablemente, con un tacto, con una prudencia, con una eficacia que a la vista están. Asúa impidió, como era su deber de abogado, pero sobre todo de socialista marxista, siguiendo el buen consejo de Lenin, que la justicia oficial penetrase en las intimidades de la ciudadela proletaria, y esa justicia hubo de retirarse abandonando la

presa codiciada. El día que Asúa nos cuente detalladamente la historia de esa labor suya, durante todo el largo proceso, para sustraer al conocimiento de la justicia burguesa lo que había acontecido en el interior de la ciudadela proletaria, tendremos una obra maestra del arte revolucionario de defender a un revolucionario. Ese capítulo inédito será lo más interesante del proceso de Largo Caballero. Hoy tenemos que contentarnos con el epílogo, que fue la vista de la causa y que forma la materia de este libro.

Sobre el fondo del proceso no es aún oportuno decir más de lo que consta en las declaraciones del acusado y los testigos y en el discurso y demás intervenciones del defensor. Aquí me interesaba especialmente esbozar la teoría de una moral revolucionaria del proletariado en relación con la justicia en régimen capitalista, y comprobar su eficacia en un caso concreto.

Largo Caballero está en libertad. Gracias principalmente al arte desplegado en su admirable defensa por Jiménez de Asúa, otra vez está Largo Caballero en su ciudadela, en la ciudadela del proletariado, para seguir gobernándola y conduciéndola al objetivo final de la conquista del Poder político. Su absolución fue un episodio de la guerra civil española, que prueba hasta qué punto la gran burguesía, representada ahora por el Estado republicano, como antes por el monárquico, se siente débil y desmoralizada, no obstante sus confesadas apetencias contrarrevolucionarias, ante el hombre que mejor simboliza el Estado socialista, ese Estado a que Largo Caballero aludió en sus palabras finales al declarar que él quería una República sin lucha de clases. Algunos ignorantes o imbéciles creyeron que al decir eso el gran líder del proletariado español renegaba de la lucha de clases, atribuyéndole la inepticia de suponer que es posible una República burguesa sin lucha de clases, términos que en un socialista implican una contradicción absoluta. Mientras haya capitalismo habrá lucha de clases, explotación de unas clases por otras y resistencia inevitable de los explotados, y cuando un socialista declara que desea

una República sin lucha de clases, sólo piensa en una República socialista. No es otro, ni puede ser otro, el sentido de las palabras de Largo Caballero.

Si ello cupiera en lo posible, Francisco Largo Caballero sale del proceso más socialista marxista que antes, como Engels después de la revolución de 1848 y como Marx después de la Comuna de París. Por eso era su libertad tan preciosa, y para conseguirla había que adoptar una moral proletaria en extremo severa, desoyendo astutas y a veces afrentosas incitaciones que, inspiradas en la moral burguesa y en la psicología individualista del hombre burgués, sólo se proponían, hiriendo el amor propio, provocar inútiles y funestas actitudes personales. Pero todo eso tenía que estrellarse, y se estrelló, en la diamantina conciencia proletaria de Largo Caballero. Su martirio hubiera servido de muy poco a la causa obrera. Su libertad era la necesaria. Políticamente no había, ni hay, nada más necesario en España que la libertad de Largo Caballero. La historia de nuestro país corre precipitadamente a un desenlace en que el proletariado ha de ser el protagonista y árbitro. Y era necesaria que su hombre más representativo estuviera en libertad. Como que la libertad de Largo Caballero es, hoy por hoy, la máxima garantía de que el Socialismo realice su alto destino histórico sin detenerse, desviarse ni degenerar, como en algunos países, en un apéndice servil de la burguesía.

GLOSAS DEL MES

Lo que ocultaba la censura

Si nos irrita la censura —y es natural que hablemos de ella y de la irritación que nos ha producido durante quince meses al volver a escribir de nuevo sin mordaza— no es tanto por ser antiliberal como por ser canallesca. Estamos curados de la superstición de la libertad en régimen capitalista. Con frecuencia recordamos las tajantes palabras de Lenin contestando al cántico que en su presencia Fernando de los Ríos entonaba a la libertad: «¿Libertad, para qué?» ¿Libertad para lo que la usa la prensa burguesa? ¿Libertad para mentir, para difamar al adversario, para embaucar a sus lectores con falsedades y tópicos pseudo patrióticos, para mixtificar doctrinas y realidades, para calumniar al proletariado y a sus líderes, para difundir el pánico entre la burguesía y la pequeña burguesía? Esa no la queremos.

La libertad contrarrevolucionaria, la libertad para combatir a la verdadera libertad, que es la libertad económica, base de la libertad política e intelectual, es una contradicción que sólo puede resolverse suprimiéndola, como la han suprimido en Rusia y como habrá que suprimirla en todas partes donde la clase obrera conquiste plenamente el Poder político. La libertad de la Medicina —la libertad de la ciencia aplicada a la salud— no se consigue más que aboliendo la libertad del curanderismo. La libertad social —fundada en la justicia de la igualdad del trabajo y de la distribución equitativa de lo producido colectivamente— sólo se logrará arrebatándosela a sus enemigos, a la clase capitalista. No es paradoja y no hay otra solución.

La censura es legítima cuando sirve a una alta causa revolucionaria, al interés de la inmensa mayoría de la población. Pero cuando no sirve más que a los intereses de una oligarquía dominante, es una canallada sin la más mínima justificación histórica. Eso ha sido la censura en España en estos últimos quince meses. Mejor dicho, ha sido mucho más que una canallada vulgar: ha sido el velo que cubría los asesinatos y los robos cometidos por los hombres y partidos que en este tiempo han detentado el Poder. La censura no impidió que la prensa de las derechas publicara las mayores infamias contra los revolucionarios de octubre, deformando y exagerando vilmente sus actos de guerra civil —inevitables en toda guerra, por dolorosos que sean—, inventando patrañas de tipo vandálico que el tiempo ha desmentido totalmente, presentándolos como hordas salvajes para justificar que no se les diera cuartel: para eso sirve la libertad de la prensa burguesa.

Pero, en cambio, la censura no permitió que los periódicos dijeran nada de los crímenes sin nombre y sin número de que fueron víctimas los revolucionarios y muchos neutrales inocentes, incluso mujeres y niños; de los fusilamientos sin formación de causa; de los asesinatos como el de Luis de Sirval; de los variadísimos y terribles tormentos, que acreditan una sevicia patológica difícil de explicar en una nación que se dice civilizada. Rara vez la barbarie de un Estado alcanzó marca tan alta. La dictaban el pánico y la venganza, dos sentimientos que, cuando se alían, engendran las crueldades más atroces. Pero lo que más aterra, lo que da escalofríos es que una bárbara y enloquecida razón de Estado encontrara tantos dóciles ejecutores.

Tiene su explicación psicológica la ferocidad del inquisidor fanático que quiere, mediante la tortura, salvar un alma descarriada o salvar a un pueblo del contagio de una herejía. Lo que no se explica es que un Estado pueda contar con tantos servidores sumisos, y con frecuencia voluntarios o espontáneos, para maltratar brutalmente a gentes indefensas, casi siempre adolescentes,

que pertenecen a la misma clase social de que originariamente son oriundos sus martirizadores. Se comprende que la necesidad obligue a acogerse a determinados oficios públicos; pero no se comprende que en el cumplimiento de esos tristes menesteres se cometan extralimitaciones de tipo sádico sin un móvil pasional, sin estar fanatizados por una idea política o religiosa, sino en frío y alegremente, como quien se ejercita en un deporte, en el deporte de torturar hasta la linde de la muerte, y a veces hasta la muerte misma, a hombres inermes, a hermanos de clase, pues tan proletarios son los verdugos como las víctimas.

¿Cómo descifrar este espantoso enigma? Esa crueldad, ¿es un atributo constitucional de nuestra raza? ¿Es hija de la venganza, una compensación a un sentimiento de pánico retrospectivo? ¿Es la expresión violenta de un resentimiento social al saberse menospreciados, como traidores a su clase, por los mismos que en la lucha cayeron prisioneros? ¿Es, simplemente, un exceso de celo para un ascenso o recompensa? He ahí un tema que no habrá que echar en olvido cuando se estudien en detalle todas las fuerzas de la contrarrevolución de octubre, conocimiento no menos necesario que el de las fuerzas revolucionarias, con sus aciertos y errores.

Tampoco consintió la censura que se diese publicidad a los atracos al Tesoro nacional o a los particulares que, a la sombra del Poder, venían perpetrando unos hombres para quienes la República y la gobernación del Estado no tenían otro valor ni otro fin que el de una ganzúa. Ahora comprenden hasta los más torpes por qué esos hombres mostraban tanto empeño en desalojar del Poder a los partidos del primer bienio republicano: porque éstos no los habían dejado robar. El segundo bienio se ha caracterizado por el clásico pacto entre criminales: mientras unos partidos asesinaban a la clase obrera y destruían sus organizaciones con el pretexto de la revolución de octubre, otros saqueaban el erario público y traficaban con las empresas privadas desde el Gobierno, vendiéndoles casi en subasta callejera el favor oficial.

Hasta que los escándalos del *straperlo* y de Nombela rompieron todos los diques de la discreción mutua y derribaron el tinglado tras el cual «operaban» estos nuevos compadres de Monipodio. Entonces también la censura fue arrollada; pero, antes y después de esos momentos, nada se pudo decir de los asesinatos y los latrocinios. Para eso ha servido la censura: para cubrir los crímenes y las sentinas del régimen. Al suprimirse, al destaparse la cloaca, un vaho pestilencial de sangre en descomposición y de materias excrementicias ha inundado el país. Las elecciones señaladas para el 16 de febrero serán la ráfaga de aire fresco que ha de purificar un poco el nauseabundo ambiente.

Con octubre o contra octubre

¿Serán algo más estas terceras elecciones de la República española? Por lo menos, deben ser mucho más. Serán, ante todo, un plebiscito sobre la revolución de octubre, como las del 12 de abril de 1931 fueron un plebiscito sobre la monarquía. Con octubre o contra octubre: no es otro el dilema. Quienes no quieran estar con octubre ni contra octubre se engañan: ése es un hecho histórico ante el cual no caben la neutralidad, ni la indiferencia, ni la cautela política. La opción no está entre la República o la monarquía, ni entre la República republicana de 1931 y la República monárquica de 1933, sino entre una República virtualmente muerta por sanguinaria y por corrompida, con el Poder vacante, en un verdadero interregno, como ésta, que es sólo un cadáver insepulto, y una nueva República vital, la República de cuyo alumbramiento fueron anuncio los dolores de octubre de 1934. Este es el sentido profundo de la próxima contienda electoral.

Las derechas votarán por esta República muerta, como en otro tiempo votaban por la monarquía muerta, sobre cuyo cadáver vivían las mismas oligarquías parasitarias que ahora viven sobre esta República cadavérica. No importa que este Estado muerto se llame República o monarquía. Lo que importa es su realidad y no su etiqueta.

Y la realidad es que en este Estado con etiqueta republicana está intacto el Estado vampiro de la caída, pero no enterrada monarquía feudal, de la Iglesia, de la nobleza territorial, de la casta militar y de un capital financiero íntimamente ligado a esas instituciones caducas.

Cuando en 1931 se vino a tierra el Estado monárquico, pensaron algunos que lo había derribado el empuje de una nueva burguesía desarrollada secretamente en el seno de la sociedad española, como la semilla germina en la entraña de la tierra; pero ya se ha visto que no fue la burguesía, sino el proletariado quien dio el golpe de gracia al Estado monárquico. En España la burguesía no ha llegado a ser, ni probablemente podrá ya serlo nunca, una clase independiente.

La alta burguesía, representada por el capital financiero, es una prolongación de las oligarquías feudales, prescritas históricamente, y la pequeña burguesía oscila entre el alto capital, de cuyo crédito depende en parte, y el proletariado, que es su principal cliente. Los intentos de crear órganos de gobierno de una burguesía que carece de existencia autónoma, partidos políticos llamados de centro, equidistantes de la España feudal y de la España socialmente revolucionaria, son juegos de artificio en los cuales sólo pueden entretenerse gentes que desconocen en absoluto la constitución interna de nuestro país.

La pequeña burguesía, a menos que haya perdido todo instinto de conservación, votará por la República augurada en octubre de 1934; no por una República socialista, que no puede improvisarse, sino por una República socializante, por un Estado que toma francamente el camino del socialismo. Esa República aspira a nacionalizar la tierra y la Banca y a controlar la industria y el comercio para coordinar la producción y ajustarla al consumo, evitando la sobreproducción y la consiguiente quiebra del pequeño capital y el forzoso paro obrero. De la anarquía del capitalismo nadie sufre tanto, después de la clase obrera, como la pequeña burguesía, el pequeño labrador, el pequeño industrial, el pequeño comerciante y las profesiones liberales. Sólo un Estado que tenga en sus ma-

nos las grandes fuentes de riqueza y la riqueza socialmente acumulada puede asegurar permanentemente la existencia de la pequeña burguesía y del proletariado. Ese Estado expropiará a los expropiadores, pero no a aquellos cuyas pequeñas propiedades son sus herramientas de trabajo personal. Lo que, al contrario, hará el Estado es facilitar su labor dándoles los instrumentos o créditos necesarios y socializando racionalmente su trabajo mediante cooperativas de producción y distribución de los productos.

La idea de que un Estado socialista o semisocialista va a despojar a todos de cuanto tienen —de su parcela al labrador, de su taller al modesto fabricante, de su clínica al médico, de sus géneros al tendero, de sus ahorros a la criada de servicio, de su pluma y sus libros al que esto escribe, etc.— es una sandez que sólo la mala fe de las derechas y la escasa cultura política de la clase media pueden convertir en objeto de pánico y propaganda electoral. Lo sorprendente es que también los partidos republicanos de izquierda participen de un temor semejante ante los postulados de una República semisocialista, según se comprueba por su negativa a aceptar la nacionalización de la tierra y de la Banca, que les propusieron los partidos obreros al concertar el pacto de alianza para las elecciones.

Los republicanos de izquierda quisieran favorecer a los campesinos, pero sin modificar esencialmente las actuales relaciones de propiedad, sin expropiar a la aristocracia latifundista y sin apoderarse de la Banca para poner el crédito al servicio de los pequeños labradores y pequeños industriales. Temen asustar a la gran burguesía y se detienen ante la única política que pudiera atraer a sus partidos a la pequeña. En esto se observa un evidente retroceso en comparación con el programa revolucionario que precedió al establecimiento de la República y, sobre todo, con la propia Constitución republicana. El artículo 44 autoriza la socialización de cualquier clase de propiedad. ¿Para qué votaron entonces ese artículo los que ahora temen empezar a aplicarlo?

Tal actitud es un gran error político, que compromete seriamente la existencia de un republicanismo de izquierda. Si esos partidos no tienen decisión para llevar a la vida la revolución democrática comenzada sobre el papel en 1931, único medio de destruir los subsistentes poderes feudales, ¿cuál es su razón de ser histórica? Porque nadie creerá que los modestísimos paños calientes aportados por los republicanos al pacto en materia agraria, industrial y económica —paños calientes que, es natural, no asustan al señor Portela, ni a nadie— tienen nada de revolucionarios. Ni siquiera como reformas templadamente liberales servirán de nada. El tal pacto, tan laborioso y durante tantos meses aconsejado apremiantemente desde cierto sector socialista, es un verdadero parto de los montes.

Pero tampoco se piense que lo damos por inútil. Muy al contrario. Ese pacto servirá para que la pequeña burguesía se pronuncie sobre octubre, es decir, contra el fascismo feudal vaticanista y en favor de la única política que puede extirparlo en sus raíces, mediante la nacionalización de la tierra y la Banca y el control de la industria y el comercio. La masa de la clase media, votando a las izquierdas, simbolizadas en octubre, hará ver a los líderes republicanos que ella no se atemoriza ante esa política, ni en ir unida a las elecciones con socialistas, comunistas y sindicalistas, como se atemorizó a última hora el señor Sánchez Román, y acaso les induzca, en caso de triunfo, a radicalizar su programa, a emprender a fondo la revolución democrática. Pues si no lo intentan ellos, lo que equivaldría a eliminarse para siempre de la política española, su papel pasará definitivamente a los socialistas, que entonces fundirían el proceso de la revolución democrática con el de la suya propia, como hicieron los rusos en 1917 ante las vacilaciones de la burguesía republicana.

El pacto refleja también la creciente unificación del proletariado de todas las tendencias, la única unidad que importa; las discrepancias de algunos líderes en las cimas del Partido Socialista carecen de valor y no afectan

para nada a la unidad obrera en la base, que es absoluta e inquebrantable. Octubre fue —su principal victoria— el aglutinante más eficaz de la clase trabajadora que se había conocido en España. El pacto lo firman el Partido Socialista, el partido comunista, un partido sindicalista y el partido de unificación marxista. Quedan fuera el grueso de los sindicalistas y los anarquistas, más que por nada, por escrúpulos tradicionales de una teoría sobre el Estado que ya está virtualmente muerta en la conciencia de la inmensa mayoría de la clase obrera. Nadie quiere perpetuar el Estado de clases, y los socialistas lo quieren menos que nadie; pero para acabar con ese Estado, como quieren los socialistas no menos que los anarquistas, es preciso apoderarse de él y abolir desde él la sociedad de clases, la división en explotadores y explotados, y sólo entonces el Estado coactivo perderá la razón de su existencia, pero no antes. Esta verdad ha penetrado ya en la razón de muchos anarcosindicalistas, y ellos votarán el cartel de las izquierdas, en vez de abstenerse o de dar sus sufragios, como en otras ocasiones, a ciertos piratas del leguleyismo demagógico.

El punto capital del pacto de los partidos de izquierda es una amplia amnistía y la reposición de los obreros despedidos por los sucesos de octubre. En este caso la amnistía no será un «olvido», como quiere decir esa palabra, sino, al contrario, un recuerdo imborrable de la justificación de octubre, una reparación del derecho con que entonces fue el proletariado a la lucha para amalgamar con su sangre y con sacrificios de todo género los cimientos de un nuevo Estado que sustituirá a este otro Estado de fuerza y parasitario, de estructura feudal, que no ha podido enterrar la República del 14 de abril. Las elecciones valdrán como plebiscito sobre lo que simbolizó octubre en sus fines de nacionalización y en sus métodos como conquista violenta del Poder. Con octubre o contra octubre. Con una República semisocialista o con una República monárquica, ya caducada históricamente. Si las izquierdas triunfan —contra las coacciones del Poder, de la Iglesia, de la prensa burguesa y del dinero—,

el pueblo español habrá patentizado que vota por octubre y por la República allí germinada. Lo demás es secundario.

Las izquierdas serán burladas

El triunfo de las izquierdas, aunque fuera por una rotunda mayoría, no significará —no nos hagamos ilusiones— la conquista del Poder para la República de octubre. No lo sería ni aun en el caso de que los socialistas obtuvieran mayoría absoluta propia. Los rústicos maquielados del Estado centrista falsearían por todos los medios esa victoria so pretexto de que los socialistas se han situado fuera del régimen o de que los republicanos, incluso los de izquierda, no quieren más que una modesta República liberal y democrática. Se buscarán combinaciones céntricas y desprendimientos del bloque de izquierdas, como en las Constituyentes. Volverán los vetos a hombres y partidos. La legalidad será otra vez una vía muerta, un callejón sin salida. Se quiere que la República sea una tela de Penélope.

Ya lo dijo Largo Caballero en su discurso del 12 de enero en Madrid: «Yo llamo la atención a los republicanos para que se preparen a actuar cuando llegue la ocasión, pues tengo la convicción de que, mientras no se agote el período de seis años que la Constitución determina para el desempeño de ciertas funciones, ese Poder no irá a manos de republicanos de izquierda.» Añadamos: mucho menos iría a manos de socialistas, aunque ganasen una mayoría absoluta. Pero la experiencia será necesaria. Todavía son muchos los que esperan que por la vía legal podrá realizarse una República semisocialista como la que permite la Constitución. Los hechos han demostrado hasta ahora que no y lo seguirán demostrando en lo sucesivo. ¿Qué remedio quedará entonces? También lo dijo Largo Caballero en el mencionado discurso: «Nuestra aspiración es la conquista del Poder político. ¿Procedimiento? ¡El que podamos emplear!»

La dirección del partido socialista

La crisis electoral no ha sido un obstáculo para que la crisis interna del partido socialista —tal es su vitalidad— siga su proceso de eliminación en los puestos de mando de los hombres que están en desacuerdo con la línea marxista revolucionaria de la mayoría de las masas. Siguiendo la ejemplar iniciativa de la Agrupación Socialista de Madrid, las Agrupaciones provinciales están votando una nueva Ejecutiva homogénea, presidida también por Largo Caballero. El derecho de esta elección —recusado por algunos componentes de la vieja Ejecutiva, arguyendo que ésta sólo puede ser destituida por un Congreso nacional— es indiscutible. ¡Bueno fuera que la masa del partido, el soberano de la organización socialista, no pudiese revocar en cualquier momento a sus mandatarios! Esto es lo elemental de una democracia socialista, y sólo pueden ponerlo en tela de juicio los que la desconocen o la desprecian.

La nueva Ejecutiva imprimirá al partido socialista una unidad ideológica que de hecho no existía desde 1930. Y que unos afiliados pasen de los puestos de dirección a las filas no implica ruptura de ningún género, a menos que los destituidos prefieran, yéndose a sus casas, destruir ellos la unidad que tanto cacareaban. Por primera vez desde hace muchos años habrá una unidad verdadera en el pensamiento y en la acción. El partido socialista se radicaliza, identificándose cada vez más con los otros partidos obreros y confundiéndose cada vez menos con los partidos republicanos. Esto es lo que duele. Pero no debe doler, ciertamente, a la clase trabajadora si quiere emprender una inflexible política de clase y prepararse para la conquista totalitaria del Poder político. Todo lo demás es rémora y confusiónismo.

La crítica de octubre

Durante quince meses la Revolución de octubre ha sufrido las más truculentas invectivas de la España con-

trarrevolucionaria, de la verdadera Anti-España. Suprimida la censura y restablecidas las garantías constitucionales, ha entrado octubre en una nueva y doble fase: llegar a la más fructífera: la analítica. Hace falta emprender la crítica de la Revolución de octubre, no con espíritu derrotista, antirrevolucionario, como es el del reformismo, sino con ánimo de aprendizaje y eficacia, de corrección de errores, donde los hubo, y de enseñanzas, donde pueda haberlas, para el futuro, como debe ser el propósito de todo marxista revolucionario, como fue el de Marx, Engels y Lenin en las revoluciones de su tiempo.

Inspirados en este anhelo, comenzamos en este número la publicación de algunos trabajos de crítica política y militar del movimiento de octubre. Llamamos la atención de los lectores sobre los artículos del Mayor Grap, militar competentísimo en el arte de la guerra y también, como se verá por su trabajo, en el arte de la insurrección marxista, y de Javier Bueno, antiguo director del diario *Avance*, de Oviedo, que tanto influyó a la formación de una conciencia revolucionaria en Asturias durante los meses que precedieron a octubre. Javier Bueno es una de las plumas más personales y expresivas de cuantas escriben hoy en lengua castellana y uno de los caracteres más insobornables. Fue maltratado brutalmente, como lo acredita una fotografía que ha reproducido toda la prensa obrera y burguesa de izquierda, y actualmente sufre no sabemos cuántos años de condena a presidio. Desde aquí le saludamos con toda cordialidad personal e ideológica.

Valle-Inclán

Muy pocos son los españoles mayores de sesenta años cuya muerte puede dolernos objetivamente como término de una obra inconclusa o frustrada a punto de sazón. Por lo general, el español dedicado a los oficios de la inteligencia envejece pronto. Raro es el que al doblar la cincuentena o antes no ha dado de sí todo lo que llevaba dentro de personal; luego viene el silencio o la repetición

de sí mismo, la muerte espiritual antes que la física. La mayoría de los españoles provecos son supervivientes de sí propios: cuando mueren, parece que se han muerto por segunda vez, que han vuelto a pasar a la Historia, es decir, que de nuevo han dejado de ser presente histórico.

Valle-Inclán era una de esas pocas excepciones españolas que siguen viviendo en el presente y proyectan su espíritu sobre el futuro. Por eso le queríamos entrañablemente en *LEVIATÁN* y por eso nos aflige su muerte, porque cada nueva obra suya parecía como si fuera un comienzo, como si no tuviera término en tanto que creación original. ¡Cómo deseábamos que acabara pronto con el ciclo novelesco del siglo XIX y empezara el del XX, el del reinado de Alfonso XIII, de Primo de Rivera y de la actual República *strapérlica*! ¡Qué magníficos «esperpentos» se ha llevado a la tumba!

Nos duele vivamente su obra truncada y nos apesadumbra también la idea de que con él ha desaparecido un gran carácter. Como indica nuestro colaborador Carmena Nenclares en otro lugar de este número, Valle-Inclán era para las jóvenes generaciones actuales el más respetable de los hombres del 98 y de la promoción inmediata. Acaso el único. Desde luego fue el único de ese grupo literario cuya pluma no se puso nunca al servicio de Mammón. Estuvo siempre, y sobre todo en sus últimos años, al lado de cuantos padecieron injusticias, y muy señaladamente injusticias sociales. Tenía de don Quijote no sólo la traza, sino la pasión ética. Vivió en todo tiempo con ineludible dignidad, sin arrastrarse jamás ante los poderes materiales. Ha muerto pobre y sin responsos. En una futura revisión de los valores intelectuales de esta época, será uno de los pocos que el pueblo español reconozca como legítimamente suyos y, por tanto, impecederos.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE EN ESPAÑA

Por LUIS ARAQUISTÁIN

El siguiente trabajo fue escrito a fines de octubre de 1934 y publicado en la gran revista trimestral Foreign Affairs, de Nueva York. Hubiera sido inútil querer reproducirlo en España bajo la mordaza de la censura. El lector español tendrá en cuenta que, destinado el artículo a un público extranjero, era preciso hacer una exposición panorámica de los antecedentes de octubre, que aquí, en España, nadie ignora, pero que de todos modos acaso no sea superfluo recordar en el momento en que los hombres y partidos provocadores, desde el Poder, de aquella insurrección van a comparecer ante el tribunal supremo del cuerpo electoral.

I

Sus motivos inmediatos

El 4 de octubre Lerroux constituía un nuevo Gobierno, en el que entraban tres ministros de Acción Popular, el partido agrario católico que capitanea Gil Robles. El día 5 se declaraba la huelga general en toda España. El 6 el Gobierno autónomo de Cataluña proclamaba el Estado catalán dentro de la República federal española, es decir, una nueva forma de gobierno republicano en España. El 7 por la mañana se rendía el Estado catalán por capitulación del Gobierno autónomo ante las fuerzas del Gobierno de Madrid.

La huelga general se prolongó una semana más en casi todo el país. En Asturias la lucha armada entre las fuerzas revolucionarias y las del Gobierno continuó durante dos semanas, cesando en la cuenca minera mediante un pacto entre el general López Ochoa, que acaudila-

llaba las tropas gubernamentales, y Belarmino Tomás, en representación de los obreros; pero a la hora de escribir estas líneas —fines de octubre— todavía quedan en los montes asturianos guerrillas sueltas que se resisten a mano armada. El número de muertos es por el momento incalculable. Sólo en Oviedo se acerca al millar la cifra de enterrados o incinerados. En el resto del país las pérdidas de vidas han sido mucho menores, pero seguramente se elevan a algunos centenares. Sólo las de Asturias, por incendio y bombardeo, se calculan en más de 150 millones de pesetas. Oviedo es una ciudad literalmente destruida, que recuerda algunas poblaciones belgas o francesas devastadas por la artillería de los beligerantes en la guerra de 1914-1918. Estos son, en síntesis, los hechos externos de la revolución de octubre en España. Analicémoslos ahora en su significación interna, trazando la historia de su génesis y de sus características y valorando con la mayor objetividad posible su trascendencia política y social.

Lo que primero sorprende a los no iniciados en el proceso íntimo de este movimiento es la desproporción entre un hecho al parecer nimio, como la entrada de tres ministros de Acción Popular en el Gobierno presidido por Lerroux, y la huelga general revolucionaria con que la totalidad del proletariado español protesta contra ese hecho, paralizando toda la vida económica del país y manteniendo la guerra civil en unas cuantas ciudades y provincias. El nombramiento de esos tres ministros era en apariencia perfectamente constitucional. En menos de un año se habían agotado tres Gobiernos minoritarios presididos por tres hombres del partido radical: Martínez Barrio —bajo el cual se celebraron las corrompidas elecciones generales de noviembre de 1933—, Lerroux, que dimitió el 25 de abril, y Samper, que dimitió el 1 de octubre. Los partidos que participaban en estos tres Gobiernos no tenían mayoría parlamentaria. Para sostenerse necesitaban de los votos de Acción Popular, que no estaba representada en esos Gobiernos. ¿Por qué no lo estaba? Porque hasta octubre ni el Presidente de la República ni la

propia Acción Popular habían considerado prudente que este partido entrase a gobernar. La razón era obvia: En las Cortes Constituyentes ese partido —entonces con otro nombre— se había manifestado como francamente anti-republicano, hostil a todos los artículos de la Constitución y a todas las leyes complementarias. No votó la Constitución cuando fue definitivamente aprobada. Fue revisionista desde el primer momento, y no de estas o las otras disposiciones legales, sino de toda la Constitución republicana. En el fondo aspiraba, por la revisión, a restaurar la monarquía.

A las elecciones de noviembre fue aliado con los partidos monárquicos y sostenido por el dinero monárquico. Su programa no se diferenciaba esencialmente del de los grupos que combatían a rostro descubierto por la restauración de instituciones y oligarquías monárquicas. La inmensa mayoría de sus electores, si no todos, eran monárquicos. Más tarde, para lograr acceso al Poder, hizo ambiguas declaraciones de aceptación del régimen republicano; pero esto era falsificar la representación que había recibido de sus electores. Si quería gobernar como partido republicano, que esperase a las próximas elecciones y que se presentase en ellas con inequívoca bandera republicana: ésta era la tesis de los partidos francamente republicanos y del socialista. Sólo uno, el partido radical de Lerroux, se mostraba propicio a admitir en su Gobierno a ministros de Acción Popular, lo que determinó la escisión de una veintena de diputados, que formaron partido independiente, bajo la jefatura de Martínez Barrio; pero es que a Lerroux, dominado por vanidades y concupiscencias seniles, con tal de gobernar, lo mismo le da la República que la monarquía más o menos disfrazada.

En cuanto al Presidente de la República, al principio de las nuevas Cortes tampoco parecía dispuesto a autorizar un Gobierno con ministros de Acción Popular, por no considerarlos republicanos. Se lo decía a cuantos republicanos frecuentaban su trato. Pero, poco a poco, dos motivos debieron inducirle a cambiar de actitud. Uno fue

la tibia declaración de republicano que a la postre se vio forzado a hacer Gil Robles como condición para gobernar; probablemente fue el propio Presidente quien más le persuadió a hacerlo. Con eso se cubrían las formas.

El señor Alcalá Zamora, que tiene muy desarrollado su pliegue profesional de jurista, de abogado para quien la letra de la ley está por encima del espíritu, es una mentalidad fundamentalmente conservadora. Su republicanismo es meramente formal. El quisiera que la base de la República se ensanchase de tal manera que todos los españoles la aceptaran, aunque sólo fuese nominalmente. El contenido de la República, las relaciones económicas, políticas y sociales entre unas clases y otras, le interesa de modo secundario. Católico sincero, su concepción social, fundada en la caridad de los poseedores y en la resignación de los desposeídos, no se distingue sustancialmente del programa político de Acción Popular o de cualquier otro partido católico del mundo. Su ideal sería una República cristiana y misericordiosa con los pobres. Se comprende que la declaración de republicanismo formal y externo de Gil Robles le llenara de contento. ¡Se ensanchaban las bases de la República!

Por otra parte —el segundo motivo—, Gil Robles se negaba a seguir sosteniendo más Gobiernos minoritarios. Quería participar directamente en el gobierno de la República: había que rematar con propia y dura mano la obra de rectificación que los tres Gobiernos anteriores habían hecho a las reformas del bienio republicanosocialista. No era conveniente esperar, como por un tiempo esperó, a que las próximas elecciones le otorgaran mayoría absoluta. El resultado de una nueva consulta electoral podía serle, al contrario, desastroso. Sus aliados, los partidos monárquicos, estaban altamente descontentos de su confeso republicanismo y de sus concesiones parlamentarias, y si no le daban dinero para otras elecciones, como es lo probable, su partido correría grave peligro. Además los electores, viéndole en guisa republicana, podían fallarle, acusándole de traición.

De otro lado, Gil Robles creyó que las izquierdas re-

publicanas, y señaladamente los socialistas, depondrían su actitud de implacable hostilidad. Se fue haciendo al convencimiento de que las amenazas de desencadenar la revolución, que los socialistas profirieron en el Parlamento en el caso de que Acción Popular participase en el Gobierno, no se cumplirían. Todos se resignarían a lo inevitable y consumado. A lo sumo habría una huelga general de protesta de veinticuatro horas. Ese convencimiento lo expresaba en un editorial *El Debate* —órgano de Gil Robles, acaso autor de ese artículo— del día 3 de octubre: No habría revolución, no ocurriría nada.

También estaba convencido de ello el Presidente de la República. Dos días antes de constituirse el Gobierno de Lerroux, un banquero de Madrid fue a decirle que estaba seguro de que la entrada de Acción Popular en el Gobierno sería la señal de la revolución. «—¿Quiénes la harán? —replicó con una sonrisa el Presidente—. ¿Los socialistas? Esos no hacen revoluciones.»

Era llegada, pues, la hora de gobernar. O gobernaba Acción Popular o se disolvían las Cortes; no más Gobiernos minoritarios. El Presidente deseaba prolongar estas Cortes lo más posible. La Constitución no le autoriza a disolver el Parlamento más que dos veces durante su mandato. Este mandato es por seis años; aún le faltan tres. Ya disolvió unas Cortes: las Constituyentes. Las próximas o terceras de la República no podrá disolverlas; se comprende, por tanto, que quiera conservar su última prerrogativa de disolución dilatando la vida de las actuales. Además las próximas Cortes podrían destituirle. Bastaría que lo propusiesen las tres quintas partes de los diputados. ¿Teme el señor Alcalá Zamora una destitución? No sería extraño. La disolución prematura de las Cortes Constituyentes y su conducta con los hombres y partidos que han gobernado en la República le han enajenado por completo la simpatía con que fue elegido casi unánimemente. Su política presidencial ha tendido a desmembrar los grandes partidos de izquierda y a apartar de la gobernación a los hombres más eminentes de la República, encumbrando, en cambio, a los mediocres e

ineptos. Ha fomentado las escisiones y ha impuesto Gobiernos de verdaderas nulidades, como el del señor Samper.

El señor Alcalá Zamora se nos ha revelado como un ultrapresidencialista. Su ideal sería que todos los ministros estuvieran designados por él, como secretarios de despacho, y que no pertenecieran a ningún partido, o a partidos insignificantes. Repetidas veces ha intentado inútilmente formar Gobiernos presididos por hombres que ni siquiera eran diputados y cuyo nombramiento provenía sólo de su amistad con el Presidente. Ni en tiempos de Alfonso XIII el factor de la simpatía o antipatía personales ha desempeñado un papel tan decisivo en la política española. Esta extraña psicología del Presidente, en que una desmedida ambición de poder personal se mezcla con un fuerte y comprobado complejo de inferioridad —en que acaso el ansia de dominio sirve de compensación a un sentimiento de la propia pequeñez—, es uno de los motivos principales, tal vez el dominante en la ya accidentada historia de la República española. Con ser grande la responsabilidad de Acción Popular en el movimiento revolucionario de octubre, es mayor la que corresponde al Presidente por haber abierto las puertas del Gobierno, contra el espíritu de la Constitución, a un partido cuya fuerza parlamentaria procede de los electores monárquicos; esto es acabar con el contenido social y laico de la República y, a la postre, con la República misma, con la autonomía de Cataluña y con las organizaciones obreras de inspiración marxista.

Pero esto es el fascismo sin disfraz, adaptado a las realidades españolas. Los tres Gobiernos minoritarios anteriores, sustentados en el Parlamento por Acción Popular, eran la preparación del fascismo, medio fascismo. La participación directa de Acción Popular en el Poder era dos tercios del fascismo. La próxima etapa sería eliminar definitivamente a Lerroux, como antes habían eliminado a Martínez Barrio, y ejercer plenamente el Poder, con el Parlamento o sin el Parlamento, con la connivencia y complicidad del Presidente, como Miklas con Dollfus y

Juego con sus sucesores en Austria, o contra el Presidente: el fascismo completo. Un fascismo apoyado especialmente en la propiedad territorial, en la Iglesia católica y en el Ejército; más parecido al de Austria y Portugal que al de Italia y Alemania. Frente a ese suave deslizamiento, aparentemente legal y largamente meditado, del fascismo en los mandos de la República, se levantaron el 5 de octubre las fuerzas políticas y sociales que se veían amenazadas por los indicios de una dictadura: los partidos republicanos de oposición, el Gobierno de Cataluña y las organizaciones obreras de tendencia marxista, sindicalista y anarquista. Este levantamiento no era un secreto para nadie, excepto para el Presidente de la República y para los partidos que forman el Gobierno Lerroux. Lo había anunciado la minoría socialista en el Parlamento. Lo publicaba a diario la prensa socialista. Era el tema obligado de los mítines obreros.

En realidad, la revolución comenzó a gestarse en las últimas elecciones de fines de 1933 a la vista de los procedimientos de coacción y corrupción que se emplearon para falsificar la voluntad nacional, y si no estalló en el momento fue porque nadie esperaba que el Presidente entregase el Gobierno a un antiguo partido monárquico de expresa ideología fascista. Sin embargo, y a raíz de las elecciones, escribiendo sobre su resultado en la revista *Foreign Affairs*, de Nueva York, puede hacer esta fácil profecía: «Pero si hay dictadura, habrá revolución.» En rigor ha habido revolución antes de que la dictadura se haya manifestado con toda firmeza, antes de que arraigase en el Poder. Ha sido una revolución preventiva, inspirada, sobre todo, en los fatales ejemplos del socialismo alemán, vencido sin lucha, y del socialismo austríaco, vencido en una lucha tardía. ¿Ha habido precipitación en la revolución española? Sofocada de momento, ¿habrá sido baldía? El tiempo lo dirá. Ahora sería prematuro hacer profecías. Pero no será inoportuno estudiar sus características y su potencialidad histórica.

II

Su génesis y sus características

La intervención de los partidos republicanos opositores en el movimiento revolucionario de octubre fue puramente platónica. Los cuatro grupos republicanos que presiden Azaña, a la sazón en Barcelona; Martínez Barrio, Sánchez Román y Miguel Maura se limitaron a publicar unas notas en que rompían su solidaridad con el régimen al verlo entregado a las derechas, y especialmente a Acción Popular. Son partidos sin masa, representantes de minúsculos sectores de la pequeña burguesía. Pero aun esto es probable que algunos lo rectifiquen. Y si el Presidente de la República los invitara a formar un Gobierno que liquide la revolución y convoque a nuevas elecciones, no sería extraño que todos o casi todos respondieran afirmativamente, a pesar de su ruptura con el régimen, que no hay que tomar sino como un malhumor de circunstancias. Una revolución a fondo ni la quieren ni podrían hacerla.

El caso de la Esquerra catalana, partido que desde la instauración de la República monopolizaba el Gobierno de Cataluña, es distinto. Su rebelión contra el Estado central consistió, como queda dicho, en proclamar la República federal en España, y dentro de ella el Estado catalán. Este acto, sin embargo, no fue sostenido por las armas, no obstante el copioso armamento y las nutridas milicias llamadas de los «escamots» —que quiere decir el que está alerta o vigilante—, de que disponía el Gobierno de la Generalidad de Cataluña, sin contar las fuerzas de Policía. Este armamento constaba de cincuenta mil a cien mil fusiles, de ametralladoras, de carros blindados. Existía un plan completo para dar la batalla a las fuerzas adictas al Gobierno, que eran un poco más de un millar de hombres. Pero la batalla quedó inédita. Bastaron unos cañonazos de las tropas del general Batet, comandante del Ejército gubernamental, contra el edificio de la Generalidad para que ésta se rindiera a las pocas horas de

la sublevación. ¿Qué había ocurrido? Para comprender el formidable derrumbamiento del Gobierno catalán, que muchos creían un castillo de roca y sólo resultó ser un castillo de naipes, es preciso recordar algunos antecedentes. El partido de la Esquerra se apoyaba en dos fuerzas sociales: los «rabassaires» o pequeños agricultores de Cataluña y los sindicalistas de las ciudades, señaladamente de Barcelona. (La palabra «rabassaires» significa originariamente los que hacían el contrato de arriendo de la «rabassa morta», de la vid muerta, o sea por el tiempo que vivían las cepas de los viñedos.) Luis Companys, presidente del Gobierno de la Generalidad, era el jefe político de los «rabassaires», y al propio tiempo había sido, en tiempos de la dictadura militar, uno de los abogados principales de los sindicalistas perseguidos.

Implantada la autonomía de Cataluña, uno de los primeros actos del Gobierno y del Parlamento catalanes fue aprobar la llamada ley de Cultivos. Esta ley consistía, en síntesis, en desmembrar la gran propiedad territorial, cuyos orígenes se remontaban a la Edad Media, en favor de los agricultores que la trabajaban desde antiguo en arriendo, dándoles facilidades para adquirir por compra las pequeñas parcelas que habían fecundado con muchos años de labor dura y tenaz. La ley era bien poco revolucionaria y, desde luego, nada socialista, puesto que ferdía a aumentar el número de nuevos propietarios. Pero los actuales, representados por el partido de la Lliga Regionalista, órgano de la plutocracia catalana en todas sus manifestaciones, pusieron el grito en el cielo y obligaron al Gobierno de Madrid a presentar contra esa ley recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal de Garantías Constitucionales. Este Tribunal, formado en su mayor parte por gentes de la derecha, hostiles a la autonomía de Cataluña y a su tendencia laica y social, declaró inconstitucional la ley de Cultivos. El Parlamento catalán desacató esta decisión, y el Gobierno Samper, en vez de hacerla cumplir, emprendió unas laboriosas negociaciones con la Generalidad para buscar una fórmula que salvase el fallo del Tribunal de Garantías y al propio

tiempo dejase en pie, con ligeras modificaciones, la ley de Cultivos. Esta política de conciliación disgustó profundamente a los partidos de la derecha, y especialmente a Acción Popular, que querían la anulación de la ley agraria catalana. Estaban disgustados, además, porque el Gobierno central había traspasado a la Generalidad los servicios del orden público en Cataluña, y porque el Gobierno catalán había querido destituir algunos jueces que, a su juicio, no aplicaban en territorio catalán, con la debida lealtad, las leyes de la región autónoma. Este disgusto fue lo que motivó la caída del Gabinete Samper. Al saber que Acción Popular formaba parte del Gobierno Lerroux, los catalanes dieron por seguro que ese Gobierno acabaría con la ley de Cultivos y con las facultades más vitales concedidas por la Constitución a Cataluña. Era, otra vez, el triunfo del centralismo tradicional contra el autonomismo. Frente a ese centralismo, que retornaba de la caída monarquía, se levantó el Gobierno de la Generalidad.

Dentro del Gobierno catalán había dos tendencias. Una minoría separatista, que no se contentaba con menos que con la independencia de Cataluña, y la mayoría, representada por Companys, que abogaba por el *statu quo*. La transacción fue proclamar el Estado catalán dentro de la República federal española. La minoría extrema era partidaria de emplear la fuerza en defensa del nuevo Estado federal; pero la mayoría se opuso a la lucha armada y decidió capitular sin resistencia. ¿Por qué? Vamos a explicarlo.

Los «rabassaires», que hubieran podido acudir en ayuda de la Generalidad, no estaban armados. Tampoco se los podía armar de la noche a la mañana. En todo caso, aun pudiendo armarlos rápidamente, una guerra civil de tipo campesino hubiera tenido pocas probabilidades de éxito si la huelga general no derriba al Gobierno de Madrid. Este Gobierno había resistido a los primeros ataques de la huelga. Por otra parte, el Gobierno de Cataluña temía, tal vez, que una insurrección rural fuese desbordada por los elementos más radicales, por los campe-

sinos pobres, imbuidos de doctrina socialista, transformándola en revolución social.

Tal temor fue también el motivo determinante de que la Generalidad renunciase a la lucha armada en Barcelona. Los «escamots», fieles a la Esquerra, podían ser arrollados por socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas, que ya estaban en franca pugna con el Gobierno de la Generalidad y el partido que la apoyaba. En los últimos meses hubo numerosas huelgas, lo que probaba que el proletariado de las ciudades, desengañado del Gobierno de la Generalidad, que ya se inclinaba a servir francamente a la burguesía, volvía a su vieja táctica de la acción directa.

Al sublevarse la Generalidad contra el Gobierno central, la Alianza obrera, compuesta de socialistas, comunistas y en parte de anarcosindicalistas, se echó a la calle pidiendo armas para defender la insurrección. Pero no sólo no se las dieron, sino que esa irrupción insurreccional del proletariado debió intimidar a la Generalidad tanto como los cañonazos del general Batet. El Gobierno de Cataluña se sentía entre dos fuegos: los del Gobierno de Madrid y los de la revolución social en potencia y en inminencia de actualizarse. La sospecha de esto último no era infundada. En octubre de 1934 el proletariado catalán, de haber dispuesto de armas, no se hubiera limitado a defender la República del 14 de abril de 1931 y mucho menos su representación en Cataluña. Pero no estaba armado. Por eso fracasó allí la revolución, porque los que estaban decididos a sostenerla carecían de armas, y los que tenían armas se espantaron de las posibles consecuencias de la revolución.

Una vez más se comprobó lo que frecuentemente ha demostrado la Historia: que un partido de la pequeña burguesía, situado entre las fuerzas de la alta burguesía, que dominan el Estado, y la masa obrera con conciencia autónoma de clase, carece de eficacia revolucionaria y se rinde siempre al bando más fuerte. Hoy se ha rendido al Estado central; mañana se rendiría al proletariado si éste venciera. Esa ha sido la tragedia de la Esquerra ca-

talana: su miedo a la lucha y su impotencia. Es la misma tragedia de todos los partidos liberales y democráticos de tipo centrista que, colocados entre los diversos matices del fascismo y el marxismo, quisieran mantenerse fuera o por encima de la gran lucha histórica: fatalmente los absorberán o desborden los dos bandos contendientes.

El verdadero protagonista de la revolución de octubre fue la clase obrera. Si se exceptúan los sindicalistas y los anarquistas, que siempre fueron organizaciones revolucionarias —en poco más de dos años se levantaron en armas cuatro veces contra la República—, el resto del proletariado español, adscrito en su mayoría a la Segunda Internacional, había venido practicando hasta ahora la táctica parlamentaria o evolutiva. Dos veces, ciertamente, había ensayado la huelga general de tipo político: en agosto de 1917 y en diciembre de 1930. La primera, salvo violencias aisladas, fue pacífica. La segunda quedó frustrada por la tibieza de los dirigentes sindicales. La mayoría de los directores del partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, que siempre han ido de acuerdo, no creían en la eficacia de la insurrección armada. En los Congresos que el Partido Socialista y la U. G. T. celebraron en 1933 hubo un cambio de dirección y de táctica. ¿Por qué?

Uno de los motivos que más influyeron en este cambio fue el aniquilamiento del partido socialista alemán a principios de 1933. Era la bancarrota del evolucionismo democrático. Contra lo que se había pensado, el fascismo significaba mucho más que una simple peculiaridad italiana. Por primera vez se reconocían sus rasgos universales. El fascismo, como luego ha dicho el publicista francés Rosenstock Franck —*La économie corporative fasciste en doctrine et en fait*—, representa la socialización de las pérdidas del capital. Para aliviar la crisis económica había que reducir los salarios y prohibir las huelgas. Consiguientemente, había que suprimir (era el método más sencillo y radical) las organizaciones fundadas en la lucha de clases.

Los socialistas españoles tuvieron, ya en 1933, la intuición de que el fascismo trataría de imponerse en todos los países, y también, por tanto, en España. La propaganda de los partidos de la derecha, en las elecciones de noviembre, confirmaba este presentimiento. Declaraban sin embozo esos partidos que su propósito, si venían en las urnas electorales, no se limitaría a someter en el Parlamento a los socialistas, sino a destruir su fuerza política y sindical en todo el país, barriendo por la fuerza sus organizaciones. La amenaza se ha ido cumpliendo. Los Gobiernos minoritarios, manejados a su antojo por los partidos de la derecha, fueron destituyendo todos los Ayuntamientos donde había mayoría socialista. Se clausuraron numerosas Casas del Pueblo de filiación socialista. Se persiguió, con saña sin precedente ni en la monarquía, a la prensa socialista, multándola con sumas enormes y recogiendo casi a diario sus tiradas. Últimamente, con el pretexto de un contrabando de armas y el hallazgo por la policía de unas pistolas y bombas en la Casa del Pueblo de Madrid, guardadas allí para defenderse de un probable ataque de la Falange Fascista, se pidió la disolución de gran número de Sociedades obreras; los Tribunales de Justicia han fallado posteriormente en ese sentido. Se cumplía el programa de Acción Popular y otros partidos afines.

Ante esos hechos y al ver cómo se deshacía o burlaba la modesta legislación de la República, obstaculizando la Reforma Agraria, consintiendo que las Ordenes religiosas siguieran con sus colegios de enseñanza, contra lo que dispone la Constitución; restaurando en el campo los jornales de hambre, amnistiando a todos los monárquicos y permitiéndoles reingresar en el servicio del Estado republicano; restableciendo otra vez un presupuesto del Estado para el Clero, lo que también era inconstitucional, la desilusión del proletariado acerca de la República, a los tres años de instaurada, no tuvo límites. Porque todo eso y lo que seguramente había de venir como complemento era el fascismo, no franco y rudo, sino astuto y

soslayado, como el de Portugal y Austria, y otros países donde influye poderosamente el Vaticano.

La lucha era inevitable, incluso sin posibilidades de victoria. La insurrección austríaca en febrero de 1934, lejos de amilanar al proletariado español, le encendió de entusiasmo. La consigna fue ésa: antes caer vencidos, como en Austria, que ser pulverizados sin lucha, como en Alemania; las derrotas heroicas son siempre fecundas; la Historia está tejida de etapas dolorosas, de fracasos momentáneos, que preparan, y sólo ellos hacen posible, el triunfo de mañana; se recordaba la revolución rusa de 1905, sin la cual no hubiera sido posible la de 1917. Este espíritu de combate había prendido sobre todo en las juventudes obreras, muy saturadas de propaganda comunista y especialmente trotskista, incluso en las afectas al socialismo. Puede decirse que la revolución ha sido obra de las juventudes proletarias. La mayoría de los líderes adultos o se apartaron del movimiento o fueron a remolque de los jóvenes, con poca fe y decisión. Ha habido excepciones magníficas, que ahora no sería discreto nombrar, porque los jueces andan todavía afanosos buscando un Comité central o altas responsabilidades personales sobre quienes se descarguen las iras de la Ley y de una sociedad empavorecida. Cuando se puedan conocer todos los detalles de esta extensa y honda insurrección, se verá que las juventudes obreras, ellas solas, la hubieran desencadenado aun contra la voluntad de los dirigentes sindicales. Ha sido un movimiento incontrastable, de abajo arriba, de una masa que no estaba dispuesta a dejar pasar sin batalla al fascismo. La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo, que si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarco-sindicalista. Ese proletariado, hasta ahora pacífico, exigía el bautismo del fuego, como el comienzo de una nueva actitud histórica.

Ejército bisoño en este linaje de lucha, la huelga adoleció de los defectos que caracterizan a toda fuerza no fogueada y poco preparada técnicamente. Una revolución

moderna, si quiere triunfar, ha de planearse como una guerra: otra cosa es mero blanquismo o motín sin consecuencias. Una revolución necesita no sólo directores políticos, sino también directores militares. En la española han faltado. Y si los había, ¿por qué no participaron en el movimiento? Tampoco sería oportuno ahora y aquí dilucidarlo. El hecho es que faltó esa dirección. De ahí su debilidad técnica hasta en las zonas donde fue más intensa, como Asturias, León y el País Vasco. Los revolucionarios de esas provincias, mineros en su mayoría, apenas combatieron más que con dinamita, en cuyo manejo eran maestros. Los asturianos disponían de fusiles y cañones, pero conocían mal su funcionamiento y carecían de municiones abundantes. En sus objetivos y en sus movimientos de masas cometieron grandes errores, que bajo la dirección de unos cuantos oficiales del Ejército se hubieran evitado fácilmente, poniendo en grave aprieto a las tropas del Gobierno.

La insurrección se polarizó en las montañas mineras del Norte. La favorecía el terreno abrupto de esas regiones y el carácter viril de esas razas cantábricas, doblemente endurecidas por el medio rural y por el trabajo ciclópeo de las minas de carbón y hierro. En las ciudades fue menos intensa, por estar mejor defendidas y ser más difícil la concentración de grandes masas armadas. En Madrid, donde pude comprobarlo, salvo dos o tres tentativas de asalto a algunos cuarteles, la lucha se sostuvo entre la fuerza pública que estaba en las calles y los revolucionarios que disparaban desde las terrazas y los balcones. Esta táctica parece inútil, pero no hay duda que, prolongada, acaba agotando los nervios de la fuerza pública: a los tres días los Guardias de Asalto estaban moralmente deshechos por la hostilización de un enemigo invisible.

La sorpresa de la huelga, en sentido negativo, fue el campo. La Castilla central, Extremadura, Andalucía, el Levante, Aragón, respondieron a la huelga, pero con poca o ninguna violencia. A dos motivos hay que atribuir esta relativa defección revolucionaria. Uno fue la desilusión

y el resentimiento que en el ánimo del proletariado campesino dejó la huelga general que la pasada primavera organizó en toda España la Federación de la Tierra, perteneciente a la U. G. T. Los dirigentes de la U. G. T. y del partido socialista no prestaron a esa huelga el apoyo moral y material que los campesinos esperaban, por considerarla inoportuna e ineficaz, como así ocurrió. Sin el concurso de los otros sindicatos, la huelga se desmoronó rápidamente, debilitando la Federación de la Tierra y sembrando el abatimiento en los campesinos, que se creyeron abandonados. Ese estado de espíritu explica la tibieza insurreccional con que tomaron parte en la huelga de octubre; para ellos era demasiado tarde, del mismo modo que su huelga de la primavera había sido prematura y mal aconsejada para el resto de los sindicatos.

Otro motivo fue la insolidaridad de anarquistas y sindicalistas en las provincias donde cuentan con importante fuerza propia. No evitaron que la huelga fuera general, pero no quisieron imprimirle carácter revolucionario. También en esta actitud pacífica hay una raíz de resentimiento: era la represalia o respuesta que se daba a las organizaciones socialistas por no haberse sumado éstas a ninguno de los cuatro levantamientos armados que durante la República había promovido el anarcosindicalismo. Al propio tiempo hay que tener en cuenta que los dirigentes sindicalistas y anarquistas no podían contemplar con buenos ojos el cambio de táctica de los sindicalistas, por temor de que éstos arrastrasen a sus masas, como ya está ocurriendo.

Sólo en el Norte hubo unidad de acción entre todos los sectores obreros —socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas—, otro motivo, además de los indicados, que explica la extraordinaria intensidad de la insurrección en esas regiones y la variedad de caracteres con que se definió en los pueblos donde dominaron, singularmente en Asturias. En unos se abolió la moneda, y se proclamó el comunismo libertario, dos rasgos típicamente anarquistas. En otros se instauró el Soviet, hecho notoriamente comunista. En los más predominaron los socia-

listas, que supeditaban su triunfo local, claro es, a la suerte del Estado central; pero vencida Cataluña y contenida la insurrección en Madrid y en la mayor parte de las provincias, el desenlace de la lucha en Asturias estaba previsto: el dominio de la rebelión era cuestión de tiempo.

Sin embargo, no es de presumir que el Gobierno ni los partidos que le apoyan estén satisfechos de su victoria, que mucho nos equivocamos o será una de las victorias más pírricas que ha tenido un Gobierno. En primer término, porque habiendo sido en conjunto bastante débil la insurrección, por las razones apuntadas, se puso de manifiesto también la enorme debilidad del Estado. La Guardia Civil, a pesar de su probado valor y su férrea disciplina, fue arrollada en casi todas partes en donde hubo lucha en el campo. Los Guardias de Asalto no hubieran podido resistir ocho días de tiroteo en las ciudades. Pero la gran debilidad del Estado se reveló en el temor de hacer uso del Ejército, salvo pequeños contingentes en Asturias y en Cataluña contra la Generalidad. Como la lealtad de la mayoría de los soldados de fila y de una buena parte de los suboficiales a un Gobierno como el de Lerroux era, por lo menos, dudosa, preventivamente se les retuvo en los cuarteles; ni siquiera se intentó apenas emplearlos en los servicios de transportes y otros públicos.

La represión corrió a cargo de tropas mercenarias traídas de Africa, del Tercio, originariamente formado por extranjeros, aunque ahora está limitado su número, y de los Regulares, o sea soldados marroquíes al servicio de España. La ferocidad de estas dos fuerzas es proverbial. Pues a ellas hubo de recurrir el Gobierno para sofocar la insurrección en Asturias. Los moros no pudieron llegar a esta región durante los siglos VIII al XV, en que invadieron y dominaron en España, y fue precisamente en un lugar de los montes asturianos, en Covadonga, donde se inició la reconquista. Ahora entraron por mar en Asturias, llamados por los antiguos cristianos y a sueldo de la República para combatir a los nuevos infieles: los mineros revolucionarios. Este hecho, sin ejemplo en

la historia de ningún país, ha escandalizado incluso a muchas víctimas de la revolución. Las atrocidades cometidas por el Tercio y los Regulares, no sólo durante la lucha, sino después del armisticio, escandalizarán al mundo cuando se conozcan. Rara vez ha sido tan brutal el terror ejercido por un Gobierno. Los tradicionalistas se han quejado siempre de la leyenda negra que los extranjeros habían tejido sobre España: pues frente a estos hechos, ya no ignorados, todas las leyendas negras son pálidas.

Y el terror tampoco aterra. Mata a unos; pero los supervivientes, lejos de intimidarse, crispan los puños de ira y esconden el fusil para mañana. «Hoy nos han vencido; otra vez será», dicen los fugitivos. El valor y el espíritu de combate de esa gente son infinitos. «Con estos hombres —aludiendo a los revolucionarios—, yo conquisto Europa», declaraba, según una anécdota, un oficial de las tropas gubernamentales, poseído de irrefrenable entusiasmo ante la resistencia. Con hombres así se puede conquistar todo, menos a ellos mismos. Ahora quieren desarmarlos; pero las armas más fuertes las llevan en sus conciencias de visionarios indomables. La guerra civil sigue en pie. Todos lo dicen: la deposición de las armas es sólo una tregua.

Las guerras civiles españolas del siglo XIX fueron luchas sangrientas de unas oligarquías contra otras; ésta de ahora es la guerra del proletariado contra las oligarquías, contra las antiguas monárquicas y contra las nuevas republicanas, unidas por el común denominador del fascismo. Las derechas no han querido que en España hubiera una moderada República liberal y democrática; la réplica ha sido la revolución de octubre. Una revolución que ha empezado, pero que no se sabe cuándo ni cómo terminará. Para una solución media, para una restauración de la República del 14 de abril, probablemente es ya demasiado tarde.

GLOSAS DEL MES

La mujer y las elecciones

Los resultados de las elecciones del 16 de febrero han puesto en el más incómodo de los ridículos, que es el ridículo de la evidencia, a los ciegos augures que sólo veían en derredor motivos de desastre. Entre estos motivos señalaban especialmente el voto femenino y las hondas disensiones internas del partido socialista. Los pretensos clarividentes se han equivocado de medio a medio. Como siempre.

El sufragio de la mujer, según todos los datos e indicios recogidos hasta la fecha, se ha inclinado por gran número al frente popular. No nos sorprende. La mujer podrá no interesarse como el hombre por las menudencias de la política cotidiana, pues, contra lo que generalmente se cree, el hombre, y sobre todo el hombre adulto, gusta más de la minúscula acción o ideación diarias —en la cual encuentra una compensación espiritual a una jornada de trabajo agotador o simplemente desagradable, como es el de la inmensa mayoría de la humanidad en el régimen capitalista— que de los grandes movimientos multitudinosos. La mujer, al contrario, entregada a la vida del sentimiento individual o familiar, no necesita cada día de esa compensación política y de hecho la rehuye; pero dadle una gran causa, como la que presidía las últimas elecciones —la libertad de millares de presos e indirectamente la justificación del levantamiento insurreccional de octubre—, y la mujer irá con pasión revolucionaria a las urnas, como ha ido siempre a todas las grandes revoluciones.

Temperamento predominantemente emocional, como

el hombre juvenil —y ambas psicologías tienen entre sí un parecido mayor que con el hombre adulto—, de la mujer hay que esperar en los períodos revolucionarios, como éste en que vivimos, mucho más de lo que se figuran los misóginos y los escépticos de su capacidad política. Hecho curioso: casi siempre los que no creen en la mujer como sujeto político revolucionario son también los que dudan de la juventud y de la clase obrera como fuerzas propulsoras del progreso histórico. Y, sin embargo, el porvenir —un porvenir que ya es casi presente en todas partes, y sin casi en Rusia— pertenece a los obreros, a los jóvenes y a las mujeres.

La mente del europeo adulto, en general, se ha anquilosado bajo el capitalismo, que es la última expresión del viejo derecho patriarcal y de la propiedad privada. Cuando oponemos Moscú a Roma, no ha de entenderse por Roma sólo la papal y la fascista, sino la madre de estas dos hijas degeneradas y prostituidas, la Roma clásica, la del Derecho romano. Los obreros y los jóvenes están por Moscú, por el nuevo Derecho moscovita, contra el Derecho romano, contra la Roma clásica y contra sus herederas, la Roma papal y la Roma fascista, mancebas del capitalismo. Y lo estará la mujer que, durante siglos, en los países católicos, ha sido la concubina que la Iglesia entregaba por estipendio y sacramentalmente al hombre burgués. (Como es sabido, los pobres han acostumbrado en todo tiempo casarse «por detrás de la Iglesia», sin mediadores celestinescos.)

En los pueblos, como España, donde el catolicismo ha ejercido una dominación milenaria e inquisitorial, el hombre ha solido pasar del fanatismo más estúpido al ateísmo incendiario, como lo acreditan las frecuentísimas quemas de conventos e iglesias de que fue testigo todo el siglo XIX y lo sigue siendo el XX. La mujer española ha entrado en esa zona de peligro —de peligro para la Iglesia—. Del primitivo terror supersticioso con que la sojuzgaba el catolicismo está pasando a la furia por la libertad. Al votar por el octubre de la revolución española en las últimas elecciones, ha votado contra todo el

calendario gregoriano de la Iglesia católica; contra la Roma papal, que desde hace veinte centurias viene utilizando el obscuro psicoanálisis del confesionario y el terror espiritual de los castigos infernales para someter las conciencias a la dictadura de los poderes político-económicos; contra la Roma degradadora del fascismo, y contra la Roma antigua, todavía superviviente, del Derecho patriarcal —incluida la mujer como propiedad privada en ese derecho.

La polémica socialista y las elecciones

Otro temor de los «clarividentes», cuyo talento político, al decir de sus amigos, raya y aun traspasa la linde de la genialidad, eran las disensiones del partido socialista español. Pues bien: sin esas disensiones, que no son caprichos o malos humores personales, sino profundas diferencias de actitud ante la revolución proletaria en general y ante la revolución de octubre en particular; sin esas disensiones, públicamente ventiladas, el partido socialista hubiera salido muy quebrantado de la contienda de febrero. Sin esas disensiones, la innúmera legión reformista se hubiera deslizado en las candidaturas del frente popular. El resultado ya lo hemos visto en alguna provincia, donde la masa obrera, disgustada por los manejos y trampantojos de los que madrugaron para levantarse caciquilmente con la candidatura socialista, optó por no votarla o por posponerla a la republicana.

Otro tanto hubiera ocurrido en cuantas provincias se hubiera presentado el reformismo a rostro descubierto en la lucha electoral. Veinticinco o treinta candidatos reformistas, es decir, veinticinco o treinta individuos que, con mayor o menor publicidad, han condenado la revolución de octubre, después de haber rehusado expresa o tácitamente ponerse a las órdenes de los órganos correspondientes cuando a ello fueron invitados en la víspera del movimiento, hubieran restado veinticinco o treinta actas a la minoría socialista parlamentaria. No los quería

nadie, ni en las antevotaciones de las Agrupaciones ni en la elección general, allí donde pudieron filtrarse. Y, no obstante, a algunos de ellos se les levantó el entredicho a que provisionalmente les había condenado el partido socialista, mientras seguían su curso los expedientes por infidencia o indisciplina a que estaban sujetos, para que pudieran presentarse como candidatos a la diputación a Cortes. Esta es otra prueba de la prodigiosa inteligencia de los maeses Pedros que manipulaban el retablo electoral en nombre del partido socialista.

Por fortuna, la necesaria polémica que la prensa socialista de izquierda venía sosteniendo después de octubre, y en torno de octubre precisamente, contra el reformismo, no hizo sino sacar a la superficie las irreconciliables tendencias que desde hace tiempo pugnan en el seno del socialismo español, debilitándose para la acción, como pudo comprobarse en 1930 y en 1934. Esa polémica, al contrario, lejos de debilitarle, ha servido para que el partido socialista repudiara previamente en las antevotaciones de las candidaturas a quienes la masa obrera hubiera rechazado airadamente en las urnas, como ha ocurrido en algunas circunscripciones, minadas por el reformismo, donde éste pudo presentar candidatos. La lección ha sido ejemplar; pero los talentados maeses Pedros que se desalaron para salvar del naufragio definitivo a ciertos reformistas, simulando que lo hacían en interés del partido socialista, no querrán aprenderla. Hoy por ti, mañana por mí.

La amnistía por acción directa

Señalemos de paso otro rasgo de perspicacia parejo de los anteriores. Tanto los partidos republicanos de izquierda como algunos mandarines socialistas daban por seguro que el frente popular no alcanzaría una mayoría absoluta de diputados, o sea 237. Con 180 —una cifra muy en boga en vísperas electorales— se daban por satisfechos. La fe de estos demócratas en el pueblo siempre les llega, *a posteriori*, ante la sorpresa de un triunfo

inesperado. Lo típico de la mentalidad burguesa —y sobre todo de los socialistas con mentalidad burguesa— es no creer en el poder latente de las masas: el pliegue ideológico o afectivo de una clase que se tiene por superior le hace dudar de las muchedumbres a causa de lo que considera su ignorancia y su servilismo ante los poderes históricos. Lo cual no es óbice para que cuando sobreviene la victoria, cuando las masas entregan el Poder a los propios derrotistas, éstos lo tomen como la cosa más natural del mundo, como un tributo a su superioridad, sin el menor remordimiento de conciencia.

Con el pretexto de que la amnistía pudiera ser rechazada o mermada por un voto o dos en las Cortes, el sanedrín del Partido Socialista —en manos de una fracción facciosa— decretó que ningún preso condenado fuese candidato: otro rasgo de videncia. Felizmente cuatro o cinco de los condenados —condenados a presidio y, de haber acatado el úkase de los facciosos, al ostracismo parlamentario— mantuvieron sus candidaturas y serán diputados en las próximas Cortes. Del mismo modo pudieron haberlo sido otros quince o veinte de los que más se distinguieron en la revolución de octubre, y en la cual se jugaron su libertad y su vida. Pero ya no es posible, porque los geniales clarividentes del Partido Socialista no se equivocan nunca... Como Gil Robles.

A la vista de lo ocurrido con la amnistía, impuesta por la acción directa del pueblo, que abrió cárceles y presidios y puso en libertad a los prisioneros de octubre, obligando al Gobierno de Azaña —y a poderes más remisos— a llevar con toda precipitación a la Diputación permanente de las Cortes un decreto-ley que legalizara lo que el pueblo había ya hecho y estaba dispuesto a seguir haciendo, resultan gigantescamente ridículos aquellos temores de que la amnistía se fuera a frustrar por un voto o dos si había candidaturas de condenados. Jamás un partido estuvo en manos más torpes que el Socialista en la etapa electoral. Los hombres que lo han regido en ese tiempo han quedado descalificados políticamente para siempre.

Las ilusiones de la coalición electoral

Las elecciones del 16 de febrero —poco más de un año después de la insurrección de 1934— han revelado que el pueblo español, y muy señaladamente la clase obrera, poseen una capacidad política, una madurez para todas las formas de la acción política, como ningún otro país de Europa, salvo Rusia. Piénsese cómo quedó Francia después de la Comuna de París en 1971 y cómo quedó Austria después de la Comuna de Viena a principios de 1934. Piénsese también en Italia, en Alemania, en nuestra vecina Portugal. Contra la ley, como en octubre de 1934, o dentro de la ley, como en febrero de 1936, en España no pasará el fascismo. Este es el ejemplo que podemos brindar al mundo.

Hemos citado como efemérides separadas en el tiempo octubre de 1934 y febrero de 1936; pero históricamente son inseparables. La una nace de la otra. Son dos instantes de un movimiento social orgánico, dos manifestaciones de un mismo proceso revolucionario. Sin la insurrección de octubre no existiría la victoria del 16 de febrero. Esto es lo que no debe olvidar nadie, y menos que nadie los republicanos de izquierda. No se hagan engañosas ilusiones sobre los fundamentos del poder que les ha venido a las manos. No hay más que un fundamento: una revolución proletaria, la de octubre. No se figuren que los electores del frente popular han sido una masa republicana que sólo pensaba alegremente en una restauración de la República del 14 de abril de 1931.

Lo decíamos en las Glosas del mes pasado: el 16 de febrero se votaría por una nueva República, por la República iniciada en octubre de 1934: por una República ya en marcha hacia el socialismo. Así ha sido. Tan convencidos estamos de esto, que para nosotros no hay duda: si los partidos obreros (el socialista y el comunista, de acuerdo con sindicalistas y anarquistas) hubieran ido solos a la lucha electoral, hubieran traído una cifra no menor de 250 diputados. El frente popular, evidentemente, ha sido fructífero; pero lo ha sido en primer tér-

mino, por no decir exclusivamente, para los republicanos.

Cuando nos vuelvan a ensalzar los beneficios de una coalición electoral de los partidos obreros con la burguesía republicana de izquierda —y no tardarán en hacerlo los que en ambos campos, en el republicano y en el socialista, sueñan con un pacto permanente para mayor gloria de la República—, el ejemplo de 1936 no va a poder servirnos. Ni siquiera el de 1933. Entonces se vio cuál es la verdadera fuerza republicana. Una alianza electoral en aquella coyuntura, ante la enorme decepción que la incapacidad revolucionaria del primer bienio produjo en el pueblo español, y muy señaladamente en el proletariado, hubiera permitido ganar tal vez una docena o dos más de actas; pero esencialmente el resultado hubiera sido el mismo.

El desastre de 1933 no lo trajo la desunión de republicanos y socialistas, como pretenden algunos ingenuos y otros que se pasan de listos, sino el fracaso revolucionario de los dos primeros años de República. El pueblo esperaba, por lo menos, una modesta revolución social, sobre todo una revolución agraria mediante la confiscación de las tierras de la nobleza, y le dieron —con muy escasas excepciones— una revolución verbalista, en el papel, sin contenido alguno. El error del pueblo fue imaginarse candorosamente que las revoluciones se hacen en la calle y en los campos, como ahora la de la amnistía —que también ha sido una pequeña revolución—, y luego los Parlamentos las legalizan.

Si en 1931 los campesinos hubieran empezado por apoderarse de los grandes latifundios feudales, la Reforma agraria no hubiera sido un vergonzoso fracaso. Pero se estuvieron quietos, impregnados también de juridicidad, y en 1933, desilusionados de tanta ineptia parlamentaria, volvieron la espalda a los partidos que gobernaron y legislaron en el primer bienio. Lo mismo hubiera ocurrido si socialistas y republicanos hubieran ido juntos en aquellas elecciones.

Azaña, centro de la República

El problema es ahora muy semejante que en 1931. Hay, sin embargo, algunas variantes que conviene señalar. Por de pronto, el pueblo no parece tan fiado en la acción parlamentaria como en el primer bienio, según lo prueba la incontrastable decisión con que ha exigido la amnistía sin esperar a que se reunieran las nuevas Cortes. La táctica ha sido excelente; en rigor, la única eficaz. No lo olvide el Gobierno a quien se le ha dado el mandato de ejecutar el programa común de los partidos de izquierda. O ese programa —tan minúsculo después de todo— es ley rápidamente, o el pueblo lo hará ley por acción directa, como en el caso de la amnistía y la readmisión de los despedidos. Es lástima que el Gobierno no se haya determinado a poner en vigor, por decreto también, las partes más urgentes de ese programa, como la reforma agraria y el restablecimiento de la legislación social de Largo Caballero (y muy especialmente la ley de Términos municipales, la más revolucionaria del primer bienio).

Mucho tememos que Azaña se deje fascinar por los cantos de sirena que le vienen por la derecha de su nave. En realidad el proceso de captación no es de ahora. Hace ya largo tiempo que en la prensa más responsable de las derechas no se ha visto una palabra ofensiva para Manuel Azaña. Al contrario: en estos últimos meses, incluso en la campaña electoral, al que antes calificaban de monstruo esos periódicos le han juzgado con deliberada benevolencia, y en algunos casos hasta con elogio. A lo sumo le presentaban como un hombre de no escaso talento y de buena intención, pero víctima de las malas compañías marxistas. Y al advertir que Azaña resolvía tomar el Gobierno, en caso de triunfo, sin la participación socialista —y hay que tener presente que tan firme como la voluntad del Partido Socialista de no colaborar ha sido la de los republicanos de izquierda de prescindir de esa colaboración—, vieron en él una oveja descarriada y arrepentida que volvía al buen camino.

Descubrieron las derechas, además, que Azaña era el verdadero centro de la República, equidistante de los extremos, un poco más próximo a los socialistas en la cuestión de la forma de gobierno, pero en cambio más próximo a las derechas en la cuestión del régimen de propiedad. Azaña era y es el centro político de la República, ese huevo de Colón que andaban buscando Portela y otros. No sabemos si esta verdad la ha descubierto ya también el propio Azaña; sospechamos que sí, a juzgar por sus primeras palabras públicas desde el Gobierno. De ellas se destacaban dos: paz y concordia. Para todos, para los republicanos y para los no republicanos. Es decir: que transijan los socialistas con la propiedad privada —reformándola, eso sí, pero sin alterar sus fundamentos— y que transijan las derechas con la forma republicana del Estado, limitándola acaso, como compensación, de algunas esperanzas constitucionales. Y todos seremos felices dentro de la ley y viviremos fraternalmente.

El Azaña del primer bienio traía un alfange de fuego en la mano —por lo menos las derechas así se lo figuraban; era el Anticristo—; ahora viene con una rama de olivo. Pero nadie le crea un apóstata. Azaña es consecuente consigo mismo. Como nadie. Lo que parece su evolución de la izquierda al centro de la República no es más que un ajuste de su idea del Estado a la realidad española; en el primer bienio no tuvo tiempo de realizarlo. Para él el Estado es un ente metafísico, en el sentido de que está por encima del mundo físico de la historia, por encima de las pasiones, de los intereses, de los bandos, los partidos y las clases. Pero al ser él, Azaña, el Estado, aunque lo sea transitoriamente, él participa también de las cualidades metafísicas del Estado, se coloca también por encima de todos los antagonismos sociales, se erige en el centro ideal de todas las fuerzas en lucha, en el símbolo de paz ante quien deben deponer sus armas los enemigos y en quien deben conciliarse todos los elementos integrantes de la nación.

No es extraño que las derechas hayan recibido con júbilo esta actitud de Azaña-Estado. Los vencidos siem-

pre acogen con alegría los anuncios de paz y concordia. Pero cuando llegue la hora de que Azaña les invite a contribuir a esa paz, cediendo sus tierras a los que las trabajan desde hace siglos, dando sus dineros para obras públicas y para remediar el paro forzoso de casi un millón de obreros, renunciando a parte de sus beneficios para mejorar los jornales de hambre, le contestarán que ésa no es la paz que las derechas admiten y que él, Azaña, vuelve a ser el indeseable de antaño por haber caído de nuevo en el hechizo marxista. Y entre tanto se habrán perdido unos meses, se habrá desvanecido el fervor popular de los días electorales —a menos que el pueblo se haya aficionado a seguir legislando por acción directa—, y las derechas habrán recobrado su combatividad, su insolencia y su audacia.

Créanos Azaña: no hay conciliación posible con las clases vencidas en las urnas el 16 de febrero. Para apaciguarlas no hay más que un medio: expropiarlas, que es también el único de desarmarlas. Mientras no se expropie a la nobleza territorial y a la Iglesia; mientras no se controle la Banca y la prensa capitalista; mientras no se nacionalicen las grandes industrias y el Estado no coordine toda la producción nacional y dirija el comercio exterior, ni habrá paz, ni prosperidad, ni nada.

Las derechas quieren dar marcha atrás a la revolución española, conservar todos sus privilegios, y esperan que Azaña, desde el centro, les ayude; Azaña quisiera estabilizar la revolución, graduarla dentro de los límites de la sociedad capitalista, y espera, ilusoriamente, que tanto las derechas como las izquierdas le ayuden en ese afán mítico de concordia nacional; las izquierdas, es decir, el proletariado, quieren continuar rápida e intensamente la revolución de octubre.

La paz y la concordia son quiméricas, y no menos quimérica una política de conciliación o de centro. A un bando o a otro, a la revolución o a la contrarrevolución. No hay término medio, y quien sueñe en términos medios y se obstine en situarse en un centro imaginario, se expone a ser abrasado entre dos fuegos.

GLOSAS DEL MES

La Iglesia y la lucha de clases

A raíz de instaurarse la República en 1931, hubo algunos incendios de conventos e iglesias en España. Ahora se ha repetido el fenómeno, después del triunfo electoral del 16 de febrero: en varias provincias han ardido unas cuantas iglesias. Las derechas quieren hacer responsables de estos actos de incendiario a los partidos marxistas; en 1931, de tales licencias se culpaba a la implantación de la República, dando a entender en ambos casos que esta forma de gobierno es consustancial, de una parte, con el más desenfrenado libertinaje de las masas, y de otra, con la más criminal tolerancia o desidia de las autoridades republicanas.

La manía incendiaria o piromanía no ha nacido en España con la República, ni en este siglo, ni tiene nada que ver con el marxismo, ni es, en la mayoría de los casos, cuando se produce colectivamente, una enfermedad psicopatológica de que adolecen algunos individuos y que ha estudiado como tal la psiquiatría moderna. Los incendios de edificios eclesiásticos forman una tradición ya secular en la historia de España y son independientes de los regímenes políticos y muy anteriores a las ideologías y partidos actuales. Su etiología hay que buscarla debajo de la superestructura política, en la organización de la sociedad española tradicional, en las relaciones de dominio de unas clases sobre otras. No verlo así es querer cerrar los ojos a la verdadera historia nacional.

Incendios de casas religiosas hubo en Barcelona en 1909, y entonces no existía la República. No puede, pues, decirse que el libertinaje de los incendiarios y la apatía

o la impotencia de las autoridades se den exclusivamente en el régimen republicano. Todo lo contrario: en la monarquía ocurrieron sucesos de este linaje que hoy nos asombran por su frecuencia, por su extensión y por su ferocidad. En los años de 1834 y 1845, para no citar sino una de las épocas más virulentas, se quemaron conventos y se mató a los frailes que los ocupaban en Madrid, Cataluña, Murcia, Zaragoza, Málaga y en otras poblaciones y provincias españolas. Entonces no había marxismo ni República en España.

El siglo XIX español se caracteriza por un anticlericalismo tan violento —sin igual en ningún otro país—, que el Estado monárquico se ve compelido en 1835 a disolver casi todas las Ordenes religiosas, expulsar a sus individuos y expropiar sus bienes. Estas medidas afectaron a ¡mil novecientos monasterios y conventos! En cambio, la segunda República española sólo se atrevió a disolver la Compañía de Jesús, sin expulsar a sus miembros, que se quedaron en el país y han continuado, de hecho, constituidos ilegalmente en orden religiosa, ejerciendo la enseñanza como antes bajo la simulada dirección de personas interpuestas o testaferros laicos, e influyendo más que nunca en la sociedad y en la política de España.

Si la modernísima legislación anticlerical de la segunda República es obra del marxismo, como pretenden las derechas, y señaladamente las derechas jesuíticas, gran marxista fue Carlos III, que en 1767 —¡en 1767, es decir, hace casi dos siglos!— expulsó a todos los jesuitas de España y se incautó de las casas y colegios que poseían en 117 pueblos —¡en 117 pueblos!—, por un acto de fuerza personal y con toda sorpresa. En efecto, la mayoría de los ignacianos fueron sacados a media noche de sus lechos, conducidos a un puerto de embarque en el Mediterráneo y expedidos de allí al Papa, como mercancía peligrosa para la seguridad nacional. Si hoy se hiciera eso, parecería una persecución monstruosa; pero entonces nadie rechistó. Para que se hable del sectarismo anticlerical de nuestro tiempo.

Como está por escribirse la historia de la lucha de

clases en España, no le es difícil a la prensa católica hacer creer a sus ignorantes y cándidos lectores que los incendios de iglesias los ha inventado la «barbarie marxista», olvidando o fingiendo ignorar que esas hogueras tienen una larga historia en España y que ya ocurrían —acompañadas casi siempre, en otras épocas, de terribles matanzas de curas y frailes, cosa que hoy no acontece— cuando no había marxismo en nuestro país ni en el mundo. El marxismo no quiere destruir iglesias ni conventos, sino todo lo contrario: conservarlos para centros de enseñanza, clubs obreros, asambleas políticas u otros usos de la cultura o la convivencia social, como se ha hecho en México y en Rusia.

El marxismo es ajeno a estos actos de vandalismo popular; pero se los explica en virtud de su concepción de la historia, considerada como exponente de la lucha de clases. Toda violencia colectiva contra determinadas instituciones o grupos sociales es una manifestación de protesta, de rebeldía o de justicia histórica contra los abusos de una clase dominante representada por esos grupos o instituciones. El odio, más que secular, milenario, del pueblo español al clero —perfectamente compatible, por otra parte, en muchos individuos con una religiosidad acendrada— no es porque el clero profese ciertas ideas teológicas y las practique con mayor o menor austeridad, sino porque ese clero personifica una clase dominante e independiente y, por tanto, un poder político, como lo fue, sobre todo, en la Edad Media, o porque actúa como auxiliar del capitalismo, según sus características contemporáneas.

Durante muchos siglos la Iglesia católica fue en España una gran potencia social, que avasalló económica y políticamente al pueblo, suscitando en él un resentimiento inextinguible contra sus representantes. Al extenderse la influencia del liberalismo en España, ese resentimiento se manifestó a menudo en formas violentísimas como las que quedan indicadas. El anticlericalismo español es una variante específica de la lucha de clases tal como fue desarrollada en nuestro país. Para algunos ob-

servadores y críticos superficiales, este anticlericalismo revela una psicología y una cultura anacrónicas, incompatibles con el espíritu de tolerancia del liberalismo contemporáneo. Pero los que tal sostienen se olvidan, o no lo han sabido nunca, lo que fue la Iglesia en España y lo que aún sigue siendo: una institución económica y política de clase, de dominio sobre el pueblo, el cual no ignora ni olvida esta verdad. Y no lo olvida, sobre todo, cuando ve que los representantes de la Iglesia, los obispos en sus pastorales, los sacerdotes desde los púlpitos, los religiosos desde sus claustros, siguen tomando parte, como aliados o auxiliares de la burguesía y de la aún no extinta aristocracia, en la política del día, en las luchas actuales de las clases antagónicas.

Parecerá anacrónico el anticlericalismo y sus consecuencias sociales —en algunas crisis políticas como las de 1931 y 1936— a ciertas mentes escépticas que se tienen por muy selectas y sutiles; pero es que la constitución social de España también es todavía profundamente anacrónica y arcaica, y cuando el pueblo se levanta contra ella en el siglo XIX y en el XX, no le mueven sino las injusticias y los dolores acumulados en su conciencia histórica desde la propia Edad Media.

Una iglesia en llamas es hoy, sin duda, un acto antieconómico y antisocial, máxime en un país tan pobre como España en edificios para la enseñanza, y en general para todo género de servicios públicos; pero ese acto es la expresión tardía de una lejana lucha de clases en que el clero ejercía una prepotencia absoluta sobre el pueblo y en que éste toma ahora el desquite; lucha de clases que todavía no se ha extinguido, ni, a juzgar por la obstinada beligerancia de la Iglesia en las contiendas civiles, lleva traza de extinguirse.

Pero el problema tiene fácil solución —la han hallado México y Rusia—: disuélvanse todas las Ordenes religiosas, expropiense todos sus bienes, dedíquense iglesias y conventos a servicios civiles del Estado, y estamos seguros de que no habrá un incendio más de este linaje. No hay otra solución. Pues está visto que la otra alternativa

—la neutralidad de la Iglesia, por lo menos su apartamiento de la lucha de clases y de la correlativa beligerancia política, si ya está tan descristianizada que no puede ponerse de parte de la clase trabajadora, como lo demuestran tantos utópicos y fracasados intentos en ese sentido— es imposible. Para salvar las iglesias no hay más remedio que expulsar de ellas a la Iglesia.

La pequeña propiedad agrícola lleva al fascismo

El fracaso de la Reforma agraria en el primer bienio de la República ha enseñado a los campesinos españoles el modo más seguro de realizarla, que es tomar las tierras y esperar, cultivándolas, a que el Parlamento legalice después la ocupación, si las leyes vigentes no bastaran. En Extremadura y en algunas provincias de Andalucía y de Castilla —en la España más feudal y latifundista— algunos millares de campesinos tienen ya tierra donde trabajar. Pero esto no basta.

La reforma hay que extenderla a todo el país donde haya grandes propiedades particulares, estén o no cultivadas y sean cuales sean sus títulos de origen. Pues no hay duda que toda gran propiedad territorial privada nace, con mayor evidencia que toda otra propiedad, de la conquista o del robo: en esencia la misma cosa. La tierra no debe ser propiedad particular de nadie, pues nadie la ha creado. Pertenece, aunque sólo en usufructo, a todos, como cualquier riqueza natural, como el sol, como el agua, como el mar, como el aire, y como estos elementos debe ser socializada o comunizada; naturalmente, sin ninguna indemnización.

Tampoco basta que el Estado dé tierras a los campesinos que vienen trabajándolas desde hace siglos, o viéndolas convertidas en cotos de caza o de reses bravas o en eriales inmensos, sin beneficio para nadie. Hace falta que también les suministre capital para adquirir bestias y máquinas, simientes y abonos, y para subsistir mientras llega la recolección. Pero el Estado carece de capital, y

para prestarlo él, necesita que se lo presten los particulares —la burguesía— o los Bancos —el alto capitalismo—. Pero tanto el capital financiero como la burguesía no pueden ver con buenos ojos la emancipación económica de los trabajadores de la tierra, que se reflejaría en un correlativo aumento de su poder político, a expensas del de las clases dominantes tradicionales. Es decir, que si no se cuenta con una Banca nacionalizada o férreamente controlada por el Estado, para disponer del capital indispensable a la reforma agraria, ésta fracasará de nuevo, sabotada por los banqueros, en complicidad con los antiguos terratenientes. Hasta una política simplemente liberal, como es la reforma agraria, exige la nacionalización o el control del capital financiero. Pero nuestros republicanos liberales no quieren reconocerlo.

En la reforma agraria luchan dos tendencias: la de los que sueñan en hacer de España una nación de pequeños propietarios de la tierra, de acuerdo con los ideales de la revolución burguesa, y la de los que piensan, al contrario, que en muchas provincias españolas las condiciones naturales del terreno y las necesidades técnicas de la agricultura moderna imponen imperiosamente formas colectivas de la propiedad, del trabajo, de los medios de explotación y de la venta. Contra los que hablan a tontas y a locas del cacareado individualismo español, ahí están las tradiciones de colectivismo y comunismo agrarios en nuestro país, de que se ocupa nuestro colaborador Alfredo Lagunilla en otro lugar de este número. España es un país histórica y socialmente preparado, como pocos en el mundo, para una economía agrícola de tipo socialista.

Los sindicatos de los trabajadores de la tierra o las comunidades campesinas habrán de ser el instrumento de esta verdadera revolución agraria (en el sentido original de la palabra revolución, que quiere decir *re-volver*, volver de nuevo al punto de partida, en este caso a la tradición colectivista española: éste es nuestro tradicionalismo, el más auténtico de todos). Cuando los pequeños propietarios vean las ventajas de la producción y el

cambio colectivos, muchos de ellos preferirán esas formas de trabajo a las individuales que hoy emplean, sin lograr librarse de la tenaza que les tienen puesta al cuello la propia pobreza y la ajena usura.

La desgracia económica de la pequeña propiedad territorial ha sido también la desgracia política de España. Es la pequeña burguesía rural —estrecha de medios materiales y estrecha de pensamiento— la que ha sostenido y sostiene a los cerriles partidos de la derecha. El gran problema de España consiste en arrancar esa masa, social y espiritualmente anquilosada, de pequeños agricultores al fetichismo de la propiedad —de una propiedad que sostiene al propietario como la cuerda al ahorcado—, haciéndole comprender que sólo beneficios puede esperar del socialismo y que esos beneficios sólo el socialismo puede otorgárselos.

Pero pretender aumentar el número de pequeños propietarios agrícolas en España equivale, de una parte, a engrosar el famélico ejército de siervos de su propia parcela, y de otra, a crear nuevas legiones sociales al servicio actual o potencial de la ideología y las organizaciones de tipo fascista. Mediten en ello los ilusos de un liberalismo agrario ya fracasado en todas partes como solución económica y como idea de progreso político. La pequeña propiedad agrícola lleva fatalmente al fascismo. Dígalo, sobre todo, Alemania.

Otro 12 de abril revolucionario a la vista

El anuncio de las elecciones municipales para el 12 de abril ha sembrado el pánico en las derechas. Temen, más que a las elecciones mismas, al día siguiente, al 13 o al 14 de abril, como lo confesó ingenuamente el jefe de una de las minorías parlamentarias de derechas que fueron a pedir a Azaña una venda por anticipado; gran previsión. Temen la tornaboda electoral, recordando, sin duda, el 14 de abril de 1931 y los días que siguieron al 16 de febrero de 1936. Si en la primera fecha el pueblo tomó la fortaleza monárquica y en la segunda se tomaron las

Bastillas, donde estaban encarcelados 30.000 prisioneros de la insurrección de 1934, y posteriormente los campesinos se incautaron de las tierras en unas cuantas provincias extremeñas, andaluzas y castellanas, ¿qué no se tomará el próximo 13 ó 14 de abril si el pueblo vuelve a arrollar a sus enemigos históricos en las urnas municipales?

Se pueden tomar las tierras todavía no ocupadas; se pueden tomar algunas industrias, señaladamente aquellas que, con el pretexto de que la readmisión de los obreros despedidos arruina a las empresas, se paralizan, como ha ocurrido con los tranvías de la Ciudad Lineal, incautados por los obreros en vista de que ni la Compañía de la Ciudad Lineal ni la de Madrid, a la hora de la responsabilidad, se reconocían propietarias de aquella explotación; se pueden tomar muchas otras cosas, y hasta se puede tomar el Poder si los partidos republicanos no se muestran a la altura de la situación.

Desde 1931 acá, el pueblo español, y muy especialmente la clase obrera organizada, vanguardia política de una mayoría nacional que está al margen de los partidos obreros, pero que simpatiza con ellos, ha aprendido mucho más que en siglos. Este es uno de los milagros de la Historia, raros, pero no imposibles: que en el breve lapso de cinco años, después de grandes errores y grandes rectificaciones, de reformas fracasadas y de una insurrección al parecer vencida, pero victoriosa en la realidad histórica, como lo acredita el triunfo del 16 de febrero y se patentizará aún más el próximo 12 de abril, el pueblo español, que pasaba hasta hace poco por uno de los más atrasados de Europa, ha ganado una clarividencia política y una voluntad de poder que le colocan a la cabeza del movimiento revolucionario mundial, después de Rusia.

Tan notorio es esto, que las derechas, desmoralizadas y consternadas, han decidido abstenerse de las próximas elecciones municipales, que acabarán con su poder local. Si mantienen este acuerdo y se generaliza a todas las derechas, tanto mejor, pues así como no se puede go-

bernar local ni nacionalmente sin el concurso del pueblo, que es la mayoría, la abstención de los residuos oligárquicos y caciquiles imprimirá una mayor pureza al resultado electoral. Ausentes los muñidores de las derechas, las elecciones municipales serán doblemente válidas, y el poder que de ellas brote, más legítimo que nunca.

Hay, sin embargo, un peligro, ya indicado por la Unión General de Trabajadores, cuya línea política, en este punto y en todos cuantos se vienen planteando en materia de alianzas con los partidos obreros y republicanos, nos parece infinitamente más acertada que la republicanizante de la fantasmagórica Comisión Ejecutiva del Partido Socialista. El peligro estriba en que, a la sombra del Frente Popular, ratificado para las elecciones del 12 de abril, se filtren en las candidaturas republicanas muchos caciques de antes de 1931 y los resurgidos después de 1933, tocados de un flamante gorro frigio. La U. G. T. cree, en cambio, con razón, que el Frente Popular sólo deben aceptarlo los partidos proletarios y ella misma allí donde haya probados republicanos de izquierda, y donde no los haya, no deben reconocerse más candidatos ni más frentes que los de los partidos obreros. En las elecciones del 16 de febrero se les dio a los partidos republicanos, a costa de los partidos obreros, una fuerza representativa que no corresponde a la que realmente tienen en el país. Extender esta dádiva a las elecciones municipales en toda España, creando en muchos lugares un republicanismo que no existe y que no cuenta con base social para perdurar, es una torpeza política que podrá justificarse en los republicanos, pero no en los socialistas.

Aparte esto, si las derechas persisten en no acudir a las elecciones municipales, el Frente Popular pierde su razón de ser, porque desaparece de la lucha el enemigo común que había que derrotar. Unirse contra un fantasma fuera ridículo. Si las derechas permanecen apartadas de toda la contienda electoral, o allí donde no presenten batalla, lo razonable sería que los partidos del Frente Popular lucharan separadamente, puesto que el resultado

total habría de ser el mismo. Y, en cambio, se sabría la fuerza efectiva que cada uno de ellos tiene en el país o donde no hubiera contrincantes de derechas. Conocimiento en extremo útil para el día de mañana.

La radicalización del socialismo en España

Otro éxito de la fantasmagórica Comisión Ejecutiva del Partido Socialista: propuso que el próximo Congreso del Partido tuviera lugar en Asturias, y abreviando los plazos reglamentarios tan apremiantemente, que las Agrupaciones locales no hubieran tenido tiempo material de presentar ninguna proposición de importancia. El propósito era claro. Se trataba de estrangular ese Congreso, impidiendo que se reformaran el programa y los estatutos del Partido, como era y es el deseo, públicamente confesado, de Francisco Largo Caballero, y acaso que se discutiera a fondo la insurrección de octubre. En cuanto a elegir Asturias como escenario del Congreso, se esperaba, quizá, que una evocación espectacular de los muertos y de los supervivientes de la heroica insurrección obligara a acallar las irreconciliables discrepancias teóricas y tácticas dentro del Partido Socialista y a que sus representantes se dieran otro falso abrazo de paz y fraternidad, como en 1932.

Pero los cálculos le han salido mal a la Ejecutiva. La inmensa mayoría de las Agrupaciones se han pronunciado por que el Congreso se reúna en Madrid y dentro de los plazos reglamentarios por lo menos. El próximo Congreso se celebrará, pues, sin prisas y sin amaños, con la máxima concurrencia del Partido y sin escamotear proposiciones. La Agrupación de Madrid, que ahora preside Largo Caballero, presentará una importantísima para el futuro del Partido Socialista. En ella se repudian las ilusiones del reformismo y se preconiza, como régimen de transición entre la sociedad capitalista y la socialista, la dictadura del proletariado, organizada en democracia obrera. Si esta proposición fuera aprobada, su trascendencia para el porvenir de España sería inmensa.

El espectro de la guerra avanza

Alemania ha ocupado la zona desmilitarizada del Rin. Otro puntapié al Tratado de Versalles y al de Locarno. Francia se ha enfadado mucho esta vez, y poco o nada Inglaterra. Al contrario que cuando el ataque de Italia a Abisinia. La indignación moral de cada potencia es proporcionada al grado en que sufren o sienten la amenaza los intereses nacionales en cada caso. Pero la verdad es que ni Inglaterra ni Francia tienen nada que reprocharse. La primera ha dado y da alientos a Hitler; la segunda, a Mussolini. Gracias a Francia, éste asesina tranquilamente abisinios en nombre de la civilización fascista. Gracias a Inglaterra, Hitler avanza hoy hacia Francia y mañana avanzará hacia Rusia. Un egoísmo estimula y justifica al otro. Entre tanto, Mussolini y Hitler —de común acuerdo, en Abisinia como en el Rin— se frotan las manos de lo bien que les salen las cosas al fascismo y al nacionalsocialismo.

Con democracias vacilantes, y cada una *pro domo sua*, como Inglaterra y Francia, nada hay que temer. La guerra no encuentra obstáculos. Podrá encontrarlos cuando estalle; pero hoy nadie —salvo Rusia— hace nada seriamente para prevenirla; hablamos de las grandes potencias. Y la guerra vendrá, más pronto de lo que creen los políticos y diplomáticos profesionales, que suelen ser los últimos en enterarse, porque los árboles les impiden ver el bosque. Vendrá la guerra, pero también con ella, como la sombra tras el cuerpo, la revolución social en toda Europa. ¿Es acaso el miedo a que la revolución social se adelante en Italia y Alemania lo que obliga a Francia a cruzarse de brazos ante Abisinia y a Inglaterra ante el Rin? Pues la alternativa a esa pasividad es la guerra europea, y tras la guerra, la revolución. No hay otra salida. Es decir, hay una: las sanciones de verdad; pero ésas, ni Francia las quiere contra Italia ni Inglaterra contra Alemania. Crían cuervos, y les sacarán los ojos.

Núm. 24. Madrid, mayo de 1936

¿QUE PARTIDO OBRERO DEBE DIRIGIR LA REVOLUCION?

Por LUIS ARAQUISTÁIN

El fetichismo leninista

El camarada Vicente Uribe, del partido comunista, ha dedicado en *El Mundo Obrero* una nutrida serie de folletos a mi trabajo sobre el «Paralelo histórico entre la revolución rusa y la española» (publicado en LEVIATÁN de marzo de 1936). De ese trabajo lo que más ha enojado, al parecer, es mi hipótesis de que a Lenin le hubiera ocurrido en 1905 lo mismo que a los socialistas españoles en 1931-1933 si entonces se hubiera desplomado el zarismo y los bolcheviques hubieran participado en el Gobierno provisional de coalición, según su acuerdo del Congreso de Londres del mismo año; es decir, que sus aliados, los representantes de la pequeña burguesía, no le hubieran permitido, allí como aquí hacer nada a fondo, y a la postre le hubieran arrojado también por la borda entre unos y otros.

Ya en otra ocasión, en el verano de 1935, el mismo Uribe me espetó otra serie de artículos contestando a uno mío donde yo sostenía idéntica tesis. No le repliqué entonces porque comenzaban a la sazón los tanteos preliminares conducentes a la unificación sindical y política de las organizaciones socialistas y comunistas de España, y yo no quería contribuir a reavivar viejas discordias; pero su insistencia en el afán polémico me obliga a responderle ahora adecuadamente, no sólo para que no tome a descortesía u otorgamiento mi mutismo, sino también porque, tras su reiterado celo, tan inocente en aparien-

cia, en defender a Lenin de ataques que yo no le he inferido ni en forma expresa ni en lo más recóndito de mi intención, creo percibir el propósito de socavar el prestigio del Partido Socialista español, y esto me obliga doblemente, como afiliado a él, a no pasar en silencio algunos de sus erróneos y no muy cordiales juicios.

Tampoco tomaría la pluma si el camarada Uribe fuese un impugnador aislado, porque toda su argumentación es demasiado endeble y bizantina para perder en refutarla un tiempo que todos tenemos el deber de consagrar a tareas de más momento, y precisamente, entre otras, a aquellas cuya finalidad es todo lo contrario de lo que, no diré que Uribe persigue, pero sí que fomenta, acaso inconscientemente, con sus mal aconsejadas y no mejor informadas incursiones a lo que él llama el marxismo-leninismo: a las tareas de unificación del proletariado en España; pero detrás de sus palabras creo ver ideas, tácticas, inspiraciones y aun estilos que vienen de lejos y que yo me sé hace tiempo de memoria y que sin duda no responden a ningún criterio personal, sino a móviles y objetivos frente a los cuales conviene, por lo menos, darse por enterado.

Antes de entrar en materia quiero declarar que cuando yo he hablado de los errores de Lenin, nada ha estado más lejos de mi ánimo que el prurito de menoscabar lo más mínimo su altísima jerarquía teórica y política, pues se puede ser un gran teórico y político marxista y no por eso dejar de equivocarse; no hay nadie que no haya errado alguna vez. Lenin erró muchas y él mismo fue el primero en reconocerlo, no humilde, sino orgullosamente, ya que admitir un error equivale a superarlo. Pretender otra cosa de él es querer convertirle en un vulgar fetiche; suponer que fue infalible durante toda su vida y en toda su obra escrita es despojar a sus actos y a sus trabajos literarios de lo que tienen de vivo, de creador, no a pesar de sus contradicciones, justamente a causa de ellas, porque esas contradicciones son dialécticas, vitales, como es siempre la realidad histórica misma, y no meramente lógicas o formales.

Decir de un dialéctico materialista o marxista que se ha contradicho o equivocado en alguna ocasión no es ofenderle, sino dar a entender que su pensamiento, en vez de cristalizarse doctrinariamente, se mueve a compás de la siempre cambiante realidad externa, aunque modificándola al mismo tiempo, pues nada hay más contradictorio, dialéctica y no lógicamente, que la realidad misma. Se equivocó Engels, por ejemplo, al augurar hacia mediados del siglo XIX que la revolución social era inminente en Inglaterra. Se equivocó Marx, probablemente, al predecir que Inglaterra sería acaso el único país donde el tránsito del capitalismo al socialismo se haría sin violencia; hoy eso ya no lo cree ni un Besteiro.

Sólo el fervor de los neófitos rechaza con vehemencia que los grandes maestros hayan podido errar nunca, con lo cual los discípulos transforman sus doctrinas en un indigesto centón de dogmas inmóviles y estériles, donde se guarda la Verdad revelada, y a ellos en ídolos orientales, estáticos y perfectos. No queramos hacer una religión del marxismo y del leninismo, que si tanto valen y pesan en el mundo es cabalmente por lo que tienen de críticos y antidogmáticos. Por lo menos no esperen los amigos comunistas que yo les siga por esa senda.

Por qué hay República en España

Tampoco voy a pretender, naturalmente, que ellos, los comunistas, crean en la infalibilidad de los socialistas cuando participamos en los primeros Gobiernos de la República española, entre 1931 y 1933. Por una razón muy obvia: porque yo he sido de los primeros en reconocer públicamente los errores que entonces cometimos. Largo y tendido he escrito sobre esta materia. Citaré un solo trabajo: «Errores necesarios. Los socialistas en el primer bienio» (LEVIATÁN, octubre-noviembre de 1935).

Esa participación, sin embargo, como allí digo, fue necesaria, entre otros motivos, porque de no haberse comprometido a ella los socialistas —como Largo Cabañero le recordaba a Besteiro en la reciente asamblea de

la Agrupación Socialista de Madrid—, condición previa de los republicanos y de los militares complicados para ir al movimiento revolucionario de 1930, ni ese movimiento hubiera tomado cuerpo, ni hubiera acontecido la sublevación de Jaca ni la huelga del 15 de diciembre, dos hechos que, no obstante haber sido sofocado el primero y saboteado por los reformistas el segundo, tanta influencia tuvieron en la política subsiguiente, en el fracaso de la convocatoria de las elecciones a Cortes por el Gobierno Berenguer y en el resultado de las elecciones municipales; ni, por tanto, se hubiera desplomado la Monarquía ni se hubiera podido sostener después la República.

Los reformistas, nuestros mencheviques, no quisieron tomar parte en los preparativos revolucionarios de 1930 ni en la gobernación de la República en 1931. ¿Pero no procedieron también así, en mencheviques, los comunistas españoles, contraviniendo lo que Lenin y los bolcheviques habían decidido para el caso de que hubiera triunfado en Rusia la revolución de 1905? ¿Dónde estuvieron nuestros comunistas cuando se preparaba la revolución en 1930 y por qué combatieron con tanta saña a los socialistas en aquel tiempo, no por lo que hicieran o dejaran de hacer en el Gobierno, sino por haber obrado como Lenin opinaba en 1905 que se debía obrar, participando en el Gobierno provisional, y desde el momento mismo en que se iniciaba esa participación? Entonces no argumentaban con *Las dos tácticas*, de Lenin, porque en aquel momento la táctica de nuestros comunistas no era la de Lenin, sino la de los mencheviques, en el sentido de que no había que participar en el Gobierno. Es fácil hablar de errores ajenos; pero, ¿por qué no reconocer los propios, como hacemos los demás?

Diferencia de circunstancias ex Rusia y España

Los camaradas comunistas, por la firma de Uribe, se obstinan en refutar la hipótesis de que a Lenin le hubiera ocurrido, más o menos, lo mismo que a los socialistas españoles si hubiera triunfado la revolución de 1905 en

Rusia, a cuyo objeto citan por enésima vez los archiconocidos acuerdos del Congreso de Londres sobre la necesidad de armar al pueblo y destruir la base económica de las oligarquías tradicionales. Ese bello programa de 1905, y muy anterior a él y más radical si cabe, lo tuvieron los socialistas españoles desde que se constituyeron en partido en 1879; pero una cosa es redactar un programa o tomar unos acuerdos en un Congreso y otra realizarlos desde un Gobierno de coalición.

Por otra parte, las circunstancias de Rusia en 1905 no eran las mismas que las de España en 1931. Si en Rusia hubiera vencido la revolución, hubiera sido por vía insurreccional, y el Gobierno subsiguiente hubiera estado impregnado del espíritu de la insurrección victoriosa. En España la monarquía no fue derribada por la violencia, sino por unas apacibles elecciones municipales, cuyo espíritu legalista tuvo que influir fatalmente en el Gobierno de coalición. En Rusia había un partido marxista bastante homogéneo, nada más que porque los mencheviques se habían separado de él espontáneamente. En España no hubo escisión de ese género, y cuando en 1931 les llega a los socialistas la imperiosidad histórica, ineludible, de participar en el Gobierno, en el Partido predominaba aún la tendencia reformista gubernamental (había, como queda dicho, otra tendencia reformista antigubernamental: ésa era y es la única diferencia entre ambas).

¿Qué hubiera podido hacer Lenin ni nadie en circunstancias como las españolas? No más de lo que hicieron los socialistas, y no fue poco, pues gracias y principalmente a ellos, a los que se sumaron a la revolución democrática y tomaron parte en el Gobierno, fue derrocada la monarquía y se consolidó la República. Si Lenin se hubiera conducido aquí como los comunistas españoles, en reformista o menchevique, y los demás hubieran seguido su ejemplo, aún habría monarquía en España. De modo que cuando se pretende depurar las responsabilidades históricas de los partidos, las de los comunistas españoles, en ese punto de transición de la monarquía a

la República, no son inferiores a las de los mismos reformistas antigubernamentales o «socialistas puros».

Y si Lenin, conforme a su táctica de 1905, hubiera entrado en un Gobierno de coalición, con los partidos republicanos que aquí había, con lo que era la mayoría del Partido Socialista en aquella época y en el ambiente de euforia y legalismo que produjo el derrumbamiento pacífico de la Monarquía, no hubiera podido ir más lejos de lo que se fue. Me parece dudoso —insisto— que hubiera podido ir tampoco mucho más lejos, de haber derrocado al zarismo, en las circunstancias rusas de 1905, a pesar de las más ventajosas condiciones insurreccionales e ideológicas en que se movían ya entonces los bolcheviques para intentar una revolución más a fondo que la nuestra en 1931; pero si nuestros comunistas se empeñan en creer que Lenin y los bolcheviques hubieran tenido en su país y en aquel año de 1905 más fortuna que los socialistas españoles al caer la monarquía, no sería razonable impugnarles una ilusión que no tiene más valor apodíctico que el de un artículo de fe. Pues acerca de lo que pudo haber ocurrido en un momento histórico, pero no llegó a ocurrir, todas las opiniones son lícitas, aunque ninguna tenga derecho a pasar por verdad inconclusa.

Lo que importa es lo acontecido en España, y si los comunistas de aquí se figuran que pudo y debió ocurrir otra cosa, ¿por qué no lo intentaron en aquella coyuntura sumándose a la revolución democrática y a la participación gubernamental con *Las dos tácticas*, de Lenin, en la mano, en vez de mantenerse tan apartados y tan censores como nuestros mencheviques o socialistas «puros»?

La misión dirigente del Partido Socialista

Ya habrá comprendido el lector que la copiosa réplica suscrita por el camarada Uribe no responde exclusivamente a un mero placer especulativo sobre teoría revolucionaria, ni al temor de que Lenin se desasosiegue en su mausoleo porque en este extremo rincón de Europa diga

de él un oscuro escritor socialista que su concepto y su táctica de la revolución no nacieron súbitamente y ya armados y perfectos, como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino que se formaron y se modificaron y se contradijeron más de una vez, y así se perfeccionaron continuamente en función dialéctica del pensamiento y la experiencia histórica mediata e inmediata. No, no es eso. Mi controvertidor delata en varios pasajes de su reiterativo trabajo el móvil subterráneo que les inspira a él y a sus amigos y nuestros los comunistas. Ya lo he indicado al comienzo: se trata de socavar el prestigio del Partido Socialista como organismo dirigente de la revolución española.

Véase, si no, lo que significan estas palabras del camarada Uribe: «Es sabido que los camaradas de la izquierda socialista se declaran enemigos de toda colaboración de clase, y de su sinceridad revolucionaria nadie puede manifestar dudas. Pero si se quieren liquidar para siempre errores del pasado, es preciso explicar en qué consiste esa colaboración de clase, y no, como hace el camarada Araquistáin, afirmando repetidas veces que no considera como colaboración de clase la participación gubernamental del Partido Socialista en el primer bienio. Y esa afirmación trae su cola. La de querer demostrar que el Partido Socialista, como tal —fijarse bien—, tuvo siempre una línea política justa, revolucionaria, de clase, y, por consiguiente, capaz de ser el dirigente de la revolución.»

Invirtamos ahora los términos, que es lo que quieren demostrar los camaradas comunistas: liquidar los errores del pasado quiere decir, a juicio de los que discurren con esta cómoda lógica, que el Partido Socialista español no ha seguido siempre una línea política ni justa, ni revolucionaria, ni de clase, y, por consiguiente, que no es capaz de ser el dirigente de la revolución. La consecuencia, como se ve, no tiene vuelta de hoja. Ni la tiene tampoco esta otra ulterior consecuencia implícita: si el Partido Socialista demostró en el primer bienio su incapacidad para dirigir la revolución, ¿quién podrá dirigirla

sino el partido comunista? Hagamos un paréntesis y preguntemos: ¿Y es con este espíritu con el que se quiere concertar la unificación de los dos partidos?

El mito de los Soviets

Esas palabras reveladoras del camarada Uribe explican otros conceptos de su trabajo que al lector desprevenido le habrán sonado a cosa natural y manida, por la frecuencia con que aparecen en los discursos y escritos comunistas. Uno de ellos es el referente a las Alianzas Obreras y Campesinas, equivalencia española de los Soviets o Consejos rusos. Respecto a la conveniencia de las Alianzas Obreras, como instrumentos de insurrección y sólo para ese fin, ningún marxista estará disconforme. Pero aquí no se trata sólo de eso, sino principalmente de que sirvan, después de la revolución triunfante, como órganos de Poder durante la dictadura del proletariado, como han servido los Soviets en Rusia. Se hace la transposición de un fenómeno histórico de un medio político y social a otro. ¿Para qué? Vamos a verlo.

En Rusia los Soviets surgen en 1905 espontáneamente, sin ningún artificio, para suplir la falta de fuertes partidos políticos, de grandes sindicatos y hasta de organismos de administración local semejantes a nuestros Ayuntamientos. En Rusia, en aquel tiempo, no hay eslabones intermedios en la gran pirámide del zarismo entre la monstruosa superestructura absolutista de la cumbre y el pueblo, y cuando estalla la revolución en 1905, el pueblo crea sus órganos de gobierno local, los Soviets o Consejos de obreros y pequeños burgueses revolucionarios, tan parecidos a las Juntas revolucionarias locales que se constituían también en la España del siglo XIX cada vez que había una crisis del Estado.

Los Soviets representan un fenómeno típico del siglo XIX, y en una forma u otra, con más o menos arraigo, se dan en casi todos los países donde hubo revoluciones. En algunos se llamaban comunas, y en otras épocas y lugares, cabildos, como en la era revolucionaria de la in-

dependencia de Hispanoamérica. Hoy, en el siglo XX, los Soviets, Consejos, Juntas, Alianzas o como se quiera llamarlos, son un anacronismo político y social. Subsisten en Rusia; pero más bien como reliquias formales o simbólicas de un glorioso pasado próximo, como mitos históricos. Los verdaderos órganos del Poder son, junto al partido comunista, los sindicatos y demás organizaciones sociales que absorben la vida del pueblo ruso en relación con el Estado. (En un próximo número trataremos de todas estas estructuras del Estado ruso tal como las describen Sidney y Beatriz Webb en su obra monumental *Soviet Communism*.)

En España, donde existen grandes partidos y formidables organizaciones sindicales y una institución municipal, los Ayuntamientos, de honda raigambre social e histórica y de no escasa tradición revolucionaria, ¿para qué se quieren las Alianzas Obreras y Campesinas, que además de ser un anacronismo, son también un cuerpo extraño en sí y en lo confuso del concepto al venir literalmente vertido del ruso, o sea de una realidad muy desemejante de la española? (Los campesinos españoles no obreros, pequeños propietarios, podrán coincidir con los obreros sin propiedad en el Ayuntamiento, pero es muy problemático que se alisten en una Alianza de esas; para eso se afiliarían a un sindicato de trabajadores de la tierra.)

Los órganos de Poder

La respuesta no es difícil: por una táctica que se puede llamar en parte dispersiva y en parte envolvente, lo que algunos buscan es apartar al Partido Socialista de su misión de organismo dirigente de la revolución española. De un lado se ataca a su prestigio por su participación en los Gobiernos de la República; de otro, se fomenta la creación permanente de unas Alianzas que sin duda fueron útiles en la insurrección de 1934, como pueden serlo en cualquiera otra y para ese exclusivo fin, pero cuyo objeto, «como órganos de Poder», no es tanto ser-

vir a la dictadura del proletariado como a los que no ven con buenos ojos al Partido Socialista reclamando la organización y dirección de esa dictadura proletaria, como reclama en el proyecto de su nuevo programa.

Uribe se figura, con beatería teoricista, que «es absurdo hablar de dictadura del proletariado sin decir en qué órganos de Poder se apoyará el Estado proletario para ejercer esa dictadura». Antes de 1905 ya hablaba Lenin de dictadura del proletariado, pero no de Soviets ni de ningún otro «órgano de Poder», por la sencilla razón de que hasta entonces ni había habido Soviets ni nada que se le pareciera. Lo absurdo hubiera sido hablar de lo inexistente o de lo que no se sabe cómo va a existir. También Marx habló —el primero— de dictadura del proletariado; ¿pero quiere decirme Uribe o cualquiera otro comunista en qué «órganos de Poder» pensaba apoyarla? Desde luego no, que yo sepa, en Alianzas Obreras y Campesinas.

Y si alguien me dijera que en lo que antecede hay un exceso de suspicacia, le contestaré con las propias palabras de Uribe: «De esa posición errónea surge otra, la de afirmar que *el órgano de la dictadura del proletariado es el Partido Socialista*.» (Lo subrayado es una de las modificaciones introducidas en el proyecto de programa del Partido Socialista español.) Y más adelante agrega: «El obrero, el campesino lucha por su propio Poder, no para entregar el Poder al Partido Socialista.» Ahí duele, aquí está la clave de todo. Hay que evitar que el Partido Socialista ejerza plenamente el Poder después de la revolución. ¿Pero no es el partido comunista el que lo ejerce en Rusia? No, nos contestarán los comunistas y algunos socialistas más simpatizantes que objetivos; en Rusia quien ejerce el Poder son sus órganos, los Soviets. Es el mito ya perenne de una realidad superada.

El mito de una realidad superada y el intento de encubrir otra realidad que los comunistas rusos han velado siempre: el hecho de que su Partido sea el órgano más fuerte, por no decir el único, de la dictadura en Rusia. Discutir si el partido comunista es un «órgano de Po-

der» o «el dirigente de la revolución» es mera logomaquia. No lo son, en cambio, las siguientes palabras, tomadas de los estatutos del partido comunista, tal como fueron aprobados en el VII Congreso del 10 de febrero de 1934:

«El Partido (comunista) lleva la dirección del proletariado, de los campesinos y masas trabajadoras, en la lucha por la dictadura del proletariado, por la victoria del socialismo.

El Partido *dirige todos los órganos de la dictadura proletaria* y garantiza la construcción victoriosa de la sociedad socialista.»

¿Está claro? Quien dirige todos los órganos de un cuerpo o un Estado es, no hay duda, el órgano supremo, el órgano de órganos, el centro —algo así como el cerebro— de sus facultades superiores. De este modo el partido comunista es el órgano capital de la dictadura en Rusia. No querría más el Partido Socialista en España; pero ya comprenderán los camaradas comunistas —y deben comprenderlo si sinceramente desean, como pensamos, la unificación del proletariado— que sin ser desleal a su historia, a la confianza que en él han depositado las más poderosas organizaciones obreras del país y a la misión que tiene que cumplir en España, y para eso se está reorganizando, depurando y fortificándose, el Partido Socialista tampoco se puede conformar con menos.

¿Los demás órganos del Poder? Los que ya existían en España —sindicatos, cooperativas, Ayuntamientos, lo que sea— o los que alumbre la realidad, si esos no bastasen y cuando sean necesarios, no los que se quieran crear artificialmente. La historia no se hace en los laboratorios de los teorizantes.

Pero como en su dilatado trabajo el camarada Uribe me hace algunas imputaciones del género pintoresco, como la de que yo ignoro «una de las fuerzas fundamentales de la revolución, *las masas campesinas*», con otras afirmaciones de su propia minerva no menos peregrinas, acaso volvamos sobre el tema otro día, pues ya es excesivo el espacio que le hemos dedicado en este número.

GLOSAS DEL MES

La sucesión presidencial

El 10 de mayo fue elegido don Manuel Azaña para la Presidencia de la República, vacante por el acuerdo de destitución que tomaron las Cortes contra don Niceto Alcalá Zamora. Lo que no se pudo hacer en octubre de 1934, y uno de los puntos del programa mínimo de aquella insurrección era arrojar de la jefatura del Estado al leguleyo erróneamente elegido en 1931, se llevó a cabo pacíficamente en 1936.

No sabemos, ni nos importa saber, si tal medida fue estrictamente legal; pero no hay duda de que fue justa. Con frecuencia la justicia y el derecho positivo no coinciden. Esa es la legitimidad de las grandes revoluciones populares. La destitución del señor Alcalá Zamora era una consecuencia obligada de la victoria electoral del 16 de febrero de este año, no por pacífica menos revolucionaria, como lo fue también la del 12 de abril de 1931. Virtualmente, ante la conciencia del pueblo español, su mandato se había agotado al disolver a fines de 1933 las Cortes Constituyentes para preparar otras en que el Poder había de pasar a manos de los partidos que representaban a las antiguas oligarquías monárquicas, al clero, a los grandes terratenientes, a la casta militar, al capital financiero y a sus fuerzas juveniles de choque, las organizaciones fascistas.

De hecho, el señor Alcalá Zamora había traicionado a la República del 14 de abril. De añadidura, en octubre de 1934 la ensangrentó al dar entrada en el Gobierno al partido agrario-católico de Acción Popular, a sabiendas de que ello, como habían anunciado los socialistas públi-

camente desde el Parlamento, provocaría una revolución, como así ocurrió. El señor Alcalá Zamora y los partidos y hombres que gobernaban conforme a sus designios contrarrevolucionarios, señaladamente los radicales de Lerroux y sus aliados de la derecha, actuaron de agentes provocadores. Provocaron deliberadamente la insurrección de 1934 con la esperanza de exterminar lo que ellos llaman el marxismo. No lo consiguieron. El marxismo, vencido, pero no sometido, en 1934, triunfa, con la pequeña burguesía republicana, el 16 de febrero de 1936; barriendo de las nuevas Cortes a los partidos provocadores y a sus hombres más representativos. Quedaba uno en pie, el más culpable de todos: el señor Alcalá Zamora. Era inevitable su eliminación, y apenas constituido el tercer Parlamento de la República, fue eliminado. Castigo pequeño para tan grandes crímenes históricos.

La elección del señor Azaña para la Presidencia de la República no suscitó —ésta es la verdad— el entusiasmo que seguramente esperaban los patrocinadores de su candidatura. Nada más natural. De una parte, se alejaba de la política militante del Parlamento y del Gobierno el republicano en quien las masas habían depositado una gran fe revolucionaria. No se comprendía cómo un hombre que simbolizaba como nadie, por la admiración de sus partidarios y por el aborrecimiento de sus adversarios, la revolución democrática española podía apartarse de la lucha cotidiana para recibir una investidura cuyos atributos se supone que son la neutralidad y la imparcialidad, más propios de un juez que de un combatiente destacado.

De otra parte, lo ocurrido con el señor Alcalá Zamora hubiera puesto sordina y reservas en la elección de quienquiera que hubiese sido llamado a sucederle. La persona no contaba para nada. Se trataba de un fenómeno de trasposición psicológica. El escarmiento de lo pasado gravitaba sobre el presente y el porvenir. Nunca se sabe, en definitiva, cuál es la esencia de cada hombre, que varía según las circunstancias, sin que conozcamos *a priori* cuándo y cómo se revelará su verdadera naturaleza. La

función puede modificar el órgano y el carácter. La cantidad, como decía Marx, se transforma a veces en calidad. La cantidad de Poder puede transmutar el revolucionario de un día en el contrarrevolucionario de otro. El que se sale de la corriente histórica en que se movía, y a su vez la movía, como en su propio elemento vital, para sentarse apaciblemente en la orilla, puede creer que lo más sensato sería ponerles diques.

Es el peligro de los que abandonan el tumulto de la lucha creadora: pueden acabar pensando en la utopía de que la lucha es estéril y nociva y de que hay que reducir a la paz, por la persuasión o por la fuerza, a los combatientes. De la inutilidad de la persuasión dan crédito cientos de siglos de historia humana. Mientras haya injusticia en el mundo, y la habrá mientras exista propiedad privada, no renunciarán los hombres a recobrar lo que es suyo, el fruto de su trabajo. Y la fuerza desde arriba tampoco ha sido nunca remedio eficaz y duradero. Nadie sueña en una neutralidad imposible y en una imparcialidad quimérica, en nombre de un interés nacional utópico. En los períodos revolucionarios, y en uno de los más hondos que ha conocido la historia estamos, todo el mundo tiene que ser beligerante. El quid está en qué partido se toma. No tomar ningún partido, por creer en el mito de la convivencia sin lucha o por querer tomarlos todos, equivale a intentar evadirse de un imperativo histórico y a cavar la fosa del propio fracaso.

El drama de Prieto

Abierta la crisis a que dio origen la elección del señor Azaña para la Presidencia de la República, el primer encargo de formar Gobierno lo recibió el diputado por Bilbao Indalecio Pireto, a pesar de que momentos antes la minoría parlamentaria socialista se había pronunciado contra la colaboración ministerial. Prieto logró, para declinar el encargo, la división de opiniones del Partido Socialista, aunque contaba para formar Gobierno con la

aquiescencia de la Comisión ejecutiva y, probablemente, según dijo, con la del Comité nacional, que es quien, a su juicio, debía dirimir el pleito en caso de discrepancia entre la Comisión ejecutiva y la minoría. Esto es una inexactitud que ya ha sido rebatida en el diario *Claridad*. En los Congresos socialistas de 1931 y 1932 se autorizó, en efecto, al Comité nacional para intervenir y decidir en caso de disparidad contra la Ejecutiva y la minoría; pero fue para abandonar la colaboración ministerial que en aquel tiempo prestaban los socialistas a los republicanos, y no para ninguna otra colaboración futura. Este asunto lo habrá de resolver el próximo Congreso, y entre tanto ningún socialista podrá colaborar en el Gobierno sin romper la disciplina de su partido.

Comprendemos las impaciencias gubernamentales de Prieto. Tiene cualidades de hombre de gobierno que nadie podrá negarle: dinamismo, intrepidez, amor a la obra, sentimiento nacional; las que le faltan puede suplirlas una buena asesoría. No cree que esté agotado el capitalismo en España; por eso le parece prematura y temeraria hasta el alocamiento —ésta suele ser una de sus palabras favoritas— la pretensión de aquellos socialistas que aspiran a la totalidad del Poder y a la instauración de las bases del socialismo en nuestro país.

Su mentalidad es la de un republicano moderado. No niega, claro está, la lucha de clases; pero llevada a ciertos extremos la condena, como hizo en su discurso de Cuenca y posteriormente en el de Bilbao. La clase obrera, en su opinión, debe subordinar sus reivindicaciones a las posibilidades del capitalismo. Todo lo que ponga en peligro la existencia del régimen capitalista debe rechazarse. En vez de decir, como corresponde a un socialista: Si el capitalismo ha llegado a tal punto de cadencia que no puede existir sin que haya millones de hombres sin trabajo y sin pan, y sin que los que trabajan puedan hacerlo más que por jornales insuficientes y en condiciones de vida inhumanas, que desaparezca y deje el paso a un sistema económico donde no haya clases parasitarias; en vez de eso, Prieto pide a los obreros que sean

sensatos y prudentes, que no pidan demasiado para que el capitalismo no acabe de hundirse. Y es que teme que, al hundirse el capitalismo, a todos, patronos y obreros, les alcanzará el caos que, según él supone, no sabemos por qué, ha de sobrevenir, porque no cree que la clase trabajadora está capacitada para organizar la economía colectiva de la nación.

Pero entonces hay que preguntarse: si se piensa que el capitalismo debe prolongar indefinidamente su agonía a costa de la miseria de los trabajadores, porque ni éstos ni la economía nacional están maduros para el socialismo, ¿a qué llamarse socialista? ¿Para qué pertenecer a un Partido Socialista cuyos postulados son y deben ser todo lo contrario de lo que piensan y creen los hombres como Prieto? Pues los que tal creen y piensan no son socialistas, aunque estén en el Partido Socialista desde la niñez, acaso sin otro vínculo con él que un impulso sentimental de lealtad al nombre de una doctrina cuya esencia se repudia en el fondo del ser, probablemente sin darse cuenta de ello.

Este es el drama de Prieto: que vive en una profunda contradicción entre su personalidad política, que, por temperamento, por formación ideológica o por lo que sea, no ha conseguido superar la concepción democrático-burguesa del Estado, hacia cuya gobernación se siente atraído poderosamente, y la personalidad de su partido, que está rebasando esa concepción y que por eso mismo no puede permitir que se entreguen libérrimamente a su pesimismo antisocialista y a su fuerte vocación de gobernantes a los hombres como Prieto. Estamos convencidos de que si no fuera por esos motivos sentimentales y por el temor a posibles, pero injustificados reproches de deslealtad política, Prieto habría recobrado ya su libertad de acción y estaría a estas horas tal vez entregado desde el Gobierno a esas faenas de reanimar la economía nacional, que tan viva sugestión ejercen sobre su espíritu, legítimamente ambicioso de gloria histórica. La deslealtad más grave es la que, por móviles subalternos, uno co-

mete consigo mismo, sacrificando a una contradictoria posición política los dictados más profundos de la propia vida.

Casares Quiroga y el fascismo

Un retórico puede ser un hombre de acción; pero no lo es generalmente. El retórico da más importancia a la palabra que al acto. Para él, al principio fue el verbo. Hay retóricos, como Unamuno, para quienes la historia no tiene finalidad más alta que el que alguien la escriba. Para otros, al principio fue la acción. En un Gobierno preferimos a estos últimos. A ellos pertenece el señor Casares Quiroga, un retórico mediano, pero un buen hombre de acción. Cuando el señor Azaña desapareció del banco azul, el banco de los ministros en el Parlamento, los retóricos se echaron a temblar. ¿Quién iba a reemplazarle? Por eso quizá se pensó, antes que en nadie, en Prieto, que es, sobre todo, un retórico de tipo más popular que literario. Al fin hubo que transigir con Casares Quiroga, sin duda por reconocer que era un hombre de acción al frente del Gobierno y del Ministerio de la Guerra más que un retórico en la cabecera del banco azul el que hacía falta. Las luchas en el banco azul son intermitentes y efímeras, y las del Gobierno con los enemigos de la República y del proletariado deben ser de todos los días y a todas horas.

Las esperanzas que los no retóricos pusieron en el hombre de acción que es el señor Casares Quiroga están justificadas hasta la fecha. Durante meses se nos ha estado amenazando con el rayo de un pronunciamiento militar. Rara era la noche que no se esperaba su explosión en las calles de Madrid. Al fin estalló, pero fue en Alcalá de Henares, en la madrugada del 18 de mayo. La oficialidad de aquella guarnición se insubordinó contra una orden de traslado, dictada por el Gobierno para acabar de una vez con sus insolencias antirrepublicanas, que venían de antiguo. Corrió la voz de alarma en los secto-

res obreros. De haber sido necesario, la desobediencia de los militares hubiera tenido por réplica una huelga general en todo el país. No lo fue; se bastó el Gobierno, que con rapidez y energía sofocó el conato insurreccional; pero es probable que el señor Casares Quiroga no hubiera encontrado en su propio ánimo tanta energía de no estar seguro que a sus espaldas, guardándose, estaba todo el proletariado español, como lo estuvo en el levantamiento monárquico del 10 de agosto de 1932. Ya están castigados los insurgentes; pero la pena que más ha de dolerles es la pérdida de la carrera. Por ahí debe orientarse la acción punitiva del Gobierno. Ahí es donde más duele.

Esto es el Frente Popular, y no deben olvidarlo los enemigos de la República: una colaboración con el Gobierno, no sólo en las Cortes, sino en la calle también si fuera preciso. Recíprocamente es justo que el Gobierno colabore a su vez con los que en la calle están dando la batalla al fascismo de la clase patronal. Muchas de las huelgas que actualmente hay declaradas, y entre ellas la de los camareros en unos cuantos hoteles y cafés de Madrid, tienen por motivo el hecho de que los patronos no quieren despedir a los esquirols de octubre de 1934, suministrados por una organización fascista. El señor Lluhí, ministro de Trabajo, no parece dispuesto a obligar a los patronos a prescindir de ese personal innecesario. Se dice que no sería constitucional hacerlo; de nuevo topamos con la juridicidad. Pero el no hacerlo equivale a colaborar en la campaña que los patronos vienen sosteniendo para debilitar a las grandes organizaciones obreras U. G. T. y C. N. T. y para alentar la sindicación fascista, no obstante estar declarada por el Gobierno fuera de la ley.

El fascismo no tiene ramificaciones sólo en el Ejército, la Policía, la magistratura, la burocracia y la enseñanza, también necesitada de honda depuración; está infiltrado igualmente en la industria y el comercio, y no es lógico ni justo que el Gobierno se cruce de brazos ante la arrogancia patronal, que le protege y ampara. Se está

poniendo de moda, y en ella caen también algunos socialistas, censurar el exceso de huelgas, sin advertir que gran número de conflictos tienen por origen la ideología fascista de los patronos y su propósito de crear un ambiente de inquietud y descontento que dificulte la labor del Gobierno y favorezca la posibilidad de un golpe de mano de las derechas. No pierda de vista el señor Casares Quiroga este sector del fascismo y haga que tampoco lo pierdan sus consejeros del Gobierno.

La repercusión de Abisinia en Europa

Con la caída del imperio abisinio desaparece el último Estado típicamente feudal que quedaba en el mundo. Era un anacronismo que no ha podido resistir a un Estado también anacrónico en su espíritu, pero bien provisto de los incontrastables recursos de combate de que es capaz la técnica moderna. Los pueblos o progresan materialmente o caen al rango de colonias. Es la ley fatal de la historia. Abisinia representaba un equilibrio en las ambiciones de las potencias imperialistas de Europa. Roto ese equilibrio por la necesidad de una política de prestigio por parte de Italia, con la complicidad de Francia y la inhibición egoísta de Inglaterra, Abisinia, abandonada a sus propias y débiles fuerzas, ha perdido su razón de ser como país independiente.

La victoria es la de un adulto sobre un niño. Enorgullecerá al fascismo italiano; pero cuando una nación necesita movilizarse en masa para vencer a un pueblo social y políticamente tan retrasado, sólo defendido por la naturaleza, es que hay algo decadente en su constitución orgánica y psicológica. Las guerras coloniales se han hecho casi siempre al margen y contra la voluntad de los pueblos pertenecientes a los Estados conquistadores, porque se avergozaban de tales hazañas. Sólo un país cargado de enormes complejos de inferioridad histórica puede creer que la conquista de ese inmenso aduar que es Abisinia significa poco menos que un comienzo

de restauración del antiguo imperio romano. El tribunal supremo de la historia no será tan benévolo con tan ruin proeza.

Quien tiene que avergonzarse de la derrota no es Abisinia, sino la Sociedad de las Naciones en primer término. Virtualmente, esa inútil institución ha quedado tan aniquilada como el imperio etíope. Ahora se ha visto que era un sepulcro blanqueado, en el cual se guardaban ilusiones utópicas junto a los intereses más bastardos. La Sociedad de las Naciones ha demostrado que no sirve para evitar la guerra y la conquista cuando el país atacado carece de fuerza propia y cuando a los poderosos no les conviene aplicar la suya contra el agresor. ¡Cuántos trabajos para definir al agresor! Y cuando llega un caso en que nadie tiene duda de quién es el agresor, porque su brutalidad cabe dentro de todas las definiciones, la entidad ginebrina se cruza de brazos, cubriéndose hipócritamente el rostro con un simulacro de sanciones que nadie aplica. ¿Vale la pena de que los países pequeños sigan perteneciendo a una Sociedad de Naciones que sólo existe, por lo visto, para sostener una burocracia tan costosa como estéril? Tendrá que recapacitarlo España.

La derrota de Abisinia se extiende también, particularmente, a Francia e Inglaterra, que dejaron las manos libres a Italia. La política de Laval fue uno de los motivos de éxito del Frente Popular en las recientes elecciones francesas. Baldwin, más astuto que Laval, hizo las elecciones inglesas antes del derrumbamiento de Abisinia. Con todo, le será difícil sostenerse en el Gobierno; pero del actual Parlamento inglés no hay que esperar ningún cambio serio en la política internacional.

El Frente Popular francés, que según todas las noticias será gobernado por el socialista León Blum, ha triunfado en parte gracias a la victoria de Mussolini; pero su victoria está comprometida internacionalmente por una Italia envalentonada y por una Alemania cada día más preparada para la guerra inevitable. Sobre el modesto programa político interior del Frente Popular francés pesará el espectro de unas naciones vecinas armadas hasta

los dientes y ávidas de acabar con los regímenes parlamentarios, y sobre todo con la Rusia soviética. León Blum va a emprender una tarea tan llena de dificultades interiores y exteriores, que milagro será que salga de ella indemne. En el ensayo puede comprometerse para mucho tiempo el porvenir del Partido Socialista francés.

El Partido Comunista se quedará al margen, no sólo por cautela, sino para evitar tal vez que las masas obreras afiliadas a él le obliguen a una acción de gobierno excesivamente revolucionaria. La Rusia soviética, temerosa, con razón, de la guerra, prefiere de momento el *statu quo* de los Estados burgueses que pueden ser aliados suyos el día de mañana. La amenaza belicosa del fascismo está deteniendo el proceso revolucionario en el mundo. Este hecho explica la paradoja dramática de que el partido comunista, que era hasta hace poco el más revolucionario e intransigente de los partidos obreros, no sólo se conforme hoy con la política meramente democrático-burguesa del Frente Popular, sino que no quiera otra.

No es que haya evolucionado hacia la sensatez, como se figuran algunos ingenuos. Es que tal política responde a una táctica defensiva ante la próxima guerra. Mejor un Gobierno simplemente democrático en un Estado fuerte, que no un Gobierno excesivamente revolucionario, que podría desarticular, de momento, la organización bélica del Estado, cuya alianza o benévola neutralidad se desea. Es una política inteligente y eficaz, pero que los demás partidos, y especialmente los socialistas, harán bien en tomarla como política circunstancial de un país y en un instante histórico determinado, y no como una doctrina universal, igualmente útil para todos los países y tiempos. Si un día Rusia fuera atacada por el fascismo, todos los antifascistas estaremos con ella, y más que nadie los socialistas revolucionarios del mundo entero; pero, entre tanto, cada pueblo debe trazarse su propio destino.

INDICE

	<i>Páginas</i>
Prólogo, por Paul Preston	v
Núm. 1, mayo de 1934. Glosas del mes	1
La nueva etapa del socialismo, por Luis Araquistain	13
Núm. 2, junio de 1934. Glosas del mes	25
Un año de nacionalsocialismo, por Antonio Ramos Oliveira	37
La insurrección obrera en Austria, por Otto Bauer.	50
Núm. 3, julio de 1934. Glosas del mes	59
Núm. 4, agosto de 1934. Glosas del mes	65
El problema agrario en Cataluña, por Joaquín Maurín	77
Núm. 5, septiembre de 1934. Glosas del mes	90
Núm. 6, octubre de 1934. Glosas del mes	98
La incompatibilidad con los socialistas, por Luis Araquistain	108
Núm. 12, abril de 1935. Glosas del mes	113
La posición del socialismo en la democracia burguesa, por J. B.	119
Núm. 13, mayo de 1935. El profesor Besteiro o el marxismo en la Academia, por Luis Araquistain	129
Núm. 14, junio de 1935. Glosas del mes	149
Un marxismo contra Marx, por Luis Araquistain.	157

	<i>Páginas</i>
Núm. 15, julio de 1935. Glosas del mes	180
La esencia del marxismo, por Luis Araquistain ...	192
Núm. 16, agosto de 1935. La bancarrota del anarquismo español, por L. Fersen	212
Núm. 18, octubre-noviembre de 1935. Glosas del mes	224
Los socialistas en el primer bienio, por Luis Araquistain	231
Núm. 19, diciembre de 1935. Glosas del mes	239
Núm. 20, enero de 1936. Glosas del mes	253
Largo Caballero, ante los jueces, por Luis Araquistain	266
Núm. 21, febrero de 1936. Glosas del mes	278
La revolución de octubre en España, por Luis Araquistain	290
Núm. 22, marzo de 1936. Glosas del mes	308
Núm. 23, abril de 1936. Glosas del mes	318
Núm. 24, mayo de 1936. ¿Qué partido obrero debe dirigir la revolución?, por Luis Araquistain ...	329
Núm. 25, junio de 1936. Glosas del mes	340